

Los círculos de la verdad

The background of the cover is a detailed illustration of a gothic-style stone tunnel. The tunnel is composed of a series of pointed arches that recede into the distance, creating a strong sense of perspective. The stone is rendered in warm, golden-brown tones with visible textures and shadows. In the center of the tunnel, on a raised platform, sits a large, dark book with a prominent blue circular emblem on its cover. A white dove with its wings spread is captured in flight, moving from the right side of the frame towards the book. A bright, vertical beam of light emanates from a small opening in the wall at the far end of the tunnel, casting a glow on the book and the dove. The overall atmosphere is one of mystery and spiritual significance.

Cristian Liur

Prólogo

Cristian Liur inicia sus andanzas en las letras con una historia apasionante en la que, mediante una prosa fluida, introduce magistralmente al lector por la senda de la desesperada búsqueda del protagonista, lo envuelve en la trama de un inconfesable proyecto de trabajo, lo inquieta y lo eleva a través de una serie de sucesos de índole espiritual perfectamente incardinados en la acción.

Catherine, una mujer culta, sorprendente, de profundas convicciones espirituales, de una fuerza interior que causa envidia y admiración, que ha conducido pacientemente a sus hijos por caminos de rectitud y de verdad, que ha compartido con ellos y con otras personas nuevos puntos de vista y conocimientos extraordinarios sobre Jesús –la figura sobre la que más se ha escrito a lo largo de la historia– o sobre Dios, el creador del universo, sabe que ha llegado la hora de ocuparse de otros asuntos, y será su propia decisión y el misterio que la envuelve lo que impulse a Roberto, su hijo menor y profesional del periodismo, a una imparable búsqueda que correrá paralela a su apasionante, secreta y arriesgada investigación periodística sobre templarios, rosacruces y masones, y que le llevará finalmente a encontrar, conocer y difundir verdades insospechadas, mucho más allá de su objetivo inicial.

Los círculos de la verdad no es una novela al uso, en la cual su autor pretende meramente exponer con belleza su fantasía, su creación de personajes entrelazados por sus historias o circunstancias, sino que, además de esto, realmente alcanza a tratar a fondo y a dar soluciones nuevas a las cuestiones más profundas sobre las que el ser humano constantemente se interroga. Y esto lo consigue Cristian Liur embarcando al lector en una aventura de creciente expectación que une lector y libro en un lazo indisoluble que no puede romperse mientras queden páginas por leer.

Pero lo mejor de todo, lo más importante, no es que el protagonista culmine su búsqueda con hallazgos insospechados o tal vez siendo víctima de una profunda decepción, ni que el autor resuelva satisfactoriamente la trama planteada, sino que sea el propio lector el que pueda iniciar a partir del final de esta novela su aventura más apasionante, la que le lleve a descubrir personalmente la verdad sobre cada una de esas preguntas a las que el hombre y la mujer no pueden sustraerse. Una verdad que no dejará de ser transitoria a la postre porque una y otra vez, sin límite alguno de tiempo ni espacio, de circunstancias ni contenidos, podrá ser ampliada.

El hombre y la mujer jamás dejarán de ampliar sus conocimientos porque la búsqueda de la verdad es absolutamente intrínseca al ser humano, no puede renunciar a ella, busca indefectiblemente encontrarla y hacerla extensiva a los demás, y justamente gracias a esto nos beneficiamos todos

porque, con el fin de alcanzar su objetivo, llega a crear historias tan atractivas como *Los círculos de la verdad*, un título que funde lo simbólico y lo abstracto en una realidad concreta que el lector podrá descubrir al mismo tiempo que Roberto, el protagonista de la novela.

Rafael Mondéjar

1

–¡Mamá, date prisa! Roberto llegará de un momento a otro –gritó Teresa desde su habitación.

La madre de Teresa se afanaba en planchar la blusa de su única hija. Hay que ver cómo pasa el tiempo –pensaba–, ya tiene veinte años. Y ese chico con el que sale, Roberto, no parece mal tipo, aunque un poco tímido y algo mayor para Tere.

El timbre de la puerta sonó. Teresa lanzó un gruñido de desesperación.

–¡Ya va! Teresa, tranquilízate, ni que fuera la primera cita de tu vida.

–Es que a las once empieza el concierto –exclamó Teresa– y ni siquiera he terminado de pintarme.

La madre de Teresa abrió la puerta y, como se temía, era Roberto. Un chico más bien alto, de pelo y ojos castaños, de veintiséis años de edad. Su mirada a veces delataba cierta ingenuidad o quizás era la timidez que arrastraba desde niño y que aún no había vencido totalmente.

–¡Hola! ¿Cómo está usted?

–Lisa. Me llamo Lisa, y estoy bien, gracias.

A Lisa no le gustaba que la llamaran “de usted”, la hacía sentirse mayor y todavía se conservaba muy joven, no aparentaba más de cuarenta años, aunque hacía mucho que los había dejado atrás.

–Pasa y siéntate, Tere todavía tardará un rato.

–Pero... si el concierto... está bien.

A Roberto no le hacía mucha gracia tener que entrar en la casa de la familia de su recién estrenada novia, apenas llevaban saliendo dos semanas. Pensaba que eso le comprometía demasiado con esa relación.

Si hubiera tenido su coche, hubiera tocado el claxon desde fuera, pero llevaba una semana en el taller. Afortunadamente Teresa tenía carné y su madre le había prestado el coche.

Ya en el salón:

–¿Quieres tomar algo mientras?

–No, gracias.

En el sofá, algo incómodo, los minutos se le hicieron interminables, pero afortunadamente las únicas personas que se encontraban en la casa eran Teresa y su madre, y ambas estaban ocupadas, por lo que no tuvo que contestar a preguntas sobre su vida.

–¡Hola, ya estoy lista! –apareció una sonriente rubia de ojos claros bajando las escaleras.

“¡Por fin!”, pensó Roberto, que estuvo a punto de decirlo en voz alta.

–Estás muy guapa, yo sin embargo me he puesto cualquier cosa.

–Bueno, no te preocupes, ya sabes que a las chicas nos gusta ir más arregladas.

–Bueno, ¿nos vamos?

–¡Ten cuidado con el coche Tere! –gritó la madre desde la habitación–, apenas lo has llevado cuatro veces, y que no se te olvide la “L” de...

–De novato –interrumpió Teresa–, ya lo sé, mamá, no hace falta que me lo recuerdes cada vez que voy a coger el coche.

A Teresa, como a muchos principiantes, no le gustaba tener que ir mostrándolo públicamente.

–Si quieres, lo llevo yo –se atrevió a ofrecerse Roberto, aunque se arrepintió al momento, ya que cayó en la cuenta de que el coche era de la madre.

Teresa hizo oídos sordos y, despidiéndose ambos de su madre, se introdujeron en el vehículo de dos puertas.

Mucho tiempo pasaría hasta que Roberto volviera a ver a la madre de Teresa. Hubiera sido mejor que él condujera el coche.

2

Sonaba el teléfono insistentemente en la casa de Roberto.

–¿Quién será a esta hora? –masculló Eduardo, el hermano de Roberto, mientras se dirigía hacia el salón donde se encontraba el teléfono. ¿Por qué no lo habrá cogido mi madre desde la habitación? –pensó fugazmente.

Eduardo, el único hermano de Roberto, era tres años mayor que él y estaba a punto de casarse. Su vida era muy tranquila y ordenada: un trabajo estable, un noviazgo duradero, sin excesos de ningún tipo, al contrario que Roberto, que había tenido varias relaciones, pero de corta duración; este apenas acababa de terminar la carrera de Periodismo que consiguió más por persistencia que por destacarse como buen estudiante.

–¡Dígame! ¿Quién llama a estas horas?

El reloj de péndulo del salón marcaba las tres y media de la madrugada.

–*Perdone, señor, le llamo del Hospital Central, y es un asunto muy grave* –contestó una voz femenina.

El rostro de Eduardo palideció. Algo grave pasaba. Hubo unos segundos, que se hicieron interminables, en los que no pudo emitir palabra alguna.

–*¿Es usted familiar de Roberto Campos?*

–Sí, sí –alcanzó a decir con un nudo en la garganta.

–Verá, Roberto ha sufrido un accidente de tráfico junto con una chica. Está en el quirófano en estos momentos.

–Pero, ¿cómo? ¿Qué ha pasado? ¡Dios mío!

–Lo siento, de momento es lo que le puedo decir. Le aconsejo que venga lo antes posible.

–De acuerdo....

Aturdido sin tiempo para encajar el golpe, se vio caminando hacia la habitación de Catherine, su madre. Vivían únicamente los dos hermanos y su madre; el padre había fallecido veintiún años atrás. Cuando entró en la habitación de Catherine, la encontró vistiéndose con celeridad, pero con calma. Se quedaron mirándose ambos unos instantes. El rostro desencajado de Eduardo contrastaba con el de su madre, serio pero sereno. Algo en la mirada de la mujer decía que ya sabía lo que estaba ocurriendo.

–Es Roberto –dijo casi sollozando.

–Ya lo sé, hijo. Saldrá de esta, tranquilízate y vístete. Tenemos que irnos.

Eduardo, estático, no salía aún de su asombro.

–Llamaré a un taxi, es mejor que no leves el coche –ordenó la madre sin dar lugar a réplica.

De camino al hospital ninguno hablaba.

Eduardo observó a su madre, como la había visto en muchas otras ocasiones, sumida en sí misma, inmóvil, a veces con los ojos cerrados. Cerca ya de su destino, Catherine le dijo:

–Tu hermano nos va a necesitar por un tiempo, debemos darle todo el amor y cuidado que seamos capaces.

Cuando su madre hacía alguna aseveración de este tipo, Eduardo no se atrevía a cuestionarla. Prácticamente nunca se equivocaba. O aunque no vaticinara nada, simplemente expresando su deseo o voluntad, era tal la forma que tenía de comunicarlo, la seguridad que le imprimía a las palabras en un tono que no dejaba lugar a dudas, que ya desde adolescentes supieron respetar todas sus decisiones. Francamente era una persona excepcional, capaz de mostrar, por un lado, dulce misericordia, y por otro, un rigor inquebrantable. Incluso en los casos en que tuvo que reprender a ambos hermanos, lo hacía con infinita paciencia y con un amor profundo, aunque sin retractarse ni un milímetro en sus castigos.

Recordaba Eduardo que no hacía mucho, rememorando los tres la infancia de ambos, ella les había explicado que si bien había que ser tolerantes con los hijos hasta cierto punto, también había que ser rigurosos en su disciplina y hábitos, y que si se llegaba a castigarlos por algún motivo que lo mereciera, este debía mantenerse hasta el final, ya que de lo contrario los padres perderían credibilidad y llegaría un momento en que los hijos les perderían respeto.

El taxi frenó algo brusco. Tras pagar, rápidamente se dirigieron al primer empleado del hospital que les indicó la dirección.

Les pidieron que esperaran en la sala para familiares. A los cinco minutos, entraron tres personas acompañadas de un celador, el cual les señaló con el dedo. Se trataba de los familiares de Teresa, Lisa, su marido y su hermano menor.

Eduardo, contagiado ya por la serenidad de su madre, le dijo a ella en voz baja:

–Deben ser los familiares de la chica con la que estaba Roberto

El marido de Lisa se adelantó hacia ellos, mientras aquella se sentó en el primer asiento que vio y se llevó las manos a la cara sollozando.

–Buenas noches, soy Tomás, el padre de Teresa, la... –dudó– amiga de Roberto.

Tras los saludos de circunstancia, Tomás contó la escasa información que había sonsacado a un policía de tráfico que le hizo algunas preguntas de rigor.

Al parecer, de regreso a casa tras el concierto del grupo de pop-rock, el coche se salió de la carretera en una curva no muy cerrada, pero con un desnivel de un metro aproximadamente, lo que provocó algunas vueltas de campana del automóvil, por lo que este quedó al final boca abajo. Conducía la chica y aún no se sabía si sobrepasaba los límites permitidos de alcohol en la sangre.

Justo en el momento en que Eduardo estaba preguntando sobre el lugar exacto donde ocurrió el accidente, salió un médico tras una puerta que debía de conducir al quirófano. Todos se aproximaron expectantes al cirujano.

–¿Los familiares de Teresa Ruiz?

Catherine y Eduardo retrocedieron unos pasos. En verdad sentían a Teresa como una desconocida, de hecho, no la habían visto en persona, sólo Catherine le contestó al teléfono un par de veces, ¡llevaban tan poco tiempo!, y además Roberto no era de los que enseguida presentan en casa a sus amigas. Se puede decir que solamente tuvo un noviazgo duradero, de casi dos años; se trataba de Charo, una joven que estudió Enfermería, y que apenas comenzó a trabajar en esta profesión terminó con Roberto, sin apenas explicaciones, aunque él se imaginó que había encontrado a otro hombre. “Quiero dedicarme por entero a mi trabajo”, le dijo ella. “¡Vaya excusa tan peregrina!”, se fue diciendo solo ese día, camino de su casa, con lágrimas en los ojos.

–¡Lo siento! No hemos podido hacer nada para salvarla.

Lisa dio un grito desgarrador y Tomás se quedó petrificado, no se podía creer que su hija de veinte años, que con tanto amor e ilusión educaron, había dejado su vida en un absurdo accidente de tránsito.

Catherine fue a consolar a Lisa. Eduardo, aunque confuso por la situación, hizo lo propio con Tomás y el hijo de estos, de unos quince años.

3

Roberto acariciaba a su perro pastor alemán Rusty. Estaban en el campo, el verdor de la hierba y los árboles era exuberante, la naturaleza parecía más viva que de costumbre, el cielo era de un azul intenso. “¡Qué bello!”, pensó para sí.

Rusty ladró en busca de juego, Roberto le lanzó un palo de madera lejos y el perro fue en su búsqueda. ¡Cómo quería a su perro!, tantos paseos juntos; pero un momento... su perro Rusty había muerto hacía un par de años, no podía ser. ¿Qué está pasando? ¿Estaría soñando?

De repente el escenario cambió, el perro desapareció, y se encontró rodeado de una especie de niebla, sin embargo no sentía ningún frío, el bienestar y la paz que le embargaban eran tan grandes que superaba a cualquier preocupación que tratara de invadir su pensamiento. Nunca se había sentido así de bien, era como si estuviera inundado de una energía que transmite serenidad a la vez que un entusiasmo perfectamente controlado.

La “niebla” se despejó algo, lo suficiente para ver una luz resplandeciente y a dos figuras que se acercaban a él procedentes de dicha luz. Eran unas siluetas humanas. Cuando estos seres estuvieron lo suficientemente cerca, a unos dos metros, vio que iban vestidos de manera muy sencilla: con una túnica blanca, con unos círculos concéntricos azules a la altura del pecho; y también vio, o mejor dicho, percibió, una armonía en sus facciones, una

serenidad fuera de lo común, unas miradas que desnudaban la mente, pero que sin embargo le hacían sentirse bien, como si captara unas vibraciones que le llenaban de gozo.

–¿Quiénes son ustedes? –se atrevió a preguntar Roberto.

Uno de los seres, con una sonrisa complaciente, le contestó:

–No importa quiénes seamos, solo importa la misión a la que vinimos. Lo que vinimos a decirte.

El ser se comunicaba mentalmente, sin mover los labios.

–Pero no entiendo nada, ¿dónde estoy? ¿Estoy soñando o qué? “Pero esto no parece un sueño –pensó–, esto es real”.

–Sí, efectivamente no estás soñando, aunque tampoco estás en el estado en que siempre te has visto.

–¡Ahora recuerdo! Iba en el coche con Tere, habíamos bebido de más y ella... la curva... no pudo hacerse con el coche –se quedó paralizado un momento– ¿Entonces? ¿Estoy... muerto? –preguntó confundido.

–No, Roberto, no estás muerto. Ahora mismo tu cuerpo está en la UVI del Hospital Central, estás en el estado que llamáis “de coma”.

–Y entonces, ¿qué hago aquí? ¿Y por qué sabes lo que pienso?

El otro ser, que no había intervenido hasta ahora, dijo también mentalmente:

–Roberto, no te atormentes con tantas preguntas, sólo escucha lo que te vamos a transmitir, y tenlo siempre muy presente de ahora en adelante.

El tono en que Roberto percibía estas palabras era una mezcla de firmeza y ternura al mismo tiempo, como el gesto del rostro de estos seres tan singulares.

Después de un silencio necesario, en el que Roberto se calmó y quedó expectante, el primer ser continuó:

–Vas a pasar por un periodo algo difícil de rehabilitación, ya que tu cuerpo ha sufrido en el accidente, pero te repondrás en poco tiempo, tendrás una valiosa ayuda en tu madre. Después de recuperarte pasará algo que cambiará completamente tu vida...

–¿El qué? –interrumpió Roberto impaciente.

–No te lo podemos decir, pero pasarás una etapa algo turbulenta y de ti dependerá que entiendas lo que ha pasado. Si lo llegas a descubrir, por favor, comunícale a todos que eso es lo que ha pasado y no otra cosa. Esto animará a los buscadores de la verdad a seguir fieles a las auténticas enseñanzas del Maestro.

–Perdonad, pero no entiendo muy bien lo que me estáis diciendo.

–No estamos autorizados a decirte mucho más –añadió el segundo personaje–, sólo que seas constante en tu búsqueda, no desfallezcas y quizá llegues a entender no solamente ese suceso tan maravilloso y que tan pocas veces ocurre en este planeta, sino muchas más cosas.

–¡Un momento! –exclamó Roberto–. ¿Vosotros sois de otro planeta?

Una amplia sonrisa se dibujó en los rostros de estos seres.

–No exactamente, Roberto. Aunque te puedo asegurar que hay muchos otros planetas habitados como este.

–¿Y cómo sabré lo que tengo que hacer?

–Déjate guiar por tu intuición –dijo el primero de los seres–. Además no estás solo –añadió.

–¿No? ¿Y quién estará conmigo?

–No he utilizado un tiempo verbal futuro, sino presente. De hecho lleva contigo mucho tiempo, desde que eras niño, y nunca ha dejado de estar contigo, ni dejará de hacerlo.

Roberto se quedó cabizbajo, pensando lo que le acababan de decir estos dos seres. ¿Y a quién se referían, a su hermano, a su madre?... ¿A Paolo, su amigo de la infancia?

Cuando levantó la cabeza para preguntar a quién se referían, los personajes habían desaparecido.

–¡Pero bueno! ¡Ehh! ¿Dónde estáis? –gritó.

De repente, el escenario cambió. Se encontraba en la primera casa donde vivió, concretamente en el salón. Era la casa de un pueblo mediano en el que vivió los años de su infancia. Observaba un cuadro familiar, estaba su madre leyendo un libro en un sillón y en el otro de enfrente su padre fumando una pipa y ojeando el periódico del día. Su hermano, sentado en la alfombra, se entretenía jugando con una especie de “mecano”. Su padre saboreaba una taza de café, y justo cuando dio un

sorbo empezó a toser como si el líquido se hubiera ido por la vía respiratoria. Se llevó la mano al pecho y cayó de bruces sobre la alfombra. Se acordó de la escena con tristeza. Rememoró esos momentos angustiosos en que su madre desesperada trató de reanimarle, haciendo lo que sabía del boca a boca, mientras su hermano y él permanecían de pie, inmóviles, asustados. Apenas tenía seis años y su padre no llegaba a los cincuenta.

Se sentía llorar reviviendo la escena, cuando sintió un golpe en la frente que le empujó hacia atrás y una sensación de pesadez le mantenía inmóvil. Abrió un momento los ojos y escuchó una voz femenina que dijo:

–¡Doctor Leiva! ¡Parece que vuelve en sí!

4

Eduardo salía del baño y se dirigía a su habitación a vestirse, mientras tanto Catherine desayunaba en la cocina mirando a través de la ventana que daba al campo, donde se erguía un robusto abeto de unos veinte metros de altura. Con la mirada perdida, sumida en sus pensamientos, esperaba a que su hijo mayor terminara de vestirse y desayunar para ir de vuelta al hospital, donde Roberto llevaba algo más de cuatro días en coma profundo.

Vivían en una casa cerca de Tarrasa, a unos 25 kilómetros de Barcelona. No muy lejos había un bosque con un pequeño lago. A Catherine siempre le gustó un sitio así para vivir y no estaba muy lejos de una gran ciudad; ella, de origen francés, vivió su infancia en un lugar similar al sur de Francia.

Al poco tiempo de morir su marido, se vieron obligados a dejar el pueblo donde vivían, debido a las habladurías de los vecinos que empezaban a afectar a la relación de sus hijos en el colegio y con los amiguitos que tenían. Algunos de los vecinos, precisamente los que menos la trataban, pensaban que ella había sido la causante de la muerte de su marido, ya que tenía cierta fama de “bruja” en el pueblo y alrededores. En ocasiones le hacían consultas o pedían consejo sobre diversos asuntos, y aunque ella nunca se dedicó seriamente a eso, ni cobró nada por ello. Pero este asunto y el de que

era una persona algo distante, que no se relacionaba mucho con el vecindario, unido también al hecho de que la habían visto varias veces quedarse sola, durante horas, sentada en algún rincón de un tupido bosque cercano al pueblo, hizo que le fueran poniendo esa “etiqueta”.

Algunos vecinos del pueblo empezaron a mirarla con temor y recelo, los peor pensados decían que había “liquidado” a su marido con algún veneno para quedarse con su fortuna. Los hijos sufrieron alguna pelea con sus compañeros de colegio defendiendo el honor de su madre. Ante esta situación, Catherine decidió cambiar de aires; vendió la casa del pueblo donde vivían y se fueron lejos de allí, pero a un lugar más hermoso todavía. Gracias a la herencia de su marido, que tenía una buena posición económica, y a la venta de mermelada principalmente y otros productos caseros que procesaba ella misma –en un almacén que tenía expresamente para eso–, vivía con bastante desahogo económico, y posteriormente compró un terreno rústico colindante con árboles frutales para ampliar el negocio y dedicarse a la elaboración de mermeladas y compotas más en serio.

–¡Mamá! –dijo Eduardo entrando en la cocina mientras se arreglaba la corbata–. Hoy no podré recogerte en el hospital a las seis como ayer, tengo trabajo atrasado en la oficina y tenemos que presentar una auditoría mañana.

Su madre le miró con comprensión.

–Estos días han sido horribles –siguió excusándose–. Ayer todos me preguntaron por Roberto y apenas pude concentrarme en el trabajo.

–Pronto estará entre nosotros –dijo Catherine.

–Esa noche –titubeó Eduardo– dijiste que necesitaría de nosotros. Lleva más de cuatro días en coma y me pregunto si de verdad saldrá de esta.

Catherine le miró con una leve sonrisa.

–¿Por qué me miras así mamá?

El teléfono sonó.

–Desayuna rápido, ya contesto yo –dijo Catherine.

Ella fue a coger el teléfono del salón.

–Dígame.

–*Buenos días, es del Hospital Central. ¿Es familiar de Roberto Campos?*

–Sí, soy su madre.

–*Señora, su hijo ha salido del coma, aunque está aturdido aún. El doctor Leiva y el doctor Calleja han procedido a realizarle un examen completo para ver si tiene algún tipo de daño, debido al traumatismo craneal que sufrió en el accidente.*

–Enseguida vamos para allá.

–*De acuerdo, pero las pruebas a las que está siendo sometido tardarán unas horas.*

–No importa, gracias.

Catherine colgó el teléfono con resignación.

–¿Quién era? –gritó Eduardo desde la cocina.

–Era del hospital –le respondió Catherine desde la puerta de la cocina.

–¿Y qué han dicho? –preguntó expectante.

–Tu hermano ha salido del coma...

–¡Caramba, eso es estupendo! –interrumpió Eduardo–. Pero no te entiendo, parece que no te alegras.

–Bueno, le están sometiendo a pruebas para ver las lesiones que le han podido quedar del golpe recibido en la cabeza.

–Ya.

Eduardo dudó un instante. Sabía de las artes adivinatorias de su madre y de su poder de clarividencia, que en pocas ocasiones ponía de manifiesto, solamente cuando lo consideraba necesario.

–¿Qué piensas que le pasará? –se atrevió a preguntar.

–Solo sé decirte lo que te dije la noche del accidente, que necesitará de nosotros, sobre todo de mí.

5

Ya en el hospital, en la sala de espera los minutos se hacían interminables.

Eduardo permanecía sentado con la cabeza agachada, los codos sobre las rodillas y las manos frotándose el pelo una y otra vez. Mientras, Catherine observaba discretamente a un grupo de personas, sin duda familiares de algún paciente, que al parecer estaba siendo sometido a una intervención quirúrgica de vida o muerte. Sentía la desesperación de sus corazones, la angustia de no saber qué va a pasar con el ser querido. Sintió el impulso de acercarse a ellos y tranquilizarlos, pero en esos momentos un hombre con bata blanca de unos sesenta años, pelo mitad moreno, mitad canoso preguntó por los familiares de Roberto, y les indicó que le siguieran a un despacho. Después de las presentaciones, el doctor Leiva miró entre unos papeles de su mesa, al momento fijó su mirada en los ojos de Catherine, algo en esa mujer atraía, quizá le llamó la atención su rostro sereno dadas las circunstancias. Un carraspeo de Eduardo hizo salir al doctor de su ensimismamiento y este, ruborizado, bajó la mirada.

–Como saben, Roberto sufrió un traumatismo craneal, principalmente en el lóbulo frontal. En estos casos las consecuencias son diversas...

–¿Qué quiere decir, doctor? –preguntó impaciente Eduardo.

–Bien, no me andaré con rodeos. Después de un primer reconocimiento, hemos detectado que Roberto sufre de apraxia.

–¿Qué? –dijo Eduardo–. ¿Qué es eso?

–Es como si hubiera perdido la memoria de los movimientos secuenciales rutinarios, por ejemplo, abrocharse un botón, atarse los zapatos, etcétera; es decir, necesita empezar de cero, como si fuera un niño. Ahora bien, ha tenido relativamente suerte, podía haber sido peor, en muchos casos se pierde la movilidad de las extremidades de alguno de los lados o falta de memoria total. Afortunadamente ha pasado pocos días en coma, si hubiera estado más tiempo, las consecuencias podrían haber sido peores. Pueden traerlo a rehabilitación si lo desean o ayudarlo ustedes en su casa.

–¿Cuánto tiempo tendrá que estar aquí? –preguntó Catherine.

–Si todo va bien y evoluciona normal, en una semana o algo más podrá irse a casa. Aunque tendrá que venir un par de veces al menos para hacerle un seguimiento.

–¿Podemos verle ahora? –preguntó Catherine.

–Desde luego. Sólo una cosa les debo advertir. En esta fase el paciente está algo confuso y Roberto no es una excepción, puede cambiar de humor o irritarse con facilidad, deben tener mucha paciencia y comprensión.

–¿En cuánto tiempo podrá recuperar su vida normal? –preguntó Eduardo.

–Eso depende del tiempo que dedique a la rehabilitación y de él mismo, del ánimo, de la

actitud que tenga, por eso ustedes juegan también un papel importante, sobre todo en animarle y mantenerle la moral alta.

Si son tan amables de esperar un momento en la sala de espera, enseguida la enfermera les llamará para que vayan a verlo. ¡Ah! Y piénsense lo de la rehabilitación.

–Gracias, doctor –dijo Catherine.

Al momento una enfermera les indicó que la siguieran y entraron en una habitación donde Roberto aún tenía un vendaje que le cubría toda la cabeza. Estaba despierto, pero con la mirada extraviada.

–Hola, Rober –dijo Eduardo–, ¿cómo te encuentras?

Roberto giró la cabeza y se les quedó mirando con una expresión de tristeza y alegría al mismo tiempo; es la expresión del que sabe que ha estado cerca de la muerte, pero que ha vuelto a la vida y puede contemplar a sus seres queridos. Una lágrima se deslizó por su mejilla.

Catherine se acercó, le secó la lágrima, lo besó en la mejilla y le dijo:

–No te preocupes mi vida, saldrás adelante.

6

Eduardo metía un pequeño bolso en el maletero del coche, mientras Roberto esperaba dentro. Ya habían pasado diez días desde que había recuperado el conocimiento y el médico ese mediodía decidió mandarle a casa.

Una vez de camino, Roberto preguntó:

–¿Por qué no ha venido mamá?

–Ya te lo he dicho antes, tuvo que quedarse en casa.

–Sí, pero ¿por qué?

–Es que... los del seguro iban a arreglar una gotera –se inventó Eduardo.

–Un sábado por la tarde.

–Claro. Para esas cosas hay atención las veinticuatro horas del día. Además, ¿qué más te da?

–Vale. Sólo es que, conociéndola, me extrañaba.

–Y la familia de Teresa, ¿ha venido a verte en estos días alguna vez?

Roberto bajó la mirada y se quedó un momento pensativo.

–Vaya, lo siento. No quería... –se excusó Eduardo.

–No te preocupes. Vino hace dos días el padre solamente, dijo que excusara a su mujer, pero que se encontraba tan afectada por lo de su hija que no estaba en disposición de ver a nadie.

–¡Pobre gente! Tiene que ser muy duro. ¿Y tú, la querías?

–No sé, llevábamos muy poco tiempo.

Aproximadamente media hora tardaron del hospital a la casa. Los movimientos de salir del coche y llegar a la puerta de la casa más bien parecían de un anciano que de un joven de la edad de Roberto. La apraxia y los días que permaneció inmóvil en la cama del hospital se hacían notar.

Cuando entraron a la casa, Roberto se llevó una sorpresa; había ocho personas contando a Catherine esperando dentro, los cuales se acercaron a darle la bienvenida. Entre ellos estaba Paolo, un amigo íntimo de Roberto, y su novia Raquel; también la prometida de Eduardo, Cristina; los tíos Francisco y Elena, que solían visitarlos asiduamente, ya que no vivían lejos; Lourdes, una vecina viuda y amiga de Catherine que vivía sola y con la que solía charlar en las tardes o noches de buen tiempo en el porche de la casa. También se encontraba un hombre de edad madura, al que Roberto había visto en algunas ocasiones con su madre, y que parecía que guardaban cierta relación misteriosa. Nunca su madre les reveló si tenía algún tipo de vínculo sentimental con ese hombre.

Miguel –que así se llamaba– saludó a Roberto poniéndole ambas manos sobre sus brazos; este, todavía estupefacto, apenas asintió con la cabeza en un gesto de gratitud.

–Insistieron en venir a verte cuando llegaras del hospital –le dijo Catherine.

–Bueno en realidad la idea fue de Cristina –añadió Eduardo–. Espero que no te haya molestado.

–¿De verdad? –masculló Roberto. “Quién sino”, pensó.

Cristina se acercó a él.

–¡Hola, Roberto! ¿Cómo estás?

Le dio dos besos sonoros en las mejillas. ¡Cómo le fastidiaba cada vez que hacía eso! No se llevaba mal con ella, simplemente que le parecía muy artificial, y demasiado preocupada por las apariencias y las formas ante los demás. En realidad nunca le cayó bien, y no entendía cómo su hermano podía estar tan “colado” por ella.

–¡Amigo mío! –dijo gritando Paolo–. Veo que has mejorado desde el último día que te vi en el hospital.

–Tu sí que estás bien. Aunque desde que estás con Raquel, ya casi no te veo el pelo.

–No, hombre, lo que pasa es que... bueno, ya sabes, hay que compartir cosas con la novia.

–¡Ya, ya! No te justifiques, chaval, y dame un abrazo. Ambos se fundieron en un abrazo.

–Tengo que contarte algo –susurró Roberto al oído de su amigo–. Este se le quedó mirando fijamente a los ojos para tratar de adivinar la importancia del asunto, y vio en su gesto que era algo importante e incluso grave.

Lo suyo era una amistad incondicional, desde que se trasladaron a esta casa, hacía ya muchos años. Habían jugado juntos en la misma pandilla, y de más grandes se habían corrido muchas juergas, habían conocido varias chicas, salido juntos en parejas; no era una amistad superficial. En varias ocasiones, habían tenido charlas interesantes sobre diversos aspectos de la existencia humana: sentido de la vida, evolución de los seres humanos,

existencia del alma, las religiones y, por supuesto, la existencia de Dios y cosas similares. Ambos recordaban esas animadas conversaciones alentadas por el alcohol, que a veces acababan en un reconocimiento mutuo de la amistad que sentían ambos.

–¡Guau!, ¡guau! –Goofy, el perro actual de Roberto, estaba ladrando y moviendo el rabo desde el otro lado de la cristalera del jardín.

–¡Goofy! –gritó Roberto.

Eduardo fue por el perro, pero lo trajo sujeto, ya que la impaciencia del animal y el estado de Roberto hacían que el encuentro fuera peligroso para este, quien podía terminar cayendo al suelo.

Las demás personas presentes fueron saludando a Roberto, animándole a su recuperación total. Lourdes le acercó una tarta de manzana que había hecho expresamente para él, ya que le gustaban mucho. Roberto, en un esfuerzo por disimular su discapacidad, fue a sentarse en el sofá, con tan mala suerte que tropezó en la mesita de salón y cayó de golpe en el sofá. Eduardo, que estaba más cerca, le preguntó:

–¿Te encuentras bien?

–Sí, solo ha sido un tropiezo –contestó Roberto incómodo.

–¡No te preocupes, Roberto! –dijo Cristina–, aquí estamos nosotros para cuidarte, ¿verdad, Eduardo?

–Quizá hubiera preferido no encontrarme tanta gente, ¿no crees?

–Pero ¿por qué? Es una fiesta de bienvenida a casa.

Catherine, percibiendo cómo podía acabar la conversación, intervino:

–Será mejor que salgamos al jardín y tomemos algo, mientras dejad que mi hijo descanse un poco. No está siendo fácil para él todo esto.

La mayoría asintieron. Eduardo se llevó al perro a un lugar seguro.

Mientras todos salían, Catherine se acercó a Roberto y le dijo:

–Lo siento, no tenía que haber permitido esta recepción absurda.

–No te preocupes, mamá, no es culpa tuya.

–Sí lo es, porque al fin y al cabo es mi casa y en tu situación era lógico pensar que no te encontrarías cómodo.

–Da igual.

–¿Quieres tomar algo? ¿O tienes hambre?

–No, comí en el hospital antes de venir. Dame por favor un refresco, o mejor dile a Paolo que me lo traiga él, pero que venga solo ¿vale?, tengo que hablar con él.

–Como quieras.

Al momento apareció Paolo con un vaso de naranjada.

–Bueno, veamos ese misterio que te traes entre manos, ¿de qué va? –preguntó Paolo.

–Tengo que contárselo a alguien, de lo contrario voy a terminar volviéndome loco, además de medio paralítico.

–Anda no exageres, esa cosa que tienes del golpe, ¿cómo se llama?, “ambrasia”, se te arreglará en unas semanas.

–“Apraxia”, ignorante.

–No me jodas, que tú te has enterado porque te ha pasado a ti, sino ni flores.

Roberto no pudo disimular una sonrisa. Era la primera vez que sonreía desde el accidente.

–¡Bueno! –insistió Paolo al tiempo que le entregaba la naranjada a su amigo y a continuación se sentaba en un sillón al lado del sofá–, soy todo oídos.

–Verás, se trata de los días que estuve en coma.

Roberto dudó. No sabía muy bien cómo contárselo a su mejor amigo.

–No sé de qué se trata, pero ¿por qué no me lo contaste cuando te fui a ver al hospital? –preguntó Paolo.

–No, había más gente, y... no sé, quizás no me tomaras en serio, de hecho puedes pensar que ha sido una alucinación y nada más.

–Bueno, pues prueba a contármelo, ¿qué experiencia tuviste durante el coma?

–Fue una visión, una vivencia o lo que fuera, pero te aseguro que tan real, como que tú y yo estamos hablando aquí y ahora... –Paolo, con un gesto, le invitó a que continuara.

–Me visitaron dos seres y me dieron un mensaje, o al menos eso creo. Eran seres diferentes a nosotros, aunque con aspecto humano; irradiaban confianza y un sentimiento como de ternura, al menos esa sensación me transmitieron. Y dijeron

que algo extraordinario iba a pasar y que yo tenía que emprender la búsqueda de la verdad sobre ese acontecimiento.

–Pero, un momento, ¿no te dijeron qué iba a pasar?

–No, Paolo. Sólo que si llegaba a descubrir lo que había pasado realmente, debería darlo a conocer a los demás.

–¿A quiénes?

–No lo sé, creo que se referían al mundo, a todos. ¡Ah! Y que esto ayudaría a que los buscadores de la verdad siguieran las enseñanzas reales del Maestro.

–¿Del Maestro? ¿De qué Maestro? –interrumpió una vez más Paolo.

–Ni idea, pero me pareció muy espiritual todo el asunto, de hecho me sentía pleno, armonioso, como por encima de todos los sucesos de mi vida.

–¡Caramba qué fuerte!

–¿Pero tú me crees, Paolo?

–¡Hombre! Claro que creo que te pasara lo que me cuentas. La cuestión es, si fue una experiencia producto de tu mente nada más, o en verdad tuviste algún tipo de contacto extrasensorial con otras personas o lo que fueran. Por cierto, ¿no te dirían que eran seres de otro planeta?

–No. ¿Por qué?

–Mucho mejor, porque esas historias de contactos con extraterrestres están muy manoseadas.

–O sea, que piensas que he alucinado yo solito.

–¿Qué quieres que piense, Roberto? Tú sabes que soy un poco reservado en los asuntos esotéricos, religiosos o espirituales y me rijo por la ciencia empírica principalmente.

–Ya lo suponía, pero de todas formas tenía que contárselo a alguien ¿no? –dijo con cierta resignación Roberto.

Raquel entró en el salón y desde unos metros dijo:

–Tu madre me envía, dice que debes tomarte la medicina. Paolo, cariño, ayúdala a levantarse.

–Está bien, ¡vamos allá! –sentenció Roberto.

–Por cierto –dijo Paolo ya de pie–, la fiesta de bienvenida fue cosa solo de tu futura cuñada. Tu madre apenas se enteró esta mañana.

–No pasa nada, lo único que me irrita un poco la hipocresía de Cristina.

–¿Hipocresía?

–Sí, únicamente le preocupa la fachada; además ya la he pillado en un par de ocasiones discutiendo con mi hermano, mejor dicho, regañándolo por una tontería, y luego, al momento, decir de ella misma que es un encanto, muy cariñosa con él y no se qué “chorradas” más.

–¿Queréis dejar de cuchichear y venir ya? – insistió Raquel con una sonrisa en los labios.

7

Los días siguientes fueron transcurriendo lentamente. Catherine trataba de alentar a su hijo, que a veces caía en la desesperación por su torpeza al realizar tareas cotidianas que antes hacía con suma agilidad y ahora le costaba verdadero esfuerzo. El mal genio de Roberto iba en aumento, y la paciencia de Catherine era envidiable, tanto, que a veces el mismo Roberto se quedaba admirado. No sólo era el amor de madre el que afloraba continuamente en su mirada, en sus gestos, en sus palabras y en todas sus acciones, sino también irradiaba un estado de paz y de armonía consigo misma que era inalterable a pesar del malhumor de su hijo.

En verdad fueron semanas de dedicación total. Ella le ayudaba en las tareas físicas únicamente cuando lo consideraba necesario, ya que no quería que se sintiera demasiado torpe, y le animaba una y otra vez a realizar los ejercicios que le habían mandado en el hospital. Tardaba mucho más tiempo del normal en bañarse, peinarse, vestirse, atarse los zapatos, comer y un sinnúmero de pequeñas tareas cotidianas, que las personas hacen mecánicamente y no le dan ninguna importancia a la sincronía de movimientos, pero en el caso de Roberto era como empezar de cero, como si fuera un niño, moviendo las extremidades, grabando en

su memoria nuevamente todas estas tareas rutinarias.

Ya había pasado más de un mes desde su regreso a casa. Esa mañana tenían que ir a visitar al doctor para una revisión programada en la que querían ver la evolución de Roberto.

–¡Mamá! Ya estoy listo –grito Roberto desde su habitación–. Cuando quieras nos vamos... ¿Mamá?

Cuando Roberto llegó al salón vio que la puerta estaba abierta y observó que su madre venía de recoger el correo.

Al entrar en la casa, Catherine dijo:

–Mira, Roberto, es la invitación de boda de tu hermano, Cristina dijo que nos mandaría una.

–¿Y para qué? –dijo Roberto encogiéndose de hombros–, ¿es que necesitamos invitación?

–Bueno, a ella le gusta hacer así las cosas, y tu hermano...

–Y mi hermano es un “calzonazos” –interrumpió Roberto–. Menuda la que le espera.

–Es su elección. Cada uno debe aprender de sus decisiones.

Ambos se miraron un instante a los ojos. Roberto pensó que quizá el sentido de esas palabras iban más allá, si también lo decía por él.

–No seas tan susceptible, hijo. Me refiero a todo el mundo, a todos los seres humanos.

–¡Vale, vale! Siempre me lees el pensamiento.

–Lo que pasa es que eres como un libro abierto. Anda, vámonos que si no llegaremos tarde.

La boda de su hermano con Cristina era dentro de mes y medio. Todos esperaban que para

entonces Roberto estuviera recuperado prácticamente del todo y pudiera hacer una vida normal. La fecha no fue retrasada, era la prevista, ya que en el salón contratado había mucha lista de espera y lo habían solicitado con mucha antelación.

La revisión rutinaria con el doctor Leiva y un asistente fue de lo más amena y entusiasta, ya que todos vieron cómo había recobrado su psicomotricidad casi en un 100%.

–Es increíble cómo se ha reestablecido tan rápido –exclamó el doctor–, se ve que han hecho una gran labor.

–Bueno, en realidad mi madre tiene la culpa –dijo Roberto en tono jocoso–, es la que me insistía una y otra vez para que hiciera los ejercicios.

–Creo que vendría muy bien su trabajo en nuestro centro hospitalario, quizá la contratemos –dijo el doctor siguiendo la broma.

–Mi labor se acerca a su fin. –dijo Catherine.

–Bueno, de todas formas todavía le falta un poco, voy a mandarles otras tablas de ejercicios de más nivel y dentro de unas semanas nos volvemos a ver.

Se despidieron con una sonrisa en los labios, y el doctor le comentó a su ayudante cuando Roberto y su madre se alejaban.

–¡Qué mujer! Tiene algo que no sé explicar, pero es como si te desnudara la mente.

–Y por otro lado es atractiva, ¿no, doctor? –insinúo el ayudante.

–Sí, por supuesto; pero es algo más que traspasa lo puramente físico y sensual.

8

Roberto y Paolo paseaban junto a Goofy por los alrededores de la casa, en dirección al lago. La tarde del lunes era soleada y con una temperatura agradable que invitaba a salir al encuentro con la naturaleza de la zona. Ya habían pasado tres semanas desde la última visita al hospital, en la que incluso fue solo. El doctor Leiva le dijo que ya estaba repuesto totalmente y que podía hacer vida normal.

Ambos charlaban de la boda de Eduardo y Cristina, que se celebró el fin de semana anterior. Paolo le reprochaba a Roberto:

–Reconoce que fuiste un poco áspero con la chica esa... ¿cómo se llamaba?

–Luisa.

–Eso, Luisa. ¿Quién era, por cierto?

–Una prima de Cristina, o al menos así me la presentaron –contestó Roberto.

–Bien, ¿y qué te pasó con ella, que se fue del baile como alma que lleva el diablo? Todo el mundo se quedó mirando.

–No sé, en realidad creo que aún no estoy preparado para tener relaciones con mujeres. Después de lo de Teresa...

–Ya, fue muy fuerte. Pero tú llevabas muy poco tiempo saliendo con ella, no le pudiste coger mucho cariño.

–Sí, es verdad, pero de todas formas recuerdo mucho su sonrisa jovial, su alegría y cuando veo a otra me viene a la cabeza, y...

–¿Y? –le apremió Paolo.

–¡Era tan joven! Creo que me siento culpable.

Paolo no quiso decir nada, lo dejó seguir, sabía que era mejor dejar que se desahogara.

–Debí coger el coche yo. Ella era muy novata y había bebido. Claro que yo me había tomado mis copas también, pero tenía más experiencia – después de una pausa continuó–. Ella insistió en llevar el coche y yo... ¡Estúpido de mí! No hice nada por evitarlo –estas últimas palabras las pronunció con un sollozo irrefrenable.

Paolo le llevó el brazo a la espalda, en silencio, en un gesto de consuelo, mientras Roberto siguió llorando con la cabeza agachada y la mano derecha tapándose los ojos.

Fueron de esos momentos amargos en la vida, en los que un amigo es el mejor consuelo. Roberto no había superado tan fácilmente el accidente.

–¿Has hablado con tu madre de esto? –preguntó Paolo.

–Sí, en un par de ocasiones –respondió algo repuesto.

–Tu madre es una persona muy especial, muy sabia, o al menos eso me parece a mí, bueno, ya lo hemos hablado en alguna ocasión. Y supongo que te habrá aconsejado o dicho algo al respecto.

–Bueno, me ha contado ciertas cosas sobre la muerte. Ya sabes que tiene unas creencias un poco particulares. Dice que Teresa seguirá viviendo en

otra vida distinta, en otra parte, o en otro mundo, creo que me dijo. Que Dios, en su infinito amor, no elimina el alma de alguien que no ha tenido tiempo siquiera para decidir conscientemente. Y que no debía atormentarme por lo que pasó.

–¡Un momento! ¿Te habló de lo que hay después de la muerte? ¿Qué eliminación? ¿Y qué decisión es esa que tenía que tomar?

–¡Vaya, Paolo! ¿A qué te contesto primero? Esto parece un interrogatorio, además tú no crees en que hay otra vida.

–No es así exactamente, sólo digo que no se ha podido demostrar que exista vida después de la muerte. Bueno, pero no te desvíes del tema, que esto viniendo de tu madre es de sumo interés. ¡Cuéntame más!

–¿Y por qué no se lo preguntas a ella? Ahí la tienes.

Como ambos estaban de pie, enfrente uno de otro, Paolo se sobresaltó al ver el gesto de Roberto, que le indicó con la cabeza que estaba su madre delante de ellos, y rápidamente giró la cabeza, pero se tranquilizó al ver que Catherine estaba sentada en una roca de espaldas a ellos, a unos treinta metros. Estaba en uno de sus lugares preferidos, en un pequeño alto desde donde se divisaba totalmente el pequeño lago, que consistía en un embalse, de algo menos de doscientos metros de largo por cincuenta de ancho. A Catherine le gustaba ir allí a menudo, siempre que el tiempo y sus obligaciones se lo permitían.

–No sé si debíamos molestarla –dijo Paolo–.

Paolo, al igual que muchas personas relacionadas con Catherine, o que la conocían de algo, sentía un profundo respeto por ella y, en algunos casos, como en el suyo, se entremezclaban admiración y cierta turbación.

–¡No pasa nada, hombre! –contestó Roberto dándole una palmada en la espalda a su amigo–. Eso sí, haremos algo de ruido al acercarnos por si está en meditación profunda, no quisiera asustarla.

Cuando estaban a pocos metros, hicieron ruido al andar, pero Catherine no se inmutó. Al momento y sin volver la cabeza dijo:

–¡Acercaos, mirad qué bella está la laguna hoy!

Ambos se miraron sorprendidos, y Roberto hizo un gesto de resignación encogiéndose de hombros. Estaba más acostumbrado que su amigo a este tipo de actos por parte de su madre.

Una vez sentados los tres, Roberto inició la conversación.

–¡Mamá! Paolo y yo veníamos hablando sobre lo que contaste el otro día referente al posible destino de Teresa, o mejor dicho de su alma...

–Es cierto, señora Bulet –interrumpió impaciente Paolo.

–¡Llámame Catherine, Paolo!

–Sí, perdón. La cuestión es sobre lo que piensa que hay después de la muerte. ¿Hay cielo e infierno? ¿A dónde vamos? ¿Existe el espíritu?

–¡Vale ya! –le cortó Roberto, mientras Catherine se reía abiertamente.

Durante unos segundos, Catherine quedó en silencio, mirando al cielo, como ausente; su faz se

volvió seria. Los dos amigos esperaban expectantes.

–Dime, Paolo, ¿tú crees en Dios o en algún ser superior creador de todas las cosas?

–Bueno... en realidad –dudó–, no estoy seguro.

–¡Ya! Y si no tienes claro la existencia de un creador, ¿por qué te planteas la existencia después de la muerte?

Paolo agachó la mirada algo avergonzado.

–Piensa –continúo Catherine– que si existe un alma en cada ser humano, sólo tiene sentido si existe un plan para él. Aunque está bien tratar de buscar la verdad sobre todo lo existente y sobre la existencia de Dios, no olvidéis nunca que a Dios no le podéis encontrar en la ciencia, ni siquiera en la filosofía. ¿Cómo puede demostrar la materia que existe el mundo del espíritu, que es otra realidad superior? Lo bajo no puede explicar lo alto.

–Sí, pero entonces –intervino Roberto–, ¿cómo se puede llegar a comprender la existencia de Dios?

–Hijo, no tienes que comprenderla, nosotros no podemos llegar a entender muchas cosas aquí, al menos la mayoría de las personas. Pero sí puedes sentir a Dios, intuirlo, vivirlo e incluso dejarte llevar por Él.

–Un momento –interrumpió Paolo, que había recobrado su ánimo–. ¿Cómo se puede hacer eso?

Catherine se tomó unos segundos para pensar. Cuando hablaba de cosas importantes, no le gustaba hablar a la ligera y se tomaba su tiempo para madurar bien sus palabras, para que estas fueran bien entendidas.

–La mente de los seres humanos es como un cristal más o menos sucio por el que apenas puede pasar la luz divina. Nuestro trabajo consiste en “limpiar” ese cristal, poco a poco, con constancia, dejando que las auténticas virtudes inunden nuestros pensamientos y nuestras acciones, desechando las impurezas de nuestra mente, inundándonos de amor, transmitiendo ese amor a los demás seres humanos que debemos considerar como nuestros hermanos, nuestros compañeros de viaje. Así, día a día, en una labor de transformación interior, podemos conseguir tener nuestro cristal cada vez más “limpio” y que la luz divina que está en nosotros pueda pasar cada vez más clara e intensamente a nuestra alma, en una comunión de esta con nuestra “chispa divina”.

Los dos amigos estaban mudos, por lo que Catherine continuó:

–Ese debe ser el anhelo de todos los seres humanos, esa debe ser la búsqueda que debemos emprender en esta vida... y en las demás.

–¿En las demás? –dijo Paolo–. ¿Cuántas veces tenemos que reencarnar en este planeta?

–Ninguna –contestó Catherine con rotundidad.

Paolo sacudió la cabeza en un gesto que denotaba su confusión, mientras Roberto, que no había apartado la mirada de su madre, dijo con cierta complacencia:

–Lo haremos en otros mundos, como en el que está Teresa.

–Bueno, en el que está o estará –aclaró Catherine.

–Pero tú me dijiste el otro día que... –se detuvo tratando de recordar.

–Te dije que estaría, pero yo no sé cuándo o si ya lo está. Eso es cosa de los que tienen que decidir sobre ello. El Padre no está solo, son muchas las criaturas en que delega, un ejército interminable de seres, cada uno con su cometido. Y muchos de ellos están destinados a ayudar a los seres humanos en su peregrinar hacia el Paraíso. ¿No es maravilloso? –les preguntó sonriendo.

Paolo se rascó la cabeza, y preguntó:

–Sí, todo eso suena muy bien, pero... ¿Cómo podemos saber que es verdad?

–Esperaba esta pregunta. Es lógico, que todo esto contado así, te suene extraño e increíble, pero para mí es el fruto de muchos años, yo diría que de toda mi vida. Pero es cierto que es una cuestión de fe. Sin la fe en la existencia de una realidad superior, de un creador, todo lo demás no tiene sentido y se derrumba como un castillo de naipes. La fe es como la prueba que Dios nos pone; pero fijaos que a lo largo de la existencia del hombre, desde que empezó a tener consciencia de sí mismo, desde que empezó a preguntarse por lo que le rodeaba y por las cosas que le sucedían, y por la muerte, comenzó a sentir que existía un ser superior. La concepción de ese Dios sufrió muchas transformaciones, pero llegó un momento en la evolución de la humanidad en que se avanzó hacia el concepto de un solo Dios, eso fue un paso importante, aunque lo vieran como un padre justiciero y vengativo, nada más lejos de la

realidad. Jesús vino a demostrar que ese Dios era un Dios de amor, justo y misericordioso al mismo tiempo, que en él no cabe la venganza, ni el capricho. En definitiva, la inquietud espiritual de los seres humanos siempre ha existido, la fe en un creador ha estado presente de una u otra forma. ¿No te parece que esto no puede ser casual?

A esas alturas, Roberto y Paolo ya no sabían qué decir.

Catherine los miró con compasión y les dijo solemnemente:

–No hay aventura más apasionante para los hombres y mujeres que la búsqueda personal de esa fracción del Padre celestial que mora en todos nosotros, os lo puedo asegurar –y añadió mientras se levantaba dando la conversación por terminada–. Una herramienta muy práctica es la meditación y la observación atenta de uno mismo; pero eso sí, sin perderse en la vida contemplativa, pasiva. Eso no es el deseo del Padre. Tened en cuenta que Él es creativo, activo, nunca ha dejado de hacer cosas. ¡No para! –dijo riendo–. Bueno, chicos –añadió Catherine ajustándose el abrigo–, ahora os tengo que dejar porque he quedado con un cliente al que le tengo preparado un pedido de mermelada.

Los dos amigos se miraron algo sorprendidos del repentino final de la conversación. Catherine, percibiendo esto, les dijo:

–No os olvidéis que estamos en el mundo de la materia, y hay que atender las necesidades materiales. Pero esto no es incompatible con la vida espiritual, ambas cosas son perfectamente

compatibles y, yo diría, incluso, necesariamente combinables.

Catherine empezó a caminar de vuelta a su casa. El sol estaba ya muy bajo, y ambos amigos decidieron quedarse a contemplar la puesta de astro rey que prometía ser hermosa. En sus mentes, sobre todo en la de Roberto, empezaron a cuestionarse algunas cosas de su actitud ante la vida, quizá de la superficialidad con la que había vivido hasta ahora. ¿Qué le depararía el futuro? Se acordó por un momento de su “sueño” o más bien vivencia mientras estuvo en coma, ¿Habría sido simplemente un sueño? ¿Por qué no había querido contárselo a su madre?

9

Roberto estaba contento después de su entrevista de trabajo, había causado buena impresión al responsable de recursos humanos de la editora de una revista mensual publicada en español y de importante tirada en el país, en parte de Sudamérica y en algún estado de Norteamérica con un número significativo de habitantes de habla hispana.

Regresaba a casa en su coche desde la ciudad, al acercarse vio salir de ella a dos personas: un hombre y una mujer, y a Catherine acompañándolos. Al ver Catherine que él llegaba, les indicó a estas personas que esperaran. Estaba claro que su madre quería presentarlos.

No se hizo esperar, y algo intrigado salió del coche dirigiéndose hacia los desconocidos.

–¡Hola, hijo! Quiero que conozcas al señor De Mera y la señora Vértinezza, son ejecutivos de la empresa Confruit.

En verdad tenían aspecto de directivos, con trajes de diseño y apariencia bien cuidada. Ambos de edad madura, lo cual no era óbice para reconocer el atractivo de la mujer de origen italiano –pensó Roberto.

–Encantado de conocerlo –le dijo el hombre extendiéndole su mano.

Tras las presentaciones, Catherine explicó a su hijo que había procedido a arrendar el negocio de su propiedad a esta empresa, con el compromiso

por escrito por parte de esta de que respetaría el contrato de los pocos trabajadores que el pequeño negocio tenía a su cargo. Dicha renta mensual era suficiente para vivir cómodamente. Catherine, que ya estaba cercana a la edad de jubilación –aunque por su aspecto nadie lo diría– había reunido a sus dos hijos días antes para proponerles si querían continuar con el negocio. Pero, ni Eduardo ni Roberto mostraron interés por continuar con el negocio familiar, que tan bien había funcionado y que hacía ya varios años había llegado a ampliarse hasta contratar a cinco trabajadores. Solo una empleada tuvo que ser sustituida en todo ese tiempo, y fue por razones familiares que la obligaron a dejar la ciudad. El trato que recibían de Catherine era exquisito, y únicamente en un par de ocasiones se vio obligada a corregir a uno de sus empleados, que a pesar de todo la admiraba enormemente.

Después de esa reunión familiar y debido al desinterés mostrado por ambos hermanos, estos le dijeron que hiciera lo que considerara mejor, de ahí que Roberto no se mostrara muy sorprendido.

–¿Quieres acompañarnos a la nave? Les voy a presentar a los empleados –dijo Catherine.

–Pero, ¿ellos ya lo saben? –replicó Roberto.

–Sabían de mis intenciones, pero aún no saben que hemos cerrado el trato. ¡Acabamos de hacerlo! –exclamó riéndose y contagiando a los ejecutivos.

–Está bien, os acompaño.

Los cuatro se dirigieron a la nave donde se procesaba las compotas y mermeladas. La mujer

empresaria se puso al lado de Roberto y le dijo en voz baja:

–Tienes una madre maravillosa. Da gusto tratar con ella. La verdad es que no teníamos intención de conservar a sus trabajadores, o al menos sus condiciones económicas; pero insistió tanto y nos dio tantos argumentos a favor que tuvimos que ceder.

–Me imagino que conseguir eso de personas que conocen mucho el mundo de los negocios debe ser poco habitual –le contestó Roberto con humor algo irónico.

La señora Vertinezza no pudo por más que sonreírse.

Después de visitar la nave y mientras Catherine despedía afuera a la pareja de ejecutivos, Roberto se quedó conversando con David, el empleado más antiguo que tenían, que, junto con otro hombre, tres mujeres y la propia dueña formaban el grupo de trabajo. Este le comentó a Roberto:

–Me preocupa entrar a formar parte de una empresa grande. Hasta ahora teníamos un trato personalizado, directo, con tu madre; pero me temo que ahora, a pesar de lo que nos han dicho, no vaya a ser lo mismo.

–Al menos los salarios los tienen que respetar –le dijo Roberto.

–Ya, pero el ambiente de trabajo también es muy importante, y quizá se vea mermado al cambiar de responsable. ¿Por qué crees que llevo once años aquí?

David buscó la mirada de Roberto y este la desvió mirando al suelo. Estaba claro que comprendía la preocupación de David y en cierto modo se sentía culpable al no haber querido hacerse cargo del negocio.

–Por cierto –preguntó David cambiando de tema–, ¿qué va a hacer tu madre ahora?

–Dice que viajar, conocer mundo... ¡Yo que sé!
–exclamó Roberto encogiéndose de hombros.

En la bolera, Roberto echaba una partida con un par de amigos, uno de ellos, Ramón, era un actual compañero de trabajo y era la primera vez que salía con él, el otro era amigo desde hacía más tiempo, aunque no se veían muy asiduamente; Lucas, que así se llamaba, a su vez, también era amigo de Paolo. Este último, al llevar una relación estable con Raquel, veía menos a Roberto, quien debido a esto se animó a ampliar un poco su círculo de amistades.

Lucas acababa de hacerse un *strike* y lo celebraba estirando los brazos, a la vez que se volvía sonriente hacia sus amigos.

–¡Vaya! –dijo Roberto–. Parece que me lo vas a poner difícil esta vez. ¡Te toca, Ramón!

–¡Hombre, mira quién viene por ahí! –exclamó Lucas.

Paolo y su novia Raquel, sonrientes, se acercaban a la pista donde se encontraban los tres. Roberto se levantó y dijo:

–¡Hola, pareja! Pensaba que ya no vendríais.

–Pues ya ves, aquí estamos –dijo Paolo–. Insistí a Raquel para que llegáramos a tiempo y así os pudiera dar una lección de bolos.

–Siempre tan fanfarrón –le contestó Lucas–. ¡Pues hoy tengo el día fino! Te va a costar.

–Os presento a Ramón, un compañero del trabajo –dijo Roberto.

Ramón no era hombre de muchas palabras, aunque tenía siempre buenas intenciones y no se alteraba en las discusiones con nadie, se podía decir que era de buen talante. Tras saludar primero a Raquel, extendió la mano a Paolo diciendo:

–¡Encantado de conocerte, Paolo! Roberto me ha hablado de ti.

–¿Pero bien o mal? –preguntó este bromeando.

–¡Bien, bien! –se apresuró a decir–. Parece que sois grandes amigos.

–Digamos que llevamos aguantándonos desde la adolescencia.

–¡Anda, tonto! –intervino Raquel–. A ver si se lo va a creer. Paolo casi siempre está de broma, no lo tomes en serio.

–Tranquila, ya me lo supongo –dijo sonriendo Ramón.

–O sea que os habéis conocido en la empresa en que está Roberto, ¿no? –preguntó Raquel.

–Sí, así es –respondió Ramón.

–Hace ya un mes –dijo Roberto.

–¿Y qué tal sigues en ese trabajo? –indagó Raquel–. La última vez que te vi apenas acababas de comenzar.

–Bueno, de momento bien –contestó Roberto–. Ya he trabajado en un par de artículos; el último para el departamento de Ramón.

La pareja se quedó algo sorprendida.

–Sí, veréis, es que él es el jefe de la sección de “misterios” de la revista. Pero eso no quiere decir que no podamos ser amigos –miró a Ramón guiñándole un ojo.

–De hecho eso es muy normal –dijo Paolo–. Muchos maridos mantienen buenas relaciones con sus mujeres a pesar de ser estas sus “jefas”.

El chiste de Paolo hizo saltar las carcajadas de todos, incluso de Raquel, aunque al momento reaccionó preguntando:

–¿Y nuestra relación cómo es?

–¡Camarero! –gritó Paolo desentendiéndose de la pregunta al tiempo que fue a pedirle unas bebidas.

Lo cómico de la situación hizo reír aún más a los amigos.

–¿No te aburrirás con él? –preguntó Ramón.

–La verdad es que no, y es casi imposible a veces hablar con él de algo en serio. Me supera. En fin, ¿podemos empezar otra partida nueva?

Al cabo de un buen rato, en mitad de una nueva partida, Paolo, que estaba sentado en ese momento al lado de Roberto, le preguntó:

–Oye, ¿tu madre no se iba a ir al extranjero?

–Sí, parece ser que se va pasado mañana.

–¿Adónde va por fin?

–¿Puedes creerte que no nos lo quiere decir? Por más que le hemos insistido mi hermano y yo, bueno y Cristina, que no ha parado de recriminarla: “que cómo se va a ir sin decir adónde”, “que eso no es posible”, “que si le pasa algo cómo lo vamos a saber...”...

–¡Qué fuerte! ¿Y ella no dice nada más?

–Sí, que ya nos enteraremos. Que hay cosas en la vida que no se pueden decir, pero que no

tenemos que preocuparnos por nada. ¡Ah!, y que Dios la protege.

–¡Paolo, te toca! –gritó Lucas que acababa de agotar su turno.

–¿Qué? –dijo confundido Paolo–. ¡Oye! ¿Tu madre habrá perdido la cordura?

–La verdad es que está un poco rara. Aparte del misterioso viaje, estos días la he visto a veces triste y otras veces alegre, como con inusitada expectación; claro que supongo que es normal por lo del viaje. Pero, sin embargo, ayer me la encontré en la mecedora del porche con los ojos cerrados y con lágrimas en las mejillas. Creo que fue de las pocas veces que no intuyó mi presencia.

–¿Y cuánto tiempo va a estar fuera?

–Ese es otro misterio.

–¡Venga, Paolo! –protestaron Lucas y Raquel. No estás demostrando nada hoy, ¡maestro! –dijo irónicamente Lucas.

–Es verdad, cariño, vas el tercero –añadió Raquel.

Paolo, tras levantarse, dijo:

–Me habéis picado el orgullo. ¡Vais a ver!

Paolo se concentró unos segundos, tiró la bola pésimamente y apenas tumbó tres bolos. Y volviéndose a los demás, dijo:

–No pensaréis que os voy a dar clases gratis, ¿eh?

11

Al día siguiente por la mañana, en la habitación de Roberto sonaba el despertador. Este, sin mucho afán, sacó la mano debajo de la sábana para detenerlo.

A los pocos minutos, salía de la ducha y, después de vestirse, bajaba por las escaleras hasta el salón.

En la mesa del salón, había una nota. Roberto se acercó a leerla. La nota decía:

Querido hijo. He adelantado mi partida. Espero no os moleste a ti y a tu hermano, que no me haya despedido, pero es preferible así. Os llevo en mi corazón.

Que el Dios que mora en vosotros os ilumine y os guíe para que un día pueda brillar plenamente en vosotros.

*Un beso.
Catherine*

Roberto se quedó perplejo, nunca se hubiera imaginado que su madre no se despidiera de ellos, antes de emprender un viaje al extranjero y quizá largo en el tiempo. Ella, que había sido siempre tan comedida, tan afable, tan exquisitamente educada, ¿cómo podía hacer una cosa así? En verdad, se encontraba indignado, casi rabioso. Sólo se le

ocurrió telefonar al móvil de su hermano para darle la noticia.

–*¡Vaya! Sí es una sorpresa* –contestó Eduardo al otro lado del teléfono.

–¿Y qué vamos a hacer? –preguntó Roberto.

–*Nada, ¿qué quieres hacer? Ya nos llamará diciendo dónde está... Y con quién está.*

–Tienes razón, quizá me he alarmado demasiado, es que como nunca ha hecho algo parecido...

–*No te preocupes, hermanito.*

–¿Así es que tú crees que está acompañada!

–*A mí me da que sí. Seguramente de alguno de sus amigos misteriosos. Eso dice Cristina, y ya sabes que la intuición femenina no suele fallar.*

–Bueno, pues esperamos a ver –dijo no muy convencido Roberto–. Te dejo, que se me ha hecho tarde para ir al trabajo. Adiós.

–*Chao, Rober.*

Esa misma mañana, Roberto entraba en la oficina de la redacción donde trabajaba y saludaba al personal presente, unas ocho personas. Esta oficina desembocaba en un pasillo en el que había varios despachos; de la puerta de uno de ellos asomó la cabeza Ramón, el cual llamó a Roberto:

–En cuanto puedas ven un momento, Roberto.

–¿En seguida!

–¿Los hay con suerte! –exclamó Luis, un compañero periodista que se sentaba cerca de su mesa.

–¿Por qué dices eso? –respondió Roberto intrigado.

–Me parece que vas a tener una compañera durante un tiempo. ¡Y no veas cómo está! Espero que me la presentes ya mismo.

–Pero, ¿qué dices Luis?

–Lo que yo te diga... Será mejor que vayas al despacho de Ramón, ahí te están esperando.

Roberto se dirigió a la oficina de Ramón y cuando entró se levantaron Ramón y una mujer, morena, pelo liso, ojos negros, tez blanca, muy atractiva, de unos treinta y cinco años. Roberto pensó que Luis no había exagerado nada, francamente era de facciones bellas. Ambos se quedaron mirándose un instante y Roberto sintió algo, como una atracción que no había vuelto a sentir desde que conoció a Teresa.

–Buenos días, Roberto –rompió el silencio Ramón-. Te presento a Vanesa, es colega de profesión y colaboradora del periódico *El Sol* y alguna revista semanal.

–¡Encantada de conocerte!

–Lo mismo digo –contestó Roberto, estrechándose ambos las manos.

–Bien. sentémonos –Ramón se tomó unos segundos antes de continuar, como pensando bien lo que iba a decir-. Roberto, ¿recuerdas que te comenté que la Dirección de la revista tenía en mente realizar una serie de artículos sobre las sociedades secretas, ya sabes, escuelas esotéricas, de ocultismo, etcétera? –Roberto asintió con la cabeza-. Bien, pues la Dirección de la revista ha

aprobado el proyecto, pero compartiéndolo con el periódico *El Sol*, ya sabes que tenemos muy buenas relaciones con ellos, incluso se habla de una fusión. La cuestión es que, por motivos financieros y de interés por ambas partes, se decidió compartir la investigación y los resultados con el periódico, y ese es el motivo de que se encuentre aquí Vanesa. Ella trabajaría contigo en esos artículos. La verdad es que tiene bastantes conocimientos sobre el asunto, por lo que te sería de gran ayuda.

–Bien, ¿pero hasta dónde se quiere llegar con esto? –preguntó Roberto.

–Hasta el final –sentenció Vanesa.

Roberto notó cierto aire de suficiencia en la que iba a ser su compañera. Ramón continuó:

–Verás, se trata de averiguar qué influencia ejercen estas sociedades sobre la política, la economía, la cultura, la religión; es decir, qué grado de poder o influencia tienen en los distintos sectores de este país, e incluso quién está detrás de ellas y, en cualquier caso, qué enseñan, qué propugnan...

–Pero eso llevará tiempo, y además esa información no será fácil conseguirla –dijo Roberto.

–Efectivamente –continuó Ramón–. Por eso es un proyecto de tiempo, es periodismo de investigación, el sueño de todo periodista. Se trata de meterse hasta donde podamos, de llegar a ser uno de ellos.

–¡Fiuuu! Pero eso puede ser hasta peligroso.

Vanessa, que observaba atentamente a Roberto, intervino:

–¿Tienes miedo?

Roberto se quedó mirándola un instante, la mirada de esta mujer se tornó desafiante. Ramón intervino en tono suavizador:

–No tienes que hacerlo si no quieres, es un trabajo que se debe aceptar de forma voluntaria. Llevará meses o quizá años, por eso la importancia de los recursos económicos. Parece ser que hay mucho interés por parte de las direcciones de ambas editoras. Piénsatelo hoy y mañana me das una respuesta.

–Una pregunta más –dijo Roberto.

–Adelante.

–¿En qué sociedades habíais pensado indagar?

–Eso te lo puede contar Vanessa mejor que yo.

Vanessa se mordió los labios mirando hacia el suelo, como sopesando si debía responder. Después de unos segundos que se hicieron interminables, dijo:

–Por el momento, solo deben de saberlo las personas implicadas. No conviene que se divulgue por la redacción, ni en ningún otro ambiente, ya que esto podría hacer fracasar la empresa. No sabemos quién pertenece a esas sociedades, o hermandades, que vamos a investigar, podría haber alguien incluso aquí que estuviera metido dentro. Es posible que, hasta que no terminemos de investigar, no se publique nada, porque si así lo hiciéramos pondríamos en alerta a las demás hermandades. ¿Lo entendéis?

–¡Vaya, cuánto misterio! –exclamó Roberto.

–Sí. Y por eso, hasta que no decidas si quieres embarcarte en esto, no puedo adelantar nada; es más, te pido que no comentes ni siquiera de qué se trata con tus compañeros. La discreción es fundamental para este trabajo.

–Tiene razón Vanesa –añadió Ramón–. Puede irse todo al garete si se corre la voz. Si aceptas, trabajarías una parte del tiempo fuera de la redacción. Argumentaríamos que estás cubriendo cualquier noticia o lo que sea.

–¿Y Luis? parece que sabe algo.

–Luis sólo sabe que podéis trabajar juntos, pero no en qué. Aunque, en caso de que no aceptes, había pensado en él.

Vanesa se levantó, dando por concluida la entrevista y diciendo:

–Bueno, espero tu llamada, Ramón.

–Mañana sin falta.

–Adiós, Roberto –Vanesa se despidió de él dándole dos besos en las mejillas, al tiempo que le susurraba al oído–, será un placer trabajar contigo.

Roberto se quedó aún más desconcertado. ¿Tanto se le notaba que iba a decir que sí, o es que ella se creía irresistible? O, a lo mejor, es que ella también leía el pensamiento como su madre.

Cuando se hubo marchado Vanesa, Ramón le dijo a Roberto aún en su despacho:

–No quiero presionarte, pero debes saber que, para alguien que tiene tan poca experiencia en este trabajo, esto es una gran oportunidad. Pero, por

otro lado, lo entenderé si dices que no, ya que no sabemos a lo que os podéis enfrentar.

–Supongo que cualquier otro día hubiera dicho que sí al instante, pero hoy vengo un poco aturdido.

–¿Y eso?

–Mi madre, que se ha marchado al extranjero sin decir adiós. Solamente me ha dejado una nota. –El tono de Roberto parecía el de un niño al que no han ido a recoger al colegio.

Ramón se sonrió levemente, sin llegar a ser irónico y, llevando la mano al hombro de Roberto dijo:

–Se ve que la quieres mucho.

12

Roberto hablaba con Vanesa en un pub frecuentado por él. Esta le miraba fijamente, de tal forma que Roberto dejó de hablar extrañado por esa mirada entre misteriosa y sensual, y en ese silencio ella dijo:

–Roberto, me atraes mucho, me gustaría hacer el amor contigo.

Él se quedó sin habla, y Vanesa lo besó, y él respondió apasionadamente.

De repente, estaban en la cama de la habitación de Roberto haciendo el amor y, en un instante en el que Roberto se separó ligeramente del cuerpo de Vanesa, vio, sorprendido y confuso, que quien estaba debajo era Teresa, ¡era el rostro de Teresa!, su antigua y difunta novia. Roberto se sobresaltó y gritó separándose.

Roberto se despertó muy agitado. Había sido una pesadilla horrible. En verdad no podía quitarse aún a Teresa de la cabeza, no tanto porque la amara, sino por la forma en que murió y su cierto sentido de culpabilidad. ¡Era tan joven!

Tenía estos pensamientos medio incorporado en la cama, todavía sobresaltado, cuando miró el despertador: las 4:15 de la mañana. Se tumbó de nuevo en la cama intentado conciliar el sueño.

Cuatro horas más tarde, la luz entraba en la habitación, sonó el teléfono móvil de Roberto, este contestó sin mucho afán:

–¡Dígame! –dijo con voz ronca.

–*¡Hola, Roberto! Buenos días* –contestó Ramón al otro lado del teléfono–. *¿Aún estás en la cama?, porque tienes una voz que no veas.*

–¿Eh? ¿Qué hora es? –al mismo tiempo que preguntó la hora se fijó en el reloj despertador, que indicaba las 8:20.

–*Las ocho y veinte* –confirmó Ramón.

–Lo siento, no he oído el despertador, en seguida voy para allá.

–*No es tan tarde, no te preocupes. Es mejor que vayas directamente a hacer la entrevista con el coronel Benson, a las diez y media. De hecho, te llamaba porque pensaba que ibas a ir directamente allí y quería que me confirmaras la propuesta de ayer. Vanesa parece que tiene prisa por saberlo, hace un momento me ha llamado preguntando cuándo podíais comenzar. Es curioso, hablaba como si diera por hecho que habías aceptado.*

–Ya, ya me di cuenta ayer.

–¿Y bien?

–Sí, está bien, me parece interesante el asunto.

–*Bien, luego hablaremos de los detalles. Empezáis esta tarde. Te llamará ella para quedar contigo, ¿de acuerdo?*

–Vale. Por cierto, ¿te has pensado lo del fin de semana en la casa de la montaña? Irán mis amigos, los que conociste el otro día en la bolera y seguramente otra pareja más; pero hay sitio de sobra, si quieres llevar a alguien, una amiga, en fin, tú ya sabes...

–Es posible que me apunte, pero creo que iría solo. A no ser que me presentes a alguna amiguita tú, je, je.

–Pues eso va a ser complicado, pero hablaré con Lucas, a ver si puede traerse algunas amigas.

–Bueno, ya hablaremos, te dejo.

–Hasta luego, Ramón.

Ese día por la tarde aún con luz, Roberto se dirigía con su coche al despacho de Vanesa. Esta le había citado en su casa, donde mantenía su oficina de trabajo, algo muy normal en los profesionales libres.

Una vez que encontró la dirección, aparcó el coche y se dispuso a subir al apartamento B del sexto piso de un edificio bastante aparente y cerca del centro de la ciudad. Pensaba Roberto, según entraba en el lujoso portal, que le debía ir bien a esta mujer. Ramón le contó, ese mismo día, que Vanesa había conseguido mucha reputación en el medio, sobre todo por una investigación que llevó a cabo de un político conocido, al cual desenmascaró en un caso de corrupción que fue muy sonado y que al final le costó el puesto a dicho personaje público.

Roberto también se había animado a participar en este trabajo, por lo que podía aprender de ella, ya que era indudable su mayor experiencia en el mundo del periodismo y él apenas estaba empezando, aunque esto le hacía sentirse con desventaja y cierto complejo de inferioridad.

Cuando Vanesa le abrió la puerta del apartamento, lo saludó con un solitario “¡hola!, pasa”, y luego se perdía en una de las habitaciones.

–Siéntate, enseguida estoy contigo –le gritó desde otra parte de la casa.

Roberto vio en el recibidor un par de sillas y una mesita con diversas revistas y prensa del día, como si fuera un consultorio médico. Roberto se sentó y se puso a curiosear en una de las revistas que había sobre la mesita; era una publicación de variedades, que también tocaba temas de misterio y pseudocientíficos. Se podía decir que era casi de la competencia. Le llamó la atención un artículo titulado “La herencia de los templarios”, pero más se asombró al observar que la autoría era de “Vanesa González”.

Apenas empezó a leer interesado, cuando Vanesa regresó.

–¿Vamos para mi despacho?

–¡Claro! –dijo Roberto levantándose.

Y añadió:

–Veo que ya has escrito algo sobre el asunto – señalándole la revista con el artículo.

–Así es. Llevo más de tres años investigando sobre la Orden del Temple y alguna más.

Cuando entraron en el despacho de Vanesa, esta le indicó que se sentara. Tenía buen gusto para la decoración. La sala estaba ambientada con un algún detalle neoclásico que combinaba bien con el resto de la decoración y mobiliario de estilo más moderno.

–Bonito despacho, me gusta –dijo Roberto.

–Hay que sentirse a gusto en el lugar de trabajo, ¿no crees?

–¡Desde luego! Si es que te dejan decorarlo.

–Ya. Es una de las ventajas de trabajar la mayoría del tiempo en tu propia casa. Perdona, ¿quieres tomar algo? *whisky*, algún refresco...

–No, gracias, de momento no.

–Bien, pues vamos al grano. Siéntate.

Vanesa sacó una carpeta de un cajón de la mesa y dijo:

–Te voy a ser sincera, Roberto. No sé muy bien por qué Ramón te ha elegido a ti para este trabajo. Llevas poco tiempo trabajando de periodista y, en fin, eres muy joven aún...

–Un momento –objetó Roberto a la defensiva–. ¿Qué quieres decir? ¿Acaso insinúas que no soy capaz de realizar el trabajo?

–No te lo tomes así, no es nada personal, pero sí quiero estar segura de que no te echarás atrás cuando ya estemos metidos hasta el cuello. Es un asunto muy delicado y no quiero que nadie por falta de experiencia, o porque se acojone, lo eche a perder, y ponga en peligro, no sólo el trabajo, sino quién sabe si hasta nuestras propias vidas.

Hubo unos segundos de silencio tenso.

–Ya he dado mi palabra –dijo Roberto algo más calmado. ¿Qué más quieres?

Vanesa lo miró con esa mirada fija y profunda. Roberto, por un momento, recordó el sueño que había tenido la noche anterior. Parecía buena psicóloga. Roberto se daba cuenta de que en ese intercambio de miradas ella trataba de escudriñar

su pensamiento, de percibir si era sincero. Por eso, y aunque algo perturbado por dentro, mantuvo la mirada fija, casi desafiante, demostrando que no se sentía acojonado.

–Está bien –sentenció ella, que se tomó unos segundos antes de continuar, como dando trascendencia a lo que iba a decir–. ¿Conoces algo sobre las sociedades iniciáticas?

–No mucho, la verdad –reconoció Roberto–. Algo he leído sobre los masones y los templarios, lo que ha llegado a ser conocido de ellos. Aunque hay muchos autores que se contradicen, no sé, no está muy claro.

–¿Y de los rosacruces? –preguntó Vanesa.

–He oído muy poco sobre ellos. Sé que hay algún libro escrito que habla de ellos, pero, si te soy sincero, ni siquiera sé si existen en la actualidad.

–¡Desde luego que sí! Y ellos van a ser uno de nuestros objetivos.

–¿Por qué los rosacruces? –preguntó intrigado Roberto.

–Verás, en Occidente, desde la época de los templarios han proliferado algunas sociedades secretas que han desarrollado un tipo de conocimiento oculto, un conocimiento esotérico, que ha ido, supuestamente, perdurando a través de los años hasta nuestros días. Y por el tiempo que llevo analizando las distintas órdenes existentes y estudiando su tradición y su filosofía, dentro de lo que es posible hacerlo desde fuera, he llegado a la conclusión de que la Orden Rosacruz es de las que

mejor conserva el legado de ese conocimiento esotérico.

–¿Y las ordenes templarias? –preguntó Roberto.

–Los Caballeros Templarios fueron aniquilados. ¿Sabes la historia?

–Sí, por el rey de Francia, Felipe IV el Hermoso, y el papa Clemente V –contestó resuelto Roberto, lo cual sorprendió gratamente a Vanesa.

–Exactamente. Algunos historiadores hablan de que se refugiaron en Escocia e incluso en Portugal con otro nombre. Algunas órdenes templarias y masónicas actuales quieren proclamarse los auténticos sucesores de los de antaño.

–Está todo muy liado, es difícil saber la verdad –añadió Roberto.

–Ciertamente. Es posible que muchas de las órdenes que se denominan “templarias” o masónicas guarden buena parte también del legado de los Caballeros de la Orden del Temple. Y para añadir más leña al fuego, las leyendas que proponen algunas novelas, dando a entender que Jesucristo y María Magdalena tuvieron descendencia, de la cual proceden los templarios, completan la confusión.

–¿Tú crees eso?

–No, pero a mucha gente le agrada pensar ese tipo de cosas. Le pone misterio al asunto y, como va en contra de lo que ha propugnado la Iglesia desde siempre, es apetecible; sobre todo para los que son contrarios a la tradición eclesiástica. ¡Y no digamos a los ateos! Es como dar un manjar a un muerto de hambre.

Roberto sonrió por primera vez desde que llegó. Parecía que, después de todo, esa mujer no era tan seria y agria como le había parecido al principio.

–¿Y los masones? ¿Qué hay de ellos? –preguntó Roberto–. Parecen más extendidos.

–Sí, es cierto. También serán nuestro objetivo. Muchos personajes importantes lo fueron, y lo son. Aunque particularmente pienso que muchos miembros de la masonería están ahí por el “caché” que da, por rodearse de gente poderosa e influyente.

–Y dime –siguió Roberto–, la idea entonces es mezclarnos, ¿con qué sociedades concretamente?

–Ese es el principal problema. Hay muchas órdenes masónicas, rosacrucianas, templarias o similares, en la actualidad. He preparado este *dossier* con todas las que he podido recopilar. Por otro lado, Ramón también me ha hecho alguna sugerencia al respecto.

Vanesa le acercó la carpeta que había sacado anteriormente, y continuó diciendo:

–Ahí están las más importantes y reconocidas. Algunas de ellas han sido declaradas como sectas peligrosas. Léetelo detenidamente y ya hablaremos. Estaré el lunes y martes de la semana que viene fuera, en Madrid, así es que ya quedaremos a mi regreso.

La carpeta contenía un grueso paquete de folios. Verdaderamente, Vanesa había adelantado bastante trabajo.

Se despidieron quedando para verse el miércoles de la semana siguiente.

Roberto sintió que un mundo por descubrir se le venía encima. ¿Y Dios? “¿Qué pinta en todo esto?”, se preguntaba. Le picó la curiosidad sobre las creencias de Vanesa. Se hizo la promesa de preguntarle en otra ocasión si creía en la existencia de un ser superior, un creador de todo lo existente.

13

Roberto se quedó esa noche leyendo en la cama parte del extenso *dossier* sobre instituciones de carácter esotérico o iniciático que había preparado su nueva compañera. Le parecía increíble que hubiera tantas, el documento incluía más de doscientas; pero aún había más, como luego reconoció Vanesa. Ella descartó muchas por el momento, bien por tener muy pocos seguidores o por encontrarse en países lejanos, o simplemente por tratarse de reconocidos chiflados.

En el apartado dedicado a cada asociación, se incluía la fecha de fundación, la cantidad de miembros reconocidos que la componían, los países y ciudades donde tenían alguna sede o delegación, su finalidad, sus actividades conocidas, sus supuestos orígenes y otros datos que Vanesa incluyó cuidadosamente. Entre ellas encontró más de una en la que se promulgaba el sexo entre sus rituales, otras consideradas de tipo satánico, que realizaban sacrificios de animales; otras destructivas, que trataban de “lavar el cerebro” a sus miembros, prometiéndoles felicidad absoluta a cambio de servir incondicionalmente en dicha organización, previa renuncia de sus posesiones materiales, claro está.

Pero, sumando todas estas organizaciones, sectas pseudoreligiosas o como quiera llamárselas, de actividades poco honestas, o con finalidades

claramente lucrativas, que Vanesa se había molestado en distinguir del resto, apenas sobrepasan la mitad del total. ¿Y el resto? ¿A qué se dedicaban? Roberto se disponía a seguir leyendo el informe sobre esas otras sociedades, cuando sonó el teléfono de la casa. Faltaban diez minutos para las doce de la noche, por lo que le extrañó una llamada a esa hora, y por su mente pasó la idea de que podía ser su madre, que llamaba desde algún país con un horario diferente. Tuvo que levantarse a contestar ya que había dos aparatos en la casa, uno en el salón y otro en la habitación de su madre (pensó que ya era hora de poner uno en su habitación, porque si su madre iba a estar viajando, ¿quién la iba a llamar?).

–¿Dígame?

–¿*Qué pasa, Roberto?* –contestó Lucas desde el otro lado–. *¿Por qué no me has llamado para confirmar lo del próximo fin de semana?*

–¡Es verdad! –contestó Roberto llevándose la mano libre a la frente–. Se me olvidó, Lucas, perdona, es que... bueno, el trabajo...

–*Bueno, no importa, todavía tengo hasta mañana para confirmar la reserva. Irás, ¿no?*

–Sí, cuenta conmigo, y quizá vaya Ramón, mi jefe. ¡Espero que no te importe!

–*Psssss, mientras “cotice” como los demás...*

–No te preocupes por eso, ya me encargo yo. Otra cosa, tú que tienes tantas amigas, ¿no podrías llevar a alguna?

–¡Eso quisiera yo, tener muchas! Sin embargo, una compañera del trabajo, Ruth, y su hermana quizás vengan, al menos eso me ha dicho.

–¿Ruth? ¿La conozco?

–No creo, solo ha salido un par de veces conmigo y otros compañeros.

–Bueno, entonces a las cuatro es buena hora para salir ¿Qué dices?

–De acuerdo, quedamos en la gasolinera de otras veces, ya se lo digo yo a los demás. ¡Hasta el viernes!

Cuando colgó el teléfono, se preguntó si sería muy osado por su parte invitar a Vanesa, así podrían seguir hablando del asunto que les ocupaba; pero por otro lado sopesaba que apenas la acababa de conocer. Su mano se acercó al teléfono y al momento la retiró.

–No, es muy atrevido –dijo en voz alta.

Roberto no era de los hombres que se suele decir “lanzados”, más bien eran las chicas las que se acercaban a él, siempre le costaba dar el primer paso. El hecho de que tenía bastante atractivo para las mujeres le allanó mucho el camino en su relación con ellas. Sin embargo, su amigo Paolo siempre había conseguido relacionarse más con las mujeres por su labia que por su atracción física.

“Quizá más adelante –pensó– además dijo que tenía que viajar a Madrid el lunes, seguro que no vendría.”

Las montañas se mostraban esplendorosas esa tarde, en sus cumbres aún destacaban algunos mantos de nieve, a pesar de estar a punto de entrar el verano oficialmente. En estas montañas del Pirineo catalán, apenas solía desaparecer totalmente los meses más calurosos. Lucía un sol radiante y eso hacía resaltar aún más la belleza del lugar. Roberto y Paolo ya habían ido varias veces, aunque era una lugar típico para esquiar, ellos solían ir al menos una o dos veces al año, en los meses de junio, julio o agosto, cuando las cumbres se muestran en todo su esplendor y las rutas se hacen del todo transitables y dejan contemplar parajes verdes y llenos de lagunas naturales que avivan todavía más la expectación del paseante.

Cuando fueron la primera vez con Lucas, a este le encantó tanto que desde entonces tomó la iniciativa para encargarse de organizar todo, e incluso había conseguido mejores casas rurales que sus dos amigos.

Dos coches aparcaban al lado de una casa a las afueras de una aldea, uno de ellos conducido por Paolo y el otro, un todoterreno amplio, llevado por Lucas. De los coches empezaron a descender varias personas. Con Paolo iba su novia Raquel, Roberto y Ramón, que al final se apuntó, no sin cierta insistencia por parte de Roberto. Del coche de Lucas, descendieron una pareja amiga, que en

ocasiones se unían con ellos: Alex y Elena, y las dos hermanas conocidas de Lucas: Ruth y Mari Luz. Lucas tenía cierto interés poco disimulado por su compañera Ruth, aunque esta no le había correspondido por el momento.

–¿Qué te parece, Ramón? –preguntó Paolo.

–Un lugar muy bello, sí señor.

–¿Nunca habías estado en el Valle de Arán?

–De niño vine en una ocasión, aunque creo que era por otra parte; luego me convertí en una “rata” de ciudad y apenas hago salidas. Y en las vacaciones, ya sabes, a buscar playa, ambiente, lugares típicos, lo de siempre. Y la verdad es que este sitio no está tan lejos. ¡No hemos tardado tanto!

–Poco más de un par de horas.

Roberto, que se acercaba en ese momento, dijo:

–¡Y te lo querías perder!

–¡Ramón! –exclamó solemne Paolo–, deberías proponer a Roberto para un aumento de sueldo.

El trío se echó a reír y una voz a unos metros dijo:

–¿Pensáis quedaros todo el día ahí? ¡Venga, a echar una mano! –era Lucas con su impaciencia habitual.

–¡Ya vamos “papá”! –contestó Paolo.

Por la noche, después de cenar algo, Roberto estaba fuera de la casa, sentado en las escaleras que llevaban a la entrada principal. La noche era clara, las estrellas invitaban a la contemplación. Pensaba que era increíble la cantidad de ellas que se veían, ¡y es que en la ciudad y sus alrededores se veían tan

pocas! Era como si la consecuencia que tuviera que pagar la sociedad moderna por su llamado “progreso” fuera olvidarse de que existe un universo increíblemente inmenso, una creación que invita a pensar que tras ella existe la mano de un arquitecto, una mente creadora, una inteligencia absoluta. Pero en verdad –seguía pensando– el hombre de ciudad actual vive recogido en una burbuja aislada, absorto en sus quehaceres mundanos, sin tiempo para plantearse el objetivo de su existencia. ¿Sería la consecuencia del denominado “materialismo”?

“Algo tiene que cambiar –reflexionaba en silencio– para que los seres humanos volvamos la mirada a esas preguntas existenciales, que son el primer paso para que el hombre comience la búsqueda.” Acaso, ¿no estarán ahí esos millones de puntos iluminados para eso, para que los seres humanos se pregunten, se cuestionen el porqué de la existencia de esa creación y en consecuencia el porqué de su propia existencia? Otras veces había contemplado una bella noche estrellada, pero nunca hasta ese momento había sentido esa sensación de infinitud y al mismo tiempo de cercanía, de unidad, como si el Todo fuera uno con él y al mismo tiempo él perteneciera al Todo, como un hijo integral, que tiene su lugar identificado en la vasta Creación.

Se encontraba Roberto ensimismado en estos pensamientos, cuando Paolo salió por la puerta de la casa.

–¡Te andaba buscando! ¿Qué, contemplando la noche?

–Así es, ¿no te parece espectacular?

–¡Desde luego! –tras una pausa, Paolo continuó–
. Roberto, ¿por qué no entras un momento?

–¿Para?

–Quiero deciros algo a todos.

–Está bien, señor misterioso –contestó Roberto.

En el salón de la casa estaban todos charlando animadamente, Ruth, su hermana Mari Luz, Lucas, Alex y Elena escuchaban en ese momento a Ramón que resultaba ser muy elocuente en la conversación que mantenían sobre temas parasicológicos.

–¡Un momento! –gritó Paolo–. ¡Escuchadme un momento, por favor!

Todos volvieron su mirada a Paolo. Roberto empezó a intrigarse.

–Esto... –empezó Paolo a dudar–. Bueno, Raquel tiene la palabra.

–¡Pero bueno! ¿Por qué no lo dices tú? –dijo Raquel.

–Se te da mejor a ti, cariño.

Algunos del grupo que conocían más a Paolo, no pudieron aguantar una carcajada. Por fin, Raquel, se decidió a hablar.

–Veréis, Paolo y yo, queremos anunciaros que... ¡nos vamos a casar! –exclamó, mostrando abiertamente la alegría contenida.

Un júbilo general se desató, y cada uno fue felicitando personalmente a la pareja.

Roberto dio un largo abrazo a su buen amigo y dijo:

–Esto sí que ha sido una sorpresa. ¡Os deseo lo mejor! –y añadió–. ¡Es una gran chica!

–Todas lo son antes de casarse –bromeó Paolo.
Ambos rieron. Lucas propuso un brindis. La reunión se prolongó hasta las dos. Habían quedado en hacer al día siguiente una excursión por la zona.

15

A la mañana siguiente, no muy temprano, el grupo, durante un sencillo desayuno, discutía sobre qué ruta seguir exactamente en la excursión. Al final prosperó la idea de Paolo de realizar una marcha que comenzaba en las inmediaciones del Puerto de la Bonaigua; hasta allí debían ir con los coches.

Una vez allí, cuando el grupo comenzó a caminar, Roberto y Ramón se quedaron rezagados con respecto a los demás. Este último preguntó:

–¿No has vuelto a saber nada de tu madre?

–No, aún no sé nada.

–No tienes por qué preocuparte, tu madre sabrá cuidarse.

–¿Tú cómo lo sabes?

–Hombre... –titubeó Ramón–, es un decir –y añadió–. Por lo poco que me has contado de ella, parece que siempre ha sabido muy bien lo que se hacía.

–Claro, Ramón, perdona. No era mi intención incomodarte –dijo Roberto–. Pero, la verdad es que cada vez que recuerdo lo ocurrido, no logro impedir que me entre cierta rabia.

–Hablemos de otra cosa –dijo Ramón–. ¿Qué te ha parecido el *dossier* de Vanesa? Me imagino que desde el miércoles que te lo dio, ya te lo habrás leído...

–Sí, y no sólo eso sino que incluso he tenido tiempo de indagar por la Red. Ya sabes que en

Internet hay de todo y tengo mi opinión propia de por dónde empezar, aunque lo hablaré con ella a ver qué opina.

–¿Y se puede saber por cuál te has decantado? – preguntó Ramón.

–Ella estaba más interesada, creo yo, en comenzar por la vía rosacruciana y masónica. Y la verdad es que aquí en España hay donde escoger, creo que estaremos de acuerdo.

–Supongo que tendréis en cuenta que aunque hay varias sociedades dentro de la misma rama, quizá no todas guarden el legado de sus antepasados.

–Tú también sabes algo sobre esto, ¿verdad? Ahora recuerdo que Vanesa me dijo que tú le habías sugerido algo.

–Bueno, digamos que yo sé un poco de todo lo que tenga ver con las ciencias ocultas, con misterios, etcétera. Llevo trabajando en esta sección de la revista varios años, y no es la primera vez que vamos a escribir sobre este asunto, aunque sí es la primera vez que nos vamos a introducir dentro, para profundizar más sobre sus ideales y demás.

–¡Mira, Ramón, lo que hay aquí! –gritó desde unos metros adelante Ruth.

–¡Voy! –contestó Ramón.

–¡Vaya! Parece que le caes bien a la amiga de Lucas –dijo Roberto algo picante.

–¿Tú crees?, espero que a Lucas no le moleste.

–¿Y por qué le iba a molestar?

–Está claro que tu amigo está interesado en ella –sentenció Ramón–. Y, la verdad, nada más lejos de mi intención que interferir en nada parecido.

–Pues debo ser el último en enterarme... –dijo Roberto ladeando la cabeza.

Ramón avanzó más rápido para no impacientarse demasiado a Ruth.

Se trataba de una charca, la primera del recorrido, rodeada de árboles y rocas; un rincón bello para los amantes de la naturaleza. Cuando el grupo estaba empezando a proseguir el recorrido, Roberto sintió la atracción de sentarse un rato a contemplar el lugar más tranquilamente, aprovechando que no había más visitantes en el lugar. En ese momento, oyó una voz detrás suyo:

–¡Bonito lugar!

Roberto giró la cabeza sorprendido y vio a un hombre desconocido. Su estatura era normal, pelo moreno, sus facciones no sugerían nada especial, aunque su mirada sí le llamaba la atención, era profunda, acompañada con un gesto de solemnidad en su cara. Su ropa tampoco era llamativa. El hombre siguió hablando:

–Cuando uno contempla algo así, se siente más cerca de la Mente Creadora.

Este comentario sorprendió aún más a Roberto. El hombre habló en voz alta, pero sin embargo parecía que nadie excepto él lo escuchaba. Era como si se hubiera detenido el tiempo. Los demás, que no se percataron del extraño hombre, comenzaron a caminar. Roberto estaba sumido en una extraña pero, a la vez, agradable sensación. Por

un momento recordó su “sueño” cuando estaba en estado de coma.

Mirando a aquel hombre e intuyendo que se dirigía a él expresamente, Roberto dijo:

–¿Quién es usted?

–Un hijo de Dios, como tú, pero eso no importa ahora. Vengo a traerte esta carta (el hombre tendió la mano derecha mostrando un sobre color sepia).

–¿Una carta? ¿De quién?

–No puedo decirte nada. Yo sólo soy el mensajero. Pero sí debo pedirte, sin embargo, que no la abras hasta dentro de media hora al menos.

El hombre se acercó más para que Roberto pudiera coger la carta. Este, que no salía de su asombro, estaba paralizado. Un hombre que no conocía de nada le traía una carta en plena montaña, “¡Qué extraño!”, pensó. No, la verdad es que no era muy normal. Tardó unos segundos en reaccionar y coger la carta. Agachó la mirada para ver qué ponía en el sobre: “Para Roberto Campos”. Cuando volvió a levantar la mirada para interrogar al desconocido, observó cómo este comenzaba a alejarse, montaña abajo, por el sendero que les había llevado hasta ese lugar.

Roberto se quedó callado, comprendiendo que era inútil tratar de sacar información a aquel personaje extraño. Volvió la mirada hacia el resto del grupo, y vio que nadie se percató de nada, o al menos eso parecía, a pesar de estar los más cercanos a él a unos diez metros todavía.

Roberto hizo ademán de abrir el sobre, se detuvo un instante y por fin se contuvo. Prefirió hacer caso

al desconocido. Se guardó el sobre en el abrigo y continuó hasta unirse al grupo.

16

Por fin, tras casi una hora de caminar por el bello paraje, una de las mujeres del grupo sugirió un descanso para tomar unos tentempiés que habían preparado en la casa y la idea fue aceptada por todos.

Roberto aprovechó la parada y se fue a sentar a una roca saliente del suelo, algo separada del grupo, e impaciente abrió el sobre y extrajo un único papel que decía:

Querido hijo:

He pedido que te entreguen esta carta para que tengas constancia por escrito y nunca olvides mi deseo sincero, que es el de nuestro Padre Celestial también, de que te conduzcas en tu vida con amor, alegría, paz, resignación, dulzura, bondad, fe, humildad y templanza, las cuales no son otras que las virtudes que el espíritu divino, que mora en ti, trata de transmitirte. Deja que Él sea tu inspiración y tu guía, para que así, algún día, tu alma pueda fundirse con Él y abrazar la eternidad.

Empieza por buscar la verdad única y eterna, la cual se encuentra más cerca y asequible que nunca entre los hombres. Ella te ayudará a darle sentido a tu vida y a buscar tu camino en este confuso planeta.

Llegó el momento de dejar mis responsabilidades mundanas para ocuparme de mi peregrinar hacia nuestro soberano y creador.

Yo te bendigo

Catherine Bulet

Roberto no sabía qué hacer ni adónde mirar; volvió a releer la carta. ¡Era su madre! Pero ¿qué quería decir todo esto? Daba la sensación de una despedida, como si no tuviera la intención de verle más. Sus manos temblaban. Empezaba a entrar en un estado de nervios incontrolable. Se llevó la mano a la frente y notó un sudor frío. Se encontraba en un estado de confusión y nerviosismo tal que empezó a llamar la atención del resto del grupo. Elena fue la primera que se percató:

–¿Qué le pasa a Roberto? Parece no encontrarse bien –musitó a Alex.

Paolo, que también se había dado cuenta de que algo no iba bien, se acercó a él.

–¿Que te pasa, Rober? ¿Te encuentras bien?

Roberto no contestó, se quedó cabizbajo, lo cual aumentó la preocupación de su amigo. El resto del grupo, alarmado, fue acercándose también. Mari Luz, que era enfermera, se acercó más a Roberto, dispuesta a intervenir.

–¿Estás mareado? –preguntó.

Roberto levantó la cabeza y observó el corro de amigos alrededor de él y, dándose cuenta de la situación, para no tener que dar más explicaciones, dijo:

–Sí, me he mareado un poco, debe ser la caminata.

–¡Traed la cantimplora con agua! –pidió Mari Luz.

Roberto, que aún tenía la carta doblada en la mano, se la guardó rápidamente en el bolsillo, para evitar preguntas que no deseaba contestar, al menos en ese momento. Pero Paolo, que sabía perfectamente de las capacidades físicas de su amigo, se dio cuenta de que ese papel, que momentos antes había visto leer a su amigo, podía tener mucho que ver con su estado. Pero en ese momento no quiso insistir, ya que comprendió perfectamente que su amigo quería evadir el asunto.

Después de beber un poco de agua, Roberto hizo un esfuerzo por parecer que ya se encontraba mejor. Lo que menos le apetecía era hacer público ese comunicado de su madre o de quien fuera, porque en realidad tampoco tenía que dar por hecho que fuera de su madre, ¿Y si la habían raptado? Pero nadie pedía nada. No, esa idea era absurda.

Su mente era un torbellino de pensamientos que intentaba encajar como un rompecabezas para encontrar algún sentido a lo ocurrido. Ahora entendía por qué el desconocido le dijo que no abriera la carta en el mismo momento que se la dio; lógicamente quería estar lejos cuando eso

sucediera. Se le ocurrió que podía haber una remota posibilidad de encontrar al hombre mensajero, yendo de regreso a donde dejaron los vehículos estacionados. Aunque sabía que había pocas probabilidades de encontrarlo, propuso al grupo iniciar el descenso, argumentando que podía repetirse lo ocurrido.

Lucas, algo imprudente, preguntó a Mari Luz delante de todos:

–¡Oye! ¿El mareo no se lo habrá causado el problema ese que tuvo después del accidente? ¿Cómo se llamaba? –preguntó mirando a Paolo.

–¿Qué accidente? –preguntó a su vez Mari Luz y su hermana.

–¡Tonterías! –intervino Paolo, que quiso así zanjear el tema–. Eso fue hace mucho tiempo

Poco después, cuando el grupo empezó a retornar, en un claro donde había cobertura sonó el teléfono móvil de Roberto. Este vio que se trataba de su hermano Eduardo y gritó al grupo:

–¡Continuad, que en seguida os alcanzo!

Su hermano, ¡claro, cómo no se le había ocurrido antes!

–¿Sí? –contestó.

–*Hola, Rober, ¿dónde estás?*

–En el Valle de Arán, ¿Por qué?

–*Creo que deberíamos vernos, te tengo que enseñar algo* –dijo con voz preocupada.

–Tú también la has recibido, ¿no? –dijo Roberto, que no se anduvo por las ramas.

La pregunta, o más bien afirmación, “descolocó” por unos segundos a Eduardo.

–¿Entonces, a ti también te han entregado una carta de nuestra madre?

–Sí, hace algo más de una hora. Vino un desconocido y me la entregó, en plena montaña ¿Te lo puedes creer? ¡Es increíble! ¿Cómo sabía, quien fuera, que yo estaba aquí?

–*Si es cosa de mamá, no debería sorprenderte tanto.*

–Cierto, eso es lo que me hace pensar que es cosa de ella.

–*Supongo que tu carta dice lo mismo que la mía. Habla como si se despidiera y me da consejos sobre virtudes que debo alcanzar, sobre el espíritu y cosas así. Ya sabes.*

–Sí, parece que nos manda el mismo mensaje.

–*Cristina está algo alterada. Dice que deberíamos poner una denuncia en la comisaría.*

–¡Una denuncia! ¿Sobre qué?

–*Denunciando la desaparición de nuestra madre.*

–No sé, la verdad es que estoy muy confuso aún. Yo también pienso que deberíamos vernos lo antes posible.

–*Sí, claro. Pero tampoco debes estropear tu fin de semana en la montaña. El hecho de que vengas antes no creo que solucione nada. Mañana cuando regreses, pásate por nuestra casa y hablamos.*

–Sí, supongo que tienes razón. Y además tampoco depende de mí solamente. Mañana nos vemos. Adiós, Eduardo.

Cuando Roberto alcanzó al grupo, Paolo se puso a caminar a su lado y discretamente le preguntó por la carta.

–Vamos, a mí no me vas a engañar –le susurró–.
¿De qué se trata?

Roberto dudó un instante, pero sabía que tarde o temprano terminaría contándoselo. También pensó que su amigo era la persona más adecuada para desahogarse.

–Se trata de mi madre.

–¿Le ha pasado algo?

–No lo sé.

Roberto detuvo con la mano un momento a su amigo, para que se quedaran algo rezagados con respecto a los demás. Este lo entendió en seguida, y ambos disimularon contemplando la vista. Al rato, Roberto sacó la carta del bolsillo y se la entregó a Paolo; este, con gran impaciencia, la leyó.

–¡Leche! No sé qué decir. Comprendo que te hayas quedado aturdido ahí arriba. Es como si... – Paolo no quiso concluir la frase.

–Como si fuera su última voluntad –concluyó Roberto.

–Sí, algo así. O como si no tuviera la intención de volver a veros.

–Exacto.

–Pero esta carta, ¿de dónde salió? –preguntó Paolo.

–El hombre de la laguna de abajo me la dio.

–¿Qué hombre?

Roberto comprendió que Paolo no se había percatado del desconocido.

–Alguien que no he visto en mi vida, al menos que recuerde. Se me acercó, me la dio y me dijo que no la abriera hasta pasada media hora.

Paolo le miraba entre incrédulo y estupefacto.

–¿Qué pasa, que no me crees? –preguntó Roberto.

–No. Quiero decir que no es que no te crea, es que me parece tan raro que alguien venga hasta este lugar a entregarte una carta...

–Pues a mi hermano le han entregado otra. Acabo de hablar con él.

Paolo se quedó petrificado. Paró la caminata y, estático, le dijo a su amigo:

–¿Qué está pasando, Rober?

Eduardo entraba por la puerta de su casa, un amplio y moderno apartamento que habían comprado un par de años antes de casarse.

Cristina se encontraba en la casa y desde la cocina le preguntó:

–¿A qué hora has quedado con Rober?

–Quedamos en que cuando llegara de la montaña vendría hacía aquí.

–¡Vaya un momento que ha escogido tu hermanito para perderse en la montaña! Pareciera que no le importara vuestra madre.

–¡Cristina, no empieces! Él va con más gente, no puede dejarles allí “tirados” y seguro que no llevaba ni su coche.

–De todas formas creo que está muy claro lo que hay que hacer. Y eso lo podíamos haber hecho nosotros, sin esperarle a él.

Eduardo, que tenía un carácter muy tranquilo y paciente en general, se la quedó mirando de forma dura, como conteniendo cierta exasperación por dentro, y se limitó a decir:

–No se te olvide que es nuestra madre, la de Roberto y mía.

–¿Qué quieres decir con eso, Eduardo? – preguntó Cristina alarmada.

En esos momentos sonó el portero automático de la casa. Eduardo fue a contestar y, mientras Roberto subía a la vivienda, una segunda planta de

un edificio de reciente construcción, le dijo a Cristina en un tono suplicante:

–Deja que hablemos y pensemos nosotros primero, antes de plantear ninguna otra idea, ¿de acuerdo?

–¡Así es que me quieres sacar de la reunión familiar!

–No es eso, cariño, sólo te pido que nos dejes primero desahogarnos entre nosotros. Se trata de nuestra madre.

–Ya, entiendo. Los hermanitos tienen que consolarse mutuamente. Si quieres me voy.

Eduardo estuvo tentado de decirle que sí, que eso era lo mejor; sobre todo, también, porque quería evitar un enfrentamiento entre su mujer y su hermano, que dada la tensión del momento no era nada extraño. Pero en ese momento sonó el timbre del apartamento. Eduardo fue a abrir la puerta. Cuando ambos hermanos se encontraron cara a cara, se miraron y una corriente de fatalidad corrió por el estómago de ambos. Sabían de la importancia del momento, presentían ambos que muy probablemente no volverían a ver a su madre; la persona que les trajo al mundo, que les dio todo su amor y dedicación, que estuvo siempre con ellos en los momentos difíciles y que supo además inculcarles una serie de valores espirituales, que tanto escasean en muchas familias de la sociedad actual. Había sido mucho más que una madre, había sido la perfección personificada, pero con humildad, lo cual la había hecho más admirable no solo para sus hijos, sino para todas las personas que

la rodeaban. Pero, sobre todo, les enseñó a amar a Dios y a sentirse amados por Él.

Y ahora, a través de un mensaje escrito, que sabían que no se trataba de ninguna broma, porque su madre jamás bromeó con ese tipo de cosas, les hacía sentirse huérfanos, repentinamente, sin aviso previo; su madre se despedía dando la sensación de que era para siempre.

Ambos hermanos, que permanecieron mirándose unos segundos interminables, sintiendo que el desconuelo corría por sus venas, se fundieron en un abrazo casi desesperado y, entre sollozos, las lágrimas brotaron.

Cristina, que los observaba, entendió ahora lo que su marido le quería decir momentos antes. Ese sentimiento, estremecedoramente fraternal, no debía ser invadido por nada, ni por nadie. Su madre les había dado tanto amor que entre sus hijos no cabía otro sentimiento.

Cuando ambos se empezaron a recomponer y tras saludar a Roberto, ya en el salón, Cristina, acongojada, se limitó a ofrecer algo de beber a su cuñado y su marido.

Compararon sus cartas. Eran exactamente iguales.

–¿Y ahora qué? –preguntó Eduardo.

–He leído una y otra vez estas palabras, y no llego a comprender qué quiere decir exactamente al final, al decir, que termina con sus responsabilidades aquí y que empieza un peregrinar, de tipo espiritual supongo. No sé, ¿tú qué piensas que ha pasado?

Eduardo se frotaba la cabeza buscando una respuesta.

–Le he dado muchas vueltas –dijo– y creo que se ha retirado a algún tipo de vida monástica o algo así.

–Puede ser, dentro de lo malo, eso sería lo mejor. Pero me cuesta creer que renuncie a vernos –dijo Roberto con cierta frustración.

–Sí, pero ten en cuenta la visión de la vida que tiene ella. Siempre nos decía que estamos de paso en este mundo y que hay una eternidad por vivir. Incluso recuerdo en una ocasión que nos dijo que las almas una vez que son... “recompuestas”, sí, dijo esa palabra que no olvidaré. Pues eso, que una vez que son “recompuestas” en otros mundos más perfectos, nos reconoceríamos unos a otros sin problema y compartiríamos también nuestras vidas si ese era nuestro deseo.

Cristina, que ya no pudo estar al margen por más tiempo, dijo:

–Y si renuncia a veros en esta vida, ¿por qué piensas que en otras supuestas vidas iba a querer estar con vosotros?

Estas palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre los dos hermanos. En el fondo ese razonamiento no era del todo ilógico; pero viniendo de Cristina, más bien parecía una bofetada al amor propio.

Eduardo quiso reaccionar antes que su hermano, para evitar confrontaciones; pero Roberto se adelantó sentenciando:

–Mi querida cuñada, conocemos lo suficientemente a nuestra madre como para saber que nunca renunciaría a vernos eternamente. El amor que nos hemos tenido es el imán que nos hará encontrarnos de nuevo cuando abandonemos esta existencia.

Hasta la propia Cristina se quedó perpleja con esa repuesta y la contundencia con que la dijo Roberto. Este, continuó:

–Sin embargo, esto no quiere decir que temporalmente tenga otras ocupaciones que nos impidan verla. No he conocido una persona tan sabia como mi madre, y ella mejor que nadie sabe lo que tiene que hacer en todo momento.

Cristina, que se recuperó de su perplejidad, dijo con cierta sorna:

–¡Vaya! Veo que tú te crees a pie juntillas todo lo que tu madre os enseñaba.

Roberto se la quedó mirando, pero no le respondió. Una de las cosas que le había enseñado su madre era a no cuestionar las creencias de cada uno, a no tratar de imponer ningún credo a nadie.

–Bueno –dijo Eduardo cambiando de tema–, la cuestión es qué hacemos ahora. ¡Si es que hay algo que podamos hacer!

–Supongo –dijo Roberto– que habrá alguna forma de saber dónde se ha ido. Si ha salido a otro país, se puede averiguar si tomo algún avión, barco, tren o lo que sea.

La pareja recibió con agrado la propuesta de Roberto, que se acercaba a la de Cristina. En esta ocasión, Eduardo se adelantó diciendo:

–Sí, pero esa información solo la facilitarán si ponemos una denuncia por desaparición.

–Pero no es una desaparición exactamente –dijo Roberto.

–Pero eso únicamente lo sabemos nosotros – argumentó Cristina–. Creo que se puede poner la denuncia en una comisaría sin decir que hemos recibido las cartas, incluso ni la nota que te dejó cuando se fue. Simplemente diciendo que tenía intención de viajar, pero que no sabemos nada de ella.

–Se te olvida un detalle, Cristina –dijo Roberto.

–¿Cuál?

–Que hace ya casi una semana que se fue. Nadie espera una semana para denunciar una desaparición.

–¡Eso es verdad. cariño! –añadió Eduardo.

Cristina, revolviéndose, dijo:

–Pero eso qué más da, decimos que pensamos que se había ido fuera como estaba anunciando, pero que al no recibir ninguna llamada, ni nada, nos hemos empezado a preocupar.

Ambos hermanos se miraron y Eduardo hizo un gesto de aprobación. Roberto, menos convencido, dijo:

–Puede que tengas razón, pero tampoco está bien ir con mentiras a la Policía. No veo inconveniente en enseñar la nota que me dejó la mañana del lunes en casa. Eso solo hace afirmar que tenía intención de viajar y, en cuanto a las cartas, aunque no me hace gracia enseñárselas a un desconocido, puede que más adelante se nos

recrimine no haberlo hecho. No sabemos si ha podido ser raptada o retenida por alguna secta de fanáticos –Roberto recordaba el *dossier* que le dejó Vanesa–. Es otra posibilidad que no hay que descartar, y en ese sentido debemos ser sinceros desde el principio. Pensad, ¿por qué unos individuos que no conocemos de nada nos quieren dar a entender que nuestra madre quiere “desaparecer” de repente de nuestras vidas?

Eduardo aprobó lo que su hermano proponía y a Cristina, aunque a regañadientes, no le quedó más remedio que reconocer que era lo más honesto.

–Además –añadió Roberto pensando en voz alta– con los “poderes” premonitorios y telepáticos que ella tiene, no es de extrañar que alguna agencia de inteligencia o militar, o yo qué sé quién demonios, podría interesarse en que trabajara para ellos.

–Es verdad –dijo Eduardo–, no se me había ocurrido.

Cristina interiormente admiraba la sagacidad de su cuñado. No habían contemplado esas posibilidades, pero ciertamente no había que descartarlas.

Roberto se despidió, no sin antes concretar quién se encargaría de poner la denuncia. Eduardo se ofreció, ya que ese lunes no tenía que trabajar debido a una huelga que habían organizado los trabajadores en la empresa.

Eduardo se encontraba con el inspector de Policía Sr. Lafuente en el despacho de este. Después de haberle contado lo sucedido, el inspector estaba leyendo la carta que envió, supuestamente, su madre, a ambos hermanos, ya que este se la solicitó a Eduardo. Después de leerla, se tomó unos segundos para pensar, y al momento dijo:

–¿Le apetece un café...? –el policía no se acordaba del nombre.

–Eduardo.

–Perdón, sí, ¿quiere tomar un café, Eduardo? A estas horas de la mañana si no tomo un café no soy nadie.

–De acuerdo, un café solo.

El inspector Lafuente se dirigió a un mueble dentro del despacho, donde tenía una jarra de café recién hecho y, al momento, se dio la vuelta con un par de vasos de plástico en las manos, llenos de café, y con unos sobres de azúcar.

–¡Bien, Eduardo! Esto que me ha contado es bastante sorprendente, sobre todo la forma en que se os ha comunicado este supuesto mensaje de vuestra madre. Contésteme a un par de preguntas. ¿Su madre estaba en algún tipo de... secta o algo similar?

–¡Qué va, en absoluto! –contestó Eduardo—. Bueno, que nosotros sepamos...

–¿Y dice que su madre, antes de salir de viaje, liquidó su negocio?

–Bueno, no exactamente. Lo que hizo fue arrendarlo a una conocida empresa de mermeladas. Ellos explotan el negocio con las instalaciones, los terrenos de mi madre y el personal que tenía, a cambio de una cantidad mensual.

–¡Ya entiendo! Desde luego parece que lo quiso dejar todo resuelto, bien atado antes de... viajar o lo que haya hecho.

–¿Usted qué cree que ha ocurrido? –preguntó Eduardo.

–No lo sé. Pero para nosotros, lo primero que hay que averiguar es si se trata de una decisión voluntaria de su madre, sea del tipo que sea, o por el contrario, si hay otras personas que puedan retenerla en contra de su voluntad o... –se detuvo.

–¿O qué, señor Comisario?

–Bueno, existe la posibilidad de un suicidio, o incluso un asesinato, no se puede descartar nada a priori.

Aunque había pensado en la posibilidad de que le hubiera pasado algo fatal a su madre, el hecho de oírsele decir al inspector, a Eduardo le produjo una congoja que aquel percibió.

–Como le decía, si se tratara de un acto voluntario por parte de su madre, de alejarse a cualquier parte del mundo, o con cualquier grupo religioso, o de cualquier tipo, ahí nosotros no podemos hacer absolutamente nada –tras una pausa continuó–. Lo primero que vamos a hacer es averiguar si tomó algún transporte público el día de

su desaparición y los días posteriores, y en cuanto sepamos algo le avisaré. Es posible que tardemos unos días, estamos un poco saturados de trabajo, pero no se preocupe que le llamaremos. Ahora acompáñeme a la planta de abajo y un compañero le atenderá para que formule la denuncia correspondiente –ante la mirada algo extraña de Eduardo, el inspector le aclaró–. Debemos seguir los cauces oficiales para justificar nuestras actuaciones.

–Claro, de acuerdo.

En el despacho de Ramón, se encontraban Vanesa, Roberto y el propio Ramón. Estaban concretando cuál sería su primera actuación para el trabajo que pretendían.

–Entonces quedamos en que os introduciréis en las... –Ramón dudó buscando la palabra– sociedades elegidas, al mismo tiempo.

–Si es que nos lo permiten –interrumpió Vanesa.

–Desde luego –continuó Ramón–. Primero tenéis que pedir la admisión, luego ser uno de ellos y en unos meses a ver si podemos publicar algo.

–¿Cómo vamos a pedir la admisión? ¿Por separado o juntos? –preguntó Roberto.

–Mejor separados –contestó Ramón–, ya que al no ser pareja levantaríais sospechas. Dos amigos no suele ser el perfil habitual de estas sociedades.

–¡Vaya! –exclamó Vanesa–. Parece que entiendes mucho de todo esto.

Ramón se encogió de hombros y simplemente dijo:

–No es la primera vez que vamos a escribir sobre este asunto.

–De todas formas –dijo Vanesa–, podríamos presentarnos como novios o pareja, de hecho. Así entraríamos juntos y la investigación sería más completa al estar los dos dentro. Creo que es lo más adecuado.

–Bueno, está bien –dijo Ramón no muy convencido.

–Entonces, ¿estamos de acuerdo en que serán las tres sectas que hemos señalado, de tres ramas diferentes? –preguntó Roberto con ganas de concluir.

Ramón y Vanesa asintieron.

–Y mientras nos admiten, ¿a esperar? –señaló Roberto.

–En realidad –sonrió Ramón–, harás otros trabajos mientras. Esto va para largo, y aquí hay mucho que hacer, aunque tendrá prioridad absoluta esta investigación. Además, tampoco conviene que te dejen de ver mucho tiempo por aquí.

Tal como habían quedado, iban a trabajar en este asunto fuera de la oficina, para no levantar sospechas.

–Bien, ¡vamos a mi casa! –dijo Vanesa–. Tenemos que hacer unas cuantas llamadas y navegar por Internet.

Cuando ya se iban a ir, Ramón aprovechó que Vanesa se adelantó a sacar el coche del *parking* público, que estaba al lado de la redacción, para hablar con Roberto:

–¿Qué te pasa, Roberto? Parece que estuvieras muy preocupado, como ausente a veces. Desde el mareo que te dio el sábado te he notado así, ¿qué es lo que pasa?

–No, nada.

Ramón se le quedó mirando unos segundos, esperando una respuesta más convincente. Aunque ambos estaban cosechando una buena amistad,

Roberto no se sentía aún con la confianza para contar todos sus problemas. Sin embargo, ante la insistencia de Ramón, le dijo:

–Estoy algo preocupado por mi madre, no hemos vuelto a tener noticias de ella desde que se fue, eso es todo.

–No debes preocuparte, estoy seguro de que ella sabe muy bien lo que se hace.

–¡Ya, bueno, ya hablaremos!

Ramón tenía la sensación de que no le había contado todo lo que sabía. Este hombre tenía fama en la redacción de tener una intuición fuera de lo normal.

Ya en el coche con Vanesa, esta le preguntó:

–¿Cómo estás, Roberto? Te veo intranquilo, como si te preocupara algo. ¿Tienes dudas todavía sobre este trabajo?

–No, todo está bien.

–Es importante estar seguro y guardar las apariencias. Ten en cuenta que vamos a actuar como en una obra de teatro, pero muy larga. No se nos debe notar que somos periodistas. Debemos mostrar interés por entrar y aprender en esas escuelas esotéricas. Allí, estoy seguro que hay personas muy perspicaces e incluso capaces de “leer” en nuestra mente.

–¿Y si nos descubren? –preguntó inquieto Roberto.

Pasaron unos segundos de silencio, en los que Vanesa sopesó la respuesta:

–Mejor no pensemos en eso. Lo que sí tengo que hacer es cambiar de “look”. No es que sea muy

conocida, pero desde el escándalo del político aquel que investigué, mi cara salió más de una vez en prensa y televisión, y podría ser que alguien me reconociera.

—¿Y qué vas a hacerte?

—¡Buff! Hoy en día las mujeres tenemos muchos recursos para cambiar nuestra imagen. ¡Ah, por cierto! Es importante llevar buena presencia, ya me entiendes.

—Perfectamente.

Roberto llevaba ropa informal normalmente, de ahí la observación de Vanesa, aunque tampoco tenía mayor problema en usar ropa más seria e incluso corbata.

Una vez en el apartamento de Vanesa, se pasaron el resto de la mañana y parte de la tarde haciendo los trámites para su admisión en las sociedades seleccionadas.

20

–¿Mamá? Y entonces, ¿cómo es Dios?

Esta pregunta la hacía Eduardo a su madre, años atrás, cuando eran niños y aún vivía su padre. Catherine solía juntar a la familia para hablar de Dios y para orar en silencio. Les enseñaba que tenían que emplear al menos diez o quince minutos al día para retirarse en silencio y pensar en Dios, hablar con él, sentirlo, incluso adorarlo.

–Eso, eso, ¿cómo es Dios? –repetía divertido Roberto con apenas seis años.

Catherine los miraba amorosamente. Su marido, sentado en medio, extendió las manos en señal clara de invitación a que se explayara explicando a sus hijos cómo era Dios. A Catherine le encantaba ese tipo de preguntas, porque demostraba el interés que sus hijos tenían en conocer lo desconocido.

–Bien, veréis. Nadie sabe cómo es Dios realmente. Nadie de este mundo.

Los niños se miraron con cara de decepción.

–Pero entonces, ¿cómo vamos a creer en algo que no sabemos como es? –preguntó inquieto Eduardo.

El padre de los niños se reía divertido ante la pregunta, viendo cómo el pequeño ponía en un aprieto a su esposa. Este hombre, educado en la tradición católica, como muchas personas de su

edad, no era practicante aunque decía que sí creía en Dios pero que no creía en los curas, ni en el Papa. Catherine, a pesar de no practicar ninguna religión, tampoco tuvo nunca discusión alguna sobre ellas con su marido. No compartía el sentido tan institucionalizado de las religiones, ni las normas que imponían a sus seguidores, ni mucho menos los fanatismos que trataban de imponer su credo; pero en las ocasiones que habló de ello, lo hacía de forma general sin referirse a ninguna en concreto. En esto estaban básicamente de acuerdo ambos, sin embargo su marido no sentía y vivía la fe como Catherine. Su fe era más de palabra, que de realidad, empujado por el temor, como muchas personas educadas en estas religiones de origen cristiano. No obstante, este hombre siempre admiró y respetó las creencias y el sentir religioso-personal de su esposa, aunque no llegaba a entender cómo podía tener tanta fe y no ser miembro de ninguna religión. Era un caso peculiar.

–En primer lugar, debéis de saber que Dios es una Trinidad de tres personas: Padre, Hijo Eterno y Espíritu Infinito, que siempre han sido, y aunque no han tenido comienzo nunca, se puede decir que todo procede del Padre, de Dios Padre –Catherine era consciente de que estas explicaciones eran complejas para sus pequeños, pero no así para su marido–. Este es el origen de todo lo creado, y a nosotros nos queda mucho camino por recorrer para llegar hasta su presencia. Ahora, con este cuerpo, sería imposible estar en su presencia, nos

fulminaríamos. Es necesario tener otro cuerpo distinto.

–¿Otro cuerpo? Yo no quiero otro cuerpo – protestó Roberto.

–No te preocupes, mi vida, no tienes que cambiar tu cuerpo ahora, pero pensad, que os haréis mayores, como papá y mamá, y luego más mayores como la abuela, y dejaréis de vivir en esta vida.

–Ya, te refieres a la muerte ¿no? –dijo Eduardo.

–Bueno, sí, así la llaman. Pero no penséis que es algo malo, que va, al contrario, la muerte es necesaria para que podamos tomar otro cuerpo distinto y seguir viviendo.

–¿Y cómo es ese cuerpo? –pregunto Eduardo.

Catherine miró a su marido que seguía expectante la conversación, y este, aprovechando su mirara, le dijo algo burlón a la vez que intrigado:

–Eso, ¿cómo es ese cuerpo?

–Digamos que es transparente a nuestros ojos. Está hecho de una especie de energía más sutil...

–¿Más qué? –preguntó Roberto que no entendía apenas a su madre.

–Más sofisticado, diferente, de una energía... superior. Con ese cuerpo ya no tendremos algunos contratiempos que tenemos con este. ¡Ah!, y tampoco tendremos sexo. Es decir, hay hombres y mujeres, pero sin diferencias en su cuerpo.

Los niños reían divertidos. El marido de Catherine, que había oído hablar muchas veces a su esposa de temas espirituales, nunca le había

escuchado esta historia tan inverosímil, y sintió curiosidad.

–¡Cariño! Perdona que interrumpa. Eso que estás diciendo, ¿dónde se supone que ocurre? ¿Aquí mismo? ¿Es que estamos rodeados de entes que tuvieron otra vida pasada? Ten cuidado de no asustar a los niños con esas cosas.

–Nada más lejos de mi intención. Pero respondiendo a tu pregunta, os diré que eso no sucede en este planeta. Cuando pasamos a ese otro estado de ser, lo hacemos en otros mundos diseñados para nuestra preparación, donde tenemos que aprender muchas cosas.

–¡Anda, como en el cole! –gritó divertido Roberto.

–Algo así, pero las asignaturas son muy diferentes. Por ejemplo, tenemos que ir desprendiéndonos de pasiones como la ira, el temor, los celos, la envidia, de vencer el orgullo y la intolerancia... cosas que arrastramos de nuestro origen animal.

–¡Mamá! ¿Y cómo vamos a esos mundos? Si no sabemos dónde están, ni podemos volar –dijo Eduardo, que a sus nueve años mostraba verdadero interés.

Catherine normalmente era muy prudente para hablar de sus creencias, ya que sabía que en general las personas eran muy reacias a plantearse nuevas formas de pensamiento metafísico y religioso. Unos porque tienen alguna creencia religiosa a la que se aferran, y en el fondo temen escuchar algo que les haga plantearse dudas, lo cual es síntoma

inequívoco de que, precisamente, no tienen una fe firme en sus creencias; y los otros porque son ateos o agnósticos y no les interesa en absoluto escuchar nada sobre Dios, la creación o la búsqueda de la verdad. Ella sabía, además, que los ateos normalmente tienen la tendencia a burlarse de los que hablan de estos asuntos, como una forma de defensa y autoconvencimiento en su postura.

Conocedora de la ignorancia de muchos seres humanos, ella hablaba abiertamente con muy pocas personas. Incluso con su marido no solía tener muchas conversaciones de este tipo. Pero en esta ocasión, ante la curiosidad de su familia, sobre todo de Eduardo, siguió hablando.

—Mi querido hijo, Dios lo ha previsto todo. Ha creado criaturas de todo tipo, que tienen distintas características y trabajos diferentes. Hay seres encargados de salvaguardar nuestra alma. Son invisibles a nuestros ojos, pero nos acompañan hasta nuestra muerte e incluso después también. Hay otros que se encargan de transportar nuestra alma hacia esos mundos especiales. Todos estos seres pertenecen al cuerpo angelical, aunque hay muchos diferentes como os digo.

—¿Y están aquí con nosotros ahora? —preguntó Roberto.

—En principio hay una pareja de ellos para varias personas, pero si la persona busca a Dios y es buena, le asignan una pareja para él solito.

Catherine se quedó un momento inmóvil y ausente pero, antes de que se alarmaran sus hijos y su marido, continuó diciendo:

–Y sí, ahora hay algunos aquí con nosotros.

–¡Bueno, Catherine, ya está bien por hoy! –
protestó Juan, que era como se llamaba el marido
de Catherine.

–¡Perdón! Tienes razón, es suficiente por hoy.
¡Venga, a la cama los dos!

21

Pasaron varios días en los que ambos hermanos, pero sobre todo Roberto, luchaban por mantener la entereza, por concentrarse en su trabajo sin que la angustia que sentían por dentro se viera reflejada en su rendimiento cotidiano. No era fácil.

Una de las cosas que su madre les había enseñado era a no agobiarse con los problemas, a no desesperarse por las situaciones incómodas o difíciles. Un día, siendo ya mayores, les dijo: “Los problemas deben servir para fortalecernos, las decepciones para espolearnos, las dificultades en la vida tienen que ser un desafío y los obstáculos un estímulo. La vida es eterna, no os dejéis vencer por cualquier tribulación, y sobre todo nunca tengáis miedo a la vida”.

Paolo fue a ver a su amigo esa tarde a su casa, sin avisar, como en muchas otras ocasiones; en realidad vivía muy cerca de allí. Cuando Roberto le abrió la puerta y le acompañó al salón se encontró con Vanesa, que estaba sentada en un sillón. Esta se levantó a saludar a Paolo, que estaba sorprendido.

–Bien, yo ya me tengo que ir –dijo Vanesa.

–Oye, por mí no lo hagas, si he interrumpido vengo en otro momento. No sabía que Roberto estaba acompañado. ¡Y bien acompañado por cierto!

El cumplido fue acogido por Vanesa con indiferencia, era una mujer acostumbrada a tener que “espantar” a muchos hombres insinuantes. Una cosa que le gustaba de Roberto es que siempre la trataba con amabilidad y corrección, sin insinuaciones, profesionalmente, a pesar de haber sido algo dura al principio con él. Esto provocaba en ella la reacción contraria, es decir, cierta atracción por él, quizá únicamente hasta conseguir que él la intentara seducir y así confirmar su irresistibilidad hacia los hombres. Y quizá en otras circunstancias, Roberto hubiera podido dejarse seducir por el atractivo de esta mujer, pero no ahora. Después de haber pasado por lo de Teresa y con la desaparición misteriosa de su madre, no le apetecía jugar a flirtear ni nada parecido.

–No te preocupes, ya pensaba irme de todas formas –dijo diplomáticamente Vanesa–. ¡Ah! Roberto, acuérdate de que mañana hemos quedado para esa entrevista.

–Sí, claro, ¿te recojo a las cinco?

–Está bien.

Tras despedirse de los dos amigos, Vanesa se fue, y ambos quedaron solos:

–¡Vaya, vaya! ¿Así es que Vanesa es el motivo de que casi no llames a tu mejor amigo? –dijo Paolo en tono jocoso.

–Sólo es trabajo –respondió Roberto.

–¡Ya, ya! ¿Y desde cuándo te traes a los compañeros a trabajar a casa? –siguió insinuante.

–¿Qué quieres tomar? –preguntó Roberto, desviando la conversación que no quería continuar.

–Una cerveza fría.

Paolo observó que Roberto no estaba de humor para seguir con su conversación, por eso fue directo al tema que sabía tenía preocupado a su amigo.

–¿Sabes algo nuevo del asunto de tu madre?

–Estamos esperando a que la Policía nos diga algo –contestó Roberto, mientras le ofrecía la bebida a Paolo–, parece que no tienen mucha prisa.

–¡Vaya situación! Tiene que ser horrible no saber qué ha pasado con un ser querido... ¿verdad?

La respuesta era tan obvia que Roberto ni contestó siquiera, únicamente se dejó caer en el sofá y se tomó un sorbo de cerveza. Paolo le observaba expectante sin hablar. Sabía que su amigo no tardaría en sacar sus pensamientos a flote, se conocían muy bien. Por fin Roberto dijo:

–He estado dándole vueltas estos días, y creo que nunca se llega a conocer a las personas lo suficiente. Es muy posible que mi madre de alguna manera tuviera todo esto previsto. En realidad, si lo piensas, encajan ciertas piezas del rompecabezas. Toda su vida fue una persona luchadora, trabajadora, dedicada a su hogar, a la educación de sus hijos, a su fe. Cuando vio que ya éramos autosuficientes, en mi caso después de reponerme de las secuelas del coma, de cuidarme, de darme su consuelo, decidió vivir su vida de forma independiente; ya había terminado con sus obligaciones mundanas. Arregló los asuntos económicos y laborales que mantenía, quiso cortar con todo lo que la había retenido para hacer lo que verdaderamente quería. Creo que decidió retirarse a

algún lugar perdido, ¡qué demonios sé yo!, a vivir una vida de retiro espiritual o algo así.

–Ciertamente, tiene sentido lo que dices.

–He hecho algunas averiguaciones en el banco. Mi madre no ha utilizado la cuenta suya desde que se fue, no ha retirado ni un euro. Ni en la cuenta del negocio tampoco.

–¿Y cómo te las has arreglado para que te den esa información? –preguntó Paolo.

–Sin ningún problema. Ella puso su cuenta de ahorro personal a nuestro nombre, de Eduardo y mío. Y también la del negocio, que es donde ingresarán la renta mensual los de Confruit. Y todo esto, un par de semanas antes de irse.

Paolo comprendió las conclusiones a las que estaba llegando su amigo.

–A no ser que llevara una suma importante consigo –continuó Roberto especulando–. Y por los últimos movimientos, no parece que sea así.

–¿De qué va a vivir? –preguntó Paolo pensando en voz alta–. ¡Tendrá que comer y alojarse en algún sitio!

–Puede ser que aún sea temprano para plantearse esto. Pero de todas formas, en un convento, por ejemplo, no creo que se pague nada.

–Tienes razón. Aunque me cuesta imaginarme a tu madre encerrada de por vida en un convento de monjas. Además, por lo que tú me has dicho, aunque no hacía ascos a ninguna religión, tampoco simpatizaba con ninguna en concreto.

–Sí, es verdad, pero sin embargo iba muchas veces a la iglesia.

–Ya, pero siempre cuando no había misa, como tú mismo me has dicho en alguna ocasión – concluyó Paolo.

La noche cayó y la conversación se fue agotando. Paolo había venido a consolar a su amigo y no quiso desviar la conversación a otros asuntos, de los que sabía que no le apetecería hablar en ese momento. Al contrario que el comportamiento general de las personas, que cuando alguien tiene un problema o una preocupación, la táctica es evitar hablar del asunto, cuando la persona normalmente busca manifestar sus inquietudes, compartir su problema. Esto lo sabía Paolo, y por eso dejó que Roberto le hablara de sus preocupaciones, hasta que él mismo no quiso continuar.

Paolo se ofreció para lo que necesitara su amigo. Este, agradecido, con la mano en el hombro de Paolo, le dijo:

–Por cierto, no hemos hablado de tu boda ¿cuándo es?

–Dentro de seis meses. Espero que para entonces todo esté aclarado. Porque además me gustaría que tu madre asistiera.

Roberto asintió con una mueca. “Y a mí también”, pensó.

Roberto y Vanesa esperaban sentados, alrededor de una mesa de una cafetería tranquila, cerca del centro de la ciudad. Habían llegado media hora antes que su cita, para poder ultimar los detalles de su entrevista con los responsables de una sociedad de carácter esotérico.

–¡Es increíble el cambio de imagen que has dado! –comentó Roberto–. Casi ni te reconozco.

–Ya te dije que las mujeres tenemos muchos recursos.

En verdad, Vanesa estaba totalmente distinta, el color del pelo era rubio, no muy claro y algo rizado, el color de las ojos también era distinto, ahora eran castaños, más claros que su color natural. El maquillaje, diferente al acostumbrado, y la piel, algo más oscura por las sesiones de rayos UVA, hacían que fuera prácticamente irreconocible.

–Aunque no creo que me hubieran reconocido de todas formas, pero toda precaución es poca –añadió Vanesa que, cambiando a un tono más solemne, continuó diciendo–. Bien, ¿tienes claro todo lo que hemos hablado, Roberto?

–Sí, pero repasemos. A ver, te llamas Luisa Martínez, somos novios, tú trabajas en el departamento comercial de una fábrica de envases y otros productos de plástico, y yo dirijo el negocio

familiar de mermeladas... aunque sigo pensando en que podía haber tenido otra ocupación.

–Mira, Roberto, cuanto menos cosas tengas que inventar o estén alejadas de la realidad mejor, tú no estas acostumbrado a recurrir a la invención y es preferible que vean que sabes de qué estás hablando, que no ponerte a mentir sobre cualquier otra tema que desconozcas. Eso podría alertarlos.

–¿Y tú qué sabes de plásticos? –preguntó Roberto con cierta suspicacia, pero sin perder el humor.

–Es que yo estuve trabajando en ese sector hace tiempo. He elegido ese trabajo por el mismo motivo que el tuyo.

–¡Cuidado! –susurró Roberto–. Creo que ya están aquí.

Un hombre y una mujer se acercaban a la mesa. Él aparentaba unos cuarenta años, era de pelo castaño, ojos oscuros, estaba vestido con traje. Ella, algo mayor, tenía pelo corto también castaño y ojos color miel, vestida con refinado gusto.

Se presentaron y se sentaron enfrente de la pareja. Manifestaban muy buen humor y un estado de alegría contagiosa. En verdad parecían muy contentos y entusiasmados con la idea de conocer mejor a Roberto y Vanesa. Philippe, que así se llamaba el hombre de origen francés, dijo:

–Bien, pues la idea de esta entrevista es conocerles a ustedes y que ustedes conozcan lo necesario de nuestra hermandad. Es importante que sepan a qué nos dedicamos, cuál es nuestra finalidad y así saber si verdaderamente es lo que

están buscando, y por otro lado nuestra orden también se reserva el derecho de admitir a personas cuya búsqueda sea otra muy distinta a la nuestra, o que quieran entrar simplemente por curiosidad o, lo que es peor, que tengan malas intenciones.

En ese momento, Philippe escudriñaba con la mirada a ambos periodistas. Roberto se sintió tan incómodo que sólo se le ocurrió llamar al camarero, que estaba cerca, para que tomara nota a la pareja de recién llegados.

A pesar de sus palabras, este hombre y su compañera, la cual se presentó con el nombre de Norma, siguieron manteniendo una conversación en un tono muy afable.

Informaron de los ideales de su sociedad, o “hermandad”, como ellos mismos llamaban, del tipo de estudios que se brinda a sus miembros y de cómo se llevan a cabo, y respondieron a infinidad de preguntas que hacía sobre todo Vanesa. Cuando la pareja vio que Vanesa y Roberto habían saciado bastante su curiosidad, Norma les dijo:

–Hemos respondido a cuantas preguntas nos han planteado y estaba en nuestra mano responder. Ahora permítannos, en justa compensación, que seamos nosotros los que les hagamos algunas preguntas.

La mujer hizo una pausa solemne antes de preguntar:

–¿Creen ustedes en algún ser superior, llámenle Dios o como quieran denominarle o concebirlo?

Roberto, ante el silencio de Vanesa, contestó:

–Por supuesto que sí. Creo... bueno creemos – rectificó a sabiendas de que probablemente fuera una condición indispensable para ingresar en la sociedad, el creer en un ser Superior, y él no estaba tan seguro de que Vanesa fuera creyente– que tiene que haber una primera causa de todas las cosas, un ser infinitamente poderoso que haya creado todo lo existente.

Roberto estaba siendo totalmente sincero. Había sido instruido, principalmente por su madre, en unos valores altamente espirituales y en una concepción muy personal de la religión, como una relación personal de Dios con las personas, ideas que no tenían que ver mucho con los conceptos teológicos e institucionalizados de las religiones imperantes en su comarca, que prácticamente se resumían en la católica.

Vanesa, que se dio cuenta de la importancia que el asunto podía tener en su admisión a la hermandad, reaccionó diciendo:

–¡Desde luego que estamos convencidos de la existencia de Dios! Sino, no tendría sentido querer pertenecer a esta escuela y buscar el conocimiento esotérico para, como han dicho ustedes mismos, “entender la creación y conocer al Creador”.

Roberto sabía que Vanesa no era sincera, y lo que se temía es que Philippe y Norma también lo percibieran. Aunque Roberto no se lo había preguntado aún directamente, en los diversos encuentros que tuvo con ella sí intuyó que no era una mujer que creyera en Dios ni nada similar.

El resto de la entrevista discurrió con cordialidad. Roberto y Vanesa respondieron a diversas preguntas, a la vez que les fue ampliada la información sobre la hermandad. La pareja se despidió, quedando en dar una respuesta pronto a la solicitud de admisión de ambos.

Una vez que se hubieron marchado, Vanesa dijo:

–Parecen gente encantadora, ¿no?

–Sí, es verdad. Creo que se puede aprender mucho en este sitio.

Roberto, aprovechando el momento distendido que viene después de estar sometido a cierta tensión, preguntó a Vanesa:

–Vanesa, ¿te importa que te haga una pregunta personal?

–Adelante –respondió Vanesa, que de repente cambió la expresión de la cara, mostrando su intriga por lo que podría preguntar su compañero.

–Casi desde que nos conocemos quería preguntártelo, pero no encontraba el momento – hizo una pausa–. ¿Tú crees en Dios o en un creador de todas las cosas?

En verdad Vanesa no se esperaba ese tipo de pregunta, más bien pensaba que Roberto le preguntaría algo más personal sobre su vida, si tenía novio o algún compromiso, o cuando menos si era aficionada a tal o cual cosa, incluso le pasó, como una ráfaga, algún posible tipo de declaración o algo similar; pero lo que no se esperaba es que le preguntara sobre su creencia en un ser superior. Esa estupefacción le duró unos segundos, mientras

miraba profundamente a Roberto. Este, al ver que Vanesa no se pronunciaba, insistió:

–Verás, es que tengo la sensación de que, aunque a estas personas les hayas dicho que sí, tú no crees en nada de eso. ¿Verdad?

–¡Claro que no! ¿Y es que tú sí?

–Bueno, yo sí creo en alguien superior que ha creado todo esto, pero respeto cualquier creencia, incluso la de los ateos o la de los agnósticos. Simplemente era por curiosidad.

Roberto se dio cuenta de que estaba ante una persona atea y que además estaba dispuesta a cuestionar la existencia de Dios con total empeño. Por lo que suavizó la conversación lo que pudo y eludió seguir por ese camino, una vez satisfecha su curiosidad.

–¡Ya! Pues te diré una cosa. El mundo ha estado siempre sometido a guerras y a verdaderas barbaridades gracias a los creyentes en Dios, Alá o como lo quieras llamar. Estos fanáticos creen justificar sus acciones en nombre de su dios. Tú mismo sabes que los templarios fueron aniquilados, acusados de herejía. La Inquisición o cualquier poderoso, cuando quería quitarse a alguien de en medio se inventaba mil argucias para que fuera condenado o condenada a morir; eso sí, después de ser torturados hasta declarar lo que querían oír sus acusadores. Pero también los propios templarios eran belicosos, al menos su brazo militar, y derramaron mucha sangre, sobre todo de musulmanes, en tierra santa, defendiendo a su dios. De los islamistas radicales no hace falta ponerte al

corriente de su llamada “Guerra Santa”. Creo que el mundo ya ha sufrido mucho gracias a la idea falsa de un Dios todopoderoso –Vanesa subía en irritación según iba sumando argumentos–. ¿Tú crees que si existiera un Dios de verdad, iba a consentir tantas matanzas en su nombre y tantas desgracias en el mundo?

Roberto escuchaba atentamente, pero no quería rebatir nada a esta mujer, ya que lo consideraba totalmente inútil. Por otro lado, él también se había hecho esta pregunta en varias ocasiones.

Después de que Vanesa agotara su repertorio antirreligioso, y en vista de que Roberto no quería discutir sobre el asunto, se fueron de la cafetería despidiéndose ambos “hasta pasado mañana”.

23

A la mañana siguiente, cuando Roberto acababa de salir de la ducha, su hermano Eduardo lo llamó por teléfono. Al reconocer la voz de su hermano, le preguntó impaciente:

–¿Se sabe algo ya?

–*Sí, por eso te llamaba. Me ha llamado un inspector de la Policía y dice que nuestra madre tomo un avión a Madrid y después a Perú, el mismo día que te dejó la nota...*

–¿A Perú? –interrumpió Roberto estupefacto.

–*Sí, concretamente a Lima, y al día siguiente a Cuzco. Precisamente, para averiguar este último vuelo interno, han tardado más, ya que necesitaban la colaboración de la Policía de Lima.*

Un torbellino de nuevos pensamientos cruzaba la mente de Roberto. ¿Perú? Era verdad que su madre les dijo que quería viajar, conocer mundo. Era esperanzador oír esto, después de todo lo vivido.

–¿Y tiene fecha de regreso el vuelo?

–*Eso mismo le pregunté yo al inspector. ¡Y eso es lo malo!* –dijo Eduardo cambiando a un tono de voz más melancólico–. *Compró un billete de ida y vuelta Madrid-Lima con la vuelta a los ocho días.*

–Pero... –Roberto no sabía qué decir.

–*Han pasado ya casi tres semanas desde que se fue y, por supuesto, no ha regresado* –sentenció Eduardo.

Después de un momento de silencio, en el que los sentimientos de esperanza y desilusión bombardeaban el corazón de Roberto, este preguntó si había hecho alguna averiguación más la Policía, a lo que Eduardo respondió negativamente, sugiriendo que sería mejor que quedaran por la tarde para hablar más despacio del asunto, y en eso quedaron, aunque en esta ocasión sería en la casa donde vivía Roberto, la cual aún era de su madre.

Roberto permaneció todo el día en la redacción muy abstraído, algo que no pasó desapercibido a los ojos de sus más inmediatos compañeros.

—¿Te pasa algo, Roberto? —preguntó Luis, su compañero más inmediato—. Te veo como en otro mundo.

—No, ¿por qué?

—Te he pedido dos veces la lista de anuncios de conferencias de este mes, y no me has hecho ni caso.

—Tienes razón, perdona; ya mismo te la envío a tu carpeta.

—Por cierto, ¿qué tal te va con la morena?

—¿Quién?

—¡Venga, Roberto, no te hagas el tonto! ¿Quién va a ser? La periodista.

—¡Ah! Bien, bien.

—¿Nada más que bien? —preguntó Luis en tono picarón.

—Tú siempre pensado en lo mismo, Luis. Pues no ha habido nada de nada, es una relación profesional nada más.

–Por cierto, no me has querido decir en que estáis trabajando exactamente. ¿Qué pasa, que es alto secreto? –preguntó Luis como burlándose.

Roberto cayó en la cuenta de que sería mejor decir algo que saciara la curiosidad de su compañero, para no levantar sospechas.

–Es que no es muy atractivo el asunto. Se trata de una investigación histórica sobre los cátaros, sus posibles secretos, su relación con los templarios y cosas así. Vanesa está muy puesta en esos temas y estamos investigando en libros y documentos antiguos a ver qué sacamos en claro.

–Pues a mí sí me parece que puede ser interesante el tema –respondió Luis.

Roberto, al ver el interés de Luis, se arrepintió de haber dado esa explicación, medio verdad, medio mentira. Por fortuna, sonó el teléfono de Luis en ese momento, lo que le dio un respiro, aunque sabía que tendría que idear algo mejor para no verse comprometido, y rápidamente se levantó a hablar con Ramón del asunto, para ponerse de acuerdo.

Después de escuchar a Roberto, Ramón se quedó reflexivo un momento, tras el cual dijo:

–Por Luis, no creo, personalmente, que haya problema, pero sí haría correr la voz. Ya sabes que no brilla por su discreción precisamente. Si ya le has dicho eso, habrá que mantenerlo; si te vuelve a preguntar céntrate en lo de los cátaros y abúrrelo.

–Pues no es que sepa mucho que digamos.

–Precisamente tengo por aquí un libro que habla de ellos. Sales de aquí con el libro en la mano y tu

historia tomará cuerpo –Ramón se levantó y sacó un libro de un estante y se lo entregó a Roberto.

Roberto se quedó admirado de la sagacidad de Ramón.

–Y no te preocupes más por el asunto. Ya hemos hecho en otras ocasiones algún artículo de estos temas, pensarán que es uno más.

Cuando Roberto iba a salir del despacho, Ramón le preguntó:

–¿Se sabe algo de tu madre?

Roberto no era muy dado a contar sus problemas a los demás, excepto a su amigo Paolo, pero en verdad su amistad con Ramón iba en aumento y le estaba tomando cierto aprecio.

–Al parecer, viajó a Perú –contestó.

–¡Vaya! ¿Y no se ha vuelto a saber de ella? –preguntó muy interesado.

–No, solo sabemos que no utilizó el billete de vuelta a España –según terminaba su frase abandonó el despacho.

Roberto no tenía ganas de seguir hablando del asunto, le revolvió el estómago. Ramón se quedó pensativo y preocupado sentado en su silla.

24

Ya por la tarde, Paolo y Roberto estaban en casa de este último. Paolo, como de costumbre, se había presentado sin avisar, aún a riesgo de no encontrar a su amigo en casa.

–Bueno, si tenéis reunión familiar, será mejor que me largue ya –dijo Paolo.

–Puedes quedarte –contestó Roberto.

–¿No le molestará a tu hermano?

–No creo. Tú eres como de la familia.

Roberto se llevó una botella de cerveza a los labios y tomó un trago largo, después de lo cual agregó:

–Además, para mí eres más de la familia que mi cuñada.

Ya se habían tomado tres cervezas y Roberto se levantó para traer otras dos. Paolo se dio cuenta de la aptitud inhabitual de su amigo, ya que normalmente no bebía tan seguido, y solía ser él mismo quien le animaba a beber más y no al revés. Cuando Roberto se acercaba con las botellas, sonó el timbre de la casa. Era la hora de la cita con su único hermano y su esposa.

Cuando hubieron entrado y tras los respectivos saludos, Roberto dijo en voz alta dirigiéndose a su hermano:

–¡Espero que no te importe que se quede Paolo! Para mí es como de la familia.

Eduardo y Cristina no tuvieron más remedio que aceptar.

Roberto ofreció algo para tomar y únicamente Eduardo quiso un refresco. Las botellas vacías aún estaban encima de la mesa.

–¡Cómo está la mesa! Será mejor que recoja un poco todo esto –dijo Cristina.

–No te preocupes, Cristina, luego lo recogeré todo yo. Tú siéntate tranquilamente –contestó Roberto en un tono que dejaba ver cierto malestar, indudablemente azuzado por el alcohol.

Eduardo intervino entrando directamente al asunto que les ocupaba y así evitar que la conversación entre ambos pudiera ir a mayores.

–Bueno, ya sabéis la situación. La cuestión es qué vamos a hacer ahora.

Paolo, que había sido puesto al corriente por su amigo, preguntó:

–Pero la Policía te habrá dicho qué hacer, ¿no?

–El inspector me dijo que lo único que pueden hacer ellos es comunicar la denuncia de desaparición de nuestra madre a la Policía nacional de Perú, aunque no me ha dado muchas esperanzas de que vayan a llevar a cabo muchas pesquisas allí, ya que no hay indicios de secuestro claro o retención contra su voluntad.

–¿Y la nota que os dieron? –preguntó Paolo–. ¡Eso puede ser un indicio de secuestro!

–En la nota no se pide ningún rescate –contesto Eduardo.

Cristina intervino:

–Pero sí es verdad que puede dar lugar a pensar que está retenida a la fuerza por otros motivos, aunque no pidan nada a cambio.

–¿Qué motivos podrían ser esos? –preguntó intrigado Paolo.

–Catherine, siempre ha sido conocida, al menos en su círculo más cercano, por ciertas... habilidades, o llámalo “poderes psíquicos”, que alguien puede estar interesado en utilizar –Cristina miró de reojo a Roberto.

Esta posibilidad, que Roberto había planteado hacía días en casa de su hermano, ahora en labios de Cristina parecía ser una idea propia. Roberto, sin mirarla, esbozó una leve sonrisa.

–Es una posibilidad más, aunque algo remota –dijo Eduardo–. Pero desde luego no debemos dejar ninguna posibilidad sin contemplar.

El prolongado silencio de Roberto empezaba a extrañarles a la pareja y a Paolo; este último se imaginaba que algo se estaba “cociendo” en la mente de su amigo, que se encontraba con la cerveza en la mano y la mirada cabizbaja.

–Bien –continuó Eduardo–, creo que lo mejor es esperar a que la Policía haga su trabajo, y a ver si con la denuncia de búsqueda en Perú dan con ella. ¿Qué os parece?

–Es lo mejor –contestó Cristina.

–¿Se puede hacer otra cosa? –preguntó Paolo.

Roberto se levantó y espetó con gravedad:

–Hay que ir a Perú.

–¿Qué? ¿Cómo? –preguntaron con sorpresa Eduardo y Cristina, mientras Paolo miraba boquiabierto a su amigo.

–¿Qué pensáis que va a aclarar la Policía de Perú? ¿Cuántos casos de desapariciones, secuestros y demás crímenes tienen al año, como para perder el tiempo en una denuncia internacional que ni siquiera está clara? No creo que vayan a averiguar nada. Solo aquí en España hay, actualmente, unos nueve mil casos de desapariciones sin resolver. Para ellos es un trámite más, sobre todo cuando hay indicios claros de que ha sido algo voluntario.

–Yo no veo tantos indicios –protestó Cristina.

–¿Nooo? –protestó Roberto, que se tomó su tiempo para continuar a la vez que se sentaba de nuevo. Mirad, mi madre, después de asegurarse de que me había repuesto totalmente del accidente, arrendó el negocio, puso las cuentas bancarias a nombre de mi hermano y mío, y nos comunicó que quería viajar, conocer mundo; desaparece y nos enteramos de que viajó a Perú, primero a Lima y luego Cuzco. Si hubiera planeado no volver, ¿pensáis que nos lo hubiera dicho? Seguro que no. Para nuestra relativa tranquilidad mandaría algún tipo de comunicación, como la que nos llegó, para que supiéramos que está bien y punto.

–¡Ya! Pero tú mismo me dijiste que no había sacado nada de dinero de las cuentas del banco. ¿De qué iba a vivir? –preguntó Paolo.

Eduardo, miró a Roberto y le espetó:

–No me habías dicho nada.

–Bueno, tú también puedes consultar las cuentas –se justificó Roberto–, los dos figuramos como titulares. La cuestión es que la hipótesis más probable es la de que se encuentre en algún lugar de Perú o Sudamérica, y que no tiene intención de volver, ya que ha dado su vida aquí por concluida. En relación con lo del dinero para subsistir, pueden darse dos situaciones: la primera es que donde esté no necesite dinero, e incluso realizando algún trabajo sea suficiente para compensar su manutención; y la segunda, que se haya llevado bastante dinero en mano y todavía no haya necesitado más; en realidad tampoco ha pasado tanto tiempo.

–Pero ¿has mirado si ha sacado alguna suma importante antes de irse? –preguntó Cristina.

–Muy grande no, pero ha podido ir reuniéndolo poco a poco; y por otro lado, no sabemos cuánto dinero tenía en la casa.

–Está claro que existen varias posibilidades –intervino Eduardo–, pero creo que es precipitado ir a Perú, sin haber agotado la vía policial.

–Estoy de acuerdo –dijo Cristina.

Durante casi una hora, la conversación se centró en hacer desistir a Roberto de la idea de viajar a Perú por el momento. Paolo también supo sacar argumentos en contra de ese viaje, diciendo:

–Si tu madre hizo eso que dices, qué sentido tiene que vayas a buscarla, ¿qué ibas a hacer?, ¿arrastrarla de nuevo hasta aquí, en contra de su voluntad?

A Roberto esta cuestión que planteó su buen amigo le dejó sin argumentos. El deseo de ver a su madre y pedirle explicaciones podía más que la razón.

Consiguieron por fin convenir, a pesar de la insistencia de Roberto, que esperarían un tiempo, para ver si la Policía de Perú daba alguna noticia sobre Catherine.

25

Catherine estaba en un cuarto de la casa, de pie, al lado de una mujer de unos cuarenta años, que se encontraba tumbada en una especie de camilla, la puerta estaba entreabierta, y un niño de siete años miraba curioso desde el otro lado.

–¡Rober! ¿Qué haces detrás de la puerta? – preguntó Catherine en un tono cariñoso.

Roberto cerró la puerta al verse descubierto. Pero al momento, desde dentro del cuarto, oyó cómo su madre le invitaba a pasar. La mujer que estaba tumbada, que era una vecina del pueblo, le dijo a Catherine que no le molestaba la presencia del niño y que le hiciera pasar. Roberto entró al cuarto especial, como lo llamaban en la familia.

–¡Hola, Rober! ¿Quieres ver cómo me cura tu mamá?

Roberto asintió con la cabeza.

–Siéntate en esa silla y no hables. ¿Vale? –le indicó Catherine.

–¿Cómo lleva la falta de su padre? –susurró la mujer a Catherine.

–Él y su hermano piensan que volverán a ver a su padre algún día.

–¡Pobrecitos, qué lastima!

–Yo también lo creo, por eso piensan así ellos, ¿tú no lo crees?

–¡Desde luego! Tu marido era un hombre bueno, seguro que está en el cielo con Dios.

–Con que esté en camino es suficiente –dijo Catherine sin poder contenerse.

Su contestación no tenía reproche alguno hacia su marido, que siempre había sido bondadoso y de trato correcto, simplemente dejó escapar sus convicciones. Unas convicciones basadas en la creencia de que el camino hacia el Padre es largo, muy largo, pero no por eso penoso, y en el que no todos llevan el mismo ritmo. Catherine creía en la misericordia divina, en el amor que el Creador tiene a toda su prole, y aunque su marido no destacaba por su fe, tampoco negaba la existencia de Dios, y en efecto era un hombre bueno, sensato, cordial, de buenas intenciones y que había aprendido mucho al lado de esta mujer excepcional.

Marta, que así se llamaba la mujer, era una creyente católica convencional, que tenía un gran temor a la muerte, algo que es habitual en muchas personas y se acentúa en aquellas que creen en un posible lugar después de la muerte, que servirá de castigo a las almas pecadoras, llámese “infierno” o cómo se quiera.

Posteriormente, esta frase de Catherine, tergiversada por Marta, fue, junto con otros murmullos y cotilleos, también malintencionados, lo que dio pie a una situación incómoda para la familia en el pueblo, lo cual la obligó a tomar la decisión de buscar otro lugar nuevo para vivir, donde no fueran conocidos.

–¿Mamá? ¿Qué hacías con las manos en el cuerpo de esa señora? –preguntó Roberto cuando se quedaron a solas.

–Le transmitía energía a una parte de su cuerpo, para que se curara de una dolencia.

–¿Energía? ¿Qué energía? ¡Yo no vi nada! – exclamó sonriendo.

–No la ves, pero existe.

–¿Y la tienes dentro de ti? –preguntó Roberto.

Catherine se quedó un momento sopesando la respuesta que debía dar a su pequeño.

–Viene del cielo, cariño, y está repartida por el aire, yo solo la junto y la transmito a una parte del cuerpo, o a veces a todo el cuerpo.

–¡Yo también quiero!

Catherine se reía.

–Algún día te enseñaré cómo hacerlo, si es que aún quieres.

26

Roberto se encontraba en el porche de su casa viendo el atardecer, abstraído en sus pensamientos, cuando sonó su teléfono móvil. Comprobó que la llamada era de Vanesa.

–¡Hola, Vanesa!

–*¡Hola, Roberto! Te llamo para preguntarte si has recibido alguna carta de la hermandad que nos entrevistó el otro día, o si te han llamado por teléfono.*

–No, no he recibido nada de ellos. ¿Por qué?

–*Porque a mí sí me han llamado por teléfono.*

–¡Sí! ¿Y qué te han dicho?

–*Que no hay ningún problema en mi ingreso en la sociedad, pero...* –Vanesa se quedó en silencio.

–¿Pero qué?

–*No lo entiendo, es muy extraño...*

–¿Qué ha pasado, Vanesa?

–*Que me han dicho que tu caso era distinto, que tenían que verlo más despacio y hacerte otra entrevista más adelante.*

–¿Qué?

Esta respuesta desconcertó momentáneamente a Roberto. Precisamente él, que había sido más sincero y que en verdad creía en un ser superior, ofrecía dudas, y ella, que era todo lo contrario, era admitida. Una nube de confusión se apoderó de él.

–*Yo tampoco lo entiendo, pero eso me han dicho. He tratado de sacarle información o algún motivo, pero nada, se han cerrado en banda y han*

dicho que tenían sus razones, y que si me interesaba bien, y sino, que entenderían perfectamente mi negativa a entrar en la hermandad. De todas formas, han insistido que era una decisión cautelar, que únicamente tenían que estudiar tu caso más despacio, pero que por el momento no podías ser admitido.

–¿Y qué vamos a hacer? –preguntó aún confuso Roberto.

–Mañana nos vemos en mi casa con Ramón para hablar del asunto. Hemos quedado a las diez. ¡Hasta mañana!

¿Qué estaba pasando aquí? Roberto sentía que el mundo le daba la espalda. Acomplejado aún de culpabilidad por la muerte accidental de su novia, conmocionado por la desaparición inexplicable de su madre, sin poderla olvidar ni un minuto, y ahora, que tenía una oportunidad en su carrera periodística para realizar un trabajo importante, veía que se derrumbaba, era como si una mano negra se hubiera apoderado de su destino. Era –pensaba– como si se hubieran empeñado en pasarle factura por sus años de superficialidad, de indiferencia, de juergas, de pasarlo bien sin preocuparse de más.

–Tiene que haber alguna explicación a todo esto –masculló entre dientes, mientras estrujaba con rabia un bote de un refresco que tenía en su mano.

Esa noche apenas pudo conciliar el sueño. Los acontecimientos le empezaban a superar.

A la mañana siguiente, aparcaba su coche cerca de la casa de Vanesa. Llevaba gafas oscuras para

disimular las ojeras con las que se había levantado. Cuando Vanesa le abrió la puerta de su casa y entró en su despacho, Ramón estaba allí, sentado en un sillón.

–¡Hola, Ramón!

–Buenos días, Roberto.

Vanesa invitó a Roberto para que se sentara en otro sillón, frente a Ramón, al lado de una mesita baja y, a su vez, ella cogió una silla que estaba frente a su mesa, para situarse también alrededor de la mesita.

Ramón tenía un gesto grave, de preocupación. Vanesa empezó a hablar haciendo un resumen de la situación en la que se encontraban, mientras Ramón miraba a Roberto intentando adivinar sus sentimientos. Al final de la breve exposición, Roberto preguntó a Vanesa:

–¿Y tú qué les dijiste?

–Que tenía que pensarlo, que la idea que teníamos era entrar los dos y, al no poder entrar tú, pues que tenía que pensarlo antes. ¿Qué iba a decir? Tenía que darme tiempo, mejor dicho, darnos tiempo. Esto es un trabajo en equipo, lo comenzamos juntos y las decisiones deben estudiarse en común.

Ciertamente, una vez más esta mujer demostraba su profesionalidad.

Ramón desvió la cuestión preguntando a los dos:

–¿Cuál es vuestra impresión de la entrevista con los miembros de la sociedad masónica de anteayer?

–Creo que bien –contestó Vanesa–, aunque después de esto ya no sé qué pensar.

–En este caso, el costo por la admisión sube bastante ¿no? –dijo Ramón.

–Sí –dijo Vanesa–, por eso las personas que entran en la masonería suelen tener cierto estatus, al menos económico.

–Bien –continuó Ramón–, por el dinero no os preocupéis. Espero que no tengáis problema para entrar en la masonería. En cuanto a la otra hermandad, podemos hacer dos cosas y no son incompatibles ambas. La primera, que entres tú Vanesa solamente, lo cual tienes que decidir libremente; no creo que suponga ningún riesgo, ni problema mayor. Y la segunda, que rechaces entrar en esa hermandad y busquemos otra, intentando entrar los dos, algo que sería probable; pero desaprovecharíamos esta oportunidad con la hermandad que parecía más interesante.

–También era muy probable entrar en esta – protestó Roberto– y mira con lo que nos salen.

Ramón no sabía qué decir a Roberto para explicar lo que podía pasar, únicamente se limitó a encogerse de hombros y decir:

–No es la única sociedad esotérica que hay.

–Ya –dijo Roberto–, pero esta parece la más seria. Tú mismo has dicho que parece la más interesante, la que probablemente podría haber heredado los conocimientos de los antiguos maestros.

–Eso es verdad –apoyó Vanesa.

Ramón se veía inquieto, se removía en el sillón mientras se pasaba la mano derecha por la cabeza. Roberto nunca lo había visto así, siempre había

mantenido una calma fuera de lo común. En verdad estaba preocupado con el asunto.

–Puede ser –dijo por fin Ramón–, ¿pero qué podemos hacer? Si no permiten el ingreso de Roberto, al menos por el momento, no podemos hacer nada más que intentar continuar en otra dirección.

Después de un corto pero intenso silencio, Vanesa habló:

–Yo sí quiero entrar en esta hermandad, y con el tiempo averiguar por qué no admitieron a Roberto.

–¿Estás segura? –insistió Ramón.

–Sí, Ramón. En verdad hay algo raro en todo esto; no es normal que rechacen a uno y a otro no, siendo pareja, y tú lo sabes.

–¡Desde luego! –dijo Roberto con rabia, al tiempo que se quitaba las gafas–. Y más dándonos a entender con sus preguntas que tendrían en cuenta la creencia en un dios o ser superior para admitirnos, y resulta que ella no cree y yo sí. ¡Que ironía!

Vanesa tuvo que llevarse la mano a la boca para evitar una carcajada. Ramón, al ver a Vanesa, no pudo por menos que esbozar una sonrisa.

Roberto, al que no se le escapó la situación, haciendo gala de tomarse las cosas con deportividad, dijo:

–Claro que quizá no les interesen personas creyentes.

–¿Por qué? –preguntó Ramón.

–Para así “convertirlas” –dijo Roberto mirando pícaramente de reojo a Vanesa.

Este último comentario provocó la distensión total sobre el asunto. La situación pasó, de lo casi dramático a lo cómico, en unos segundos.

Al momento, Ramón, más relajado, viendo que Roberto había encajado el golpe relativamente bien, agregó:

–Bueno, pues hacemos eso si os parece. Vanesa pide su ingreso en la hermandad y a ver si tenemos más suerte con los masones.

–No diste tu dirección, ¿verdad? –preguntó algo inquieto Roberto a Vanesa.

–No, solo dimos la tuya; recuerda que para ellos soy Luisa Martínez. Por cierto, ahora que lo mencionas, si tengo que dar una dirección, ¿puedo dar la tuya?

–¡Desde luego! Al fin y al cabo somos novios – contestó este con un guiño de ojo– y ante ellos podemos estar viviendo juntos.

Continuaron charlando los tres, haciendo planes sobre cómo procedería Vanesa dentro de la hermandad.

Pasaron algunas semanas y no había noticias del paradero de Catherine, la impaciencia se iba apoderando de Roberto e incluso de Eduardo. Aun así, Roberto mantuvo la concentración en su trabajo, dando muestras de una gran entereza.

Esa tarde, Vanesa había quedado por primera vez con quien ella consideraba un “pez gordo” dentro de la hermandad. Hasta la fecha, Vanesa solo había recibido lecciones por correspondencia, algo que era normal hasta que esta no se iniciara en el templo. Por lo que ella le había solicitado que se vieran, para que le explicara más cosas de la hermandad y en qué consistía la iniciación que estaba pronta a recibir; para sorpresa de ella, aquel accedió gustoso.

Habían quedado en una cafería tranquila del centro de Barcelona y, como no conocían al personaje, por precaución, Vanesa dijo a Roberto que se mantuviera cerca del lugar observando a ambos, de esta forma se sentía más tranquila. Este propuso permanecer en la misma cafetería en una mesa algo alejada, simulando leer la prensa o un libro.

A las 6:45 de la tarde, Vanesa entraba en la cafetería, había quedado a las 7:00. Por el momento, Roberto se mantenía fuera en la calle, aunque no tardaría en entrar. Únicamente esperaba a que el misterioso personaje se sentara con su

compañera, algo que podía ver perfectamente a través de la cristalera del local, que aunque era algo oscura no impedía ver su interior. Ambos habían convenido que Vanesa se sentaría con el hombre en una mesa junto a la cristalera, por eso ella llegó antes de la hora para poder elegir mesa.

De vez en cuando, Vanesa miraba a Roberto, que permanecía en la acera de enfrente haciendo que miraba un escaparate de ropa de hombre y de mujer. Vanesa sonrió, pensando que era una suerte que no se tratara de un asunto policíaco, porque permanecer un joven más de diez minutos como llevaba Roberto mirando un escaparate de ropa no era muy convincente.

En el tiempo que llevaban esperando, un par de personas y una pareja entraron en el local. Sobre las 7 en punto, un señor de pelo canoso y bien vestido, con traje y corbata, se acercaba por la misma acera donde se encontraba la cafetería. Roberto se sorprendió enormemente, porque le pareció reconocer a Miguel, el amigo de su madre; sí, en efecto, era Miguel. El corazón le dio un vuelco, quiso salir corriendo hacia él para preguntarle si sabía algo de su madre, averiguar cualquier cosa que pudiera dar una pista sobre lo ocurrido, pero se quedó de piedra cuando vio que este entraba en la cafetería. Estupefacto observaba, a través de los cristales, cómo saludaba a Vanesa con dos besos en la mejilla y se sentaba en la mesa donde se encontraba su compañera.

“¡Dios mío! ¿Qué está pasando aquí?”, pensó.

Una vez más, Roberto era un torbellino de pensamientos. Era esto una mera casualidad, o la providencia le había puesto en el camino una oportunidad de esclarecer el misterio sobre su querida madre.

De vez en cuando, mientras ordenaba sus ideas, Roberto echaba un vistazo a la pareja. Por lo general se mantenía de espaldas, e incluso se alejó algo más para no ser reconocido. Vanesa, cada tanto, le mandaba alguna mirada fugaz, que raramente coincidía con la de Roberto; estaba extrañada porque él no había entrado en la cafetería tal como habían quedado.

Dentro del bar, Vanesa trataba de sacar toda la información posible de la hermandad.

–Como ya le habrán contado, Luisa, nuestras enseñanzas son un compendio de diversas corrientes de pensamiento, esto es lo que simbolizan los viajes de Christian Rosenkreutz por diversos lugares de Oriente...

–Pero este Christian Rosenkreutz, ¿existió de verdad? –interrumpió Vanesa.

Miguel se quedó mirando un momento a Vanesa, con mirada penetrante, pero cálida al mismo tiempo, y le respondió:

–Ya le he dicho, querida, que se trata de algo simbólico. Léase el libro de la Fama Fraternitatis. Puede ser de su interés, si es que logra entenderlo bien –al terminar esta frase se echó a reír.

–¡Ah, sí! He oído hablar de ese libro; pero ciertamente, no sé muy bien de qué trata.

–Más que un libro es un compendio de declaraciones de los fundadores de la hermandad – dijo Miguel–. Es el primer escrito que hizo público, allá por el siglo XVII, y en él se encuentran las claves de su formación, sus objetivos y demás. Pero ciertamente no es de una fácil comprensión...

En ese momento, Miguel se vio interrumpido súbitamente:

–¡Hombre, Miguel! ¡Qué coincidencia! – exclamó Roberto acercándose a la pareja.

Vanessa no daba crédito a lo que estaba viendo.

Roberto por fin había decidido acercarse para hablar con este hombre, amigo de su desaparecida madre; tenía que tratar de averiguar algo si era posible, y no podía dejar pasar esta oportunidad que el destino le ponía delante de sus narices. En verdad, no había insistido en tratar de buscar anteriormente a las amistades, algo misteriosas, de su madre; pero es que ella no había dejado ninguna agenda, ni tarjetas, ni nada parecido, donde poder encontrar números de teléfonos o algún dato que le ayudara a encontrar a alguien de su reducido círculo de amistades. Fue por eso que Roberto se entusiasmó tanto al ver a Miguel.

Cuando Roberto se presentó, así, de improviso, no se sabía quién estaba más sorprendido, si su compañera o el propio Miguel. Este incluso palideció, y por un momento se quedó mudo, aunque no tardó en reaccionar y saludar cariñosamente a Roberto. En las pocas ocasiones que se habían visto, Miguel siempre había tratado muy amistosamente a Roberto y a su hermano.

Roberto recordaba un comentario que llegó a hacer Miguel, en el que le decía lo afortunado que era por tener una madre así. Eso se le quedó grabado en su mente.

La situación ciertamente era una mezcla entre incómoda y cómica. En cuestión de segundos, Vanesa tenía que decidir si hacer que conocía a Roberto, incluso mantener que eran novios, o presentarse como desconocidos. No le dio tiempo a decidir; Roberto se aproximó a ella y le dio un beso en la mejilla diciendo:

–¡Hola, cariño! Me parece que he llegado demasiado pronto ¿no? –Roberto hizo un gesto mirando el reloj–. ¡Claro, si aún son las siete y diez!

Vanesa, entendiendo que Roberto ya había pensado en cómo resolver la situación, le siguió la corriente:

–Sí, te has adelantado un poco, quedamos a las ocho. Veo que ya os conocéis, ¡qué casualidad! – exclamó sonriendo.

–Sí, ¡el mundo es un pañuelo! –dijo Roberto.

Vanesa pensaba rápidamente para no cometer errores que pudieran poner en peligro su trabajo de investigación. Ahora, en esta nueva situación, tenían otro problema que resolver. Si ante Miguel eran novios, este último es muy posible que supiera que el novio de “Luisa” no fue admitido por la hermandad. Vanesa ganó unos segundos mientras Miguel se interesó por la vida de Roberto. Decididamente era mejor no correr riesgos ocultando esta contrariedad, ya que él podía estar al

tanto, o cuando menos averiguarlo. Sin embargo, una vez más Roberto se adelantó sorprendiendo aún más a la periodista.

–¡No tenía ni idea que pertenecías a esta hermandad! –exclamó Roberto–. Por cierto, Luisa y yo nos llevamos una sorpresa cuando a mí me negaron la admisión, y a ella sin embargo la dejaron entrar sin más.

Miguel, inquieto, se vio comprometido a dar una explicación, pero simplemente se limitó a decir:

–Es extraño, no obstante hablaré con los que os entrevistaron, y la verdad por lo poco que te conozco creo que no habrá ningún problema en resolver esta situación. ¡Quizá hubo algún malentendido!

Antes de que Roberto preguntara si sabía algo sobre Catherine, Miguel se adelantó interesándose por ella.

–¿No sabes lo ocurrido? –preguntó Roberto.

–¿A que te refieres? –preguntó a su vez Miguel.

Una brizna de decepción se dejó ver en el rostro del Roberto.

–Bueno... ella... Hace tiempo que no tenemos noticias de mi madre.

Miguel miraba a Roberto invitándole a que le explicara más detalles. Este le contó lo sucedido hasta el momento actual, pensando que era mejor sincerarse con él; al fin y al cabo era muy buen amigo de su madre, y quizá pudiera ayudar en su búsqueda.

–¡Cuánto lamento esta situación! –dijo Miguel–. Me imagino la angustia por la que debéis estar pasando Eduardo y tú.

–Desde luego. Me preguntaba, si tú, que eres buen amigo suyo, podías saber... o si en algún momento ella te contó algo sobre sus planes. Quizá alguna pista que pudiera llevarnos a encontrarla. No sé, lo que fuera.

Miguel, en un gesto reflexivo, se llevó la mano izquierda a la barbilla. Y después de tomarse un tiempo, contestó:

–Tu madre es una persona muy especial. Particularmente yo la admiro, porque ha sabido afrontar la vida con entereza, y con un positivismo no falto de dosis de realidad. Su fe es tan grande, su confianza en Dios es tan real, tan vívida, que te puedo asegurar, Roberto, que no he conocido una persona en este mundo que exprese con tanta claridad la divinidad que todos llevamos dentro. Ella ha sido, y es, admirada también, por otros miembros antiguos de nuestra hermandad.

–¡Pero, un momento! –interrumpió Roberto, cayendo en la cuenta de que estaba ante una incógnita nueva sobre la vida de su madre.

Vanesa también intuía lo mismo que Roberto y escuchaba expectante. Roberto, por fin, preguntó abiertamente:

–¿Es que mi madre pertenece a la hermandad?

La pregunta, aunque esperada, no dejó de incomodar a Miguel, el cual se sentía comprometido por las circunstancias a desvelar

algo que ni la propia Catherine había hecho con sus hijos. Por eso, con resignación, dijo:

–No. Pero perteneció hace tiempo.

–¿Cuánto tiempo hace? –se apresuró a preguntar Roberto.

–Bastante, unos diez años o quizá más. Perteneció a la hermandad durante siete años, y luego, sin dar explicación alguna, comunicó su deseo de no continuar.

–Pero, ¿alguna razón habría? –preguntó Vanesa, que salió por fin de su mutismo.

–Nosotros nunca preguntamos nada sobre eso. Cuando alguien, por los motivos que sea, quiere dejar de pertenecer a la Orden, no se le insiste en que se quede, ni se le pregunta si quiera los motivos. Hay una libertad absoluta para abandonar la hermandad cuando se quiera. Lo que sí te puedo decir es que no hubo ningún problema personal con nadie. Es más, Catherine conservó la amistad con algunos de nosotros, y sigue siendo respetada, y como os dije, incluso admirada, sobre todo por mí mismo.

Roberto se preguntaba si habría habido en el pasado, algo más entre su madre y este hombre. Miguel, como si hubiera adivinado el pensamiento de Roberto, dijo:

–Mi relación con ella es de amistad, y siento una gran admiración por ella como persona. Tu madre, como te dije, ha desarrollado grandes virtudes. Cómo diría... ha evolucionado mucho en esta vida, y ha alcanzado lo que muchos seres humanos conscientes aspiran a alcanzar algún día.

–¿Qué quiere decir con lo de “conscientes”? – preguntó Vanesa.

–Que son conscientes de la divinidad que mora en su interior, y de la realidad espiritual que existe en la Creación.

Miguel dijo estas palabras con tanto convencimiento, y le puso tanto énfasis, que estaba claro que no era algo improvisado, sino, por el contrario, algo muy consumado en sus creencias.

A Roberto el trasfondo de estas palabras no le eran del todo desconocidas. Algo similar había escuchado en boca de su madre en más de una ocasión.

Vanesa fue reconduciendo la conversación entorno a los ideales de la hermandad; quería saber más. Al fin y al cabo, ese era el cometido de la cita. Miguel, para decepción de Roberto, no aportó nada sobre el posible paradero de su madre, o la actitud que la hubiera llevado a tomar esas determinaciones. Cuando Roberto le preguntó por este asunto, desvió hábilmente la conversación, como si no quisiera opinar directamente sobre los posibles motivos de su madre para hacer lo que hizo, si es que en verdad fue cosa de ella.

Eduardo estaba en su trabajo, en una mesa de su oficina, tras un ordenador; su empresa pertenecía a la industria química. Él tenía un puesto administrativo desde hacía varios años; era valorado por sus superiores por su pulcritud y honestidad en el trabajo.

Sonó el teléfono de su mesa; al otro lado del aparato, contestó Roberto:

–Hola, Rober, ¿cómo estás?

–*Pues, no muy bien.*

–¿Qué es lo que ocurre? –preguntó Eduardo.

Hubo un silencio; Roberto se tomaba su tiempo para contestar.

–¿Rober, estás ahí? –insistió Eduardo.

–*Sí, estoy aquí.*

–¡Cuéntame que es lo que te ocurre!

–*Que me voy a Perú.*

–Pero, que... ¿cómo vas a ir a Perú?

–*No insistas, no voy a cambiar de opinión. Lo he decidido después de pensarlo muy bien. No sabemos nada de nada de nuestra madre desde hace varios meses. La Policía no nos ha dicho nada nuevo. Ha pasado un mes desde que convinimos dejar pasar un tiempo, a ver si había noticias, y nada. Yo no sé tú, pero yo no lo soporto más.*

Eduardo sabía que, en el fondo, su hermano tenía razón; ya había pasado mucho tiempo y la situación era insostenible. Eduardo se había

refugiado en su trabajo y en su nuevo hogar, para así no enfrentarse con el grave problema que tenían. Sentía la sensación de que no había hecho todo lo que debía por encontrar a su madre.

–Está bien –dijo Eduardo–, pero entonces ¿por qué no te esperas a ver si me dan unos días o me adelantan las vacaciones del año que viene? Y nos vamos juntos.

–¿Sin consultarlo con Cristina? –había cierta ironía en la pregunta de Roberto.

–Quizá el problema no esté en ella, sino en mis jefes. Estamos en un momento de mucho trabajo y dudo que me den permiso.

–*No te preocupes, hermano, no tienes que complicarte la vida en tu trabajo, viajo yo, y ya te mantengo al tanto de todo lo que averigüe... si es que averiguo algo.*

–¿Estás seguro?

–*Totalmente.*

El tono de su contestación no dejaba lugar a dudas. Cuando Roberto había visto a Miguel unos días atrás, había vuelto a su corazón todo lo que su madre representaba para él y, aunque trató de dominar esta situación y con relativo éxito lo consiguió, sintió que no podía quedarse más tiempo de brazos cruzados. No hacer nada sería como traicionar el amor que tenía por su madre.

Ya había hablado con Ramón sobre la intención de viajar y, aunque este trató de disuadirlo, al ver su determinación, entendió que era inútil insistir y lo arregló todo, para que se cogiera el tiempo que necesitara sin perder su puesto.

–¿Que te vas a Perú? –preguntó sorprendido Paolo.

–Sí, he venido expresamente para despedirme, me voy mañana –contestó Roberto–.

–¡Vaya, Roberto! –exclamó Raquel, que también se encontraba en el bar– ¡Tienes valor!

–¿Y qué vas a hacer una vez que llegues allí? –preguntó Paolo.

–¡Bueno! Viajaré hasta Cuzco, y trataré de averiguar dónde puede estar: hoteles, pensiones... incluso conventos si es necesario, no sé, donde sea.

–¿Y vas solo? –preguntó esta vez Raquel.

–Sí, mi hermano anda muy liado en el trabajo, aunque yo sé que le gustaría acompañarme; pero... es mejor así, al fin y al cabo la idea ha sido mía y no quiero comprometer a nadie.

Paolo se sentía inquieto, preocupado por su amigo. Iba a ir a un país extranjero, donde no conocía a nadie, a buscar el paradero de su madre desaparecida; en verdad, podía ser peligroso. No pudo aguantar más y dijo:

–Roberto, tú sabes que eres mi mejor amigo. Yo siempre te he apoyado en todo y sé por lo que estás pasando, pero ¿te has parado a pensar que si tu madre, ojalá no sea así, estuviera secuestrada o retenida, qué sé yo, puedes correr un gran peligro?

Roberto miró a su amigo un momento y, con un tono de confesión, dijo:

–Puede que sea así, pero se trata de mi madre, a la que amo, tú sabes cuánto y no puedo dejar pasar el tiempo sin más. No confío en que la Policía vaya

a conseguir algo a estas alturas. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Olvidarme de ella? ¿Seguir la vida como si nada hubiera pasado?

Después de unos segundos de silencio, en los que Paolo y Raquel no se atrevieron a abrir la boca, Roberto continuó:

—No, yo no puedo. Necesito saber qué ha ocurrido, aun con riesgo de mi vida. Mi madre significa mucho para mí, ha sido mi padre y mi madre a la vez, me ha enseñado lo más importante de la vida: la fe y la esperanza. Y sobre todo, me ha dado todo el amor y comprensión del que es capaz un ser humano. Los días en que me estaba recuperando del accidente, no sabéis la paciencia que tuvo conmigo. Me porté como un cretino, le llegué incluso a gritar en varias ocasiones, algo que no había hecho nunca, y supo soportar mi carácter esos días como no sabe nadie. En esos días me enseñó que el amor es la mejor de las armas contra todas las bajas pasiones, como la ira, la cólera, la rabia, de las que tantas veces las personas nos dejamos dominar —en un tono confesional, en el que dejaba salir sus sentimientos más profundos, continuó—. Hubo un día, especialmente, que fui cruel con ella, le grité una serie de improperios al caerme del sofá cuando iba a... ¡Dios mío! Aún recuerdo cómo se acerco a mí y me miró, con unos ojos llenos de una misericordia, como jamás había visto, y me abrazó... Nunca he sentido nada igual — Roberto no pudo resistir la emoción del recuerdo y arrancó un sollozo.

Raquel echó la cabeza sobre el hombro de su novio y se puso a llorar.

Las palabras sinceras y profundas que salieron del corazón de Roberto impresionaron hondamente a la pareja. Paolo no tenía palabras. Raquel permanecía con la cabeza vuelta entre el pecho y el hombro de Paolo. Al momento, Roberto, recuperado, continuó:

–Curiosamente, después de ese abrazo, me sentí tan querido, tan abrigado, que empecé mi recuperación rápidamente. Hasta ese momento, apenas había evolucionado; pero después de eso, amigo, fue como si una energía celestial operara en mí para transformarme. El amor me inundó. ¡Fue maravilloso!

La despedida de la pareja fue muy emotiva. Paolo solicitó cuidar a Goofy, pero Roberto le dijo que había hablado con su vecina Lourdes para que se encargara de él. En otras circunstancias, Paolo lo hubiera arreglado en su empresa para acompañar a su amigo, pero estaba enamorado de Raquel y su boda estaba cercana. ¿O quizá la providencia se encargó de que Roberto viajara solo para resolver el más profundo misterio con el que se había encontrado hasta ese momento en su vida?

En el avión, Roberto estaba sumido en sus pensamientos, apenas había comido, ni tampoco había intercambiado palabra alguna con su compañero de asiento, que parecía un señor de negocios, de edad madura, que se pasó la mayoría del vuelo leyendo y tomando notas en una agenda, algo que Roberto agradeció, ya que no le apetecía conversar. Pensaba, ¿qué hacer?, ¿cómo comenzar su búsqueda? Si iba a la Policía, podía correr el riesgo de que le hicieran desistir de tomar cualquier iniciativa individual. No, mejor no decía nada. ¡Estaba decidido! Actuaría sin decir nada, al menos por el momento. Suplicaba, en silencio, inspiración divina.

Su oración se vio interrumpida por la voz de una azafata a través de la megafonía: “Señores pasajeros, nos encontramos a tres mil pies de altura. En breves momentos iniciaremos la maniobra de aproximación al Aeropuerto Internacional Jorge Chavez de la ciudad de Lima. La temperatura en la ciudad es de unos 22 grados y el cielo está despejado. Les rogamos se abrochen los cinturones y permanezcan en sus asientos hasta que el avión esté totalmente detenido. Muchas gracias”. A continuación, el inevitable mensaje repetido en inglés.

Roberto nunca había realizado el vuelo transatlántico, lo más que había estado en un avión eran unas tres horas, cuando había viajado a las

Islas Canarias, y en algún viaje por Europa. ¡América! En alguna ocasión pensó que viajaría al continente americano, especialmente a América del Sur, pero jamás pensó que lo haría en estas circunstancias tan angustiosas.

Cuando el avión aterrizó, después de pasar los trámites aeroportuarios, recogió su escaso equipaje, una maleta mediana, y salió rápido en busca de un taxi. Mañana temprano, volvería a coger el avión que le llevaría a la ciudad de Cuzco. Así lo había dispuesto en la agencia cuando adquirió los billetes, después de volar a Madrid, y de ahí a Lima, pasaría una noche en esta ciudad, con el objeto de estar más descansado y adaptarse al cambio de horario. Quería estar con fuerzas, con la mente clara para pensar ágilmente. Un día más o menos no cambiaría las cosas, pensó.

–¡Al Hotel El Condado, por favor!

Escogió un hotel que no estuviera muy lejos del aeropuerto, para no correr riesgos con el tráfico; Lima era una ciudad que tenía graves problemas con el tránsito. Apenas estaba oscureciendo. Mientras se dirigían al hotel, Roberto se preguntaba por qué su madre escogió este lugar del planeta para... ¿para qué? Para viajar, hacer turismo, para encerrarse en un convento, para volverse asceta, una ermitaña o algo así. O, a lo peor, fue secuestrada, retenida contra su voluntad; pero si hubiera sido secuestrada en Perú, algo por otro lado nada descabellado, habrían pedido algo por el rescate. No, Roberto estaba convencido que no se trataba de un secuestro, al menos no de un

secuestro común. Cuando llegó al Hotel, le dio una buena propina al taxista, y le pidió que estuviera al día siguiente a las ocho de la mañana para recogerlo. Le había gustado su discreción y forma de conducir, y además, aceptó de buen grado el pago en euros.

Cuando se acomodó en la habitación, se tumbó un instante en la cama y pensó en bajar a cenar algo en el mismo hotel, pero esto no ocurrió, ya que se quedó profundamente dormido.

En el porche de la casa, ya de noche, Catherine y su vecina Lourdes, sentadas en dos sillones de mimbre, conversaban cómo solían hacer de vez en cuando, sobre todo las noches veraniegas. Lourdes había cumplido ya los setenta años y desde hacía doce vivía sola, ya que su marido también había muerto; su pelo blanco y su expresión denotaban el sufrimiento y la preocupación que la habían acompañado a lo largo de muchos años. Era una persona preocupada por los temores religiosos que había recibido y con los que había convivido mucho tiempo; pero, a pesar de eso, y gracias a varios encuentros con Catherine, su visión había ido cambiando, y eso, sin que Catherine se lo propusiera, simplemente dio “alimento” a una mente hambrienta. Lourdes, como tantas otras veces, revelaba pasajes de su vida a su querida vecina. Esa noche le contó:

–Me acuerdo mucho, cuando era niña y mi madre nos hablaba por las noches, antes de acostarnos, sobre lo buenos que debíamos ser si no queríamos que Dios nos condenara al fuego eterno en el infierno. No debíamos hacer esto, no debíamos hacer aquello, porque Satanás estaba atento y tomaba nota para, llegado el día de nuestra muerte, llevarse nuestra alma a sufrir eternamente – Lourdes, con los ojos húmedos, continuó–. ¡No puedes imaginarte, querida, las pesadillas nocturnas, los miedos tan grandes que pasé!

Cuando hacía cualquier cosa mal, de las que todos los niños hacemos, lo apuntaba en un cuaderno para confesarme en cuanto tuviera ocasión y el domingo comulgar. Fue algo horrible.

Catherine escuchaba atentamente; más que escuchar se ponía en el lugar de Lourdes; entendía el sufrimiento al que había estado sometida esta mujer, y puso su mano derecha sobre la de ella en un gesto de comprensión. Y esperó. Sabía que Lourdes, estaba ávida de saber cosas, y no tardaría en preguntarle algo, como había hecho en otras ocasiones. Lourdes necesitaba abandonar esos conceptos religiosos obsoletos, que tanto la habían mortificado. Reconocía, en su vecina, una sabiduría fuera de lo común y una seguridad en sus afirmaciones que no le dejaban lugar a dudas. Por eso buscaba en ella saber más y le creía sin dudar, porque lo que su vecina le decía le parecía lo más hermoso, lo más verdadero, lo más razonable y lógico. No le creía porque sí, sino porque le encontraba verdadero sentido a sus palabras; explicaba muchas cosas del porqué de la vida, del porqué de los seres humanos, de su destino, del porqué el mundo es como es, del porqué Dios, en apariencia, no hace nada. Lo que Catherine le contaba era tan aplastantemente razonable y bello que, poco a poco, fue viendo en ella una fuente de sabiduría inagotable.

—¿Tú crees que algún día habrá una única religión en el mundo? —preguntó Lourdes.

—Pienso que algún día habrá tantas religiones como seres humanos habiten el planeta —contestó

sonriendo Catherine, que, al ver la cara de desconcierto de su vecina, prosiguió—. Me refiero a que la verdadera religión no debe ser una institución dirigida y organizada como en la actualidad, sino que la religión debería ser un asunto personal, una búsqueda personal de Dios. Podrán existir centros de adoración al Padre celestial, ¿por qué no?, pero esto no quiere decir que tengan que estar institucionalizados, como en la actualidad; ni mucho menos, que haya dirigentes que creen dogmas de fe y prohíban a sus feligreses hacer esto o aquello. Tiene que haber libertad de pensamiento. Aunque las religiones han cumplido, y espero sigan cumpliendo su cometido, deberían funcionar de modo que, llegado el momento, alentaran a sus miembros a disfrutar de libertad religiosa, es decir, que ellos mismos hicieran su propia interpretación personal de las verdades, de la creencia religiosa y los hechos de la experiencia religiosa. Yo creo, que hoy en día, podría tener éxito una iglesia que se dedicara, únicamente, a adorar a Dios, reconociendo su paternidad, y a propagar la verdad sobre la hermandad de todos los hombres y quitando toda presión dogmática sobre sus integrantes.

—Pero los seres humanos, o al menos muchos de ellos, siempre han buscado quien les dirija, quien les diga lo qué deben o no deben hacer —dijo Lourdes.

—Bueno, es una postura relativamente cómoda. Cumplen con los preceptos de su iglesia y así creen que su alma está salvada. Pero lo que parecen

ignorar es que ningún ser humano tiene la potestad de dar o no la eternidad a las almas, ni nadie de carne y hueso puede representar a Dios en la Tierra. Eso es una necesidad terrible.

–Pero entonces, ¿lo de San Pedro? ¿y los papas? –preguntó intrigada Lourdes–. Porque tú sí me has hablado en otras ocasiones de la autenticidad de Jesús como Dios. Hombre, entonces, ¿dónde quedan sus seguidores, su apostolado?

A Catherine no le gustaba hablar de ninguna religión en concreto, en muy pocas ocasiones lo hizo, pero esta fue una de ellas:

–Lourdes, te diré una cosa: nuestro amado Jesucristo nunca fundó iglesia alguna.

–¡Pero! ¿Y el Nuevo Testamento?

–Hay muchos escritos bienintencionados, pero no por eso tienen que ser ciertos en su totalidad. De todas formas, era algo lógico que se “edificara” una iglesia después de Pentecostés. El error más grave que tuvieron sus apóstoles fue que se basaron en la figura del Maestro y no en sus enseñanzas, algo que él no hubiera aprobado. Él preconizaba el Evangelio del Reino, del Reino de los Cielos, refiriéndose a un reino espiritual, el que se debía instaurar en el corazón de todos los hombres y mujeres...

–¿Pero cómo? ¿Cómo se consigue eso? – interrumpió cada vez más interesada Lourdes.

–Básicamente, reconociendo la paternidad de Dios, aceptando que todos los seres humanos somos hijos de Dios y por lo tanto hermanos, y teniendo fe en la eficacia del deseo de hacer su

voluntad, es decir, ser como Él, algo que debemos descubrir por nosotros mismos. Mediante esta fe, se obtiene la eternidad del alma, ya que se va espiritualizando cada vez más, hasta llegar algún día, al verdadero Paraíso.

–¡Pero un momento! Entonces las almas de los radicales cegados por la fe en su Dios, que cometen barbaridades, estarían salvados según esto que dices.

–Nadie de nosotros es quién para juzgar esas almas, por más que nos parezca injusto su proceder. Pero te diré que a los que te refieres, aunque creen en un Creador único, caen en el grave error, entre otras cosas, de querer imponer su religión a la fuerza, algo que desde luego está muy alejado de la voluntad divina. La violencia no debe agradar a la divinidad, ¿no crees? Por otro lado, el libre albedrío de los seres humanos es una joya preciosa que Dios nos ha regalado, y debe ser respetada totalmente.

–¡Mi querida amiga, parece que siempre tienes respuesta para todo! –exclamó rendida Lourdes.

Ya en el aeropuerto de la ciudad cuzqueña, Roberto, después de cambiar dinero por la moneda local, salió en busca de transporte. El sol brillaba con esplendor. “La ciudad de Cuzco era considerada el ombligo del mundo para los Incas”, leía Roberto en un folleto turístico. Con alrededor de cien mil habitantes, “Cusco”, como es llamado por los peruanos, parecía ser una ciudad especial, llena de historia y misterios.

Roberto se dirigió al centro de la ciudad, donde tenía pensado alojarse en un hotel y, después, empezaría su búsqueda por todos los hoteles y posibles residencias de la ciudad, en los que pudiera haberse alojado su madre. Sabía que podía encontrar dificultad para obtener esa información, en realidad nunca había hecho nada similar; pero suponía que no todo el mundo querría colaborar. Por eso se cargó de billetes de 20, 50 e incluso de 100 soles para “gratificar” a sus informadores si fuese necesario. El dinero no era un problema para Roberto, porque su madre dejó las cuentas bancarias bien surtidas; gracias al negocio familiar en el que invirtió, con la pequeña fortuna que le dejó su marido y a su buena administración, no tenían deudas importantes y la casa, con su gran terreno, se había terminado de pagar hacía pocos años.

Empezaría a buscar por los mejores hoteles de la ciudad. Si su madre había estado en esta ciudad, sabiendo su posición de desahogo económico, ¿por qué no iba a alojarse en buenos hoteles?

Había confeccionado antes de ir una lista de más de treinta hoteles, que localizó por Internet; si no encontraba nada en ellos tendría que aumentar la lista, y si después de esto su búsqueda resultaba infructuosa... prefería no pensar en esa posibilidad. La tarea se le antojaba ardua; pero su determinación era grande. Debía hacer lo que fuera con tal de averiguar algo sobre el paradero de su amada madre.

Después de un buen almuerzo en un restaurante cercano al hotel, se le ocurrió empezar por el propio hotel donde estaba alojado. ¿Por qué no? Sería una casualidad, pero era posible, además jugaba con la ventaja de estar alojado allí.

Cuando se acercó a la recepción, observó gratamente que seguía la misma persona que le atendió cuando llegó; se trataba de una chica joven, de piel trigueña y unos ojos negros muy bonitos. Cuando se acercó, esta empleada le dirigió una amable sonrisa y le dijo:

–¿En qué puedo atenderle señor?

–Verá señorita, quisiera saber, si es tan amable – Roberto se dio cuenta en ese instante de que no había estudiado muy bien las palabras a emplear, o qué excusa decir para tratar de sacar la información, sin embargo su ágil mente trabajó deprisa–. Bueno veré, es que mi madre se encuentra en esta ciudad, de turismo, y quería darle una

sorpresa, el problema es que no sé en qué hotel se aloja. Pienso que a lo mejor podría encontrarse en este mismo hotel.

–¿Cómo se llama su madre, señor?

Roberto se quedó durante dos segundos sin reaccionar. ¡Qué fácil ha sido! –pensó.

–Catherine Bulet –contestó Roberto saliendo de su ensimismamiento.

La empleada tecleaba en el ordenador. Durante los segundos que duró la averiguación, a Roberto se le puso un nudo en la garganta, ante la posibilidad, aunque algo remota, de que pudiera estar tan cerca de su madre. Después de esos segundos interminables, la empleada respondió:

–Lo siento, señor, no hay nadie alojado en nuestro hotel con ese nombre.

El gesto y tono de la empleada era de decepción, como si fuera un asunto de implicación personal. En verdad, la amabilidad y el trato recibido hasta ese momento eran realmente exquisitos.

–¡Ya! De todas formas, ¿sería tan amable de comprobar si estuvo alojada aquí? Quizá estuvo, pero se cambió de residencia.

–¿Desde cuánto tiempo atrás?

En este punto se derrumbaba su historia, al menos en parte. Si decía la verdad, es decir, unos dos meses, que era el tiempo transcurrido desde que su madre se había ido repentinamente, la empleada podría extrañarse; no era normal que alguien llevase todo ese tiempo de turismo, y más difícil aún que sus familiares cercanos no supieran dónde se alojaba en tanto tiempo. Roberto se

rascaba la cabeza para ganar tiempo mientras pensaba qué decir.

–Pues lleva casi dos meses en Cuzco, desde el nueve de junio exactamente.

Roberto había decidido decir la verdad. Le animó la actitud colaboradora de la recepcionista y el hecho de obtener toda la información posible. “Quizá estuvo unos días aquí”, pensó, lo cual podía ayudar en algo a seguir su pista.

La sonrisa de la joven desapareció. Esa petición no era tan normal. Dudó. Y le dijo a Roberto que esperara un momento. Se iba a ir a consultar a otro empleado que estaba en una oficina detrás del mostrador, sin duda su superior; pero Roberto reaccionó rápidamente para evitar complicar la situación.

–¡Señorita! Un momento por favor.

Roberto sacó su pasaporte y mostrando sus apellidos le dijo:

–¡Mire!, compruebe que se trata de mi madre. ¿Ve el segundo apellido: Bulet? Ella no nos dijo dónde se iba a alojar al principio, lo cierto es que ha desaparecido y no sabemos nada de ella en todo este tiempo. ¡Por favor, ayúdeme! Sólo necesito saber si pasó por este hotel, sería una pista.

–¿Ha acudido a la Policía señor?

–Ya lo hice en España, y pidieron la colaboración de la de Perú, y no han resuelto nada. Usted sabe mejor que yo los casos de secuestros y desapariciones que hay aquí...

–Perdone, señor, pero un secuestro y de una persona extranjera, no es cualquier caso.

–Tiene razón –dijo Roberto en voz baja–, pero es que al parecer no se trata de un secuestro, o eso parece al menos. Tenga esto para usted, en gratitud por su colaboración –y discretamente le dio un billete de 50 soles.

La empleada, sorprendida, miró el billete y lo cogió disimuladamente respondiendo:

–Veré si puedo hacer la consulta. Puede que tarde un poco, siéntese mientras tanto.

Roberto se sentó en un confortable sillón y pensó que le iba a costar bastante dinero obtener esa información en los demás hoteles. Pero estaba dispuesto a gastar lo que fuera con tal de obtener lo que buscaba.

Pasaron varios minutos, ya que la empleada tuvo que atender a otras personas que fueron solicitando sus servicios. Al cabo de unos veinte minutos, la joven llamó a Roberto y le dijo:

–Lo siento mucho, señor. Desde el nueve de junio hasta la fecha, no se ha registrado nadie con ese nombre.

Una pequeña mueca de decepción surgió de la boca de Roberto.

–Hubiera sido una gran casualidad. De todas formas, muchas gracias.

–A usted, señor. Y espero que la encuentre.

Esa tarde llegó a recorrer cuatro hoteles más. En dos de ellos le facilitaron la información sin mayor problema, y en otros dos tuvo que sacar la cartera. Nada de nada. Catherine no había estado en ninguno de los cinco hoteles. Roberto se fue extenuado a su hotel. Cuando llegó, en la recepción

había un hombre maduro, sin duda para realizar el turno de noche. “Mañana sería otro día”, pensó, y se fue a su habitación. La tarea se le presentaba muy dura.

A las 6:30 de la mañana, sonaba el teléfono de la habitación de Roberto. Éste, con los ojos cerrados aún, trató de situarse. Tenía esa sensación que dura algunos segundos de no saber dónde estás ni qué asuntos tienes entre manos. A veces le pasaba, sobre todo cuando se acostaba muy cansado y se despertaba repentinamente. Desorientado, buscó el teléfono.

–¿Dígame?

–*Hola, Roberto, soy Eduardo. ¿Cómo estás? ¿Te he despertado?*

–Pues la verdad es que sí, aquí aún es muy temprano –dijo mirando el reloj.

–*¿Lo siento!*

–No importa, no te preocupes, así me levanto ya. La verdad es que se me olvidó poner un despertador.

–*¿Has averiguado algo ya?* –preguntó impaciente Eduardo.

–Ayer estuve preguntando en cinco hoteles de buena categoría en Cuzco y nada de nada.

–*¿Y sí te dan la información en los hoteles sin problema?*

–A veces ayudado por las propinas.

–*¿Y hoy qué vas a hacer?*

–Seguir buscando, ¿qué más voy a hacer? –dijo Roberto algo molesto por la pregunta.

–Lo decía, porque a lo mejor sería interesante que fueras a la Policía local. Te podían facilitar las cosas.

–No, hermano, creo que mientras pueda sacar yo la información es preferible hacerlo así. Si tuviera problemas para obtenerla, entonces recurriría a la poli.

–¡Está bien, como quieras! Pero si averiguas algo, lo que sea, por favor, dímelo de inmediato... ¿vale?

–¡Claro! No te preocupes, así lo haré.

Roberto dio cuenta de un copioso desayuno de buffet, en el hotel, en verdad, no había probado bocado desde el mediodía. Tanto era su afán por buscar información el primer día que, cuando reparó en cenar, estaba tan cansado que sólo quiso dormir.

Después del desayuno, salió en busca de un taxi, para continuar su búsqueda a otro hotel de la lista. El taxista, que era algo parlanchín, le dijo:

–¡Ah, sí! Este hotel está al lado de la Plaza de Armas. ¿Usted la conoce, señor?

–No, aún no he tenido tiempo.

–¡Ah! Pues es muy linda. Allá está la catedral de Cusco, que se construyó entre el siglo XVI y XVII –Roberto guardaba silencio–. Aquí puede visitar construcciones de la época de los españoles y también lo que queda de los incas. Si le interesa ver los restos de aquella cultura, o los museos de la ciudad, un servidor le puede llevar con mucho gusto.

–Quizá en otro momento –dijo Roberto.

Pero el hombre, mezcla de chofer y guía turístico, no se dio por vencido tan fácilmente.

–Como guste, señor, pero le advierto, que estar en Cusco y no visitar los muchos lugares de origen religioso de nuestros antepasados, así como de la presencia española, sería una lástima. ¿Aunque supongo que el Machu Picchu no faltará de su agenda?

Roberto empezó a interesarse por lo que hablaba el taxista, e invitó al hombre a que le ampliara información sobre los lugares religiosos de la ciudad. Esta era su segunda opción, en caso de no obtener ninguna información en los hoteles, buscaría en los conventos o centros religiosos-espirituales que existieran en esta ciudad, por lo que la información del taxista parlanchín podía venirle muy bien.

–¡Mire, señor! Si en algo destaca Cusco y los alrededores es por el ambiente espiritual que se respira. El fervor religioso ha estado siempre presente en este lugar. Tiene innumerables iglesias y conventos. Aparte de la Catedral donde se dirige, está la de San Francisco, La Merced, Santa Catalina, la muy visitada de Santo Domingo... aunque aparte de esta, a mi también me gusta mucho la construcción de La Compañía de Jesús, al lado de la Catedral y que compitió con esta en cuanto a ser el edificio católico más importante del pasado.

Roberto pensaba que iba a tener mucho trabajo por delante.

–¿Y de los incas?, ¿qué queda en la ciudad que siga siendo un centro religioso?

El taxista tardó unos segundos en contestar.

–Hay una fortaleza, la de Sacsayhuaman, a las afueras de la ciudad, que era la “Casa del Sol” y actualmente, una vez al año, el veinticuatro de junio, se lleva a cabo la celebración de la Fiesta del Sol. Y hay más edificaciones fuera de la ciudad muy interesantes. Pero en la propia ciudad tiene el Qoricancha, que era el centro religioso más importante de aquella civilización en esta ciudad. Allí se adoraba al dios Sol principalmente, luego los españoles, cuando llegaron, arrasaron con el oro que cubría las paredes del principal templo. Debió ser muy bello. También tiene otros templos dentro, el de la Luna, que se consideraba la esposa del Sol, el de Venus y las estrellas...

–Parece interesante. ¿Y actualmente qué hay allí? –preguntó Roberto.

–Sobre la base del Templo del Sol, se construyó la actual iglesia y convento de Santo Domingo, que antes le mencioné. También hay un museo.

–En verdad, está usted muy ilustrado sobre los lugares de interés de su ciudad –interrumpió Roberto.

–Bueno, en realidad, no nací aquí. Yo soy de Ayacucho, pero hace ya más de diez años que vivo aquí.

De repente el taxi se echó a la derecha y se detuvo.

–Este es su destino señor. ¡Allá está el hotel que busca! –dijo el taxista señalando con el dedo, y

añadió-. Permítame que le dé una tarjeta, por si necesita mis servicios. Cualquier sitio que quiera visitar, estoy a su disposición, no importa la hora, me llama al móvil y le recojo con mucho gusto.

A Roberto le pareció una buena idea, quién mejor que este hombre para ir a los posibles lugares religiosos, aunque su motivo fuera bien distinto al habitual del resto de visitantes. Se despidió del taxista y este a su vez le dijo:

–¡Que Dios le acompañe, señor!

Y de esta forma aceleró de nuevo su “carro” – como se llama a los coches allí– este singular y a la vez simpático personaje, dejando a Roberto pensativo, sobre esas últimas palabras: “¡Que Dios le acompañe!”.

En una sala de un edificio de la ciudad condal, conversaba un reducido grupo de personas: Miguel, el amigo de Catherine, Philippe y Norma, los entrevistadores de Roberto y Vanesa, y otro hombre de mediana edad llamado Andreu. Este último preguntó a Miguel:

–¿Crees que sospecha algo?

–No creo, si fuera así ya lo habría dicho – contestó Miguel.

–Debemos tener cuidado. El asunto se nos puede complicar con su viaje a Perú –manifestó Norma.

–Desde luego, si se llega a enterar nos puede traer muchas complicaciones –dijo Miguel–, sobre todo a mí.

Todos tenían un gesto de preocupación. Miguel permanecía sentado en un sofá junto a Norma. Andreu se encontraba de pie, cabizbajo. Philippe estaba sentado en una silla al lado del sofá. En ese momento sonó el timbre de la casa y Philippe se levantó exclamando:

–¡Ahí está! Voy a abrir.

–Ya estamos todos –dijo Andreu, mientras Philippe se dirigía a la puerta.

Cuando este regresó entró acompañado de una cara conocida: Ramón.

–¡Buenas tardes a todos! –saludó, sin disimular demasiado un tono grave, casi trascendental.

Una vez que todos se hubieron sentado alrededor de una mesa redonda, que se encontraba

en una parte de la sala, como si de algo ceremonioso se tratara, Norma encendió unas piedrecillas de incienso que se encontraban en un recipiente en el centro de dicha mesa, y tras unos momentos de oración en silencio, Andreu, que parecía dirigir el grupo, dijo:

–Bien, todos sabemos el motivo de esta reunión. Tenemos que pensar qué hacer. Existe la posibilidad de que Roberto averigüe demasiado en Perú y pueda comprometer a nuestra hermandad y, desde luego, poner en apuros a Miguel.

–¿Y qué podemos hacer? –dijo Miguel, mirando al grupo uno por uno, y clavando su mirada al final en Ramón–.

El resto del grupo hizo lo mismo, buscaron a Ramón con la mirada, con seguridad porque este era el que había aportado las ideas más relevantes hasta ese momento, en todo el asunto referente a Roberto, y también porque era el que más estaba en contacto con él.

Ramón estaba con la mirada baja, concentrada en el centro de la mesa, muy serio, con las manos unidas y sirviendo de apoyo a la barbilla.

–Por cierto, ¿tenemos contactos en Perú, verdad? –preguntó la única mujer.

–Sí –respondió Andreu.

–¿Pero qué pueden hacer ellos? –dijo Philippe.

–Se me ocurre que podían desviar su atención – contestó Norma–, para hacerle desistir de alguna manera en su búsqueda.

–Es una posibilidad. ¿Qué opinas, Miguel? – preguntó Philippe.

–No creo que sirva de nada.

–Tiene razón el *frater* Miguel –dijo Ramón saliendo de su mutismo–. Roberto tiene muy claro a qué ha ido a Perú y nadie lo va a frenar. Entiendo vuestro nerviosismo, pero creo que lo mejor es que esperemos a ver qué averigua, y si es necesario, porque el asunto nos salpica, lo mejor será contarle toda la verdad.

–Pero entonces, la Policía se nos puede echar encima –dijo preocupado Andreu.

–¡Desde luego! –exclamó Norma.

–Seguramente –afirmó Philippe.

Durante un rato más, estuvieron deliberando sobre la propuesta de Ramón, hasta que Miguel dijo, en un tono que dejaba poco margen para discutir:

–Creo que debemos hacer lo que dice el *frater* Ramón, debemos esperar a ver qué averigua. A todos nos interesa, y a mí personalmente más que a nadie, ya que soy el que más se juega. Así que os pido por favor, que hagamos lo que dice Ramón, y si las cosas empeoran le contaremos todo lo que sabemos.

El tono de preocupación, casi de angustia, de Miguel caló hondo en los corazones de sus “hermanos espirituales”. Y Andreu sentenció:

–Esa debe ser la forma de proceder de un hermano de nuestra fraternidad. La verdad debe imperar ante todo. No hemos contado lo que sabemos en el asunto de Catherine, porque no hemos querido comprometer a nuestro hermano –dijo mirando a Miguel–. Y el resto, tampoco era

necesario contarle, para no poner en peligro la misión que se nos encomendó. Pero si es necesario, le contaremos todo a Roberto antes que a nadie, con la esperanza que comprenda nuestra situación y nuestras intenciones.

–Pero, ¿y el Gran Maestro? –preguntó Philippe.

Tras un cruce de miradas, Ramón dijo:

–Naturalmente, habrá que trasladarle nuestras intenciones, a ver si da su aprobación.

–De hecho, he quedado en informarle del resultado de esta reunión –dijo Andreu.

34

El segundo día de búsqueda estaba siendo infructuoso, igual que el primero. Para colmo, se había desatado una fuerte tormenta en Cuzco a última hora de la tarde. Roberto se disponía a visitar su último hotel de ese día, pero tuvo que aguardar a la salida del Don Carlos Hotel Cuzco, ya que era imposible coger un taxi en esos momentos.

Estaba decidido, al día siguiente empezaría a visitar los lugares religiosos de la ciudad, especialmente los conventos. Mientras contemplaba la lluvia que ya empezaba a arreciar, pensaba que, si su madre tenía intención de instalarse en algún centro religioso, seguramente habría ido directamente a él, sin alojarse en ningún hotel. Era preferible centrar la búsqueda de su madre en esos lugares, y dejar la indagación en el resto de hoteles u hostales de la ciudad para después, algo que, por otro lado, le estaba resultando incómodo a pesar de conseguir sus fines. Sí, eso haría. En esta ciudad se respiraba un ambiente especial, religiosidad dirían unos, espiritualidad otros; pero el caso es que sí se percibía esto en el ambiente, en sus calles, en sus gentes.

¡El ombligo del mundo! Roberto dibujó una sonrisa en su boca. Claro, un sitio perfecto para una mujer de una fe inquebrantable, que busca su retiro, después de una vida ejemplar y de dedicación a su familia y seres queridos.

Por fin, un taxi paró a la entrada de ese hotel para dejar a un cliente y Roberto prácticamente se abalanzó sobre él. Después de un saludo casi mecánico, y sin mediar más palabras, le dio un papel al taxista con la dirección de su último hotel por ese día. Roberto se había molestado en confeccionar unas octavillas con los nombres de los hoteles de su lista. Al cabo de veinte minutos, el taxi paró frente al hotel de la octavilla. Roberto, al entrar, examinó el personal de recepción; ya había adquirido perspicacia en este asunto, si había una mujer en el mostrador, sobre todo si era joven, se dirigía a ella. Sabía que proyectaba cierto atractivo sobre las mujeres, y más siendo extranjero, y le sacaba todo el provecho que podía, y si eran jovencitas sin demasiada experiencia, por lo general, era más fácil que colaboraran. Los empleados experimentados se guardaban muy bien de poder contravenir alguna norma, y menos gratuitamente.

Por fortuna, en ese momento solo había una mujer, aunque no muy joven, aparentaba unos treinta y cinco años, su pelo moreno era corto, pero abultado, sus rasgos y piel eran mestizos.

Roberto actuó como venía haciendo en los anteriores establecimientos. Muy amablemente, le contó a la mujer que estaba buscando a su madre, para lo que se identificó a través del pasaporte como en otras ocasiones. La recepcionista debió ver cierto gesto de cansancio en Roberto, como si se hubiera dirigido a ella alguien que ya ha hecho lo mismo muchas veces. Quizá por eso no le puso

ninguna objeción y se apartó un momento para realizar la consulta. Roberto, después de darle las gracias a la mujer, se fue a sentar a un pequeño sofá que se encontraba en la recepción. En verdad estaba agotado, física y psíquicamente. Mientras esperaba, sacó del bolsillo la cartera para consultar la lista de hoteles que dejaría pendiente, y junto a este papel se encontraba una copia de la nota que le entregaron en los Pirineos. Releyendo la nota, no podía evitar que se le encharcasen los ojos... y se fijó especialmente en la última parte de la nota, la que decía: “Llegó el momento de dejar mis responsabilidades mundanas para ocuparme de mi peregrinar hacia nuestro soberano y creador”. ¿Qué quería decir realmente? ¿Que aunque la encontrara, ella se mantendría en su aislamiento? ¿Qué peregrinar era ese?

Sumido en sus pensamientos, no percibió que, a su lado, de pie, se encontraba la mujer de la recepción acompañada de un policía.

–¡Buenas tardes, señor! –saludó el policía.

Roberto se sobresaltó, aunque se quedó sentado, inmóvil, miró a la mujer, significando con su mirada que se sentía “traicionado” por haber acudido directamente a la Policía.

–¿Me deja su pasaporte, por favor? –exigió el oficial, que era un hombre ya maduro y con cara de pocos amigos.

Roberto apenas reaccionó poniéndose de pie para entregárselo, añadiendo:

–¿Ocurre algo?

El policía, sin contestar, observó el documento atentamente.

–¿Así que es usted español, señor Campos?

–Así es agente, ¿pero qué es lo que ocurre?

El policía, con mirada recia, le espetó:

–Aquí el que hace las preguntas soy yo. Cállese y sígame, por favor.

Roberto empezó a ponerse nervioso, sin saber qué estaba pasando exactamente. El policía le cogió del brazo, diciéndole:

–¡Siga a la señorita!

Ambos siguieron a la recepcionista, la cual les condujo a una oficina que se encontraba detrás de una puerta. Allí dentro había otro empleado que estaba recogiendo unos papeles como si estuviera a punto de irse.

–¡Hola, Gloria! –saludó cuando vio entrar a la mujer–. ¿Qué necesita?

La mujer le susurró algo al oído y, al momento, el hombre se fue de la oficina, no sin despedirse cordialmente del oficial de Policía. El cuarto era más bien pequeño, pero aparte de la mesa llena de papeles y un ordenador había otra pequeña mesa redonda con un par de sillas; el oficial le indicó a Roberto que se sentara, y despidió a la mujer, indicándole que si necesitaba algo la llamaría. Una vez solos, el agente se sentó en la silla de enfrente, encendiendo un cigarro, no sin antes ofrecer uno a Roberto. No se contrarió ante la negativa de este. Y comenzó a hablar con cierto aire de superioridad.

–Bien, así que Roberto Campos Bulet –dijo al tiempo que releía en el pasaporte.

Y sin más miramientos le interrogó:

–¿Por qué está buscando a la señora Catherine Bulet?

Roberto, algo más tranquilo, le relató la búsqueda de su madre por los hoteles de la ciudad, con la esperanza de encontrarla, ya que no tenían noticias de ella desde hacía meses.

–¿Y denunció la desaparición en España?

Roberto no sólo contestó afirmativamente a esa pregunta, sino que sacó la copia de la denuncia que realizó su hermano y que había traído consigo por si era necesaria, algo de lo que se alegró en ese momento. Ante las preguntas del policía, Roberto se animó a contarle más detalles de todo lo sucedido, por dos motivos, por un lado para ganarse la confianza del agente y por otro como una necesidad propia de contar su desgracia.

El hombre, con un gesto más cordial, convencido sin duda de la narración de Roberto, dijo:

–Pues, señor Campos, he de comunicarle que su madre sí se alojó en este hotel...

Roberto no le dejó terminar la frase al agente:

–¿Cómo? –dijo poniéndose en pie de un salto–. ¿Que se alojó aquí? ¿De verdad? –preguntó con gesto de asombro y alegría mezclados.

Antes de que el agente contestara, se abrió la puerta del despacho. La recepcionista había oído las voces y entró preocupada, preguntando al policía si pasaba algo.

–¡Cálmese, hombre! –le dijo el agente a Roberto.

Y aprovechando la presencia de la mujer, dijo:

–¡Gloria, por favor! Sea tan amable de indicarle al señor Campos las fechas exactas que estuvo alojada su mamá.

La mujer, entendiendo la situación, le puso rápidamente al corriente a Roberto. Su madre, Catherine Bulet, había estado alojada cuatro noches exactamente, las cuatro primeras noches desde su llegada a Cuzco.

El entusiasmo de Roberto era fácilmente perceptible. Por fin, su búsqueda daba algún fruto. Pero rápidamente cayó en la cuenta de que debía aprovechar el momento de complacencia del policía para “sacar” toda la información posible:

–Pero, dígame señorita, ¿recuerda si comentó algo sobre sus intenciones? Ya sé que hace tiempo, pero, si tiene cualquier información que pudiera ayudarme, se lo agradecería enormemente.

La mujer dudó unos instantes, tras lo cual le dijo al agente:

–¡Agente Darío, puede venir un momentico? Parecía que quería consultar algo con el oficial. A los pocos segundos, el agente volvió a entrar en la oficina, mientras Roberto esperaba de pie, algo confundido; parecía que las sorpresas iban a continuar.

El policía, que no tenía ya ningún reparo en colaborar con Roberto, le preguntó mientras se rascaba la cabeza:

–Dígame, señor Campos, ¿su mamá tiene esposo?

–No, mi padre falleció hace muchos años. ¿Por qué?

–¿Y sabe, supongo, si tiene... algún “amigo” o algo similar? Ya me entiende...

–No –respondió confundido Roberto–, bueno, quiero decir, que si se refiere a un amante o así, no, al menos que yo sepa.

–Verá, es que al parecer vino acompañada de alguien. La señorita de recepción esta comprobando todo lo que le es posible.

–¡Acompañada! –exclamó Roberto, como si pensara en voz alta–. Y cierta sonrisa pícaro se dibujó en sus labios.

Al momento, la empleada de recepción entró de nuevo en el despacho y, sin hacerse esperar, dijo:

–Ya he consultado cómo fueron las cosas, hasta donde he podido.

Roberto e incluso el oficial de policía la miraban con expectación.

–Adelante, continúe –ordenó este último.

–Sólo figura el nombre de su mamá en nuestro registro –dijo mirando a Roberto–, pero tomó dos habitaciones individuales, en una se alojó ella y en la otra un señor.

–¿Recuerda algo sobre ese señor, Gloria? –preguntó el agente.

La mujer durante unos segundos se quedó en silencio y, después, meneando la cabeza dijo:

–Hace ya tiempo, Darío... por el hotel pasa mucha clientela, y además, yo solamente realizo un turno. Lo siento, pero no recuerdo nada. Lo que sí he visto es que tenían, en principio, las habitaciones

reservadas para dos días más, pero el cuarto día debieron anular dicha reserva, cancelando los dos días que debían. Eso es todo lo que puedo informarles; ahora, si me disculpan, debo seguir con mi trabajo.

Y la mujer se retiró al mostrador, donde un cliente aguardaba al otro lado. El policía dio las gracias a la empleada. Roberto, absorto en sus pensamientos, ni cayó en la cuenta.

Fue después de un par de minutos que Roberto reaccionó, e incluso quiso agradecer al agente su colaboración con algún dinero, y este se negó, aunque, ante la insistencia de Roberto, el agente dijo que se lo daría a la recepcionista por su colaboración. Roberto estuvo de acuerdo. Según le confesó el policía, él se encontraba “casualmente” en la cafetería del hotel cuando Roberto llegó, y la mujer, que era una buena conocida suya, ante la sospecha de que pudiera ocurrir algo raro, le informó de lo sucedido.

–Ya me extrañó que la Policía de Cuzco fuera tan rápida –dijo bromeando Roberto.

–Yo vengo muy a menudo por aquí, sobre todo cuando está Gloria trabajando –le dijo el agente a Roberto con un guiño.

Antes de irse, el agente Darío le recomendó que pusiera una denuncia por la desaparición de su madre en el departamento de Policía de la ciudad, por si podían averiguar algo más. Incluso el agente le dijo:

–Yo personalmente estaré pendiente de las averiguaciones. Si me necesita, pregunte por el oficial Iván Darío Estévez.

Roberto no tuvo más remedio que aceptar de buen grado el consejo del agente y dejarle los datos del hotel donde se alojaba. Antes de irse agradeció a Gloria toda la colaboración prestada y esta, algo avergonzada, le pidió disculpas por su desconfianza y le deseó suerte en su búsqueda.

Roberto se fue a su hotel. La tarde había caído. Ya en su habitación, tumbado en la cama, pensaba. Se puso a especular en base a la nueva información de que disponía, y qué camino tomar. A la mañana siguiente pondría la denuncia de la desaparición en Cuzco, no estaba de más. Pero, y después ¿qué haría? Seguir buscando por otros hoteles parece que no tenía mucho sentido; su madre no se iba a cambiar de un hotel a otro de la ciudad porque sí. Sólo se le ocurrían dos posibilidades. La primera, que hubiera abandonado la ciudad para ir a otro lugar de Perú, o quién sabe dónde; en segundo lugar, que se hubiera internado en algún convento o centro religioso. Pero esta segunda posibilidad perdía fuerza en la mente de Roberto; el hecho de que fuera acompañada de un hombre le hacía pensar más bien en la primera opción; pero entonces ¿por qué su madre les mando esa nota de “despedida”? Si quería tener una relación con otro hombre, o simplemente viajar con un amigo, ¿qué sentido tenía “desaparecer” de sus vidas? Algo no encajaba. De todas formas, la Policía de Perú podría averiguar quizás si viajó dentro del país o

salió fuera de él. Ahora veía claramente la necesidad de pedir la colaboración policial.

Por otro lado, tenía que averiguar quién era el hombre que acompañaba a su madre, ahí podía estar la clave, él sabría dónde estaba su madre. Posiblemente viajó con ella desde España; si era un amigo suyo, así debía ser. Que él recordara, su madre nunca le comentó de ninguna amistad en Perú, ni siquiera en Sudamérica.

—¡Ya está! —dijo en voz alta.

Si su madre viajó desde España con alguien, lo más probable es que compraran los billetes de avión juntos, y fueran sentados juntos. ¡Lógico! —pensó—. La policía española lo podría averiguar con facilidad.

Roberto entra en un convento de la ciudad de Cuzco y se dirige a la madre superiora, para preguntar por su madre. Esta le señala con el dedo a una “hermana” que está barriendo el patio central. Roberto se ve invadido por la emoción. No se lo puede creer. Su madre está delante de él. Una cantidad de sentimientos pasan por su interior, desde el amor maternal hasta el reproche. Se acerca a ella, la llama; ella se vuelve, y al reconocer a su hijo, sale corriendo atravesando el patio y ocultándose por los corredores. Roberto, que se queda petrificado en un primer momento, sale corriendo detrás de ella, ve cómo entra por una puerta, Roberto entra detrás y... la dependencia está vacía, no hay más puertas, ninguna otra salida posible. Roberto no entiende la actitud de su madre, está nuevamente desesperado y la aflicción le invade el alma.

Roberto se despierta de esta horrible pesadilla. “¡Menos mal!”, se consuela pensando que todo era un sueño. Estaba empapado en sudor y con la respiración agitada. Esa noche le costó mucho dormirse. Tenía la sensación de no haber dormido casi nada. Miró el reloj: eran las siete y diez de la mañana. Debía levantarse. Tenía mucho que hacer.

Mientras desayunaba recordó el sueño. ¿Acaso era un mensaje de su subconsciente? ¿O de su ser superior? No, simplemente un resultado de la ansiedad y las emociones a que había estado

sometido los últimos días. ¡Sí, era eso! No se imaginaba a su madre vestida de monja, si de hecho nunca iba a la iglesia cuando se oficiaba misa, a no ser por un compromiso: funeral, boda, etcétera. Y además, ¿por qué iba a huir de él? “¡Qué tontería!”, pensó, mientras se dibujaba una leve sonrisa en sus labios.

Después, Roberto, sin salir del hotel, hizo una llamada a su hermano Eduardo, para contarle sus últimas averiguaciones y para pedirle que fuera al inspector de Policía donde puso la denuncia en España y le pidiera que investigaran sobre el acompañante de su madre.

–*¿Quién puede ser?* –preguntaba Eduardo sin esperar respuesta.

–No sé, nuestra madre tiene varios amigos. Por cierto, unos días antes de venir me vi con uno de ellos, Miguel, ¿sabes quién te digo?

–*Sí, claro, ¿y qué?*

–Nada, él no sabía nada.

–*Bueno, veré si esta tarde aún puedo hablar con el inspector; aquí son las cuatro. ¿Y tú, después de poner la denuncia allí, qué vas a hacer?* –preguntó intrigado Eduardo.

–Esperaré a ver si averiguan algo...

–*Pero eso puede tardar varios días* – interrumpió Eduardo.

–Ya, pero si me voy dudo que agilicen su trabajo. Además, aprovecharé la ayuda que me ofreció el policía de ayer.

–*Sí pero, no sé...*

–No te preocupes, hermanito mayor, sé cuidar de mí mismo.

–*En cualquier caso. ¡Ten cuidado! ¿Vale?*

–Vale, adiós, Edu –así le llamaba a veces cariñosamente a su hermano.

Siempre habían tenido una magnífica relación, de niños su madre se había encargado de que aprendieran a respetarse y trataran de comprenderse el uno al otro. Incluso siendo adolescentes, cuando tenían un desacuerdo, buscaban a su madre o esperaban a que estuviera desocupada para plantearle el problema, y esta, haciendo preguntas a uno y otro trataba de que empatizaran, pero dejaba que fueran ellos los que resolvieran el conflicto que, por lo general, se solucionaba cediendo alguno de ellos o ambos.

Roberto, siguiendo el consejo de su casi amigo policía, fue a la Dirección Territorial Policial de Cusco para poner la denuncia de la desaparición de Catherine en dicha ciudad. Después de esperar bastante tiempo, la agente que le atendió con frialdad, pero con amabilidad al mismo tiempo. Cuando Roberto le dijo que desde España ya habían obtenido información de la Policía de Perú, dijo:

–Disculpe, señor, pero tengo que hacer una consulta, ya que este caso puede ser que corresponda a la Interpol de Lima. Un momentico, por favor.

Quizá había metido la pata –pensaba Roberto–, hubiera sido preferible no haber dicho nada de la

colaboración con la Policía española, y empezar de cero aquí.

Al momento, la agente dijo que no había problema en cursar una denuncia aquí, y siguió preguntando datos a Roberto para rellenar el formulario.

Cuando hubo concluido, Roberto preguntó a la mujer por el agente Darío y esta, algo sorprendida, le dijo:

–El agente Iván Darío entra de servicio en el turno de tarde, si quiere que le deje algún recado.

–Sí, por favor, dígame que Roberto Campos ha estado aquí, y que ha puesto la denuncia de la desaparición de su madre. Él ya sabe.

–De acuerdo, señor, se lo haré saber –dijo la agente con una sonrisa.

Roberto salió del departamento policial y se paró un momento a la salida en la calle, sintiendo el sol, ya penetrante por la hora, muy especialmente en su cara. Esto le recordó las muchas ocasiones que veía a su madre tomar el sol un ratito por las mañanas, unas tres horas después del alba. Se sentaba en el porche de la casa y se remangaba, si era necesario, el pantalón y la camiseta, dejando la piel de sus brazos, piernas y cara, al descubierto.

–¿Qué haces, mamá? –recordaba que le había preguntado en cierta ocasión, siendo aún un niño.

–Alimentarme hijo.

–¿Alimentarte! ¿De qué? –preguntó confuso Roberto.

–Del sol. De algo que tiene el sol y que nos alimenta física, mental y espiritualmente. – Catherine sonreía, con los ojos cerrados, recibiendo la luz solar–. Es una energía invisible –continuó–, pero sólo debe tomarse a estas horas, después el sol es dañino.

Y Roberto fue a su lado a imitarla.

–Toma aire por la nariz y conténlo un momento hasta que te incomode –le indicó Catherine a su hijo–. Y ahora, mientras retienes el aire en tus pulmones, con tu mente trata de sentir la energía que ha entrado en tu cuerpo. Puedes sentirla y concentrarla en cualquier parte de tu cuerpo, allí donde la necesites más.

–Buffff –Roberto exhaló el aire–. ¡La he sentido en la rodilla derecha! Ayer me di un golpe y me molesta un poco. Voy a repetirlo. ¿Se me curará?

–¡Es posible! –dijo Catherine según se levantaba–. Con unos diez minutos basta. Ahora tengo que trabajar en la nave y tú después tienes que hacer tus deberes. Todavía queda para que empiece el colegio y tienes que seguir utilizando la cabecita, de lo contrario se te puede “oxidar”.

Catherine les insistía a menudo a sus dos hijos en la importancia de desarrollar el intelecto. Animó a su marido, cuando aún vivía, a que les enseñara a jugar al ajedrez a sus hijos y ella misma también quiso aprender.

–Este juego es más importante de lo que parece –llegó a decir en un par de ocasiones.

Roberto decidió que después de almorzar se relajaría un poco. Tanto ajetreo y la mala noche en la cama habían terminado por agotarlo. Necesitaba, además, tener la mente en condiciones para pensar qué hacer a partir de ese momento.

36

Esa noche de verano, en el porche de la casa, se encontraban más tertulianos de lo habitual, además de la vecina Lourdes, estaban Eduardo, Roberto, Francisco y Elena, que eran cuñados de Catherine, relación que conservaba aunque su marido ya no estaba. Francisco, hermano del fallecido, siempre guardó admiración en su corazón por Catherine; aunque su interés no era de índole sexual, se cuidaba mucho de manifestar cualquier palabra o gesto que pudieran mal interpretarse, sobre todo por su propia esposa Elena.

La conversación se centraba sobre el origen del hombre en la Tierra. Elena, que era una persona bastante escéptica en general y que gustaba de basarse solamente en la ciencia empírica, decía:

–Pues yo creo en la teoría de Darwin, en la evolución de las especies. El hombre llegó a ser lo que es, por evolución de los mamíferos, y después de los simios.

–¿Y Adán y Eva? –preguntaba Lourdes–. ¿Según tú no existieron?

–Verás, Lourdes, si quieres que te sea sincera, para mí eso es como un cuento, una justificación de algunas religiones, para hacernos creer que Dios creó al hombre de golpe; bueno y todo lo demás.

–La verdad, yo tampoco me creo la historia de Adán y Eva –dijo Eduardo.

El tío Francisco también se apuntó a los antiadánicos, diciendo:

–No parece probable, ni razonable, aunque se crea en Dios, que este hiciera del barro al hombre, ni mucho menos a la mujer de una costilla del hombre. Da la sensación de que quienes escribieron eso, al parecer sacerdotes judíos, querían dejar claro el papel secundario de la mujer; algo que estuvo muy marcado en la sociedad de entonces, y prosiguió durante siglos.

–Bueno, pero eso puede ser algo simbólico, me refiero a lo de la costilla –apuntó Roberto.

–¿Tú qué opinas, Catherine? –preguntó Lourdes.

–Eso, eso –dijo Eduardo.

Y Francisco añadió:

–Es verdad, tú sabes mucho de estas cosas, seguro que puedes aportar algo.

–Claro, querida, dinos qué piensas tú –añadió Elena.

–¡Desde luego! ¿Alguien quiere otro refresco? ¿Un café? ¿Té? –dio por respuesta Catherine.

Todos se quedaron boquiabiertos. Catherine a veces era así, imprevisible, y casi siempre con buen humor. Una sonrisa se dibujó en su boca, y Roberto y Eduardo, que estaban más familiarizados con estas bromas de su madre, empezaron a reír. Lourdes y Francisco se unieron también. Sin embargo, no parecía hacerle mucha gracia a Elena, quien en ocasiones no podía disimular cierta antipatía con su cuñada. Catherine lo sabía y por eso vio que no era el momento, Elena quería entrar en confrontación con ella, para tratar de

ridiculizarla si podía, aunque siempre con tacto y guardando las formas. Y en este asunto, en el que Elena parecía estar muy segura, y que además contaba con cierto apoyo del resto, estaba interesada en saber la opinión de Catherine para ver si defendía la postura contraria y así intentar humillarla. En el fondo, era envidia insana, causada por la admiración que despertaba Catherine en la mayoría de las personas, cuestión que algunos egos no podían soportar.

No obstante Lourdes insistió, a lo que se sumó la propia Elena, y por fin, Catherine dijo, que después de traer los refrigerios, daría su parecer.

–Pero si aceptamos que Dios existe, ¿cómo sería la aparición del hombre en la Tierra? –dijo Roberto, siguiendo con la discusión, mientras Catherine estaba ausente.

–En ese caso, la evolución animal no parecería tener mucha lógica –dijo Francisco–; el hombre sería un animal más evolucionado y punto. Por lo tanto, se puede decir que si aceptamos a un Creador, el hombre debió ser creado directamente por él ¿no?

–Eso es lo que yo digo –apuntó Lourdes.

–Pero, por otro lado, la evolución de las especies es un hecho comprobado –dijo muy razonadamente Eduardo.

–También el hombre puede tener un origen extraterrestre –dijo Roberto.

–Venga, no fastidies, Rober –dijo socarronamente Elena.

–Podría ser, es otra posibilidad –intercedió Francisco.

En esos momentos Catherine, con una bandeja llena de refrescos se unió al grupo de nuevo. Y sin dejar que descargara la bandeja, Elena lanzó un “anzuelo”:

–¿Tú crees, Catherine, que el hombre puede venir de los extraterrestres?

–Depende qué consideremos por extraterrestre.

–Todos sabemos lo que son los extraterrestres –dijo en tono autosuficiente Elena.

–Yo no, no he tenido el placer de conocer ninguno –dijo Catherine.

Hubo algunas risas.

Catherine le estaba dejando muy claro a su cuñada que no siguiera por ese camino. Ella no era mujer que disfrutara ridiculizando, ni haciendo de menos a nadie; pero sabía lo que decir cuando veía la mala intencionalidad, más o menos encubierta, de otra persona.

–¡Venga, mamá! –dijo Roberto–, dinos cómo crees que apareció el hombre en la Tierra.

El tono suplicante de su hijo no podía quedar sin respuesta, y a pesar de que no se sentía del todo cómoda, empezó a hablar:

–Tenéis razón los que pensáis que el hombre evolucionó de las especies inferiores de mamíferos –miró conciliadoramente a Elena–, de los simios concretamente.

Lourdes hizo un gesto de desencanto e, interrumpiendo a Catherine, dijo:

–¡Pero, Catherine! Creo haber hablado en alguna ocasión contigo de Adán y Eva, y creía tener muy claro que admitías su existencia.

–Sí, y es que yo no he dicho lo contrario. – Todos se quedaron confusos–. Veréis, el hecho de que el hombre sea evolutivo no quiere decir que no pudieran existir Adán y Eva.

–Ahora entiendo menos aún –dijo Eduardo–. Si el hombre proviene del mono, ¿qué pintan Adán y Eva?

–Si no me interrumpís os lo puedo explicar.

Todos asintieron.

–En el plan divino, está contemplado implantar la vida en los planetas aptos para ello, a nivel básico, bacteriano diría yo. Los científicos no han podido crear la vida en el laboratorio, ni han podido averiguar su origen, y es que el plasma de vida es diseñado y depositado en cada planeta por seres que tienen ese, digamos, “poder” y que son de orden espiritual. Allí queda “programada” la evolución de la vida vegetal y animal, hasta que un día con saltos evolutivos que se dan de vez en cuando en el reino animal surge de los simios una “desviación”, que conlleva la aparición de seres semihumanos, y de ahí siguen evolucionando lentamente por el planeta. Ahora bien, cuando la raza humana ha alcanzado cierto nivel de desarrollo evolutivo, entonces entra en juego la segunda fase del plan divino, en lo que se refiere a la evolución biológica de la raza humana. Y vienen seres enviados de otros lugares de nuestro universo: los adanes y las evas, que son una mezcla de ser

espiritual y material a la vez, y se materializan aquí. Y siendo solo una pareja, comienzan a tener muchos hijos, infinidad de ellos, y estos a su vez más hijos, para alcanzado cierto número importante mezclarse con las razas más avanzadas del planeta y así elevar físicamente estas.

–Pero ¿y eso para qué? –preguntó Eduardo.

–Al elevarse biológicamente los humanos, implica también una capacidad mayor de desarrollo intelectual y una mayor receptividad a los influjos espirituales; tenemos glándulas que reciben esos influjos.

–Todo esto que estás diciendo es fascinante, pero suena a cuento chino –interrumpió Elena, que no pudo contenerse.

–Pero tiene sentido –añadió Francisco, que recibió una mortal mirada de su esposa.

–Pero entonces –cuestionó Roberto que, a sus dieciséis años, demostraba muchas inquietudes–, si hubo Adán y Eva, ¿por qué el mundo está tan... bueno, tan atrasado? Al menos eso parece ¿no?

–Es verdad, hijo. Eso fue debido al fracaso en parte del plan de Adán y Eva. No se llegó a cumplir la misión encomendada, y Eva, dejándose convencer, se mezcló personalmente con un humano antes de tiempo, esto truncó el plan establecido y acabó con el primer jardín del Edén.

–¿Y por quién se dejó convencer? –preguntó Roberto.

–Por los rebeldes. Aquí entra en escena la rebelión de Lucifer. Pero esa es otra historia.

–Bueno, ¿y tú de dónde has sacado esa historia?
–dijo sin contemplaciones Elena.

Catherine se tomó unos segundos para pensar la respuesta:

–¡Querida Elena! La Verdad que seamos capaces de comprender está ahí, para el que la busca. El que busca de corazón, tarde o temprano, encuentra.

Eduardo se apresuró a aparcar el coche cerca de la comisaría. Había sido avisado por el inspector Lafuente para que fuera lo antes posible, no le quiso dar más información por teléfono.

Por fin le recibió en su despacho, después de esperar casi media hora. Eduardo suponía que se trataba de alguna averiguación relativa al personaje misterioso que viajó con su madre, y no se equivocó.

—Eduardo, siéntese por favor.

Mientras el inspector buscaba algún papel sobre su desordenada mesa, Eduardo, con un nudo en la garganta, dijo:

—¿Han averiguado algo?

El inspector no contestó inmediatamente y, cuando encontró lo que buscaba, dijo:

—¡Aquí está! Verá, Eduardo, nos ha informado la compañía aérea que su madre adquirió dos billetes para Lima, uno para ella, y el otro para un tal Miguel Fernández Ledesma. ¿Le dice algo este nombre?

Eduardo inmediatamente lo relacionó con el único Miguel que conocía que fuera amigo o conocido de su madre.

—Bueno, sé de un Miguel amigo de mi madre, pero no conozco sus apellidos.

—¡Ya! No se preocupe, va a tener ocasión de identificarlo. Hemos procedido a su arresto preventivo.

Eduardo estaba estupefacto. En verdad la Policía se lo había tomado en serio, algo que era de agradecer.

Eduardo, acompañado del inspector de Policía, reconoció, tras una mampara de cristal, a Miguel, el amigo de su madre. Este no podía verle, ni oírle. Miguel, aunque conservaba la serenidad, no podía disimular su preocupación. Eduardo totalmente confuso preguntó al policía:

—¿Y bien? ¿Ha dicho algo de lo ocurrido?

—Sí, le hemos tomado declaración; pero nos gustaría, si no tiene inconveniente, que se lo contara a usted personalmente y así nosotros contrastáramos con su anterior declaración. Si ha mentido en algo, es fácil que caiga en algún detalle.

—¿Y qué le pregunto? —dijo Eduardo inocentemente.

—Dígale que le cuente todo lo ocurrido, desde que planificaron el viaje, hasta que vio a su madre por última vez. No ha solicitado un abogado, y ha dicho que no tenía inconveniente en hacer las declaraciones que fueran necesarias.

—Creo que me sentiré muy incomodo.

—No se preocupe. Él mismo ha pedido hablar con los hijos de Catherine. Por cierto, su herma, ¿dónde está en este momento?

—Tiene que estar cruzando el océano en avión, llegará dentro de unas tres horas —respondió Eduardo mientras consultaba su reloj.

—Bien, cuando llegue, dígale que venga a la comisaría. Es posible que necesitemos escuchar nuevamente la explicación de este hombre. El

agotamiento es un arma eficaz para desenmascarar a un impostor, sobre todo en los casos en que no se trata de un profesional, y eso parece estar claro.

Eduardo, que nunca se había visto en nada parecido, escuchaba ensimismado al inspector. Este, por fin, lo hizo entrar en el cuarto, el cual tenía tan solo una mesa y tres sillas, dos a un lado de la mesa y otra al otro lado, la que estaba ocupada por Miguel. Cuando Eduardo entró, aquel se encontraba cabizbajo; pero en cuanto vio a Eduardo se levantó y fue a saludarle. Eduardo no sabía qué hacer. Podría tratarse de la persona responsable de la desaparición de su madre, y si eso era así, desde luego lo que menos le apetecía era devolverle el saludo y mostrarse cordial con él. No obstante, supo guardar las formas y saludarle dándole la mano. El inspector Lafuente dijo que los dejaría a solas para que hablaran, aunque desde luego, todo quedaría grabado. Cuando el inspector desapareció por la puerta, Miguel y Eduardo estaban sentados, frente a frente.

–¿Qué ha pasado con mi madre? ¿Dónde está? – preguntó sin contemplaciones Eduardo–

–No lo sé realmente –dijo Miguel, mientras miraba durante un instante fijamente a los ojos de Eduardo, buscando un atisbo de comprensión.

–Pero tu viajaste con ella a Perú, ¿no es verdad? –dijo Eduardo con impaciencia.

–¡Sí es verdad! –después de suspirar, Miguel empezó a contar lo ocurrido–. Tu madre tenía grandes deseos de conocer ciertas partes del mundo, creo que os lo comentaría, y se propuso en

primer lugar conocer el Machu Picchu y la ciudad de Cuzco en Perú. Yo, cuando supe de sus intenciones, la pedí que me dejara acompañarla, ya que yo había estado allí en otra ocasión y tenía ganas de volver; de esta forma, le serviría de ayuda y también podía ser más divertido, al fin y al cabo, siempre hemos sido muy buenos amigos. Ella aceptó de buen grado. Se encargó de comprar los billetes y reservar el hotel y demás preparativos...

En ese momento, Eduardo cayó en la cuenta de que su hermano le había dicho por teléfono que había visto a Miguel días antes de ir a Perú, y que este dijo no saber nada de su madre. Pero no quiso interrumpirlo, estaba ansioso por conocer lo sucedido, o al menos la versión de este hombre.

–Todo iba a las mil maravillas –continuó Miguel, como rememorando esos días en su mente– . Visitamos el Machu Picchu, recorrimos la ciudad de Cuzco, las ruinas incas... –Miguel se detuvo.

–¿Y qué pasó? –preguntó Eduardo impacientándose.

–Fue después de visitar el convento de los dominicos y su iglesia. De repente tu madre cambió de actitud. Hasta ese momento estaba disfrutando enormemente de cada minuto, pero después de nuestra visita a ese lugar, tu madre se puso seria, incluso algo triste, diría yo, aunque en realidad solo estuvo unas horas en esa actitud. Al día siguiente, me dijo que debía dejarla sola, que no me ofendiera por nada, ya que no tenía que ver conmigo, pero que debía continuar su camino sola.

–Pero... ¿y no sabes por qué cambió de actitud?

–Te puedo asegurar, Eduardo, que le pregunté, e insistí más de una vez, pero no me dijo nada, ya sabes cómo es tu madre a veces.

–Entonces, ¿no te dijo qué iba a hacer? ¿O dónde se dirigía?

–Nada. Me dijo que yo debía regresar a España. Fue muy extraño. Teníamos planeado ir al Valle Sagrado al día siguiente, que está cerca de Cuzco, y después de “eso”... lo que fuera que le pasó, me obligó, prácticamente, a que me fuera de Cuzco. Eso sí, dijo que no me preocupara, y que tampoco os dijera nada a vosotros.

–¿Por eso hace días, cuando te viste con mi hermano, no le dijiste nada?

–Exacto. Prometí a tu madre que no diría nada. Pero en vista de lo que se está complicando la situación, no me ha quedado más remedio. La Policía sospecha de mí, y no les culpo; al fin y al cabo fui la última persona que estuvo con tu madre, al menos que se sepa.

Eduardo, aunque no era psicólogo, ni policía, veía una gran sinceridad en este hombre. O era un gran actor y, por lo tanto, un farsante enorme, o ciertamente el relato de Miguel, que por otro lado parecía bastante coherente, era totalmente verídico.

–Créeme, Eduardo, sería incapaz de hacerle el menor daño a tu madre. Para mí, es algo más que una amiga.

Eduardo le miró algo sorprendido, e hizo un gesto con las cejas y las manos, invitando a Miguel a que le contara qué tipo de relación tenía con su madre.

–Sí, bueno, verás. Lo que quiero decir es que... es que amaba profundamente a tu madre, no sólo como mujer, sino como ser humano. Si por mí hubiera sido, me habría unido más a ella, casándome o como fuera; pero tu madre no quería, simplemente quiso que nos mantuviéramos como buenos amigos. Para mí, es de una calidad humana, como no he conocido a nadie nunca, y...

Miguel hizo una pausa, mirando para otro lado, visiblemente emocionado, por lo que Eduardo insistió:

–¿Y qué?

–Y admiro, sobre todo, su gran fe.

Eduardo asintió con la cabeza. Sabía perfectamente de qué le estaba hablando. Miguel añadió:

–Tu madre no solamente cree en un Dios creador de todo, sino que lo vive, yo diría que hasta lo siente en cada célula de su cuerpo. La vida eterna, para ella, es algo evidente. El amor y la misericordia divinos son hechos innegables para ella, muy poco comprendidos en este “valle de lágrimas”, como ella misma decía. He de reconocer que en el fondo quería estar con ella, porque le tengo cierta “envidia sana”. Porque yo tengo las mismas convicciones en lo esencial que tu madre, sin embargo reconozco que ella las tiene mucho más caladas en su corazón que yo. Sabía que viviendo con ella podría crecer más espiritualmente. Era como un imán para mí. ¿Entiendes?

–Desde luego.

A estas alturas de la confesión, Eduardo se rindió. No veía el menor atisbo de culpabilidad en este hombre.

Nada más descender del avión, Roberto se apresuró a llamar por el teléfono móvil a su hermano Eduardo. Este le dijo que hacía un par de horas había dejado la comisaría, donde se encontraba detenido Miguel, y le indicó el deseo del comisario sobre su presencia en un nuevo interrogatorio.

–¡Mal nacido! –dijo entre dientes Roberto.

–*No sé, Rober, yo creo que es inocente* –dijo Eduardo al otro lado del teléfono.

–¡No me jodas, hermano! Si no tuviera nada que ver, ¿por qué ocultó lo que sabía?

Un ruido infernal, de un avión que pasaba cerca, no dejaba oír a Roberto:

–¿Qué? ¿No te oigo? –gritaba Roberto–. Bueno, de todas formas luego hablamos. Ahora voy a la comisaría. Adiós.

Después de recoger una maleta en facturación y pasar por el control aeroportuario, Roberto cogió un taxi y fue directo a la comisaría de Policía, sin pasar por su casa, sin dejar la maleta siquiera en ella. Estaba impaciente, a la vez que cabreado. Cuando recordaba el encuentro que había tenido con Miguel en la cafetería, acompañado de Vanesa, su indignación crecía. No podía creer que fuera él el hombre que había estado con su madre en Cuzco, y que no había sido capaz de decir nada. Estaba claro que tenía que ver, y mucho, con la desaparición de su madre. Pero ¿por qué? ¿Qué

podía mover a este hombre a secuestrar, o algo peor, a su madre? Un nuevo torbellino de ideas le llegaba a su mente. Quizá la mató por algún motivo –pensaba– o la dejó en manos de alguna secta... o quién demonios sabe. Estaba dispuesto a sacarle la información como fuera. Después de iniciar la búsqueda de su madre desesperadamente, incluso viajando al otro lado del océano, a un país desconocido, donde tuvo que recurrir a varias argucias para conseguir información, este hombre, que había estado con su madre, y sabía de su intranquilidad por no conocer su paradero, no había dicho ni una palabra.

Su rabia iba en aumento, estaba furioso. Su cara estaba roja y el sudor le bajaba por la frente.

–¿Le ocurre algo? ¿Se encuentra bien? – preguntó el taxista, que se sorprendió, al observar la cara de Roberto por el retrovisor.

–Tengo calor, eso es todo –contestó a regañadientes.

–Pondré el aire acondicionado.

Roberto no sabía si le indignaba más el hecho de la actitud de Miguel o haber ido hasta Perú para conseguir una información que podía haber obtenido sin moverse de su ciudad.

–¡Será cerdo el hijo de...! –dejó escapar entre dientes.

–Perdón ¿decía algo? –preguntó, algo intranquilo, el taxista.

Roberto no contestó. Sus pensamientos nublaban su consciente. Cuando el taxi paró al lado de la comisaría, Roberto después de pagar

rápidamente, salió como una exhalación del coche, y el taxista le llamó gritándole, para recordarle que tenía el equipaje en el maletero del taxi. Roberto, contrariado, volvió a recoger la única maleta que portaba, para ir de nuevo, casi corriendo, a la entrada de la Comisaría. Estaba furioso, a la vez que impaciente, por ver a la única persona que en este momento podía saber algo sobre el paradero de su madre.

Preguntó por el inspector Lafuente, indicando que este le estaba esperando.

–¿Qué quería? –le preguntó el oficial de turno.

–Verá, es que tengo que ver a un... a un detenido, para... para un interrogatorio. –el estado de nerviosismo de Roberto y su cara hicieron poner a la defensiva al oficial de Policía.

–Permítame su DNI, por favor.

–Sí, claro.

Roberto sacó atropelladamente su carné de identidad de la cartera. Y después de que el policía lo mirara, le indicó a Roberto que no podía pasar con la maleta.

–Pero, verá, vengo del aeropuerto, estoy cansado... ¿Y qué hago con la maleta?

–Es su problema –contestó impasible el policía.

La conversación se desarrollaba dentro del edificio, en el *hall* de la entrada. En ese preciso momento, cuando Roberto trataba de poner sus pensamientos en orden, para buscar una solución a esta situación que se le antojaba absurda, una voz desde dentro lo llamó:

–¡Roberto!

Era Miguel, que venía andando por un pasillo que estaba enfrente del *hall*, acompañado de un policía de uniforme. Casualmente iba a los aseos en ese momento. Consciente de su situación, Miguel no se movió en busca de Roberto, para no alertar al policía que lo acompañaba. Sin embargo, Roberto, después de quedarse un par de segundos mirando y reconociendo la figura de Miguel, se llenó de rabia recordando todo lo acontecido, su semblante cambió, volviéndose rojo de furor contenido, y sin poder contenerse un segundo más, corrió como una exhalación en busca de Miguel, y prácticamente se abalanzó sobre él cogiéndolo del cuello. Roberto estaba fuera de sí. Sin duda, la ansiedad, acumulada día a día, había hecho mella; la furia por el engaño fue la gota que colmó el vaso. Ambos cayeron al suelo. Los policías no tuvieron tiempo de reaccionar. El agente que acompañaba a Miguel no pudo impedirlo, ya que Roberto recorrió, en un abrir y cerrar de ojos, los seis metros escasos que los separaban. Rápidamente acudieron varios oficiales que se encontraban cerca, y redujeron por fin a Roberto, no sin esfuerzo, mientras este se dedicaba a gritar todo tipo de insultos sobre Miguel.

—¿Dónde está mi madre, desgraciado? —fue lo último que gritó, antes de que se lo llevaran entre varios policías a una celda del edificio.

Por más que insistió Eduardo, no fue posible evitar que Roberto pasara la noche en comisaría. Sólo al día siguiente, bien entrada la mañana, Eduardo y Roberto salían del edificio policial. El inspector Lafuente le recordó que había tenido mucha suerte. El hecho de que conocían su particular situación de desesperación, y siendo una parte colaboradora importante en la investigación, contribuyó, sin duda, a que le dejaran salir sin cargos, ya que Miguel tampoco quiso poner ninguna denuncia sobre la agresión, e incluso justificó, en parte, la actitud del hijo de su amada amiga.

Roberto caminaba cabizbajo con su hermano, con su única maleta como equipaje; se dirigían al coche de Eduardo, aparcado a un par de calles de allí. Se encontraba arrepentido de su actitud, sobre todo, después de que su hermano le contara todo lo que había hablado con Miguel. Era muy probable – pensó– que su madre le dijera a Miguel que no les contara nada, aunque en el fondo de su corazón todavía albergaba dudas. Las mismas dudas que seguía teniendo la Policía, y que harían retener el máximo tiempo permitido legalmente a Miguel en las dependencias policiales.

Mientras se dirigían al coche, Roberto recibió una llamada al móvil. Era Ramón:

–Me he enterado de que habías llegado. Tengo que hablar contigo. Es importante –el tono de Ramón era muy serio.

–Está bien. Dame un par de horas para llegar a casa y darme una ducha, y voy para la redacción.

–¡No, no! Mejor quedamos en tu casa, si no tienes inconveniente. Yo puedo estar allí a la una y media. ¿Te parece?

–Vale, como quieras. Nos vemos en mi casa.

A Roberto le sorprendió el tono serio de Ramón. Quizá se había enterado de la agresión a Miguel y querían despedirle, o algo así, ¿pero cómo se había enterado?

–¿Tú has hablado con Ramón, mi jefe, o con alguien de mi trabajo? –preguntó intrigado a su hermano.

–Pues... no que yo sepa. Bueno, quizá. Hace un par de días me pasé por casa de mamá, ya sabes, por si había alguna novedad, y tenías un mensaje en el contestador de una tal Vanesa, preguntando si habías vuelto de Perú, y que la llamaras; así que le devolví la llamada y le conté cuándo venías. Espero que no te haya molestado

– No, tranquilo. No pasa nada, simplemente era curiosidad.

–¿Es una compañera del trabajo o es que te has echado novia y no me has dicho nada? –preguntó Eduardo tratando de recobrar el humor perdido de su hermano.

–Más bien lo primero –contestó Roberto con una tímida sonrisa de compromiso.

Ya en el coche, tras un largo silencio, Eduardo al volante, preguntó:

–¿Y ahora qué podemos hacer?

Tras una pausa, Roberto dijo:

–No tengo ni idea. Necesito ordenar mis pensamientos.

–Ten cuidado, Rober, esta vez has tenido suerte, pero tienes que andar con más cuidado.

–¿Me vas a dar la charla de hermano mayor?

–No es eso. Pero me gustaría que a partir de ahora decidiéramos juntos qué hacer y no fueras por libre.

Roberto, a pesar de su estado y del cansancio acumulado, no pudo por menos que indignarse:

–Pero, Eduardo, ¿qué me estás diciendo? Es posible que me haya pasado con Miguel y no actuara correctamente; sin embargo, tendrás que reconocer que si no me hubiera empeñado en viajar a Cuzco, a estas alturas estaríamos igual que antes, y no sabríamos que Miguel viajó con nuestra madre, ni la Policía se lo estaría tomando en serio.

–Está bien, reconozco que tienes razón en eso. Es que si sucede otro desliz como el de hoy la Policía ya no te lo pasaría. El inspector Lafuente ha sido claro en eso.

A la hora prevista, Ramón aparcó su coche al frente de la casa de Roberto.

Tras los saludos, Roberto invitó a sentarse a Ramón y le ofreció algo para tomar; Ramón, con el semblante muy serio, declinó la invitación. Nunca antes Roberto le había visto en esa actitud. Ramón, a pesar de no tener un carácter muy extrovertido, gozaba por lo general de buen humor. No era el humor del típico chistoso, más bien era una disposición natural, del que se siente bien consigo mismo, e irradia cierta sensación de alegría, a la vez que de serenidad. Pero en esta ocasión su rostro reflejaba trascendencia, preocupación, gravedad.

–¿Cómo te ha ido por Perú? –preguntó Ramón.

–Pues, bien y mal, diría yo.

–¿Y eso?

–Mal porque sigo sin saber qué es de mi madre; pero el viaje no fue en vano, ya que averigüé alguna información que desconocíamos.

Roberto dudó un instante si continuar hablando, pensó que tenía la suficiente amistad y confianza con Ramón para contarle los detalles, y también necesitaba desahogarse.

–Al parecer, mi madre no viajó sola –dijo Roberto, que observó la ausencia de sorpresa en el semblante de Ramón, ante lo cual continuó.

–Viajó con un viejo amigo, al cual yo conocía también.

–Miguel –confirmó Ramón.

–¿Qué? ¿Es que tú lo conoces? –preguntó estupefacto Roberto.

Ramón, ante el gesto de nerviosismo de Roberto, lo invitó a que se calmara y se sentara, ya que hasta ese momento había permanecido de pie.

–¿De qué lo conoces? –preguntó impaciente Roberto.

–Verás, Roberto, de eso precisamente quería hablarte. Tú sabes que Miguel pertenece a una hermandad esotérica...

–La cual estamos investigando Vanesa y yo – interrumpió Roberto.

–Cierto. Bien pues verás, hace ya algunos años, la “cúpula directiva” de esa organización, por llamarla así, entendió que era el momento de dar a conocer al público en general, ciertas cosas de esta hermandad, como por ejemplo, sus objetivos, su filosofía, parte de sus enseñanzas, etcétera, con la finalidad de acabar con ciertos tópicos que han estado intoxicando su verdadera imagen. Me refiero a cosas como, identificarla como secta destructiva, en la que se podía llevar a sus miembros a cometer verdaderas barbaries, incluso el suicidio; que sus miembros convertían el plomo en oro para hacerse ricos; o que empleasen ciertos poderes para dominar a las personas o conseguir ciertos fines egoístas; o, en el peor de los casos, se la ha relacionado con la adoración a Lucifer, brujería, rituales sexuales y más cosas. Todas ellas por supuesto falsas...

–¿Y tú cómo sabes eso? –preguntó sin poderse reprimir Roberto.

–Ten paciencia, no me interrumpas por favor – Roberto algo avergonzado asintió–. Como te decía, los altos cargos de la sociedad decidieron correr un poco el velo de la ignorancia que pesaba sobre ella durante siglos. Y decidieron que el primer paso podría ser a través de la prensa escrita, en cuanto hubiera ocasión, preferiblemente a través de alguna revista especializada; y no un artículo de un par de entrevistas sin más, sino que, para darle un carácter más profundo y a la vez creíble, se dejaría entrar a los periodistas, que tras pasar un tiempo en la hermandad, ver cómo funcionaban y lo que allí se enseñaba, escribirían varios artículos contando la verdad sobre la hermandad, que ya no sería una sociedad tan secreta, como tuvo que ser en el pasado, para protegerse de las mentes intolerantes de entonces –Roberto empezaba a comprender–. Y fue entonces, aprovechando que los jefes de la revista querían publicar artículos relacionados con estas sociedades, que se les propuso que se hiciera de esta manera. Con ese propósito, se os encargó ese trabajo a ti y a Vanesa. Aunque bien es cierto que también se iban a “investigar” otros movimientos esotéricos, la revista trataría de darle prioridad al nuestro, al que nos interesa –Roberto miraba perplejo a Ramón; este, tras unos segundos de intenso silencio, prosiguió–. Sí, Roberto, yo también pertenezco a la hermandad, y he intervenido muy directamente en todo este proceso. Es más, mi trabajo actual tiene que ver con esa

decisión que se tomó hace años. Me llevó algunos años conseguir el puesto actual, pero por fin lo conseguí y con el tiempo pudimos poner en marcha nuestro propósito.

–¿Y esto tiene algo que ver con mi madre? – preguntó Roberto en un tono directo.

–¡No, nada! Únicamente el hecho de que Miguel y algún miembro más conocían a tu madre de hace tiempo, y la apreciaban de verdad.

–¡No entiendo!

–Muy sencillo. ¿Qué mejor periodista para hablar de nuestra hermandad que el hijo de alguien que perteneció a ella y ha mantenido siempre buenas relaciones, incluso de amistad, con alguno de sus miembros?

–Pero entonces, ¿por qué no se me admitió? – increpó Roberto, aún algo incrédulo.

–Porque, para entonces, tu madre ya había desaparecido y queríamos evitar vernos mezclados en todo esto, bueno más bien evitar que Miguel pudiera verse comprometido al enterarte tú de la desaparición y conocer a Miguel dentro de la hermandad, lo cual estaba previsto.

Roberto trataba de encajar las explicaciones de Ramón. Quizá quería hacerlo así, ya que apreciaba mucho a su jefe y amigo.

–Pensábamos –prosiguió Ramón– que tu madre te podía haber informado de su viaje al extranjero con Miguel, y que lógicamente le pedirías explicaciones al regresar. Tenerle oculto a tu presencia no podíamos hacerlo, al menos no durante mucho tiempo, ya que él está muy

involucrado en la hermandad, y además no nos parecía honesto.

–Así que era mejor mantenerme al margen.

–Bueno, podías ser útil en la investigación de otras sociedades secretas, infiltrándote en ellas.

Roberto estaba cansado, en su rostro se reflejaba el agotamiento y el estrés acumulado de días atrás. Había pasado la noche en comisaría después de un viaje de más de diez horas y el sueño estaba haciendo también mella. Apoyando la frente en su mano intentaba, a duras penas, poner en orden sus ideas, tras esta nueva información. Ramón insistió:

–Créeme, no ha habido ninguna mala intención por parte nuestra en todo este asunto. Todo se fue al traste cuando supimos de la desaparición de tu madre, al menos en tu participación en este trabajo. Pero nuestras intenciones siempre fueron honestas, ni siquiera pretendíamos influir en las opiniones profesionales de ti y de Vanesa, en los artículos que escribierais, os dejaríamos hacer, que vierais por vosotros mismos las cosas, y opinarais libremente. La hermandad no teme nada, porque nada malo hace.

Después de un silencio, Ramón, quizá para dar ánimo a Roberto, dijo:

–Fue tu pertinaz y muy loable persistencia, la que terminó de complicar las cosas. Pero como viste, en ningún momento te traté de desanimar en tu búsqueda e incluso te di facilidades respecto al trabajo. Nosotros también queríamos saber dónde se encontraba tu madre y si estaba bien.

–Entonces, ¿tú la conocías?

–En realidad no, lo cual me permitía acercarme a ti sin problemas, e incluso, llegarla a conocer a través de ti.

–Pero...

–Ya sé lo que piensas, pero es que hace mucho tiempo que tu madre no pertenece a la hermandad, ni va por la logia. Únicamente, le quedaron dos o tres amigos de allí, principalmente Miguel.

–¡Entiendo!

Tras un silencio, Roberto se dejó caer en el sofá; francamente estaba agotado física y psíquicamente. Recordó su actitud con Miguel en la comisaría. Ahora estaba avergonzado.

–No te preocupes por Miguel –dijo Ramón como si le leyera el pensamiento–, saldrá de esta.

–¿Sabes lo ocurrido en la comisaría? –preguntó Roberto.

–Sí, consiguió hablar por teléfono conmigo anoche.

–Soy un estúpido.

Ramón, poniendo la mano sobre el hombro de Roberto, en un gesto de comprensión, dijo:

–Has estado sometido a muchas emociones. No te culpo, ni Miguel tampoco.

Ramón, viendo el cansancio manifiesto de Roberto, se despidió de él para dejarle descansar.

–¡Ah! Y por el trabajo no te preocupes, tómate unos días para reponerte.

Roberto, a pesar de todo lo que le contó Ramón, no le hizo ni el más mínimo reproche. Al agotamiento y al estado de confusión, había que sumar la vergüenza de su comportamiento en la

comisaría. Nunca antes había reaccionado de manera similar.

Cuando Ramón se fue, Roberto se retiró a su habitación como un autómata, sin voluntad, rendido, vencido, deprimido... y el sueño fue su mejor aliado.

Dos mujeres en una calle de un pueblo catalán hablaban:

–Dicen que fue ella la que acabó con la vida de su marido –comentaba una.

–No es de extrañar con tanta brujería, seguro que le hizo algo para que se muriera y quedarse con todo –decía la otra.

–¡Calla! Mira, por ahí viene –dijo la primera.

Las dos mujeres, que estaban apostadas junto a la pared de una casa, en la calle principal del pueblo, observaban, con recelo, a Catherine aparcar su coche enfrente y cruzar la calle.

–¡Buenos días! –dijo Catherine, al pasar junto a ellas en dirección a un pequeño supermercado que había a escasos metros.

–¡Si usted lo dice! –dijo en tono algo burlón la segunda mujer.

Hacía pocas semanas que había fallecido su marido. Catherine era sabedora de la antipatía que despertaba en algunas personas del pueblo, sobre todo en algunas mujeres, a las cuales la envidia y la mala fe les había hecho propagar todo tipo de improperios y bajezas contra ella. Ahora, aprovechando la muerte de su marido, habían urdido comentarios indignos y sin ningún fundamento sobre ella. Catherine nunca mostraba preocupación por ello, ni entraba a defenderse de dichas falacias, lo que crispaba más aún a sus

“envenenadas” vecinas. Sin embargo, en esta ocasión se detuvo y dijo:

–Sí, claro que es un buen día, ¿y por qué no iba a serlo?

Las mujeres tardaron unos segundos en reaccionar, ya que no se esperaban respuesta alguna de Catherine.

–No deberían de parecerle buenos, ya que su marido ha muerto recientemente –dijo la misma mujer.

–Ni siquiera lleva luto –masculló la otra.

–Es que no necesito demostrar a nadie mis sentimientos. Y en cuanto a la muerte de mi marido, déjense de especulaciones malintencionadas, que de sobra sé en qué pasan su tiempo libre. Más vale que ocupen su mente en algo más constructivo y no en hablar mal de la gente.

–¡Oiga! ¿Pero usted que se ha creído? –dijo la primera subiendo considerablemente el volumen–. Nosotras somos personas muy decentes, que podemos ir por ahí con la cabeza muy alta.

–Eso, y no como otras, que se dedican a cosas raras que dan qué pensar a los demás –añadió la otra.

–¿Sí? ¿Y qué cosas son esas? –preguntó Catherine.

A estas alturas, ya comenzó a salir alguna lugareña más; e incluso la dependienta de la tienda, que estaba a pocos metros, se asomó expectante. Y era normal la expectación, ya que Catherine, a pesar de las muchas insinuaciones que había

recibido del grupo de provocadoras vecinas, y de las habladoras que se ocupaban de mantener en el pueblo sobre su persona, nunca se había detenido a discutir con ellas. El odio manifiesto de estas mujeres era conocido en el pueblo, por eso, en cuanto se oyeron voces en un tono poco amistoso, los curiosos que estaban cerca esa mañana de sábado no dudaron en acercarse. Así era aquella gente, así es media humanidad.

La discusión, que empezó a avivarse, sobre todo por parte de las dos mujeres a las cuales se le sumó una tercera, hizo rectificar a Catherine y abandonar el lugar sin ni siquiera entrar a comprar las provisiones que fue a buscar, evitando así una situación que no podía terminar nada bien.

Ese mismo día por la tarde, en su casa, fue visitada por unos parientes que vivían en el pueblo; se trataba de un primo segundo de Catherine y su mujer. Estos se habían enterado de lo sucedido en la calle principal del pueblo, y José María, el primo, no pudo resistirse a preguntar a Catherine por lo acontecido. Y esta contestó:

–Fue un error por mi parte hablar con ellas.

–Pero, ¿cómo empezó todo? Dicen que las insultaste sin venir a cuento –preguntó su primo.

Catherine sonrió levemente. La mujer de su primo insistió:

–Incluso, aseguran las malas lenguas que les dijiste que te daba igual que se hubiera muerto tu marido. Eso por no decir otras cosas más fuertes.

–No os preocupéis en ocultármelo, sé de sobra que especulan con que hice algo para acabar con la vida de Juan.

–Sí, prima –dijo el hombre–, imagínate que esas deslenguadas dicen que a buen seguro le preparaste algún mejunje para acabar con él. ¡Desgraciadas!

Catherine se quedó un momento pensativa. Lo hacía a menudo, cuando quería transmitir algo profundo, de forma que se quedaba unos segundos pensando lo que decir para no hablar con ligereza o ser mal interpretada.

–Os diré algo –comenzó a decir–. Cuando esta mañana me crucé con esas mujeres, es hasta normal, según su mentalidad, que pensarán que no sentía la muerte de mi marido.

La pareja se quedó paralizada, sin saber qué decir. Catherine continuó:

–Estaba recordando en esos momentos un viaje que hice con Juan a la montaña, a los Picos de Europa, cuando aún éramos novios; fueron cuatro días de acampada maravillosos. ¡Lo pasamos en grande! Y mi gesto era plácido, incluso, creo que iba sonriendo. No es de extrañar que pensarán que no tenía pena ninguna.

José María y su mujer respiraron.

–Y mi consuelo todavía es mayor –continuó Catherine–. Aunque Juan era joven aún, sé que su alma está a buen recaudo, y que su vida sigue, no aquí, pero sí de otra forma y en otra parte. Es un verdadero consuelo, o debería serlo para los familiares y amigos de los difuntos, sobre todo si estos ya han cumplido con los ciclos de su vida en

la Tierra. Si verdaderamente la persona tiene fe en un Dios de amor y en la vida eterna, ¿por qué sufren tanto cuando alguien fallece? ¿No deberían consolarse sabiendo, o incluso mejor sintiendo que esa persona seguirá su camino, que resucitará de nuevo, no en la carne, sino en un cuerpo más glorioso, y fundamentalmente que volverán a ver a ese ser querido? Si sufren tanto la pérdida es porque en realidad no tienen tanta fe, dudan de lo que vendrá después ¿no creéis?

La pareja en realidad poco sabía de las creencias reales de Catherine, aunque la apreciaban y respetaban mucho, principalmente la esposa de José María. Sabían más por lo que habían oído en el pueblo que por labios de ella. Y la imagen que tenían de ella en ese sentido no distaba mucho, hasta ese momento, de la del resto de vecinos. Pensaban que era más antirreligiosa que creyente, principalmente porque no iba a misa los domingos. Pero también sabían de su buen hacer para con las personas que necesitaban su ayuda, incluso a veces como consejera. Esto le hacía tener buena fama por un lado, sobre todo para la gente de mentalidad algo más abierta. Curiosamente, a menudo era visitada por algunas de las personas que luego hablaban mal de ella. Era como, si a la hora de querer ciertos favores, de aliviar ciertos males, no les importara solicitarlos de alguien que consideraban no católico. Pero, por otro lado, al no cumplir con los preceptos dominicales, por asociación de ideas errónea, la consideraban atea.

Pero aliada, sabe Dios con quién, conseguía aliviar muchas enfermedades, al menos por un tiempo.

De ahí la sorpresa de José María y su esposa, cuando la oyeron hablar de resurrección y vida eterna. José María reaccionó diciendo:

–Pero, prima, ¿tú eres creyente o no?

–Depende. ¿Creyente en qué?

–¡Pues en Dios! ¿En qué va a ser? –exclamó su primo.

–¡Desde luego que sí! Aunque dudo mucho que el concepto que tenéis del Creador sea el mismo que el mío.

–Bueno, pero de todas formas, ¿por qué no vas a misa? –preguntó José María en un tono consecuente.

Catherine los miró con consternación. No quería discutir con ellos. El pensamiento de sus parientes era uno bastante arraigado en muchos pueblos de España, aún a comienzos de la década de los ochenta.

Habían pasado cuatro días desde que Roberto había regresado de Perú. Este había quedado con Vanesa para seguir con el caso de investigación, era su primer día de trabajo después de su viaje. Aparcó su coche cerca de la casa de Vanesa y se dirigió al apartamento de ella.

Roberto no se había recuperado ni mucho menos de su estado, pero sabía que tenía que continuar o le terminarían despidiendo. Ramón había acordado con él que los días que estuvo sin trabajar la empresa se los descontaría de sus futuras vacaciones. Ramón también estaba limitado, era un mando intermedio en la revista, no podía extralimitarse, y ante las presiones de sus superiores y de la propia Vanesa, tuvo que pedirle a Roberto que se incorporara al trabajo o buscara otra opción, como darse de baja por depresión o algo similar. Roberto no quiso y prefirió seguir trabajando.

Roberto encontró a Vanesa algo distante. Daba la sensación de que no aprobaba la actitud de su compañero en todo este asunto, y de hecho no tardó en recriminarle su poca contribución en el proyecto. Roberto, algo perplejo, se la quedó mirando sin decir nada.

—Sí, Roberto, no te lo tomes a mal, pero con el asunto de la búsqueda de tu madre, la verdad es que prácticamente no has existido en todo esto. Y te voy a ser sincera, sigues en el proyecto por Ramón

porque yo pedí que pusieran a otra persona que pudiera estar más concentrada en esto.

Roberto bajó la mirada. En el fondo sabía que tenía razón. Después de una pausa, y ante el mutismo de Roberto, Vanesa continuó:

–Llevo mucho tiempo esperando un trabajo de investigación como este, en el que, valga la expresión, “nos metemos hasta la cocina”, y no me gustaría que se echara a perder. No es nada personal, yo te aprecio, Roberto, pero entiéndelo.

Roberto levantó la mirada fijándola en Vanesa. Esas últimas palabras, en un tono que pareció sincero, le hicieron tomar “aliento”.

–Gracias, Vanesa. Sé que tus palabras son sinceras, pero por otro lado tienes razón, me he obsesionado mucho con la desaparición de mi madre y este trabajo requiere más atención; quizá sea mejor que hable con Ramón para que ponga a otra persona en mi lugar.

Vanesa se levantó de la mesa de su escritorio y ofreció algo de beber a Roberto, como si se estuviera dando tiempo para pensar la propuesta de Roberto.

Al momento vino con dos *whiskys* con hielo en la mano, y le extendió uno a Roberto. Cuando se sentó, dijo:

–Creo que principalmente depende de ti. Si das todo lo que puedes dar, y yo creo que es mucho, podemos sacar buenos artículos. Además, aún no te lo he dicho, pero el día que entraste a la cafetería en la que estaba hablando con Miguel, me dejaste “alucinada”. Te vi muy resuelto, manejando muy

bien la situación –Vanesa se reía recordándolo, lo que animó a sonreír a Roberto–. Eso es muy bueno para este trabajo que estamos haciendo –continuó hablando Vanesa–, personas que tengan cierto desparpajo y rapidez mental para salir de situaciones comprometidas. Por eso te digo, que sí me gustas –hubo un destello en la mirada de Vanesa que Roberto no estuvo seguro de cómo interpretar–, pero debes poner toda tu alma en esto –sentenció.

–Gracias por tus halagos, Vanesa. Me han hecho levantar el ánimo. ¡De verdad!

Vanesa extendió el brazo con el vaso lleno, y Roberto respondió el gesto, y ambos brindaron.

–¡Por la amistad! –dijo Vanesa.

–¡Por la vida! –dijo Roberto.

En un ambiente más distendido, Vanesa preguntó a Roberto por su viaje a Perú, y este le comentó sus andaduras por la ciudad de Cuzco y sus averiguaciones. Sin embargo, no mencionó nada de la identidad del acompañante de su madre. Ramón le advirtió a Roberto que Vanesa no debía saber nada de la detención de Miguel, ya que lo contrario complicaría aún más las cosas. Roberto, a cambio, convino con Ramón en no mencionar el suceso de la comisaría con Vanesa. Era un hecho que únicamente comentó con su amigo Paolo, ya que con él no tenía secretos.

Después de algunos sorbos más, Roberto abrió más sus sentimientos:

–Te puedo asegurar que, a medida que pasaban los días, mi desespero iba en aumento; cuando

averigüé que mi madre iba acompañada por un amigo, fue como el escalador que sube una pared rocosa virgen y no sabe dónde sujetarse, y de repente encuentra un saliente al que agarrarse para seguir subiendo. Vislumbré una posibilidad de encontrar a mi madre, o al menos una pista, pero...
–Roberto hizo un gesto de negación con la cabeza.

Vanesa, que no sabía bien todo lo sucedido, preguntó:

–Pero entonces, ¿ese hombre con el que viajó tu madre no ha dado ninguna pista de su paradero?

–Al parecer es inocente del todo, de hecho la Policía ya le ha dejado en libertad. Si algún día hay un juicio, quizá lo llamen para testificar.

–¿Están seguro de eso? –preguntó Vanesa.

–Al parecer mi madre le dijo a este amigo que se fuera, que debía continuar con su viaje sola.

–Ya, pero eso es lo que dice él, ¿no?

–Parece sincero, se ha sometido voluntariamente a la maquina de la verdad, y... –Roberto dudó un instante–, y además es conocido de la familia y no dudamos de su honestidad.

Vanesa, comprendiendo un poco más el estado de su compañero, se quedó pensativa un momento y luego dijo:

–¿Sabes qué vamos a hacer?

–¿Qué? –se sorprendió Roberto.

–Voy a hablar con el jefe de la sección de anuncios de mi periódico, que tengo buena relación con él, y le voy a pedir que publique la desaparición de tu madre, y seguro, que puede conseguir que en los principales periódicos de Perú

hagan lo mismo. Tiene buenos contactos; lleva mucho tiempo en el periódico *El Sol*. Y no me refiero a un anuncio cualquiera, sino a un artículo que ocupe al menos media página sobre tu madre, con una foto bien grande. Claro que en los periódicos de allí posiblemente haya que pagar algo.

—No importa —dijo determinante Roberto, al cual le pareció una idea excelente. De hecho, se culpó en esos momentos de que no se le hubiera ocurrido hacerlo a él antes de venir de Perú.

En eso quedaron. Y después de un rato, Vanesa, implacable, llevó a Roberto de nuevo al terreno de su trabajo de investigación. Le informó que habían sido admitidos en una sociedad masónica, pero Vanesa y Ramón habían hablado que sería interesante que, además, Roberto se metiera en otra exclusiva para hombres y así comparar los conocimientos y rituales de ambas.

Roberto vio todo lo que tenía por delante, y una sensación familiar en el estómago hubiera terminado por perturbarle, si no hubiera dado cuenta del segundo vaso de *whisky*.

—De todas formas ahora, en pleno agosto, no hay mucho que hacer —le dijo Vanesa—. No tienen apenas actividad. Ve preparándote para el mes que viene.

Después de un rato, Roberto se despidió de Vanesa, con una sensación muy agradable de amistad y apoyo por parte de ella, lo cual le reconfortó bastante. Y lo mejor, había abierto una

nueva vía para tratar de averiguar el paradero de su amada madre.

Desde esa altura ya se podían ver perfectamente los recorridos sinuosos de los ríos. La vegetación era tan abundante que recordaba a Roberto el estribillo de la canción del desaparecido Nino Bravo: “Un inmenso jardín. ¡Eso es América! Cuando Dios hizo el Edén, pensó en América”.

No sabía aún muy bien qué hacía en el avión con destino a Lima, pero ahí estaba. Dos noches antes tuvo un sueño en el que se vio viajando de nuevo a Perú. Durante el sueño tenía la certeza de que esta vez sí iba a averiguar el paradero de su madre. Se vio en el patio central de una especie de monasterio o convento, en un estado de paz como pocas veces había sentido; en el centro del patio, había algo parecido a un recipiente y de repente un rayo de luz procedente del cielo conectó con ese recipiente, provocando una explosión de luz, iluminándolo todo; sin embargo la luz cegadora no causaba ningún dolor, al contrario, aumentaba la sensación de bienestar, tampoco quemaba; era una luz blanca potentísima que no emitía calor alguno. No sabe cuánto duró ese momento. Pudieron ser minutos o tal vez un par de segundos; lo vivió con tal intensidad que le pareció algo más que un sueño; le recordó el sueño que tuvo en el hospital, cuando estaba en coma, por la forma de sentirlo, de vivirlo, y por la paz y el sosiego que tuvo en ambos.

Habían pasado cuatro semanas desde que volvió al trabajo. Vanesa cumplió su palabra y a los pocos días apareció publicado en el periódico para el que trabajaba un anuncio-artículo con la foto de su madre, explicando su extraña desaparición en tierras americanas y pidiendo la colaboración para encontrar su paradero. También consiguió que publicaran sendos artículos en dos periódicos de Perú, uno de tirada nacional, de Lima, y otro, más comarcal, de Cuzco. Pero nada nuevo, ninguna novedad. Como periodistas sabían que si nadie ofrecía algún indicio que ayudara en su búsqueda en pocos días, ese caso pasaría rápidamente al olvido. Pero, el detonador de su inmediata e inesperada partida fue el sueño que tuvo; fue como un empujón que le hizo comprar el billete esa misma mañana de viernes para viajar al día siguiente. No quiso consultar a su hermano, ni a nadie. Sabía que si consultaba con cualquiera tratarían de hacerle desistir de su aventura. Simplemente se limitó a pedir tres días en el trabajo, que sumados al “puente” de la fiesta de la “Diada Nacional de Cataluña” y los fines de semana, hacían un total de nueve días. ¡Más que suficiente! No tuvo que hablar siquiera con Ramón, ya que este se encontraba de vacaciones unos días, al igual que Vanesa. Estaba claro, era el momento.

Pensaba que con cinco días completos en Cuzco tendría suficiente. Tan seguro estaba que tenía el regreso ya cerrado para el fin de semana siguiente.

Por la megafonía del avión, se anunciaba el inminente aterrizaje. En esta ocasión no era

necesario pasar la noche en Lima. Si el vuelo no se retrasaba demasiado, esa misma noche dormiría en Cuzco.

Había decidido alojarse en el hotel en que su madre lo hizo, quería incluso, si era posible, la misma habitación. Quizá era una tontería; pero eso le haría sentir a su madre más cerca, y quién sabe, si incluso, eso le podía ayudar a encontrarla. Estaba en manos de la providencia... en manos de Dios. Él le guiaría, si es que esa era su misión.

Todo fue sin mayores contratiempos. A las dos horas y media de su aterrizaje, ya estaba a bordo de un avión regular que le llevaría a Cuzco, “el ombligo del mundo”. Si no hubiera sido por las circunstancias que le llevaron a este país, habría visitado muchos lugares. Siempre le gustó viajar, conocer pueblos y gentes. Recordaba que su madre le dijo en una ocasión:

–El deseo de viajar y de observar nuevos pueblos es un síntoma de un alma sanamente inquieta y curiosa. ¡No dejes de hacerlo siempre que tus deberes te lo permitan!

Estas palabras se le quedaron marcadas cuando Catherine le regaló, para su veinte cumpleaños, un viaje a Italia.

–*¿Qué has hecho qué?* –preguntaba Paolo atónito al otro lado del teléfono.

–Lo que has oído, Paolo. Estoy de nuevo en Cuzco.

–*¿Qué fuerte! Pero ¿cómo te ha dado por ahí, otra vez? Y tan repentinamente, sin decir nada. ¿Lo sabe alguien?* –Paolo preguntaba atropelladamente. Sabía que Roberto era algo impulsivo, pero esto le dejaba totalmente perplejo.

–No, sólo lo sabes tú. Y espero que siga siendo así. Es mejor. Incluso he dejado al perro en una residencia canina para que no se enterara Lourdes.

–*¿Qué es lo que te ha hecho ir de nuevo?*

–Intuición –dijo Roberto, después de unos segundos.

–*Amigo, no sé si tienes poderes psíquicos o es que estás como una cabra, ja, ja. Dime, ¿qué piensas encontrar ahora que no encontraste la otra vez?*

–¡La verdad! La verdad de lo ocurrido con mi madre.

–*Bueno, pues no sé qué decirte. Lo cierto es que me has dejado de piedra.*

–Deséame suerte –pidió Roberto.

–*Eso, por supuesto. ¿Tienes fecha de regreso?*

–El fin de semana que viene.

–*Y yo que te pensaba proponer una escapada este puente.*

–En otra ocasión. Adiós. Paolo, ya te llamaré.

–Adiós. Rober, ten cuidado.

Roberto colgó el teléfono de la habitación 220, la misma de su madre. Había tenido suerte, estaba libre. La recepcionista, Gloria, ya conocida por él, se sorprendió al verle de nuevo, pero esta vez colaboró sin desconfianza y le averiguó el número de la habitación en la que estuvo alojada Catherine. La mujer tenía claro, sin necesidad de preguntar nada, que solo podía ser por motivos sentimentales. La providencia quiso que estuviera libre.

No sabía Roberto muy bien por dónde empezar. Ya había desayunado y había vuelto a subir a su habitación en busca de dinero y para llamar a su buen amigo. Quiso compartir su escapada secreta con alguien de confianza y quién mejor que Paolo.

Bajó a la recepción y preguntó por lugares religiosos, principalmente conventos o monasterios que tuvieran patios. La recepcionista, que era otra chica más joven que hacía el turno de mañana, dijo no conocer exactamente los sitios con esas características, sin embargo, le facilitó folletos turísticos, e incluso le dijo que podía comprar un “boleto turístico” para visitar múltiples lugares de interés en la ciudad y sus alrededores.

–¿Pero cuáles son los conventos de la ciudad? – insistió Roberto.

La afable recepcionista pidió ayuda a un compañero, y este, que parecía conocer mejor la ciudad, al momento le indicó varios lugares en un mapa de la ciudad, en el que venían señalados como conventos: Iglesia y convento de Santa Clara, Convento de Santa Catalina, Iglesia y Convento de

Santo Domingo, Iglesia y convento de La Merced, Monasterio de Santa Teresa, Iglesia y convento de la Recoleta...

–¿Cuál le interesa en particular, señor? – preguntó el empleado.

–Bueno, en realidad, creo que todos.

Roberto no sabía muy bien qué buscaba, en realidad, quería ver un sitio como el de su sueño o que se lo recordara, ¿pero habría un lugar así?, o quizá, podía haber varios lugares similares con un gran patio. En ese momento se sintió ridículo. Había hecho un viaje hasta Cuzco desde el otro lado del Atlántico, simplemente por un sueño en el que aparecía un lugar que recordaba al patio central de un monasterio o convento. Nada más por eso. Aunque dicho lugar existiera, ¿quién le aseguraba que estaba en Cuzco? Titubeó, se pasó la mano por la frente como en un gesto inconsciente de intranquilidad ante estos pensamientos.

–¿Cuáles son los conventos? ¿Para mujeres, me refiero? –preguntó Roberto sin mucha convicción.

–Bueno, que yo conozca, en la actualidad, el de las carmelitas descalzas de Santa Teresa, el de las dominicas de Santa Catalina y... –el empleado estaba haciendo un esfuerzo por recordar–. ¡Ah! sí, también creo que está el de las Mercedarias o de la Merced. Y no sé si habrá alguno más. ¡Lo siento, señor! Más no le puedo decir.

–No se preocupe, me ha sido de mucha ayuda, se lo agradezco mucho. ¡Hasta luego!

–Adiós, señor. ¡Que Dios lo acompañe!

¿Que Dios lo acompañe? Esto le recordó a Roberto de forma fulgurante algo, mejor dicho, a alguien. ¡Eso es! El taxista parlanchín le dijo lo mismo cuando se despidió de él. Rápidamente Roberto buscó en su cartera. Aún debía tener la tarjeta que ese hombre le dio. Al momento la sacó de la cartera: “Freddy J. González”, “Servicio personalizado”.

Se apresuró a llamar desde el mismo hotel al móvil que aparecía en la tarjeta. ¿Quién mejor que aquel hombre, ilustrado en las construcciones de la ciudad, para llevarle?

–*Aló, Freddy González* –contestó.

Roberto pidió al taxista que fuera a recogerle a la entrada del hotel donde se encontraba y este le dijo que tardaría unos quince minutos.

–Está bien, espero.

–*¿Por quién pregunto, señor?*

–No se preocupe, yo le reconoceré.

A los veinte minutos apareció el hombre; al salir del coche Roberto creyó reconocerle, aunque se aseguró llamándole por su nombre.

–¡Ah sí! Le recuerdo, señor, ¿cómo me le va?

–Bien, gracias –Roberto se alegró de ver al taxista ilustrado.

Roberto le explicó que quería ir a los tres conventos que el empleado del hotel le indicó, aunque antes confirmó con el buen hombre si eran conventos femeninos.

–Pienso que sí, señor –dijo Freddy.

–Llámame Roberto, por favor.

–Como quiera, don Roberto.

Roberto no pudo evitar una leve sonrisa. Era tal la costumbre del trato de usted, en general en buena parte de Sudamérica, que se imaginaba lo difícil que le resultaba a esta gente hacerlo de otra manera. Y se pusieron en marcha.

A Roberto no le pareció tan parlanchín Freddy en esta ocasión, este parecía algo más absorto en sus pensamientos. Quizá había influido el hecho de que no quiso contarle lo que buscaba cuando el taxista se lo preguntó.

No se imaginaba Roberto a su madre en un convento. Tenía la sensación de emprender una búsqueda, que ya de antemano se sabía infructuosa. Pero tenía que descartar esa posibilidad. Recordaba el final de la nota: "... ocuparme de mi peregrinar hacia nuestro soberano y creador." ¿Y cómo iba a hacerlo si no era aislándose de la sociedad? En algún lugar tenía que recogerse. Y además estaba el sueño...

A pesar de que en el primer convento le dijeron que no había ninguna monja con ese nombre, ni siquiera española, la idea de que pudiera estar en alguno de los otros conventos fue creciendo. Pero, repentinamente, una nueva idea comenzó a atormentar a Roberto, ¿y si su madre había dado instrucciones determinantes sobre la ocultación de su identidad o procedencia en el convento? ¿Qué podía hacer entonces? Claro que las monjas no deben mentir, ¿o sí? O quizás su madre había dado una identidad falsa. ¿Cómo averiguarlo sin entrar al interior de los conventos? Qué estúpido había sido. Su madre era una persona muy inteligente y si sus

intenciones eran que no la encontraran, seguro que había tomado medidas para ello.

–¡Por favor, hermana! ¿No podría pasar al interior del convento para ver si esta persona está aquí? –preguntó Roberto a la monja que lo atendió en el segundo convento.

–Señor, eso no es posible. Esto es un convento de clausura –contestó la monja detrás de una ventanilla enrejada, practicada en la puerta, a través de la cual no se podía distinguir su rostro.

–Pero es muy importante para mí, podía tratarse de mi madre... –Roberto no disimuló su desesperación.

–Señor, ya le he dicho que desde la fecha que me indicó solo ha habido un ingreso, y se trata de una joven, familiar de otra hermana nuestra y nacida en esta ciudad.

Roberto recordó sus pensamientos anteriores en el taxi, y en un alarde de osadía dijo:

–¿Usted sabe que mentir es pecado?

–¿Cómo se atreve? –dijo la monja ofendida–. ¡Buenos días!

Eso fue todo lo que dijo antes de cerrar de golpe la portezuela de la ventanilla.

–¡Mierda! –gruñó Roberto contrariado.

Y Freddy, que empezó a sentir verdadera curiosidad por el objeto de la búsqueda de su cliente español, cuando se acercó Roberto al taxi, dijo:

–¿Tampoco encontró lo que buscaba, don Roberto?

–No, ¡vamos al siguiente! –contestó con determinación.

–Como guste –dijo mecánicamente el taxista.

El resultado en el tercer convento no fue mejor. A este sí le dejaron entrar y ver el recinto, pero no era lo que buscaba, y también le aseguraron que no había nadie que respondiera a las características de Catherine. Incluso, ante la insistencia de Roberto, le mostraron un libro de registro con la última fecha de ingreso de hacía casi un año.

Roberto, insatisfecho de la rápida conformidad con que había procedido en el primer convento, hizo volver a Freddy para insistir en su búsqueda y que le dieran pruebas más fiables de que su madre no se encontraba allí.

Un poco más y hubiera sido la Policía la que hubiera sacado a Roberto de aquel convento. Pudo ver en los registros que no constaba nadie con ese nombre; pero quizá la desesperación que sentía de su búsqueda infructuosa y el hecho de que habían tenido dos ingresos en los últimos meses en dicho recinto le hicieron insistir más de la cuenta, y gracias a que Freddy intervino disuadiéndole de que no podía entrar al recinto sin autorización, evitó que la Policía, que ya estaba en camino, detuviera a Roberto.

–Perdone, don Roberto, pero no sé si sabe en qué problema se ha podido meter –amonestó con sutileza Freddy, mientras conducía a Roberto en el taxi a ninguna parte–. Aquí las cárceles no son como en su país.

Roberto, cabizbajo, sabía que se había excedido y que Freddy tenía razón.

–Dígame una cosa, señor. Esa mujer a la que busca debe ser muy importante para usted, ¿no es cierto?

–Sí, mucho –contestó Roberto levantando la cabeza– Es mi madre –añadió.

–Ya. Disculpe mi intromisión, ¿por ese motivo vino también la vez anterior?

–Así es.

–¿Y por qué piensa que se va a encontrar en un convento? Si no le molesta la pregunta.

Roberto, que al principio se había mostrado muy discreto con el taxista ilustrado, ahora tenía la necesidad de sincerarse con él.

–Verás, Freddy... –no sabía muy bien por dónde comenzar–, mi madre desapareció, dejó una nota en su casa de España diciendo que se iba de viaje. Hasta ahí todo relativamente normal, pero a los pocos días me entregaron una carta en un lugar lejano, en la montaña, al tiempo que hacían lo mismo con mi hermano en su domicilio. ¡Para el coche donde puedas!

Roberto estaba decidido a confiar plenamente en este hombre, quizá porque empezaba a estar frustrado, quizá porque había algo en ese hombre que irradiaba confianza. Freddy, al momento, aparcó el taxi y Roberto le mostró la carta que le fue entregada en los Pirineos y que siempre llevaba consigo.

Después de unos segundos de leer el escrito, Freddy dijo:

–Ahora lo entiendo, don Roberto.

Roberto le explicó el resto de lo sucedido: las pesquisas de la Policía, el amigo y compañero de viaje de su madre, que detuvieron en Barcelona, las publicaciones de la desaparición en varios periódicos, incluso de Perú, gracias a Vanesa, y el último sueño que había tenido.

–¿Y sabe qué lugares visitó su mamá acá? –preguntó Freddy.

–Sé que estuvo en el Machu Picchu ¡Siempre quiso verlo!

–¿Y algún sitio más? –preguntó Freddy.

–Pues... Creo que visitó algún sitio turístico de la ciudad, con su amigo.

Roberto vio adónde quería ir a parar Freddy, y también se dio cuenta de lo torpe que había sido no informándose convenientemente de este aspecto.

–¿Crees, Freddy, que deberíamos seguir los pasos de mi madre?

–¡Así es! Si en algún momento tomó esa determinación de quedarse sola, sería bueno hacer su mismo recorrido, llegar incluso a sentir lo que ella sintió. Y además, tampoco tenemos otra cosa.

Ese “tenemos” le gustó a Roberto. Desde hacía tiempo no sentía el “abrigo” de alguien que le “arropara” en su idea de buscar a su amada madre. El hecho de compartir esa búsqueda con alguien era, al menos, consolador.

–¡Mire! Hagamos una cosa –dijo con determinación Freddy–. Averigüe qué otros lugares visitó su mamá, llamando al amigo con quien viajó, y mañana temprano iniciamos el mismo recorrido,

si le parece bien. Si fue primero al Machu Picchu, deberíamos coger el primer tren que sale a las seis de la mañana; luego, del pueblo hay que coger un bus; llegaríamos a las diez o algo más a la ciudadela, y regresaríamos a Cusco sobre la siete y media de la tarde, y al día siguiente iríamos a los demás lugares. Si quiere puedo acompañarle los dos días si llegamos a un acuerdo sobre la “plata” para cubrirme los dos días de trabajo.

–Me parece buena idea, y por el dinero no te preocupes, cóbrame lo que sea justo... y algo más – dijo Roberto haciendo un guiño.

Le daba confianza y seguridad este buen hombre, que se estaba convirtiendo en su guía y confesor al mismo tiempo.

Sin perder más tiempo, se dirigieron al hotel, donde Roberto empezó una serie de llamadas a España para localizar a Miguel; mientras tanto, Freddy esperó en el *hall* para saber qué rumbo tenían que tomar.

Roberto contemplaba ensimismado el bello paisaje andino a través de la ventanilla del tren, sentado a su lado estaba Freddy, que de vez en cuando le iba instruyendo sobre la cultura inca, sobre cómo se descubrió la ciudadela del Machu Picchu, y sobre algunos lugares por los que iban pasando. Era todo un guía turístico.

Llevaban más de la mitad del recorrido, cuando el tren hizo una parada en la que varios viajeros, en su mayoría jóvenes con la mochila a la espalda, se bajaban. Roberto, interrogó con la mirada a Freddy sobre lo que estaba pasando, ¿acaso ya habían llegado?

–No, señor, estamos en Piskacucho, aquí se inicia una de las rutas del Camino Inca. A estos aventureros les queda nada menos que cuatro días caminando hasta la ciudadela. Cansado, pero muy gratificante.

–¿Tú has hecho ese recorrido? –preguntó Roberto.

–Desde luego. Este lo realice en una ocasión, y El Camino Sagrado, que comienza más adelante, en un par de veces.

–¿Camino Sagrado? –preguntó interesado Roberto.

–Así lo llaman. Comienza en Chacabamba, unos kilómetros antes de nuestro destino final. Sólo dura un par de días. ¡Pero qué dos días, amigo!

–¡Qué pena no venir con tiempo! –reflexionó en voz alta Roberto.

Roberto amaba la naturaleza. Más, cuanto más en estado puro se encontrara, por eso le gustaba salir a los Pirineos y otros lugares montañosos. Allí se sentía más vivo. Le gustaba quedarse buenos ratos en sitios apartados y exuberantes, con cascadas, lagunas, arroyos, verdes praderas o sinuosas cumbres nevadas. Recordaba en lo más profundo de su corazón unos días que viajó solo, sin nadie que le acompañara, a la zona pirenaica del Valle de Arán. Hacía unos tres años, en el último momento, su amigo Paolo no pudo ir por una enfermedad repentina y, sin saber muy bien por qué, Roberto sintió la necesidad de ir solo, buscó los lugares más bellos, más emblemáticos para él; los había por decenas, y en ellos se sentaba largos ratos, a veces horas, y meditó profundamente y sintió que estaba vivo, y llegó a sentirse una parte del todo, y se vio formando uno con el todo. Vivió una experiencia inolvidable. A partir de entonces, siempre que tenía ocasión recomendaba a sus conocidos que hicieran alguna vez en su vida algo así, que se retiraran al menos una semana y desconectarán de su vida cotidiana, pero que era muy importante hacerlo en soledad, sin ninguna amistad o familiar. Sólo con uno mismo.

Cuando le habló a su madre de las experiencias tan sublimes que había tenido en soledad, ella le había dicho:

–Hijo, tú no estabas solo en la montaña, ninguno lo estamos. Todos tenemos el mejor compañero de viaje con el que podamos contar, nuestro inseparable amigo, nuestro ser interior, nuestra fracción divina, esa que siempre nos acompaña, pero que tan poco escuchamos, al menos conscientemente. Ese espíritu del Padre que vive con nosotros, o mejor dicho, en nosotros, siente nuestras alegrías y nuestras tristezas, nuestros sufrimientos, nuestros anhelos, nuestros logros, y que recoge la experiencia de nuestra alma. Es como el Dios experiencial, que baja a la mente del ser humano para experimentar con él, y que algún día, seguramente lejano, se fundirá con su alma, pasando a ser ambos uno solo.

Roberto, que nunca antes hasta ese momento había comprendido tan claramente a su madre, se sorprendió más aún cuando esta, en un momento excelso, en el que parecía que las palabras eran dichas por otro ser superior, continuó diciendo:

–¡Qué sublime destino el del hombre! ¡Qué misión tan esplendorosa la que aguarda a todos los seres humanos que quieran compartirla!

Más adelante, en otra ocasión, cuando se estaba recuperando de la apraxia, le llegó a preguntar a su madre:

–¿Pero, por qué el Creador quiso hacerlo así? – preguntó Roberto—. ¿Qué le llevó a compartir parte de sí mismo con los seres humanos, que, como tú misma dices, son la parte más baja de criaturas con personalidad?

–Por amor, hijo mío, por amor. Voy a intentar explicártelo. Si desearas tener una mansión hermosa, con grandes extensiones de terreno, bonitos jardines, piscinas, en fin, todo un lugar privilegiado para vivir, con el que muchos sueñan y supieras que puedes tenerlo, ¿lo harías?

–¡Claro! –contestó Roberto sin dudar.

–Imagínate que, con solo desearlo, se hace realidad. Es más, que todo lo que pensaras y desearas de verdad, se hiciera realidad, por el simple hecho de quererlo. ¿Qué harías?

Roberto se quedó pensativo un instante. En verdad, todo ese tiempo de recuperación fue muy instructivo para Roberto en el aspecto espiritual, por el cual, en años pasados, había perdido bastante interés.

–Supongo que crearía todo cuanto se me antojara –contestó por fin.

–¿Y después qué? –preguntó Catherine.

–No sé, disfrutaría de ello.

–Ya, solo que hay un pequeño pero.

–¿Cuál?

–Que estás solo. Totalmente solo. No hay ninguna persona con la que compartir tu creación, esos lugares maravillosos.

Roberto se veía en un callejón sin salida. De qué valía tener tanto, si no podía compartirlo con nadie. ¡Qué ironía! Pensaba que quizás no sería tan feliz si no pudiera compartir con alguien su maravilloso lugar, su gran creación.

–Efectivamente, no serías dichoso plenamente – dijo Catherine, adivinando el pensamiento de su

hijo—. Ahora bien –continuó–, si pudieras crear infinitud de seres, todos diferentes, cercanos a ti, colaboradores de tu obra, perfectos, sin capacidad de cometer maldad ninguna, seguramente los crearías.

–Sí, pero el hombre no es perfecto –se apresuró a decir Roberto.

–Desde luego que no. Pero, imagínate qué podrías hacer, después de crear todos esos seres perfectos con los que compartes tu creación. ¿No crees que te plantearías nuevos retos? Piensa que la mente de Dios nunca puede dejar de crear, es una de sus cualidades esenciales, incluso puede que una necesidad.

Roberto preguntó vencido:

–¿Y qué reto sería ese?

–Nada más y nada menos que conseguir llevar la vida más primitiva, o mejor dicho, más simple, implantada en mundos sometidos al espacio y al tiempo, a estados evolutivos superiores hasta conseguir que de esa vida animal evolucionaran seres capaces de plantearse su existencia, con voluntad propia, capaces de cuestionarse las cosas, del porqué de su existencia, así hasta que consiguieran incluso reconocer la existencia de su Creador. Pero, ahí no queda la cosa, además de reconocer, de sentir la existencia del Creador, el gran logro es conseguir que evolucionen hasta tal punto que tengan un estado tan espiritual que se fundan con él, bueno, es más correcto decir, con una esencia parcial de él. Y por lo tanto que compartan también con él su creación. ¿Cómo

puedes entender una cosa así, si detrás no hay un amor infinito?

Dios se da en cada uno de nosotros, y vive nuestras alegrías con nosotros, nuestras tristezas, nuestros sufrimientos, nuestra desesperación también. Pero espera anhelante el día del “abrazo”. Y, mientras tanto, nos inspira, trata de conducirnos por el camino del bien, pero sin forzar un ápice nuestra voluntad. Es la voz de nuestra conciencia más elevada.

El autobús que sube a la ciudadela paró en su destino. Unos pocos metros los separaban del objetivo. Animosamente, Freddy y Roberto se dirigían hacia un punto desde el que se alcanza una hermosa vista panorámica de la ciudad inca, un paisaje bello y místico a la vez. Cuando llegaron a divisar el complejo del Machu Picchu, Roberto se quedó ensimismado. Había visto en muchas ocasiones imágenes del lugar, pero ahora era distinto, estaba allí, viendo esas ruinas de lo que fue sin duda un lugar importante para esa civilización. Pero lo que más le impresionó fue todo el lugar rodeado de esas verdes y sinuosas cumbres, con las nubes bajas acariciando las mismas. ¡Qué espectáculo!

–¡Sublime! –exclamó Roberto.

–Así es –asintió Freddy.

Roberto pasó unas horas recorriendo el lugar, escuchando algunas explicaciones de su compañero de viaje. Hubo un momento que se excusó para

retirarse a “sintonizarse con el lugar”, como le dijo a Freddy.

Pensó, mientras contemplaba el sitio, que su madre había estado allí también; quería sentir su presencia, compartir lo que ella sintió. ¡Cuánto le hubiera gustado estar allí con ella! En esos momentos, se dio cuenta de lo mucho que la echaba de menos. Fue una madre perfecta –pensaba–, pero fue algo más que una madre, fue una persona muy especial, un ejemplo para muchos. Llena de bondad, de paciencia, respetando siempre al prójimo, sin cuestionar nunca a los demás por sus defectos o sus errores.

Unas lágrimas brotaron de los ojos de Roberto. ¡Cuánto más pudiera haber aprendido de su madre! Se sintió egoísta. Debía conformarse con lo que aprendió a su lado, con el amor que recibió. “Allá donde quiera que estés, seguro que las personas que están contigo pueden aprender de ti”, se dijo mentalmente.

En ese momento, por primera vez desde que desapareció Catherine, le recorrió un sentimiento de derrota. Pensó que era muy posible que no volviera a verla.

–¡Maldita seaaaaaaa! –gritó a los cuatro vientos.

El grito desgarrador fue escuchado por varios turistas que andaban a decenas de metros. También por Freddy.

Roberto, roto, se echó de espaldas en la hierba y se quedó contemplando el imponente cielo entre nubes y claros.

Tuvo una extraña sensación; de repente fue como si todo se silenciara, como si los turistas no estuvieran allí, como si una energía lo invadiera todo, y una paz inhabitual lo impregnara todo. ¿Era él solo, o lo percibían los demás? ¡Qué importaba! Se encontraba bien. Era una sensación casi familiar. Y mirando al cielo, distinguió un ave que bajaba directo hacia él, era de mediano tamaño, pero no supo identificarla, era parecida a un águila; cuando llegó a unos diez metros de Roberto, se paró y comenzó a volar de nuevo, planeando por encima de su cabeza. Primero, en su vuelo, trazó un círculo pequeño, luego uno más grande y luego otro más grande aún, y a continuación se elevó desapareciendo en el cielo.

¡Tres círculos concéntricos! ¡Qué extraño! —se dijo para sí Roberto—. Lo curioso fue que cuando el ave se fue también terminó la sensación de silencio y paz.

En el regreso, Roberto sólo abrió la boca para decir algún monosílabo; Freddy, consciente de los sentimientos del joven, lo acompañó callado en el silencio de la noche, mientras el tren regresaba a Cuzco.

A las nueve de la mañana, Freddy pasó a recoger a Roberto al hotel. Le había tomado cariño, quizá porque veía su angustia, quizá porque veía el tesón que el joven ponía en conseguir su objetivo, o quizá por el amor tan grande que demostraba por su madre, que le impelía a seguir en la búsqueda.

Según explicó Miguel a Roberto por teléfono, no sin sorprenderse de su llamada, pero con disposición a colaborar, después de visitar el Machu Picchu con Catherine, visitaron la Catedral de Cuzco, dieron un paseo por la plaza de las armas y alrededores, y por la tarde se dirigieron a la iglesia y convento de los dominicos, donde Catherine cambió de actitud. Es curioso, que cegado por los acontecimientos, Roberto no averiguó, en el tiempo de estancia en España, los detalles del viaje de su madre. Se reprochaba su torpeza.

—Entonces, ¿hacemos el mismo recorrido que hicieron ellos? —propuso Freddy—. Es decir, visitamos la catedral y alrededores, y luego nos dirigimos al Qoricancha.

—¿Qoricancha? ¿Pero no es allí donde está el Templo del Sol de la época inca?

—¡Claro! Pero los españoles construyeron en el recinto, la iglesia y el convento de Santo Domingo —explicó Freddy.

Un relámpago recorrió la mente de Roberto que le avivó una intuición como pocas veces había sentido.

–Vayamos allí directamente –más que una propuesta tenía un tono de orden.

–¿Está seguro, señor?

–Sí, lo estoy –sentenció Roberto.

En la pregunta del amigo taxista había otro trasfondo, este en realidad quiso saber si su cliente “especial” estaba preparado. Y así lo entendió el propio Roberto.

Cuando Roberto regresaba más tarde a su casa, en el avión, después de recordar lo vivido, pensó que Freddy podía ser algo más que un sencillo taxista.

Ambos sabían que si había algo que averiguar en Cuzco sólo podía ser en ese lugar. Pero Roberto, siguiendo el consejo de Freddy, viajó primero al Machu Picchu. Era como si tuviera que ir preparándose para enfrentarse a la verdad, fuera del signo que fuera. La idea de que era el último lugar en el que podía encontrar algún indicio de la desaparición de su amada madre hacía palpar su corazón con fuerza.

–¿Y ese tal Qoricancha es un convento en la actualidad? –preguntó Roberto inquieto en su asiento.

–Es de los dominicos. Hay una iglesia y un convento, ¡ah! y un museo también.

A los pocos minutos, se encontraban en la plaza de Santo Domingo, del mismo nombre que el recinto religioso. Sacaron las pertinentes entradas y

fueron a inspeccionar las diversas partes del recinto: la iglesia, donde se mezclaba la arquitectura inca con la colonial; el museo, el claustro, el exterior amurallado de la época prehispánica, los jardines...

Roberto miraba cada rincón, cada imagen, cada objeto, cualquier cosa que le pudiera sugerir algo, alguna idea.

–Se respira un ambiente especial aquí, ¿no cree, Roberto? –preguntó Freddy.

–Puede ser, pero ¿qué podemos hacer para averiguar algo? ¿Con quién se puede hablar aquí?

Continuaron recorriendo el recinto y cuando llegaron al patio interior de los dominicos, donde se encuentra en su centro una fuente ceremonial del periodo inca, de forma octogonal y base cuadrangular, sintió una punzada que le recorrió el cuerpo. Ese era el lugar de su sueño, no tenía la más mínima duda.

Después de un buen rato de idas y venidas, Roberto empezaba a impacientarse. Sólo le interesaba una cosa, y empezaba a desesperarse ante la posibilidad de no averiguar nada. Parecían volver los fantasmas del pasado.

Roberto distinguió a un hombre vestido con hábitos, por lo que supuso que sería un monje, el cual paseaba por los pasillos laterales del patio principal, cerca de un grupo de turistas. Sin pensarlo se dirigió hacia él y le preguntó, más bien le interrogó, sobre si sabía algo de una mujer de las características de su madre.

¡Qué tontería! ¿Cuántas mujeres no habrían pasado desde entonces con características similares a Catherine? Y lo peor, ¿por qué iba a ver ese hombre a todas las mujeres que pasaban a diario por el recinto? Y aún así, aunque se acordara de alguien similar, qué le podía decir de interés. Era absurdo, lo sabía.

–Joven –contestó el monje–, yo sólo vengo en ciertos momentos del día aquí y, francamente, vienen muchos turistas, como comprenderá...

–¡Ya claro!

–¿Y cuándo dice que estuvo esa mujer?

–Bueno, pues ya hace meses, en junio. Pero tiene razón, es una estupidez por mi parte, discúlpeme –Roberto sintió enrojarse.

El monje que parecía el prior del convento, avanzado en edad, pero de facciones agradables, algo rechoncho, le miró con benevolencia y se limitó a decir:

–Siento no poder ayudarle en su búsqueda, hijo.

Y prosiguió su paseo con un libro entre las manos.

Roberto no sabía qué hacer, ni qué pensar. Su última esperanza se estaba consumiendo.

–¡Roberto! –gritó Freddy desde el otro lado del patio, haciéndole al mismo tiempo una seña para que se acercara.

Freddy se encontraba hablando con un vigilante del recinto al otro extremo del patio, entre dos columnas. Roberto corrió atravesando el empedrado con que estaba cubierto el patio, en el que presidía la fuente octogonal .

–Este buen hombre tiene una información que quizá pueda servirle... –dijo Freddy.

–¿Vio a mi madre? –interrumpió impaciente Roberto.

–No, señor –continuó Freddy–, pero escuche lo que tiene que decirnos. ¡Adelante! Cuéntele a este señor lo que me estaba diciendo.

El uniformado hombre comenzó su relato:

–Verán, yo no sé si tiene o no tiene que ver con la señora que están buscando, sólo sé que en la fecha en la que me comentaba el señor –hizo un ademán refiriéndose a Freddy–, es decir, a primeros de junio, al vigilante que estaba en el turno de mañana aquel domingo dicen que le dio como un ataque de nervios y salió corriendo del recinto gritando, hasta que fue llevado al hospital, y desde entonces no ha regresado. Le dieron la baja laboral, y no sé si aún sigue en esa situación.

–¿Y no sabe qué es lo que le pasó? –preguntó Roberto.

–No, señor. Yo estoy aquí destinado desde entonces. Me pusieron en su lugar.

–¿Y nadie sabe nada? ¿No hubo testigos? –cuestionaba aún impaciente Roberto.

–No, los domingos no hay visitas. El vigilante se encontraba solo en la parte pública del recinto, fuera de lo que es el convento. A mi sólo me dijeron que iba a sustituir al vigilante del turno de mañana del recinto, porque al parecer se había vuelto loco, bueno, mejor es decir, trastornado – esta última palabra fue acompañada de una sonrisa maliciosa–. Lo de que salió corriendo y gritando de

aquí lo sé por lo que me contaron otras personas que le vieron fuera, comerciantes de por aquí.

–¿Y qué gritaba? –volvió a preguntar Roberto,

–Pues, de lo poco que se le entendió, que la furia del diablo había caído, “estamos malditos...”, cosas así.

–Díganos, buen hombre –en esta ocasión fue Freddy el que preguntó–, ¿sabrá decirnos qué día ocurrieron esos hechos?

–Sí, porque al día siguiente comencé a trabajar aquí. Esto fue exactamente... –el vigilante se tomó unos segundos para pensar– el trece de junio. Yo comencé el lunes catorce. El mismo día trece por la tarde me comunicaron lo que les dije. Siento no poder decirles más.

La fecha cuadraba perfectamente con los días que su madre estuvo en Cuzco, concretamente cuatro días después de su llegada. Roberto no tardó en preparar en su mente una línea de investigación, un enlace donde poder continuar con ese misterio. No estaba seguro de que tuviera que ver con su madre, posiblemente no; pero tampoco tenía otra cosa.

–¿En su empresa podrán facilitarme la situación de su compañero, supongo? –preguntó Roberto.

–¡Sí, claro! Vea, diríjase a esta dirección –el vigilante les mostró una tarjeta con los datos de la empresa para la que trabajaba–, pregunten por don Luis Alberto Ruiz. Él debe estar allí ahora. Es mi superior. Debe saber qué fue de aquel pobre hombre.

–Le agradecemos mucho su colaboración, señor... –dijo Freddy.

–Gustavo Correa, para servirles.

–Muchas gracias, Gustavo, nos ha sido de mucha ayuda –agregó Roberto.

Tras un apretón de manos salieron disparados del lugar. Mientras se iban, Roberto se hizo la promesa de que si todo salía bien y tenía tiempo volvería a aquel lugar, donde se respiraba un ambiente especial.

Freddy y Roberto no tardaron mucho en llegar a la dirección de la tarjeta. Improvisaron algo por el camino sobre cómo plantear el asunto al tal Luis Alberto.

Cuando llegaron a las oficinas de la empresa de vigilancia, fueron atendidos con toda cordialidad, más al tratarse de alguien extranjero. Luis Alberto Ruiz no tardó en atenderles, los pasó a un pequeño despacho e incluso les ofreció café.

–¿Y en qué puedo servirles? –dijo al fin.

–Verá –comenzó a hablar Freddy, tal como habían convenido–, mi cliente, el Señor Roberto Campos, es investigador de casos paranormales, es decir, hechos misteriosos que no tienen explicación lógica y, a su vez, de la influencia en la mente de las personas que han sufrido algún tipo de experiencia de este tipo.

Roberto tuvo que taparse la boca para disimular su sonrisa. En verdad, este hombre hablaba con tal convencimiento y naturalidad que era un verdadero actor.

–Nos hemos enterado –prosiguió Freddy– de un caso acontecido el mes de junio pasado, sufrido por un trabajador de esta empresa, que se encontraba de servicio un domingo en el Qoricancha.

–¡Ah, sí! –exclamó enseguida el hombre de mediana edad–, Johann Narváez.

–¿Qué le ocurrió exactamente? –preguntó sin poder contenerse Roberto.

–Poco puedo decirles. Los médicos dijeron que había sufrido una crisis nerviosa. Posiblemente fue víctima de alguna alucinación, dicen que por fatiga, pero yo no creo, porque sólo llevaba unas cinco horas cuando le ocurrió, y a veces están nuestros trabajadores muchas más horas y varios días seguidos, y tan estupendamente.

–¿A qué hora le ocurrió la crisis? –Freddy recurrió a esta palabra.

–Sobre el mediodía. A las doce más o menos.

–¿Y qué es de él ahora? –preguntó Roberto.

–Pues para que vea lo comprensivos que somos en esta empresa, después de estar más de un mes de incapacidad laboral, le ofrecimos continuar en la empresa y sin embargo el desagradecido se negó, dijo que no volvería a este trabajo y menos a ese lugar, como lo llamó... ¡ah, sí! “maldito”. Así es que de inmediato le liquidamos lo que tenía pendiente. Y desde entonces no he vuelto a saber nada de él.

Roberto miró de reojo a Freddy. “O se lo preguntas tú, o se lo preguntó yo”, pensó. Por fin, Freddy dijo:

–Para la investigación de mi cliente sería muy importante poder hablar con ese tal Johann Narváez. Si usted pudiera colaborarnos en facilitarnos su dirección...

Ambos sabían que no era fácil, sin ser policía o algo similar, que le facilitaran la dirección de un trabajador, o ex trabajador en este caso, a un par de extraños, por eso tenían que andar con mucha

sutileza si no querían echar todo a perder y acabar con la investigación.

Luis Alberto se echó para atrás en su asiento e hizo un gesto de duda ladeando la cabeza.

–Es fundamental hablar con él, para saber todo lo ocurrido –insistió Freddy.

–Buscaré el teléfono mejor, de ese... malnacido. Mejor dicho, les daré la dirección, eso sí, no vayan a decir que yo se la facilité si les pregunta.

–Por supuesto –dijo Freddy–. No se preocupe –contestaron al unísono ambos.

Roberto y Freddy, mientras se dirigían a la dirección del ex vigilante, se preguntaban si hubiera colaborado igual ese hombre en caso de haber continuado en la empresa el tal Johann. Pero así estaban las cosas. Se acercaban a ver a un hombre que aquel domingo salió espantado del Qoricancha, la misma mañana en que su madre había dejado el hotel, y dos días después de haber visitado el lugar, que hizo cambiar radicalmente, no solo la actitud, sino los proyectos de su madre. ¿Tendría alguna relación? ¿O simplemente se trataba de una coincidencia de fecha?

Otra duda le asaltó a Roberto en el taxi. Pero en esta ocasión la compartió en voz alta con su compañero de fatigas. Agradecía no sentirse solo en la búsqueda.

–Suponiendo que esto tuviera algo que ver con mi madre, que hubiera entrado dentro del Qoricancha y de alguna forma hubiera asustado al vigilante, ¿cómo habría entrado dentro del recinto? ¡Supongo que está cerrado a cal y canto!

–Ciertamente los domingos no está abierto al público –confirmó Freddy–. Pero, esperemos a ver si este hombre nos aclara si hay alguna relación con su madre.

–¿Seguimos con la misma farsa? –preguntó Roberto.

–No nos fue mal, ¿verdad?

–Nada mal, y lo haces muy bien, eres una caja de sorpresas.

Ambos rieron.

Roberto halagó así al que estaba considerando no solamente un taxista que le ayudaba en su búsqueda, sino a un verdadero amigo, que le asesoraba sobre cómo proceder mejor, pero sin cuestionar nunca el objeto de su búsqueda, sin cuestionar su obsesión.

Freddy propuso comer algo antes de ir a la casa de Johann, y así perfilar algo más el asunto, hacía rato era la hora del almuerzo. A pesar de la impaciencia de Roberto por interrogar al sujeto, aceptó de buen grado. Había decidido hace tiempo dejarse llevar por Freddy.

Unas nubes tormentosas parecían avecinarse sobre el cielo de la ciudad mística de Cuzco. El día aún era joven.

Cuando terminaron de almorzar, se dirigieron a la casa de Johann, en un humilde barrio de Cuzco. Cuando Freddy paró el taxi al lado de la puerta de la casa del ex vigilante, Roberto volvía a tener el corazón en un puño. Tenía el fuerte presentimiento de que ese hombre podía desvelar algo relacionado con la desaparición de Catherine.

Freddy indicó a Roberto que le esperara dentro del coche. Habían convenido en convencer a Johann para que se dejara interrogar, bien en su propia casa o en otro lugar, a cambio de una cantidad de dinero. No convenía que vieran a un extranjero llamar a la puerta, eso podía generar desconfianza.

Roberto observaba cómo Freddy hablaba en la puerta con una mujer de mediana edad, y cómo le señalaba a él con el dedo, mientras daba explicaciones a la mujer. Junto a ella, al lado de su falda, apareció un niño de aspecto algo descuidado, de unos tres años de edad, que miraba curioso a Freddy.

Esto no le gustaba, la mujer negó con la cabeza y al momento cerró la puerta.

–Parece que no va a ser tan fácil –se lamentó Freddy nada más entrar en el coche.

–¿Qué ocurre?

–Al parecer está sin trabajo y se pasa la mayoría del tiempo emborrachándose fuera de la casa.

–¿Era su mujer? –preguntó Roberto.

–Así es.

–¿Y ahora qué? ¿No me digas que no sabe su mujer dónde se coge las cogorzas?

–¿Las qué? –preguntó intrigado Freddy.

–Las borracheras.

–¡Ahhh! –exclamó Freddy con un sonrisa, y añadió–. Busquemos por las cantinas del barrio.

Y comenzaron a buscar por los alrededores. Roberto, mientras, recordaba una charla que tuvo con su madre en una ocasión, al día siguiente de una noche que llegó algo bebido a su casa.

–Me duele la cabeza. Creo que ayer que me pasé bebiendo –dijo Roberto en la cocina mientras se servía un café.

–¿Y mereció la pena? –preguntó Catherine.

Roberto se quedó mirándola sin saber qué contestar. Y al momento dijo:

–Por curiosidad, mamá, ¿tú nunca te has emborrachado?

Catherine sonrió.

–En una ocasión, cuando era aún muy joven, apenas una adolescente.

–Bueno, eso me consuela.

–Pues no debería –dijo Catherine mientras miraba gravemente a Roberto–. Mira, hijo, todos tenemos derecho a equivocarnos, e incluso a experimentar las cosas que a priori no pensamos que son perjudiciales para nuestro cuerpo o nuestra mente. No te olvides de que venimos a experimentar y a aprender de esa experiencia. Y

aunque esta es una de las más bajas formas experimentales, también está ahí. Pero eso no nos exime de la responsabilidad de evitar todo aquello que es perjudicial para nosotros, cuando sabemos positivamente que es así. Por eso, desde aquel día que supe que al beber de más mi mente no funcionaba con claridad y podía decir o hacer cosas que en condiciones normales no haría, decidí moderar categóricamente el consumo de alcohol.

–Pero, eso parece aburrido –protestó Roberto, que entonces contaba con veinte años.

Catherine se quedó callada un momento antes de contestar, como pensando bien lo que decir a su hijo.

–Mira, Rober. Aparte del motivo que te he dicho anteriormente, y que de por sí es ya más que suficiente para evitar esos estados de intoxicación, debemos de respetar nuestro cuerpo y no llenarle de sustancias dañinas ¿Y por qué? –preguntó ella misma. Y sin dejar contestar a Roberto, prosiguió–. Porque es el receptáculo de nuestra alma. Nada más y nada menos. Los órganos que componen nuestro cuerpo, merecen todo nuestro respeto y cuidado. Sin exagerar tampoco, pues no hablo de un culto al cuerpo, pero sí de la responsabilidad de mantenerlo sano en la medida de lo posible, y no hacer nada conscientemente que le perjudique. Porque a través de él crece nuestra alma, se desarrolla nuestra personalidad, y nuestro espíritu trata de guiarnos. Nuestra mente es como un cristal, el cual si está sucio no permite que pase la luz del sol y, por lo

tanto, no deja que se manifiesten las maravillas del mundo espiritual. Debemos limpiarlo, con nuestro trabajo interior, para que algún día esté totalmente transparente y deje pasar la luz pura a través de él. Y desde luego, las sustancias que intoxican nuestro cuerpo y nuestra mente son uno de los inconvenientes.

—¿Y entonces, los chamanes y toda esa gente que toma sustancias y tienen esos viajes astrales o experiencias similares...?

Catherine no pudo evitar reírse, hasta que, al momento, recobrando su seriedad, dijo:

—¿En verdad crees, hijo mío, que alguien puede avanzar espiritualmente tomando unas sustancias u otras?

Roberto bajó la cabeza.

—Nadie puede hacer el trabajo por nosotros mismos. No hay ninguna fórmula mágica para eso. Es como los cristianos que piensan que Jesús vino a redimirlos de sus pecados, que gracias a su sacrificio en la cruz los hombres quedaron salvados. Aunque no fue en vano ese sacrificio, insisto en que nada, ni nadie, puede hacer el trabajo de transformación que tenemos que hacer cada uno de nosotros. Por más que queramos alcanzar la iluminación con un golpe de gracia, sólo hay un camino para ello: la alquimia trascendental. La verdadera alquimia que se proponían los alquimistas del pasado no era la transformación del plomo en oro, como se piensa la mayoría de la gente. Esto era algo simbólico, aunque tuviera también una base. La alquimia auténtica era, y es,

la transformación interior del ser humano, convirtiendo el “carbón” que es al principio nuestra alma en el más puro y transparente de los diamantes.

Roberto escuchaba en silencio, admirando una vez más la sabiduría de su madre.

–Y por cierto. A lo que me decías, sobre lo aburrido que puede parecer la vida sin tomar alcohol, drogas o lo que sea, te diré una cosa...

Roberto hizo un gesto invitando a que prosiguiera. ¿Es que su madre, incluso, iba a tener respuesta para eso? Porque por mucha razón que tuviera en su exposición, ¿podía convencerle de que fuera más divertido no beber a conseguir al menos “un punto” como solían decir en el argot juvenil? Estaba impaciente por saber qué podía argumentar su madre en ese sentido, mientras Catherine se tomaba otro de sus acostumbrados silencios antes de hablar.

–Las mayores delicias que puede encontrar el ser humano no están en los estados de embriaguez, ni en la satisfacción de los sentidos, ni nada parecido... –Catherine dudó antes de continuar–. El estado consciente de comunión, con nuestro yo espiritual, es la más grande experiencia que podemos alcanzar en esta vida. Te lo aseguro, no hay nada que lo supere, ni que se aproxime siquiera. Las delicias espirituales están muy por encima de cualquier disfrute de índole material o sensual.

Habían recorrido cuatro cantinas de los alrededores sin obtener resultado alguno, generando la desconfianza lógica en sus encargados al indagar, unos desconocidos como ellos, por la identidad de los escasos clientes que se encontraban a esas horas en los locales. A Roberto la situación le pareció incómoda, por lo que sugirió regresar a la vivienda del ex vigilante y esperar hasta que este apareciera. Podía encontrarse el individuo en alguno de los locales visitados y haber pasado desapercibido, bien porque el mesero no lo conociera o porque, por simple prudencia, no quisiera dar su identidad. En esta ocasión Freddy estuvo de acuerdo.

Se apostaron a una veintena de metros de la vivienda y, armados de paciencia, se propusieron aguardar a que el hombre fuera a su casa.

Al poco de comenzar la espera, Freddy fue a buscar algo para calmar la sed. Roberto pensaba, una y otra vez, cómo tratar al ex vigilante cuando tuviera la oportunidad de hablar con él.

–Tenga su gaseosa, Roberto –dijo Freddy abriendo la puerta del taxi.

–¡Gracias!

Después de dar cuenta de un buen trago a su botella de un refresco típico del lugar, Freddy preguntó:

–Roberto, ¿tiene un billete de 100 aquí?

–Sí –contestó Roberto con extrañeza–, ¿por qué?

–A la mujer de ese personaje creo que no le vendría nada mal un poco de dinero, y a cambio podemos obtener algo más de información. ¿No le parece?

–¡De acuerdo! Pero vamos los dos.

–O.K.

Ambos salieron decididos del coche. Cuando la mujer salió a la puerta, a la vez que gritaba a uno de sus hijos sobre algo que estaba haciendo mal, se quedó sorprendida al ver a Roberto y Freddy, incluso tuvo el impulso de cerrar la puerta, pero Freddy, enseguida intervino:

–Discúlpenos, buena mujer. No quisiéramos molestarla más, pero es que llevamos un buen rato buscando a su marido y no le vemos por ninguna cantina, y la verdad es que mi cliente don Roberto está de afán, y no le importaría colaborarle con una ayudita, si nos ayuda a encontrarlo –Freddy terminó la frase enseñando un billete de 100 soles.

La mujer, sin quitar la vista del billete, dijo:

–¿Pero para qué quieren a ese desgraciado?

–Verá, señora, soy investigador y periodista de casos extraños, de apariciones y cosas así –intervino Roberto–. Y ha llegado a mis oídos el caso de su marido y me gustaría hablar con él sobre el asunto.

La mujer alzó la mirada buscando la sinceridad en las miradas de sus interlocutores.

–No se preocupe, somos buena gente –dijo Freddy–, no queremos hacerle nada malo a su marido.

Roberto, en un gesto de impaciencia, sacó el pasaporte de su bolsillo y se lo mostró a la mujer, al tiempo que decía:

–Mire, este soy yo: Roberto Campos. Puede tomar nota de mis datos –una mirada suplicante apareció en el rostro de Roberto–. ¡Por favor! Es muy importante para mí poder hablar con su marido.

Esa mirada surtió más efecto que el dinero y todo lo demás.

–Mi esposo recién vino, poquito después de que se fueran. Pero está tumbado en la cama durmiendo la zampa. Se ha vuelto un tomatrigo desde que le pasó aquello y ya no entra plata en esta casa. Quizá ustedes puedan ayudarle. A mí ya no me hace caso –dijo la mujer entre sollozos.

Mientras la mujer contaba que su marido estaba en la casa, Roberto y Freddy se miraron de reojo, reprochándose ambos su mala suerte, o su conformidad al dar por hecho que el hombre no estaba en la casa.

–No piensen –continuó la mujer– que yo voy aceptando plata de desconocidos, pero la situación en esta casa empieza a ser preocupante –mientras decía esto último cogió el billete de manos de Freddy–. Esperen un momentico a ver si puedo levantarlo de la cama.

La mujer desapareció y cerró la puerta. Roberto miró preocupado con un gesto a Freddy y este con las manos le indicó que tuviera paciencia.

–¡Aparecerá! –dijo Freddy.

–Eso espero.

Los minutos se le hacían interminables a Roberto, que fue a sentarse en el escalón de la entrada de otra casa vecina.

Como a los cinco minutos, la puerta se entreabrió un poco y una cara de pocos amigos asomó entre la penumbra del otro lado. Observó a los dos desconocidos y, al momento, sin salir de la puerta, preguntó en tono marcial y con voz ronca:

–¿Qué quieren ustedes?

–¿Es usted Johann Narváez? –preguntó Freddy.

Un gruñido afirmativo salido del individuo.

–Verá –continuó Freddy–, mi cliente es periodista e investiga sucesos paranormales, ya me entiende, sucesos extraños que se salen de lo normal, y al parecer usted mientras trabajaba de vigilante en el Qoricancha sufrió...

–No friegue con eso –interrumpió el hombre, a la vez que hacía un amago de cerrar la puerta.

Roberto, que se había incorporado cuando se abrió la puerta, volvió a insistir en lo importante que era para él saber qué había pasado ese día y le dijo que estaba dispuesto a recompensar económicamente su colaboración.

El hombre, con gestos de resaca en su rostro, abrió la puerta del todo y les invitó a pasar, mientras decía:

–Está bien, pero la plata por adelantado.

Roberto, recordando lo que le había dicho la mujer, reaccionó diciendo:

–¿No cree que es mejor que se la dé a su esposa? Tiene una familia que mantener Johann.

–¡No me joda con eso! Cien soles o no hay entrevista.

Roberto pensó en lo infeliz que era ese hombre, que tan barato negociaba. Freddy miró a Roberto esbozando media sonrisa al percibir lo mismo.

–Está bien –dijo Roberto sacando un par de billetes de cincuenta y entregándoselos al hombre.

La casa no podía ser más humilde. La mujer, que esperaba dentro, les invitó a que se sentaran en un viejo sofá, con una mesa sencilla de madera, en lo que trataba de ser un salón. La mujer les ofreció un café o una gaseosa, ambos se apuntaron a lo último. El hombre de la casa se sentó del revés en una silla frente al sofá.

Un silencio inusual se apoderó del momento. Freddy, con un disimulado golpecito en el brazo, invitó a Roberto a que comenzara a hablar, ya que este, inexplicablemente, se había quedado mudo. Ciertamente era él el interesado. Se estaba acostumbrando a quedarse en un segundo plano con Freddy, quizá de ahí su silencio.

–Bien –dijo carraspeando–. Cuéntenos, por favor, qué le sucedió ese domingo. ¿Por qué salió corriendo de aquel lugar como si hubiese visto al mismísimo diablo?

El hombre agachó la cabeza y empezó a frotarse la nuca.

–No sé lo que fue –dijo por fin aún cabizbajo–, pero no era algo de este mundo.

Un silencio.

El hombre estaba visiblemente nervioso recordando lo sucedido. Roberto se removió

impaciente en el sofá y Freddy le puso una mano en su brazo, indicándole que se calmara y no interrumpiera a Johann.

–Eran las doce del mediodía –dijo titubeando–, me acuerdo perfectamente porque era la hora de mi almuerzo y miré el reloj unos instantes antes de que sucediera... aquello. Me dirigía hacia uno de los pasillos laterales del patio principal. Fue un instante, apenas pasaron tres segundos, pero a mí me pareció una eternidad.

La mujer de la casa vino con los refrescos, interrumpiendo la narración, y Roberto echó una maldición en voz baja, imperceptible para los demás.

Cuando la servicial mujer terminó, Freddy invitó a Johann a que continuara.

–No hay mucho que contar, me quedé paralizado y vi salir una especie de rayo, desde la fuente ceremonial que está en el centro de la cancha.

–¿Un rayo? –preguntó Roberto.

–Sí, de abajo a arriba, hacia las nubes. Era de una luminosidad blanca y a la vez anaranjada. Nunca antes había visto nada parecido. Eso tuvo que ser cosa del diablo. ¡Maldito lugar! –Johann se llevó las manos a la cara dejando escuchar un gimoteo.

Otro nuevo silencio se apoderó del momento. Roberto no sabía qué pensar, se movía entre la incertidumbre y la decepción. ¿Eso era todo? –pensó–. Aunque algo similar a eso fue lo que había soñado en España.

Freddy le miraba de reojo adivinando su pensamiento. La mujer, que hasta ahora había permanecido callada, dijo:

–Mi mamá dice que es cosa de brujería, que viene de nuestro pasado.

–¿Y no hubo más testigos del suceso? –preguntó Freddy.

El ex vigilante, destapándose la cara, contestó:

–Al parecer nadie vio nada, sólo yo.

–Alguien le ha mandado un mal de ojo, no hay duda –insistió la mujer–. A él y a toda la familia. Miren nuestra situación. No trabaja desde entonces y sólo sabe emborracharse y lloriquear como un niño.

–¡Calla, mujer, calla! –ordenó el hombre.

–Perdone, buen hombre, –insistió Freddy–, ¿pero eso fue todo? Quiero decir, que, en verdad es algo sobrenatural ver un rayo salir del suelo y de esas características como dice, pero ¿eso le ha causado tanto... –Freddy quiso dar con la palabra exacta– trastorno?

–No sólo eso, sino que la mujer desapareciera sin más.

Roberto se puso en pie de un salto y gritó.

–¿Una mujer?, ¿qué mujer?

–Tranquilo, jefe –dijo Freddy a la vez que le invitaba a que se sentara de nuevo.

–¡Oiga! ¿Qué le pasa? –preguntó molesto Johann–. Para ser periodista se lo está tomando de manera muy personal.

–¡Perdóneme! –se excusó Roberto dándose cuenta de su torpeza y haciendo un esfuerzo por

controlarse—. Pero, por favor, continúe, dígame, ¿es que había una mujer?

—¡Claro! Creí que lo había mencionado antes. Debe ser el aguardiente a granel de la cantina de Humberto —se lamentó Johann—, le hace perder a uno la memoria y toda la cabeza.

Roberto no podía más, tenía un sudor frío del nerviosismo que se estaba apoderando de él. Pero hacía un esfuerzo por no perder el control, ya que sabía sobre el riesgo de que aquel hombre no quisiera contar nada. Estaba en sus manos.

—Verán —siguió por fin explicando el ex vigilante—, cuando yo estaba haciendo la ronda antes de almorzar y salí al patio central, justo encima de la fuente octogonal, donde dicen que el sumo sacerdote inca lo llenaba de chicha como ofrenda al Dios Inti, según cuentan, allí estaba...

—¿Quién? —inquirió Roberto.

—Una señora, de unos cincuenta años, de pie, sin moverse. Yo le llamé la atención, ya que allí no debía haber nadie un domingo, y menos encima de la fuente; y en un segundo, zasss, el fogonazo y el rayo. Yo retrocedí asustado al suelo y al instante de desaparecer toda la luz, ahí no había nadie. Simplemente se desintegró.

—¿Y dice que tenía unos cincuenta años? ¿Recuerda cómo era? —preguntó Roberto.

Sabía Roberto que su madre de sesenta y tres años de edad aparentaba menos, por lo que ese dato sí era coincidente. El pelo de Catherine era castaño y su rostro aún jovial y sereno, con ojos castaño oscuro. Su estatura era de 1,73 metros.

–Apenas alcancé a verla dos segundos como he dicho, pero su pelo no era ni mono, ni negro.

–Quiere decir ni rubio, ni moreno –aclaró Freddy.

–Eso es –continuó el hombre–, su estatura era algo más alta de lo normal en las mujeres, al menos las de acá. No era, o no parecía, peruana, sus rasgos eran más bien europeos, de piel blanca. Los ojos los tenía cerrados, de eso sí me acuerdo perfectamente. Y b más curioso... –el hombre se detuvo un instante–, su rostro estaba, cómo diría yo, sereno, como con una paz... como los que tienen los monjes budistas, cuando están meditando.

No había duda –pensó Roberto–, se trataba de su amada madre.

–A pesar de lo duro que me dio todo esto –siguió hablando el hombre–, cuando recuerdo ese rostro y cómo se iluminó con la luz, dudo que pueda ser algo diabólico –después de una pausa con la mirada perdida, Johann siguió–. Lo demás creo que ya lo saben, salí corriendo del lugar como alma que lleva el diablo, gritando, hasta que unos policías que andaban cerca me sujetaron y me llevaron al hospital.

Freddy reaccionó, preguntando a Roberto si tenía alguna foto reciente de Catherine.

–Sí, tengo una en la cartera.

Roberto se lamentó de su torpeza al no ocurrírsele antes. Después de sacar una foto de medio cuerpo de Catherine de la cartera, se la

mostró al ex vigilante. Y este, después de mirarla unos segundos, dijo:

–Creo que sí, es ella, aunque yo la vi desde unos diez metros al menos y con los ojos cerrados, pero las facciones de la cara y el pelo sí coinciden. Pero ¿quién es? ¿Por qué tienen ustedes su foto?

Freddy miró a Roberto, esperando que este diera una explicación. En realidad, daba igual contarle toda la verdad a aquel hombre. Ya habían obtenido la información que querían. Al ver que Roberto no reaccionaba, seguramente por el impacto de lo sucedido, Freddy se permitió dar una explicación a Johann y su mujer:

–Verán, no les hemos mentado al decirle que mi jefe es periodista y de asuntos, digamos... misteriosos, es cierto, pero en esta ocasión esta aquí por la desaparición de esa mujer, que es nada menos que su madre.

–¡Dios mío! –gritó la mujer.

El ex vigilante también dijo algo indefinible, al tiempo que se puso en pie.

–Esto sí que no me lo esperaba –dijo por fin, volviéndose a sentar de golpe.

Pasaron unos instantes sin apenas hablar. Roberto estaba totalmente mudo, sin embargo, estaba tranquilo. Todos lo notaron, pero también les sucedió lo mismo a todos los presentes. La mujer se acercó a su marido por detrás, le abrazó y le besó la cabeza. Este estaba extrañamente sereno. Era como si el salón hubiese sido inundado de una energía sobrenatural que daba paz y seguridad, que

eliminaba los miedos y las dudas. Johann no pudo por menos que manifestarlo.

–Es curioso, ahora no tengo ningún temor. Al recordar lo sucedido con ustedes, y saber quién era esa mujer, es como si me hubiera descargado de un peso que me aprisionaba, que no me dejaba vivir, sin embargo ahora, me siento en paz.

–Es verdad, mi amor –contestó la mujer–, yo también lo noto. ¿Será que Dios nos ha mandado un ángel para que nos dé paz?

Pocas despedidas en la vida de Roberto fueron tan emotivas como la de su gran colaborador Freddy, el cual había jugado un papel crucial para esclarecer lo ocurrido con su madre. Comentaban, mientras esperaban en el *hall* principal del aeropuerto de Cuzco la llamada a los pasajeros de su vuelo a Lima, los momentos tan intensos vividos y las sensaciones percibidas, no solo en la casa del ex vigilante, sino, posteriormente, cuando volvieron a visitar el lugar al día siguiente, allí en el patio, inspeccionando la “fuente”, más que con el ánimo de encontrar cualquier pista o resto de lo sucedido, de despedirse del lugar en que se vio a su madre por última vez. Ambos sintieron una fuerza o energía que les inundaba, que recorría todo su cuerpo y les hacía sentir una paz inusual.

Comentaban también cómo, a pesar de lo fantástico de la historia que les contó el ex vigilante Johann, ambos la creyeron sin dudar. No había el más mínimo interés por parte de Johann de inventar nada, y el hombre había pasado lo suyo con todo lo sucedido.

En verdad, este viaje a Perú no solamente sirvió para conocer lo sucedido con Catherine, al menos en parte, sino como toma de consciencia de una realidad superior, por si es que tenía alguna duda.

Cuando la megafonía anunció el inminente vuelo a Lima, una ráfaga recorrió el corazón de

Roberto. Sabía que probablemente nunca volvería a verlo.

–Gracias por todo, amigo –dijo Roberto–, sin tu inestimable ayuda no lo hubiera conseguido.

Freddy sonrió y extendió los brazos.

Ambos se fundieron en un abrazo y Freddy le susurró al oído:

–Quizá su búsqueda no ha hecho más que empezar.

Estas palabras acompañaron a Roberto el resto del viaje y también el resto de su vida.

¿Qué era, al fin y al cabo, la vida consciente de algunas personas, sino una búsqueda incansable de la verdad?, pensaba Roberto ya en el asiento de su avión. Una búsqueda para algunas personas, que eran conscientes de esa otra realidad, que no por percibirse apenas en este plano material era menos importante. Esa realidad que es tan sutil e imperceptible para muchas personas que se ponen una venda en los ojos, como si tuvieran un “software” básico en sus mentes programado para la sociedad de consumo, en la cual impera el poder económico, y que por otro lado encierran a su corazón en una cárcel, impidiendo expresar lo más elevado de los seres humanos: el amor incondicional. Pero Roberto sabía que había muchas personas también, que, tarde o temprano, se planteaban la existencia de otra realidad espiritual, comandada por la Primera Fuente de todas las cosas, Dios, Alá o cómo quisieran llamarlo.

Pero esto no explicaba qué le había sucedido a su madre. Que fuera una persona que buscara a Dios con tanto ahínco no explicaba en modo alguno esa forma tan misteriosa de desaparecer de este mundo. ¿O quizá no desapareció? Quizá simplemente se trasladó de lugar a través de una forma desconocida de transporte, de descomposición celular o algo similar, ayudada por quién sabe Dios.

No, el misterio no sólo no había desaparecido, sino que se había vuelto más profundo e incomprensible.

A pesar de que Roberto estaba tranquilo al haber averiguado lo sucedido con su madre en Perú, no dejaba de hacerse preguntas sobre qué podía haber sido lo ocurrido exactamente, qué poderes tenía su madre para haber hecho algo así; porque estaba claro que ella era consciente de lo que estaba pasando en ese momento, fue a propósito a ese lugar, al cual entró de alguna manera secreta y justo allí desapareció tras una luz cegadora y un rayo ascendente. Se prometió que tenía que investigar sobre lo ocurrido, pero ahora desde otra perspectiva. Ya estaba descartado un secuestro o un retiro monacal, su búsqueda se centraría en el propio fenómeno en sí, como forma de aclarar la verdad. ¿Tendría que ver esto con Dios? Pero, no tenía sentido, ¿Cómo Dios iba a... desintegrar... a volatilizar... a aniquilar a su madre? No, esta última opción “rechinó” en la mente de Roberto. ¿Es posible que hubiera desaparecido de este mundo de

esa manera? Pero si hubiera sido así, ¿qué sentido tendría?

El vuelo intercontinental hacia Madrid se caracterizó en Roberto por sus profundos pensamientos sobre lo acaecido y por el recuerdo siempre presente de su madre, a la cual intuía que no volvería a ver en este mundo. Pero si había otro mundo para el alma después de este, estaba seguro de que su madre estaría ahí para recibirlo.

–¡Háblanos de Jesucristo, mamá! –solicitó Eduardo a Catherine cuando, junto con Roberto, estaban viendo una película en la televisión del Nazareno Tenía Roberto por entonces diecisiete años.

–¿Qué queréis que os cuente? –preguntó Catherine.

–¿Tú crees que resucitó y todo eso? –preguntó a su vez Eduardo.

Antes de que Catherine respondiera, Roberto intervino:

–Eso en verdad suena muy fuerte, ¿no? Quiero decir que es difícil creer que alguien con el cuerpo destrozado por la crucifixión pudiera luego reponerse de sus heridas y salir de la tumba otra vez. Y además, suponiendo que hubiese sido así, que su poder fuera tan grande como para recomponer los daños corporales, las apariciones posteriores que supuestamente hizo a los apóstoles eran esporádicas, aparecía y desaparecía repentinamente, no tenían continuidad, o sea, que al parecer no tenía un cuerpo físico ni estaba en un lugar escondido, lo cual lo hace aún más difícil de creer.

–También da la sensación –continuó Eduardo–, según he leído en los evangelios canónicos que, en ocasiones, sus discípulos o aquellos a los que se aparecía no le reconocían a la primera, sino que

después de hablar Jesús era cuando se daban cuenta de que en verdad era él, y en eso coinciden más de un evangelista, lo cual ya es un triunfo.

–¿Bueno, tú qué dices? –preguntó Roberto en esta ocasión a Catherine.

Ésta, con una amplia sonrisa, dijo:

–Es curioso. No hay ningún personaje en la historia de la humanidad que haya atraído tanto la atención, por el que se haya escrito tanto y por el que se haya especulado tanto sobre su vida como Jesús de Nazaret. ¿No creéis, hijos, que será por algo?

Ambos hermanos se miraron un instante, y asintieron con la cabeza.

–Hay muchos misterios alrededor de su figura –apuntilló Eduardo.

–Desde luego –confirmó Catherine–. Y la verdad absoluta sobre quién era, o mejor dicho, es, tardará mucho en ser asimilada por los ciudadanos de este planeta. Pero algún día será, y también ese será el día en que su mensaje llegue más nítido al mundo, que sus verdaderas enseñanzas sean transmitidas con auténtica fidelidad a los hechos reales. Veréis, aunque parte del mensaje de Jesús está inmerso en los evangelios del Nuevo Testamento, también es verdad que se han puesto palabras en su boca que no dijo, o se han tergiversado los textos, seguramente con buenas intenciones...

–O no tan buenas –interrumpió Roberto.

–Interesadas quizás, diría yo –aclaró Catherine–. Lo cierto es que su vida debería servir de

inspiración a los seres humanos en la Tierra. No digo imitar la vida que él llevó, pero sí tomarla como ejemplo.

—A ver, un momento, explícanos esa contradicción —dijo Roberto—. ¿Cómo nos va a servir de ejemplo sin imitarle? No lo entiendo.

—Sí, ciertamente suena contradictorio; déjame que te lo explique. Lo que quiero decir es que la forma en que vivió su vida aquí, por ejemplo, en cuanto a que no formó familia alguna, se dedicó los últimos años de su vida a la predicación, incluso a realizar algún prodigioso milagro, aunque no tantos como le atribuyen; esto, como digo, no debe de ser imitado, ya que cada uno vive su propia vida, y él tenía sus motivos para vivirla así; por lo tanto, no quiere decir por eso que todos hagamos lo mismo —Roberto iba a interrumpir a Catherine y esta le instó con un gesto a que esperara—. Sin embargo, debe de servirnos como ejemplo en cuanto a su comportamiento en su vida, que fue mucho más que lo que se conoce. Él fue obediente y creativo de niño, responsable de joven con las cargas familiares que tuvo que asumir, con una fe en su Padre Celestial a toda prueba, rehusando las tentaciones de la vida fácil, del enaltecimiento del ego y sobre todo, lleno de amor por sus semejantes, tratando a todos sin distinción de sexo, raza, creencias y demás, algo que le supuso más de un problema, ya que la mujer entonces tenía un papel totalmente secundario; bueno y muchas más virtudes que todos deberemos alcanzar algún día, pero que él ya poseía.

–De todas formas, te has escaqueado a la pregunta de si crees que resucitó o no –preguntó atento Eduardo.

–No me gusta mucho la palabra “resucitar”, yo más bien diría que su alma fue revestida temporalmente con un cuerpo físico o semifísico, similar al que tenía, pero que en modo alguno era el cuerpo que tuvo durante su vida terrenal, ya que este desapareció, o mejor dicho, lo hicieron desaparecer. Y tienes razón, Roberto, cuando dices que aparecía y desaparecía de repente porque sus... ángeles ayudantes le hacían visible o invisible cuando lo deseaba.

–Eso puede explicar algunas cosas –dijo Eduardo–, pero aun así, si supuestamente tenía ayuda extraordinaria de ángeles o cómo quieras llamarlos, ¿por qué permitió que lo crucificarán?

–Buena pregunta, hijo. Porque él, ciertamente, podría haber evitado eso si hubiera querido. Y no murió, como piensan algunas creencias, para la expiación de los pecados de los seres humanos de este planeta. Eso sería como reconocer que Dios estaba enfadado con sus hijos y que necesitaba una ofrenda, un sacrificio de tal índole, como hacían nuestros antepasados, para calmar su ira. Ese concepto de Dios debió quedar tiempo atrás, con los antiguos judíos. Precisamente, una de las misiones de Jesús fue la de cambiar el concepto de un Dios airado y caprichoso por un Dios de amor, que regala la vida eterna a los hombres y que quiere compartir con ellos su creación. Y volviendo a tu pregunta, del porqué permitió su muerte en la cruz,

pienso que hay dos motivos fundamentales: uno, acabar su experiencia como ser humano, experimentando la muerte como otros seres humanos, aún peor que muchos seres humanos, ya que como sabéis la muerte por crucifixión era una de las formas de muerte más crueles. Quiso experimentar la muerte carnal, pero no es que él eligiera morir de esa forma, sino que lamentablemente las circunstancias se dieron así.

–¿Y el otro? –preguntó Roberto.

–Revelar a la humanidad, la esperanza de que hay vida después de la muerte, al volver a mostrarse a sus seguidores después de fallecer. Por cierto, se mostró a más gente de la que cuentan los evangelistas, y realizó más apariciones de las conocidas. Lo que nos quiso enseñar con esto es que el servicio al prójimo es el concepto más alto de la hermandad de los creyentes espirituales. Algo que sí nos debe servir como ejemplo, ¿no creéis?

–Si dejó que le mataran, pudiendo evitarlo, es para quitarse el sombrero –acotó Roberto–.

–¿No os gustaría tener un gobernante universal así? –preguntó con una sonrisa pícaro Catherine.

Cuando se encontró de nuevo en casa, con el escaso equipaje con que viajó a Perú, sintió una sensación de desolación, similar a la que sienten los familiares cuando regresan del cementerio después de enterrar los restos de un ser querido. Fuera lo que fuera lo que le ocurrió a su madre, la cuestión es que nada podía hacer para recuperarla. Podía intentar averiguar más sobre lo ocurrido, pero eso no le devolvería a su madre. Derrotado, vacío, se tumbó en la cama y pasó el resto del fin de semana sin salir, sin hablar con nadie, sin contestar el teléfono, que sonó varias veces.

El lunes fue al trabajo como estaba previsto.

–¡Buenos días, Roberto! –le saludó Luis, su compañero.

–Hola –devolvió el saludo sin mucho afán Roberto.

–¡Vaya! Parece que no tienes muy buen aspecto, ni buen humor, ¿me equivoco?

Roberto se limitó a mirarlo y encogerse de hombros.

–Se ve que te ha sentado mal la semanita de descanso, seguro que no has salido ni a dar ni una vuelta por la ciudad.

–¿Sabes si está Ramón? –preguntó Roberto.

–No, no está, pero creo que tiene que comenzar hoy a trabajar.

El teléfono de la mesa de Roberto sonó y este descolgó.

–*Te llama un tal Paolo* –respondió la telefonista de la centralita–, *¿te lo paso?*

–Sí, pásamelo, gracias. *¿Paolo?*

–*Roberto, por fin te pillo. ¿Cuándo has venido? Te he llamado varias veces el fin de semana.*

–Pues verás, llegué el sábado, pero, la verdad, no tenía ánimos para hablar con nadie.

Luis, que no pudo evitar oír lo que decía Roberto, lo miró algo sorprendido.

–*¡Vaya! Entonces me imagino que no te ha ido bien.*

–No creas, el viaje sí ha sido productivo, he averiguado algo.

–*¿Sí? ¿Te has enterado dónde está tu madre?* –preguntó Paolo.

–Bueno, verás –Roberto bajó el volumen de su voz–, la cosa no es tan fácil. He pensado en reuniros a los más allegados a la familia y contaros lo sucedido.

–*Pero dime algo, me dejas en ascuas.*

–No es el momento, Paolo, en cuanto pueda te llamo y te digo algo.

–*Eso espero, estás muy misterioso. ¿No serán los aires incas que te han trastornado?* –preguntó Paolo medio en broma, medio en serio.

–Eres incorregible –contestó Roberto riendo–. ¡Hasta luego!

Pocos minutos después de que llegase Ramón, Roberto fue a hablar con él, y tras comentar asuntos de trabajo, Roberto le propuso reunirse en su casa

lo más pronto posible con Miguel y otras personas. Ramón, algo sorprendido, dijo que hablaría con Miguel y verían cuándo podía ser.

Roberto no le había contado a Miguel, cuando le había llamado por teléfono desde Cuzco, que se encontraba allí, simplemente se limitó a pedirle esa información como curiosidad, y también aprovechó para disculparse por lo ocurrido en la comisaría.

Roberto, después de varias llamadas y tras consultar nuevamente a Ramón, consiguió concretar que al día siguiente por la tarde se verían en su casa.

Al otro día, sobre la hora fijada, fueron apareciendo en primer lugar, Paolo y Raquel, seguidos de la vecina Lourdes, que, para no variar, vino con una tarta de frutas hecha por ella; después vinieron los tíos de Roberto, Francisco y Elena, después Eduardo y Cristina, y por último Ramón y Miguel, que llegaron juntos. Roberto fue especialmente amable con Miguel, lo cual fue bien acogido por todos, e hizo que el ambiente fuera más distendido.

Después de servir unos refrescos, que eran de agradecer porque todavía el final del verano se hacía sentir aunque el sol estaba cayendo, todos estaban expectantes por conocer el motivo de la reunión. Se imaginaban que tenía que ver con Catherine, lo cual inquietaba a casi todos. Desde que se supo la desaparición de Catherine después de despedir a Miguel, todos tenían la sensación de que no se podía hacer nada. Nadie se había tomado tantas molestias como Roberto por averiguar su

paradero. Eduardo era el que reflejaba más preocupación por su madre, pero también temía que su hermano propusiera alguna idea descabellada para intentar localizar a Catherine. Este era el pensamiento más generalizado por el resto, conociendo los antecedentes de Roberto en este asunto, a la vez que su determinación. Los únicos que sabían que había viajado a Perú por segunda vez eran Paolo y su novia, que fue puesta al corriente por este.

–Bien –comenzó Roberto a hablar–, supongo que todos os estáis preguntando el motivo por el que os he querido reunir hoy aquí.

–Desde luego –dijo Cristina algo airada, Eduardo hizo un gesto de resignación ladeando la cabeza.

–La semana pasada, pedí unos días en el trabajo y volví a Perú.

Varias exclamaciones de sorpresa se oyeron al mismo tiempo. A los pocos segundos, cuando se hubo calmado el alboroto, Miguel acertó a preguntar:

–Entonces, cuando me llamaste por teléfono, ¿estabas allí, verdad?

–Así es. Y recorrí los principales lugares donde estuviste con mi madre. Fui al Machu Picchu...

–¡Qué envidia! –exclamó inocentemente Raquel.

–En verdad el sitio es espectacular –dijo Miguel.

–Bueno, pero ¿averiguaste algo o no? –preguntó impaciente Eduardo–. Porque me imagino que fuiste a eso.

–¿Y por qué no dijiste nada? –apuntó Cristina.

–Supongo que hubierais intentado persuadirme para que no lo hiciera, ¿me equivoco?

Eduardo agachó la cabeza, dando a entender que su hermano tenía razón.

–Pero continúa, por favor –dijo su tía Elena.

–Al día siguiente visitamos la Iglesia y Convento de los dominicos. El Templo del Sol de los incas.

–¿Visitamos? –preguntó curioso Paolo.

–Sí, perdonad, me acompañó en todo momento un hombre, Freddy, del cual guardo un grato recuerdo. Me ayudó mucho, además de ser mi guía y chofer, hizo mucho más por mí –Roberto se detuvo un momento–. La cuestión es que allí nos enteramos de que un vigilante del recinto había tenido una experiencia extraña justo el día que mi madre abandonó el hotel, para no volver jamás; concretamente salió de allí espantado y dando gritos de terror. –Todos los presentes estaban expectantes–. Y llevados más por la intuición que por cualquier otra cosa razonable, fuimos a buscarlo a su casa, tras conseguir su dirección, ya que llevaba sin trabajar desde entonces y dedicándose a beber sin control.

Roberto hizo una pausa, con la mirada perdida, recordando lo sucedido.

–Y bien, ¿lo encontrasteis? –preguntó nuevamente Eduardo.

–Después de buscarle un buen rato y de ofrecer dinero a su mujer y a él mismo, por fin conseguimos que nos contara lo ocurrido, con la esperanza de que tuviera que ver con la

desaparición de mi madre y esclareciera algo el misterio.

Nadie se movía, todos estaban impacientes por escuchar lo ocurrido.

–Este hombre nos contó que, haciendo una ronda por el recinto, un domingo que estaba cerrado al público, vio a una mujer, y que en cuestión de un par de segundos una luz blanca la rodeó y hubo como un fogonazo que hizo resplandecer todo, y a continuación salió una especie de rayo desde donde estaba ella hacia el cielo. Y después no quedó rastro de nadie, ni de la mujer.

Hubo un silencio, que nadie se atrevió a interrumpir. Algunos estaban boquiabiertos. Por fin, Cristina, dijo:

–Esa historia alucinante que te han contado no te la creerías ¿verdad?

–Pues a decir verdad, cuñada, sí –dijo Roberto con cierto tono de reproche.

–Pero, Roberto –intervino su tío Francisco–, aunque eso tan sobrenatural que dices o algo similar hubiera sucedido, no quiere decir que fuera Catherine, ya que me imagino que es eso lo que insinúas.

–Cierto, tío Francisco. La descripción que nos dio el vigilante de la mujer coincide con mi madre, e incluso lo confirmó con una foto que le mostré de ella. Aunque a decir verdad, solamente la vio un instante.

–¡Esto es increíble! –exclamó Cristina–. ¿No vas a decir nada, cariño? –preguntó a Eduardo.

Eduardo estaba cabizbajo, pensativo, tratando de encontrar algún sentido a esa historia. Ramón aprovechó el silencio para intervenir:

–Perdona, Roberto, ¿dónde dices que ocurrió esto exactamente?

–En el patio central, o “cancha”, como dicen los lugareños, justamente en una fuente de base octogonal construida al parecer por los incas, donde se hacían ofrendas a la deidad Inca, según nos contó el hombre.

Ramón y Miguel cruzaron una mirada significativa.

–¡Vaya! Es una historia fascinante –dijo Raquel.

–Y sobrecogedora –apoyó Paolo.

–Me vais a perdonar –intervino de nuevo Cristina–, pero sinceramente esa historia no tiene ningún fundamento, simplemente ese... vigilante contó lo que querías oír y punto. A cambio de dinero, te hubiera contado que vio un elefante volando. Ya se sabe la necesidad que tienen esas gentes de por allá.

–Cristina tiene razón –apoyó Francisco, asintiendo al mismo tiempo con la cabeza su mujer–, ¿por qué tenemos que creer una cosa así? Todos sabemos que nadie desaparece de esa forma.

Hubo un tenso silencio, tras el cual Elena dijo:

–Roberto, querido, todos estamos apenados por la desaparición de Catherine, pero creo que debemos hacernos a la idea de que no volveremos a verla, y sobre todo tú. Has vuelto a viajar hasta Perú obsesionado por tu idea de encontrarla en un convento o quién sabe Dios dónde, pero ¡ya está

bien! Debes continuar con tu vida, o de lo contrario te volverás loco.

El tono de regaño empleado por Elena hizo sentir vergüenza ajena a más de un presente. Cristina no pudo evitar una sonrisa de satisfacción al ver que era apoyada en su postura. Roberto, sin embargo, no discutió con su tía, ni con Cristina. En cierta forma presentía que su relato no sería aceptado, al menos por la mayoría. Y era lógico, ¿quién iba a creer una historia así? Por eso no hizo el mínimo esfuerzo por intentar dar credibilidad a su historia. Simplemente se sintió en la obligación moral de contarle a las personas más cercanas a su madre.

Elena y su marido Francisco se despidieron al momento, la vecina Lourdes, que no había hablado hasta entonces, se acercó a Roberto y le dijo:

–Yo pasé mucho tiempo con tu madre, lo suficiente para saber que se trata de una mujer extraordinaria, llena de bondad y amor. Un ejemplo a seguir por todos. Y no me extrañaría un acontecimiento tan fuera de lo común relacionado con ella. Dime, Roberto, ¿tú qué crees que ocurrió en verdad?

–No sé, Lourdes –dijo negando con la cabeza–. Pero si vosotros hubierais vivido todo lo que yo en Perú, y antes incluso de ir allí, hasta escuchar el relato de aquel hombre, os aseguro que muy escépticos teníais que ser para no creer esa historia. Ese hombre llevaba más de tres meses de baja, sin trabajar, desde que le sucedió aquello, con un estado depresivo que no le dejaba llevar una vida

normal, entregado a la bebida. Estoy seguro de que no inventó nada. Y además... –Roberto se detuvo un momento dudando si continuar.

–Y además ¿qué? –preguntó su hermano.

–No nada, son cosas más.

Roberto estuvo a punto de contarles las cosas extrañas y los sueños que había tenido, pero no todos los presentes eran de su confianza.

Eduardo y Cristina se fueron a continuación, ante la insistencia de esta última. La vecina también se despidió. Miguel, antes de irse, preguntó a Roberto:

–Y ahora, ¿qué piensas hacer?

–Tratar de averiguar el fenómeno extraordinario que le pasó a mi madre.

–Buff, pues lo vas a tener difícil amigo –intervino Paolo.

–Sí, lo sé, pero también parecía imposible antes averiguar cosa alguna y algo he averiguado.

El tono determinante de Roberto dejó claro para los que le conocían bien, es decir, para su amigo, que no cejaría en su empeño hasta conseguirlo.

Al rato todos se despidieron, no sin animar a su anfitrión.

Al día siguiente, en la oficina de la redacción, una de las veces que Ramón pasó al lado de la mesa de Roberto, aprovechando que este estaba solo, se acercó a él y le dijo:

–¿Quedamos esta tarde? Me gustaría charlar contigo.

–Vale.

–¿Cómo vas con los masones?

–Este fin de semana tenemos una reunión en la logia.

–He quedado con Vanesa en reunirnos una vez por semana –y susurrando al oído de Roberto aclaró–, ya sabes que hay que tener cuidado, ella no sabe nada de lo mío y es mejor que siga siendo así. De esta forma escribirá libremente lo que quiera.

–Y no nos mandará al carajo como descubra algo –añadió Roberto.

Ambos rieron.

–Dime una cosa, Ramón –dijo intrigado Roberto–, tú entonces, ¿no vas por allí, supongo?

–Al menos no cuando ella va. Imagínate el cuadro si me viera aparecer por... –Ramón, ante la presencia de una empleada que se acercaba, prefirió callarse.

–Esa estampa no me la perdería por nada –dijo riendo Roberto.

–Pues está haciendo buena amistad, incluso con los que no saben nada.

–¡Ah! ¿Pero es que no lo saben todos los miembros? –preguntó intrigado Roberto.

–¡Qué va! Preferimos que no lo supieran nada más que los imprescindibles, de esa forma la influencia sobre el proyecto es menor. Es más, los pocos que lo saben hicieron la promesa de no interferir, ni influir de ninguna forma interesada en vuestra labor periodística. Se trata de que de la forma más imparcial posible Vanesa cuente sus impresiones y experiencias, lo mismo que debes hacer tú.

–Donde yo voy, ¿hay alguien que conozca mi situación?

–No, al menos que yo sepa. Bueno, te viene bien a las ocho en el bar Country, es tranquilo y se puede hablar.

–A las ocho entonces.

Roberto estaba comenzando una consumición cuando llegó Ramón. Tras un apretón de manos informal, Ramón pidió una cerveza sin alcohol, raramente tomaba bebidas alcohólicas, sólo alguna cerveza de vez en cuando y vino en las comidas. Cuando sabía que podía alternar tomando más de una copa, directamente tomaba algo sin alcohol. Roberto, que ya había hablado en una ocasión del asunto, le dijo:

–¡Vaya! Veo que la charla va a ser larga. Te has pasado a la “sin” directamente.

–Buena observación –bromeó Ramón.

–Se aprende en esta profesión, tú lo sabes.

Ramón asintió. Roberto, que estaba algo animado, añadió:

–También se desarrolla la intuición. Por eso sé que me vas a hablar algo relacionado con lo sucedido con mi madre. ¿Me equivoco?

–Muy perspicaz. Pero previsible, así que no te vendas echando flores –siguió bromeando Ramón.

Tras un silencio de tránsito, el buen humor de ambos se fue transformando en sus rostros en seriedad y trascendencia. Por fin, Ramón habló:

–Esto que te voy a decir forma parte del conocimiento esotérico tradicional de nuestra hermandad. Es algo que se conoce desde tiempos inmemoriales, a través del conocimiento legado por nuestros maestros del pasado. No es que sea un gran secreto que no se pueda contar, sin embargo, como muchas cosas en la vida, que pueden ser grandes verdades, pasan desapercibidas a los ojos de los profanos.

Ramón hizo una pausa, en la que aprovechó para tomar un sorbo. Roberto no se atrevió a interrumpirle, estaba expectante.

–¿Tú sabes lo que llevas en tu interior? –preguntó sorprendiendo a Roberto.

–¿A que te refieres, exactamente?

–Me refiero a algo que todos los seres humanos poseen y que les acompaña a lo largo de todas sus vidas.

–Te refieres a la “chispa” divina.

En esta ocasión el sorprendido fue Ramón.

–¡Vaya! Veo que tu madre no perdió el tiempo.

–Así es. Ella nos habló en varias ocasiones de la fracción del Padre que está en la mente de todos los hombres, que vive en nosotros, que experimenta con nosotros.

–Sí, hay varias formas de llamarla, pero la de “chispa” divina me gusta. También, nosotros la llamamos “el ser interior”. La cuestión es que cuando el individuo alcanza un desarrollo espiritual importante, es decir, ha evolucionado lo suficiente para tener una comunicación consciente con su ser interior, se produce lo que en diversas corrientes esotéricas denominan “la iluminación”. Es, por así decirlo, una toma de contacto clara y totalmente consciente del alma con su chispa divina. De forma que la persona puede, a voluntad, situar su mente en los distintos planos de consciencia, desde el físico al espiritual. La persona se siente en unidad con toda la creación, tiene una percepción clara de la armonía universal y del amor divino, que le inunda hasta tal punto, que puede entrar en estado de éxtasis.

–¿Tú has alcanzado ese estado?

–¡No, no!, más quisiera yo –dijo Ramón con una sonrisa. Y si así fuera, tampoco lo diría. En nuestra escuela ese estado se llama “adepto”, que lleva al estado sublime de Rosa Cruz; pero con las palabras separadas, ya que juntas solamente significan que eres un buscador de ese sendero.

–¿Y qué pasa entonces? ¿Estás queriendo decir que mi madre...?

–Creo que tu madre alcanzó dicho estado, lo cual no quiere decir que sepa lo que le pasó

exactamente en Cuzco. Posiblemente, hacía tiempo que ya había alcanzado el estado de iluminación, eso justifica en buena medida la intuición tan desarrollada que tenía y otras dotes, que tú mismo y Miguel me habéis comentado en alguna ocasión. Aunque no quiere decir que todo el que tenga desarrollados ciertos “poderes” haya alcanzado ese estado, lo que sí es cierto es que los pocos que lo alcanzan sí disfrutan en buena medida de ellos.

–Pero entonces, ¿no sabes qué pudo pasarle?

–No, y para mí es un gran misterio también. Lo que sí puedo decirte es que el Qoricancha es un lugar muy especial. Allí, si las personas saben “sintonizarse” bien, pueden sentirse estados muy elevados de consciencia.

Roberto se quedó mudo. Eso podía explicar lo sentido por él y Freddy en el lugar. Sabía que Ramón le estaba revelando algo poco conocido por la gente corriente. Ramón continuó hablando:

–Entrando en el terreno de la especulación, quizá pudo realizar algún tipo de teletransportación... o simplemente desapareció de allí, se hizo invisible, eso sabemos que es posible, aunque no de la forma en que le ocurrió a tu madre.

–Entonces ¿cómo? –preguntó Roberto interesado.

–Digamos que formándose como una “nube” alrededor de la persona.

Ante la mirada fija de Roberto, Ramón dijo:

–No, tampoco yo lo he conseguido. Eso queda reservado para los maestros.

Roberto dijo riendo:

–Vaya, pero el pensamiento sí me lo has adivinado.

–Eres un libro abierto.

Los días fueron pasando. Roberto fue centrándose más en su trabajo. Fue recuperando su habitual humor y acostumbrándose a su nueva vida, sin su madre en la casa. Pero, además, también empezó a tener un cambio más sutil, algo en su interior le “guiaba” para que dejara ciertos hábitos pocos sanos, para que empezara a considerar su cuerpo como un vehículo para su alma, y que merecía por lo tanto todo el respeto y cuidados necesarios. Aunque Roberto no fumaba mucho, medio paquete de cigarrillos al día, dejó de hacerlo totalmente, moderó el consumo de bebidas alcohólicas e incluso buscó un compañero de trabajo con el que hacer deporte, concretamente tenis, que hacía muchos años no jugaba y que siempre le gustó.

Algo iba cambiando en su carácter también, trataba de no alterarse con facilidad, de ponerse en el lugar de los demás antes de emitir cualquier juicio. No es que hubiera cambiado mucho, pero al menos iba haciendo examen de conciencia de vez en cuando, para tratar de mejorar sus virtudes y eliminar sus defectos.

Se dio unas semanas de descanso antes de continuar con la investigación sobre lo sucedido a Catherine. Necesitaba ese paréntesis, había estado sometido a mucha tensión, a muchas emociones fuertes y, aunque era consciente de que iba a seguir

buscando la verdad de lo sucedido, debía de tomarse unas “vacaciones” respecto al asunto.

Pasado ese tiempo, empezó su línea de investigación sobre desapariciones no resueltas, descartando posibles secuestros a adultos, a mujeres o a niños, descartando posibles fugas de adolescentes, o cualquier desaparición que pudiera estar relacionada con hechos más o menos mundanos o delictivos. Él buscaba otra cosa, desapariciones en las cuales las personas se esfumaran repentinamente, algo como lo que le pudo pasar a su madre.

Investigó por Internet, en las hemerotecas, buscó algún libro que pudiera hablar del tema. Había muchos tipos de desapariciones, aunque no todas de verdadero interés. Investigó durante un tiempo por las combustiones espontáneas de algunas personas, casos verdaderamente espeluznantes y nada aclarados. No obstante, algo en su interior rechazaba estos casos como si fueran de la misma índole; no terminaba de convencerle que quedarán restos del cuerpo carbonizado, generalmente los pies. No, eso parecía tener otra explicación.

Había casos increíbles, desde el típico, que se fue a comprar tabaco y nunca volvió, hasta los más interesantes en que la persona desaparecía insólitamente delante incluso de testigos. Sin duda estos acapararon su atención.

–¿Así es que ahora investigas sobre casos de desaparecidos misteriosamente? –preguntó su buen amigo Paolo, una tarde que se encontraban en el porche de la casa de Roberto.

–Es increíble la cantidad de desaparecidos que hay en el mundo, y eso los que se saben.

–Ya, pero muchos son encontrados después vivos o muertos, o simplemente se fugaron con su amante –dijo Paolo, esto último riendo.

–Sí, es verdad, la gran mayoría tienen una explicación o al menos no se sabe a ciencia cierta lo ocurrido. Pero además de esa gran parte, hay algunos pocos casos conocidos que ponen los pelos de punta. Por ejemplo, uno ocurrido en 1854 a un tal Williamson, un hacendado de Alabama, que estaba cruzando un campo despejado y de repente desapareció ante la vista de su mujer que estaba en la casa y un vecino, que con su hijo, iban en una carroza en ese momento. No había rastro de él, ni se le volvió a ver jamás.

–¡Impresionante! –exclamó Paolo asombrado.

–Entonces tenían esclavos negros, y algunos de ellos también vieron lo sucedido, pero su testificación no contaba. Más bien se dedicaron a propagar historias horribles de lo sucedido.

–¿Y hay muchos casos así? –preguntó Paolo intrigado.

–Haber hay bastantes, aunque bien documentados, pocos. Por ejemplo, otro bastante conocido, el de un tal David Lang, también en el siglo XIX, en Tenesse, que se esfumó a diez metros de su mujer y sus dos hijos, y estando presente también un juez que llegaba en ese momento. Ocurrió en su granja, delante de su casa, en un pastizal limpio, sin deformaciones en el terreno.

–Bueno, Rober, pero eso también pudo ser una invención de la familia, que se compinchó con el juez, porque quizá se lo habían cargado, vete a saber por qué.

–¿Y los hijos también estaban compinchados? Además a la mujer le dio un ataque de histeria.

–Hay muchísimos casos de desapariciones sin explicación alguna a lo largo de la historia, y estoy seguro de que otros no llegan a trascender. Aunque también ocurre que, después de un tiempo, algunas personas vuelven a aparecer. Unos en el mismo lugar que desaparecieron y otros en lugares muy lejanos.

–¿No estarás pensando que tu madre...? – preguntó Paolo.

–De momento amigo, no pienso nada, sólo investigo. Pero ya me gustaría a mí que volviera a aparecer un día como si nada.

–Hombre, eso sería fantástico, pero me parece bastante improbable.

Roberto, después de una pausa reflexiva, prosiguió:

–Bueno, la teoría de Ambrose Bierce, o alguna similar, es apoyada por otros investigadores, como John Keel o Pierre Gastón, que dicen que existen pliegues del espacio-tiempo en los que algunas personas se pierden penetrando en dimensiones desconocidas para nosotros, invisibles, pero que conviven en mundos paralelos al nuestro.

–¡Vaya, veo que estás puesto! Pero, no sé, es difícil de creer algo así. Además me hablas de

casos lejanos en la distancia y el tiempo, difíciles de seguir.

–Bueno, te lo voy a poner más cerquita: Barcelona, en las montañas de Monserrat, en el año 1975. No sé si has oído hablar del caso del ciudadano “En Pep” que desapareció la Noche de San Juan, en una zona llana, sin agujeros, ni precipicios, iba acompañado de otras personas que se quedaron consternadas.

–Ahora que lo mencionas, sí me suena –dijo Paolo–, creo que mi padre habló de ello en casa en una ocasión

–Pero hay muchos más casos, perdona que consulte mis notas.

Roberto se fue un momento a su escritorio y en seguida volvió, mostrándole a su amigo sus notas.

–Mira estos nombres, son casos reales de personas de aquí, de España, que desaparecieron también de forma extraña.

Paolo tomó las hojas que tenía Roberto y miró una larga lista de nombres de desaparecidos conocidos por la Policía y Guardia Civil en España.

–Pues esto, amigo mío, es sin contar muchos otros casos que descarto porque tienen toda la pinta de ser raptos y cosas así, sobre todo de menores –dijo Roberto.

–La verdad es que me dejas de piedra. No sabía que existían tantos desaparecidos rodeados de misterio.

–Pero esto no es todo, Paolo. Resulta que la historia recoge algunos casos, como te he dicho

antes, sobre personas que aparecen “de repente” en un lugar lejano e incluso en otra época.

–Cuéntame algún caso, que esto está interesante. Bueno, espera, primero voy por otras cervezas. ¿La tuya una “sin” de esas, verdad?

Al momento, volvió Paolo con dos cervezas en la mano una con alcohol para él y otra sin alcohol para su amigo.

–Soy todo oídos.

–Por ejemplo, por aquí lo tengo –Roberto consultaba sus notas–. El del soldado español que apareció en el día 25 de octubre de 1593 en la Plaza Mayor de la ciudad de México. Resulta que vestía uniforme de su regimiento destinado en Manila, Filipinas, a más de 9.000 millas de distancia, por más que se le interrogó únicamente pudieron sacarle información de dónde estaba destinado, y se comprobó posteriormente que existía dicho soldado destinado en Filipinas.

–¡Vaya! ¡Increíble! Eso es un caso de teleportación ¿no? –preguntó Paolo intrigado.

–Eso parece. Mira, aquí tengo otro caso muy curioso que además corresponde a épocas diferentes y te pone los pelos de punta.

–Cuenta, cuenta.

–Se trata de un señor que fue visto una noche de junio de 1950, en Times Square, Nueva York. El hombre iba vestido de una manera anticuada, un sombrero alto, chaqueta con una hilera de botones a la espalda, pantalones de cuadros blancos y negros, zapatos con hebilla. Aparentaba unos treinta años. Paseaba entre la multitud a la salida de un teatro.

Los testigos declararon haberlo visto inmóvil en mitad de un cruce, observando asustado los vehículos y semáforos, como si nunca hubiera visto nada igual. Finalmente, viendo el tráfico, comenzó a cruzar sin preocuparse del paso de los vehículos y un taxi lo atropelló y lo mató.

Lo sorpresa llegó cuando lo llevaron al depósito de cadáveres y, al examinar los objetos que llevaba encima, resultó que tenía entre ellos: una pieza de bronce desmonetizada; la nota de una caballeriza de Lexington Avenue, que tenía escrito: “Por la alimentación y alojamiento de un caballo, 3 dólares”. Llevaba también 70 dólares en billetes antiguos, algunas tarjetas de visita con el nombre de Rudolf Fentz, residente en la Fifth Avenue, y una carta dirigida al portador que llevaba el sello postal de junio de 1876.

No parecía haber pasado el tiempo para esos objetos. –Paolo escuchaba ensimismado la lectura de su amigo–. Pero lo mejor vino al realizar las primeras investigaciones dirigidas a la dirección que había en las tarjetas de visita. Nadie conocía a Rudolf Fentz, cuyo nombre no figuraba en los listines telefónicos, ni tampoco existía registro alguno de su identidad o huellas digitales.

El capitán de Policía que llevaba el caso indagó en registros de años anteriores y descubrió a un tal Rudolf Fentz Junior, ya fallecido, cuya viuda vivía en Florida. Se puso en contacto con ella y, al preguntarle por su marido, esta le explicó que él había muerto cinco años atrás. También le explicó que el padre de su marido, del mismo nombre,

había desaparecido misteriosamente en 1876. Una noche de primavera de aquel año, salió a pasear y nunca más se supo de él. Su familia realizó largas y costosas búsquedas, sin que ninguna aportara rastro alguno de su paradero.

En el momento de su desaparición, el padre de su marido tenía 29 años. La edad y la descripción de la ropa que llevaba correspondían exactamente con los de la víctima de Times Square. El capitán de Policía halló también una lista de personas desaparecidas en 1876, y el nombre de Rudolf Fentz figuraba en ella.

–Si esto es verdad, creo que estarían justificadas tus esperanzas... –comentó Paolo–. Si tu madre volviera a aparecer, quién sabe cuándo lo haría. Quizá ya no estaríamos aquí nosotros, como el caso de este tal Rudolf.

Roberto agachó la cabeza, sabía que su amigo tenía razón.

Ambos siguieron especulando con las posibilidades sobre el tipo de desaparición de Catherine. ¿Cómo encasillarla? ¿En qué grupo ponerla? Su caso no era igual que el de otros, una luz blanca muy fuerte y un rayo anaranjado y blanco despegó del suelo, quizá llevándose a Catherine. Pero por lo demás sí tenía similitud con otras desapariciones.

Hablaron también de abducciones y otros fenómenos. Nada quedó descartado. Paolo se ofreció para ayudar a su amigo en las tareas de investigación.

Ya a altas horas de la madrugada Paolo se fue, y al despedirse dijo:

–Recuerda que la semana que viene me caso y tienes que ser testigo, ¿vale? Sino, no me caso – dijo bromeando Paolo.

–Claro, amigo, yo sólo firmo, pero el que te casas eres tú –dijo Roberto riendo.

Roberto y Vanesa esperaban a Ramón en una cafetería cercana a la redacción de la revista. Habían preferido reunirse, como otras veces, fuera del despacho de Ramón, para evitar a los curiosos. Ambos comentaban sobre sus respectivas indagaciones.

–Creo que hubiera aprendido más si hubiera estado en tu lugar –confesó Roberto.

–¿Por qué lo crees?

–Creo que tienen un interés mayor por la evolución espiritual del ser humano. Me parece más interesante. Aquí, donde voy, las reuniones a las que he asistido y las enseñanzas que imparten, no terminan de convencerme. Aunque no veo nada malo o dañino en ellas, las encuentro un poco alejadas de la búsqueda espiritual que yo pensaba que tenían. Claro que hay más y es cuestión de seguir buscando.

–Pero, Roberto, ¿tú en verdad piensas que lo que se enseña en estas sociedades es... como diría... auténtico?

Roberto la miró con cara de extrañeza.

–Me refiero –siguió explicando Vanesa– a que aunque nos digan cosas en apariencia muy interesantes, ¿quién dice que no son la invención de algún intelectual que quiere vivir de eso?

En esos momentos entraba Ramón por la puerta y, a un saludo de Roberto, se acercó y se sentó con ellos. Tras los saludos y pedir un café, Ramón dijo:

–Bueno, como te comenté, Roberto, la iniciativa de esta reunión, en esta ocasión, ha partido de Vanesa. Creo que tiene material suficiente para publicar algo, ¿no es así?

–Pienso que sí, aunque corremos el riesgo de ser descubiertos, por lo que hay que ver cómo lo planteamos, es decir, si decimos directamente que un periodista se ha infiltrado en la hermandad, mis días allí estarían contados, o simplemente vamos contando cosas sin decir que es una información de primera mano, sino como algo que se ha ido averiguando a lo largo de una investigación.

–¿Y tú que prefieres? –preguntó Ramón dirigiéndose a Vanesa.

–Yo, lo segundo, por el momento, y luego en el último artículo de la serie diría la verdad. Ya sabes que los de “arriba” quieren empezar a publicar algo, y yo tengo más que suficiente.

–¿Y tú, Roberto? ¿Crees que tienes material suficiente para publicar algo? –preguntó Ramón.

–Sí, para un artículo, claro que sí; pero si no me equivoco, la idea era llegar hasta lo más profundo, para poder emitir una información lo más veraz y acertada posible sobre el funcionamiento y la filosofía de estas sociedades, y si empezamos a publicar algo ahora, quizá cometamos el error de no ser muy justos en el enfoque que le demos al asunto, con el consiguiente riesgo de que todo se vaya al garete porque sospechen que alguien anda husmeando dentro de sus “filas”.

–Tienes razón –dijo reflexionando Ramón–, pero lo que dice Vanesa es cierto, en cuanto a que

alguien por encima nuestro quiere que salga publicado ya algo. Aunque no entiendo muy bien el porqué de esta impaciencia repentina. Sabían cómo íbamos a llevar a cabo esta investigación, y que llevaría su tiempo.

–Bueno, quizá –dijo Roberto revolviéndose en su asiento– deberíamos saber lo que quiere publicar Vanesa.

Ramón se quedó mirando fijamente a Roberto, adivinando que algo no iba bien.

–Bien, Vanesa, cuéntanos cómo sería ese artículo, cómo lo tienes enfocado.

Vanesa se cruzó de brazos y respiró hondo. Al momento comenzó a hablar:

–Bien, chicos, pues como le estaba comentando a Roberto antes de que llegaras –dijo mirando a Ramón–, por lo que deduzco en esta hermandad en la que estoy introducida el principal interés de sus dirigentes es el “comer el coco” a los afiliados, prometiéndoles que tendrán todo tipo de poderes, invocando “mantras” o como los llaman ellos: “sonidos místicos”. Y también que serán compensados, a cambio de ayudar a la humanidad con la dirección de sus pensamientos. Puras patrañas. ¿Todo para qué? Pues como siempre, para llenarse los bolsillos y vivir del cuento. Esto sería en resumen la dirección de mis artículos sobre esta hermandad. Aunque eso sí, dosificándolo poco a poco, para hacerlo más creíble –Vanesa concluyó su frase riéndose.

La escena era todo un “cuadro”. Ni Roberto ni Ramón esbozaron la menor sonrisa. Roberto sentía

cierta vergüenza ajena, ante la presencia de Ramón. Como un miembro antiguo y de cierta importancia en la hermandad, se imaginaba que lo estaba pasando mal al conocer las ideas que tenía intención de publicar su compañera. Y sobre todo, el desparpajo y frivolidad con que parecía tomarse el asunto Vanesa.

Hubo un silencio largo, aprovechado por la mujer para tomar un sorbo de café. Ella se dio cuenta de que sus compañeros de profesión no encajaron bien el enfoque que quería dar al artículo. Ramón se quedó observando a Vanesa, sin quitarle ojo, tratando de escudriñar dentro de su mente el motivo de esa actitud. Roberto, al ver el silencio de Ramón, intervino:

–Bueno, Vanesa, no sé hasta qué punto tienes una base sólida para hacer esas afirmaciones.

–Llevo mucho tiempo, como bien sabes, siguiendo todo tipo de sectas, sociedades secretas, fraternidades, incluso movimientos filosóficos o religiosos, y la mayoría tienen un denominador común: que sus dirigentes se llenan las arcas con el “negocio”.

Ramón salió de su mutismo contenido y dijo:

–Y tú, Vanesa, ¿puedes asegurar con toda objetividad y transparencia que eso es así? Me gustaría saber en qué hechos te basas para sostener eso, porque he de recordarte que antes de publicar cualquier cosa así, debes tener plena seguridad y pruebas que corroboren lo que dices. Debido a que, entre otras cosas, podríamos tener problemas legales, ya sabes, denuncias que nos compliquen la

existencia; incluso, con petición de indemnizaciones, por hacer afirmaciones falsas que dañen la imagen de una institución registrada legalmente como sociedad cultural sin ánimo de lucro. Dime, ¿qué pruebas tienes de ello?

–Bueno –pensaba Vanesa en voz alta–, en cuanto a actividades fraudulentas no tengo ninguna constancia. Funcionan sobre la base de cuotas, no muy altas la verdad, y donativos, ¿pero qué hay de delictivo en presuponer que esos ingresos son para beneficio de unos pocos, como estoy segura de que así es?

–Precisamente eso: la presunción. Aquí no podemos presuponer nada, y más en una cosa tan seria como esta –contestó Ramón–. Hay que ser objetivos y me da la sensación de que tú no lo estás siendo, y me pregunto por qué.

–Os voy a decir algo –continuó Vanesa–. Personalmente, no tengo nada en contra de esta hermandad y veo que hay buena gente, aunque por otro lado no estoy a favor de crear expectativas de vida eterna y demás cuentos, como que existe un Dios creador de todo lo existente y cosas así, ¿por qué? Pues porque es el “alimento” de las mentes ingenuas. Existe un vacío en muchas personas, que no aceptan las cosas como son y necesitan creer en algo, necesitan creer que la vida tiene un sentido y que cuando abandonen este mundo les espera el Paraíso al otro lado, donde todo es dicha, gozo y paz. ¿Por qué os creéis que hay tanto suicida del islamismo radical? Porque les tienen “comido el coco”, les dicen que si luchan por su Dios y

sacrifican incluso su vida por Él las recompensas serán grandes y gratificantes en ese supuesto Paraíso. La religión, queridos, es un atraso para la humanidad. Y como yo piensan muchas personas, entre ellas, las que me apoyan para publicar una lista larga de artículos, encaminados a “abrir los ojos” de la gente sobre todos los movimientos que tengan algo que ver con la religión.

Ramón y Roberto se miraron fugazmente, no dando crédito a lo que oían. Ramón empezó a ver que había algo o, mejor dicho, alguien más detrás de todo esto.

–Escúchame, Vanesa –dijo Ramón–, no sé exactamente todas las personas que te apoyan para realizar este tipo de publicaciones encaminadas en una dirección concreta, como la que pretendes; pero sí te puedo asegurar que no será en nuestra revista, al menos mientras yo esté en esta sección.

Vanesa se levantó con cierto aire de suficiencia, y se despidió diciendo:

–Pues será contigo o sin ti. Tú eliges. ¡Hasta luego!

Los dos periodistas se quedaron boquiabiertos. Roberto fue el primero en reaccionar.

–¡Vaya con la señorita Vanesa! ¿Qué piensas hacer?

Ramón se quedó un momento pensativo, como solía hacer él antes de contestar, y por fin dijo:

–Me parece que Miguel tenía razón.

Catherine entró en la habitación de su hijo, cuando este estaba recuperándose de la apraxia postcoma, y le encontró llorando. Roberto enseguida trató de disimular girando la cara para el lado contrario. Llevaba apenas un mes desde que salió del hospital y, sin duda, los recuerdos de lo sucedido, sobre todo la muerte de su novia, le hacían sentirse mal, con mucho dolor.

Catherine en ese momento no dijo nada, se limitó a darle las medicinas y le ayudó a tomar la comida. Cuando hubo terminado, dijo:

–Una de las situaciones dolorosas en la vida de las personas, que hace que muchos se cuestionen la existencia de Dios, es cuando pierden a un ser querido. Se preguntan: “¿Por qué si Dios existe ha permitido que esto o aquello ocurriera?”, sobre todo cuando se trata de niños o jóvenes.

Roberto vio por dónde quería ir su madre, pero no tenía fuerzas para interrumpirla. A pesar de que en esa época él solía estar bastante malgeniado, siempre apreciaba cualquier consejo o conocimiento transmitido por su madre.

Catherine continuó:

–Muchos sucesos como enfermedades, accidentes, actos violentos, ¿no nos parecen injustos? Y nos preguntamos: “¿Si existe un Dios todopoderoso, lleno de justicia y bondad, cómo puede permitir que ocurra todo esto? ¿Cómo puede permitir que un niño tenga un cáncer mortal? ¿O

que alguien, que es bueno a los ojos de todos, muera asesinado? ¿O que ocurran catástrofes naturales que terminan con un montón de vidas inocentes? Y, entonces, algunos empiezan a renegar de Dios, de la existencia de un Creador.

Roberto, que escuchaba atentamente, estaba mirando a la pared de enfrente, pero a partir de ese instante volvió la mirada hacía su madre para preguntar:

–Yo también me hago esa pregunta. Qué necesidad hay de permitir todo eso, si en realidad podría evitarlo fácilmente.

Catherine, con un gesto de afecto y comprensión, le dijo:

–Quizás, hijo, aún no tengas claro el concepto de Dios y su propósito –Catherine, ante el silencio expectante de Roberto, continuó–. Tienes que comprender que todas las experiencias por las que pasamos son parte de nuestra formación. Dios nos deja experimentar todo tipo de situaciones, de emociones, que serán más o menos duras, en función de la comprensión que tengamos del significado de nuestra existencia y del propósito de la creación.

–No entiendo –dijo algo contrariado Roberto–. Intento seguirte, pero a veces no puedo.

–No te preocupes, presiento que algún día lo entenderás mucho mejor.

–Pero –arrancó a sollozar Roberto–, ¿por qué? ¿Qué puede haber de bueno en pasar por la experiencia de la muerte de Teresa?

—No digo que sea agradable, desde luego que no, pero que te hará más fuerte, seguro que sí. Aunque no pienses equivocadamente que Dios lo hace adrede, eso sería una barbaridad. Simplemente las cosas ocurren y Él no interviene en ese tipo de cosas, al igual que tampoco lo hace para favorecer a nadie en concreto, dejando que le toque una lotería o algo así. Ten en cuenta que Él no decide quién debe tener un accidente o a quién le tiene que explotar una bomba, o cuándo tiene que haber un terremoto. Todo esto más bien viene determinado por varias causas, unas son consecuencia de las decisiones y de los pensamientos de la personas, otras son de índole genético, aunque en este sentido también tenemos responsabilidad todos en cuidar qué dejamos en nuestros genes para nuestros hijos y nietos. Recuerda que lo que pensamos y sobre todo lo que sentimos se transmite a todo el organismo y por lo tanto a nuestros genes, y esa es nuestra verdadera herencia. Por otro lado, hay factores naturales en los que, normalmente, no interviene la mano del hombre, y pasan porque el planeta aún está en fase de asentamiento, pero otros sí pueden ser consecuencia de nuestro modo erróneo de vida. Y los accidentes ocurren por fallos humanos o mecánicos, pero como dijo Einstein, “Dios no juega a los dados”, para decidir cuándo y cómo ha de ocurrir algo así. Debemos tener cuidado para que no nos ocurra algo así, es decir, tratar de evitarlo con un buen mantenimiento de las máquinas, haciendo los controles necesarios, actuando siempre con responsabilidad, etcétera; y

aún así, estar alertas a nuestra intuición. No se te olvide que Aquél que está velando por nosotros puede hacernos intuir ciertos sucesos que podremos esquivar; pero esto es privilegio de muy pocos, debido a factores biológicos de la raza humana y de escasez de evolución. Todo va entrelazado.

–Según eso, no tendría que haber permitido que Teresa condujera el coche, tal como me sugería mi intuición.

Roberto no podía reprimir el sentimiento de culpabilidad que le atormentaba. Sin embargo, Catherine parecía tener respuesta siempre para todo.

–Aun en el peor de los casos, es decir, pasando la desgracia, siempre nos queda el consuelo – Roberto torció la boca–. Sí, hijo, el consuelo de saber que en el plan divino están contemplados todos estos imprevistos. No tenemos que ver estas muertes como algo definitivo, son sencillamente una interrupción desafortunada de la vida eterna de la persona, y hay lugares diseñados para completar las carencias en la formación del alma del individuo. Pero de eso te hablaré otro día, no quiero agobiarte. Ahora descansa.

La mañana del viernes amaneció algo fría, el otoño, ya bien avanzado, se dejaba notar. Roberto tuvo un contratiempo con el coche que le hizo llegar tarde al trabajo. Cuando llegó, enseguida notó un ambiente raro; Luis estaba muy serio y otras dos compañeras de la sección cuchicheaban entre ellas.

–¡Buenos días! –tuvo que repetir por segunda vez Roberto–. ¿Qué es lo que pasa?

–Es Ramón –se apresuró a contestar una de las compañeras.

–¿Qué pasa con Ramón?

–Pues que le han largado de este departamento –contestó Luis con gesto de enfado.

–¡Imagínate! –continuó Andrea, que así se llamaba la compañera que le contestó anteriormente–, varios años aquí, dirigiendo la sección más importante de la revista, y de buenas a primeras lo mandan a Publicidad.

–Es como degradarle –dijo la otra.

–Más vale que habléis bajito –dijo Luis susurrando–, no me extrañaría que hubieran colocado micrófonos ocultos. ¡Acércate, Roberto!

Roberto obedeció. Estaba confuso. Luis le empezó a explicar lo ocurrido esa mañana.

–... y vino un señor, que yo sé que es de los dueños de la revista, entró a su despacho y estuvieron hablando apenas cinco minutos; después

salió sin decir ni adiós. Al poco tiempo, salió Ramón dándonos la noticia de que le habían cambiado de sección.

–¿Y ha dicho por qué? –preguntó Roberto.

–Dice que al parecer quieren una nueva línea en la dirección de los artículos. Y no le han dicho mucho más.

Roberto soltó una maldición al tiempo que golpeaba con el puño la pared. Sabía muy bien lo que pasaba, sólo quería saber si Ramón lo había compartido con los demás compañeros.

Ramón no se encontraba en su despacho, al parecer debía llevar de forma inmediata el traslado porque el lunes debía estar en su nuevo puesto que se encontraba en la planta inferior. Roberto fue a ver si lo encontraba. Después de recorrer todas las dependencias, no lo encontró, por lo que optó por ir a su mesa y esperar. ¿Qué más podía hacer?

No se podía quitar de la cabeza a Vanesa, y sobre todo su despedida. Estaba claro que tenía mucho que ver en ese repentino cambio.

–La muy... –maldecía entre dientes.

No podía resistir más, así es que cogió el teléfono resuelto a hablar con Vanesa pero colgó. Cayó en la cuenta de que sus compañeros oirían la conversación y creyó prudente que no se enteraran si Ramón no lo había contado. Por eso, salió hacia un bar cercano y, antes de entrar en él, llamó por su móvil a Vanesa.

–¿*Hola?*

–Hola, Vanesa, soy Roberto.

–Hola, Roberto, precisamente tenía que hablar contigo.

–¿Sí? Bueno, pues tú dirás –Roberto prefirió escuchar qué tenía que decir Vanesa, antes de hablar.

–No sé si te has enterado ya de los cambios habidos en la redacción de la revista.

–Sé que a Ramón le han quitado de la sección – contestó sin disimular su enfado.

–Sí, al parecer los jefes quieren darle un nuevo aire a la sección de misterios, ocultismo y demás, que es la base principal de la revista, por lo que han decidido cesar a Ramón en ese puesto.

–Y tú, ¿no tendrás algo que ver en todo esto? – preguntó Roberto sin poder contenerse más.

–Bueno, digamos que simplemente he transmitido el problema que había a los gerifaltes y estos han tomado la decisión. Ahora, tú tienes que decidir si quieres seguir en el proyecto en que estamos y publicar artículos encaminados a desprestigiar o, mejor dicho, desenmascarar a todas estas sectas dañinas para la sociedad.

–¿Dañinas? ¿Para qué sociedad? Para la sociedad materialista. Para la sociedad atea, que solo cree en el dinero. Perdona, Vanesa, pero yo no he visto lo que tú dices haber visto, y menos aún en la hermandad que tú has estado.

–¿Y tú qué sabes?

–Se te olvida que conozco a personas que pertenecen a ella, desde hace muchos años, como Miguel; eso por no mencionar a mi madre, que también estuvo hace años.

–Estuvo, pero a lo mejor dejó de estar porque se desengañó.

–O, simplemente, no tenía más que aprender o aportar, no lo sé. Pero desde luego, no es ninguna secta en el sentido peyorativo que tú lo dices, porque entre otras cosas no retienen a nadie. La salida es totalmente libre y voluntaria.

–Por lo que escucho, me parece que no estás en la “onda”.

–¿Qué pretendes? ¿Quitar de en medio a todo el que no esté de acuerdo con tu postura?

–Creo que ya hemos hablado lo suficiente. Además este asunto no es para hablarlo por teléfono. Adiós.

Al tiempo que cerraba el móvil, sintió una palmada en el hombro, por detrás. Era Ramón que, con una sonrisa característica de él, saludaba a Roberto:

–¡Hola! ¿Qué te ha pasado esta mañana?

–El coche empezó a dar trompicones y lo tuve que dejar en el taller. Creo que es del motor de arranque. Te llamé pero no contestabas, así es que le dejé el recado a Luis.

–No te molestes en darme explicaciones, como ya sabes, no soy tu jefe –dijo riendo.

–¡Vaya! Parece que no te lo has tomado mal.

–Ven, vamos a la cafetería del otro lado de la calle, que es más tranquila –dijo Ramón cogiendo del brazo a Roberto–. De todas formas, la entrevista que tenías que hacer hoy se ha anulado, porque la mujer se ha puesto enferma. Así es que no hay mucha prisa.

Cuando se sentaron y pidieron unos cafés, Roberto preguntó por lo sucedido.

–Pues verás –dijo Ramón–, esta mañana, a primera hora, se presentó en mi despacho Alberto Ruiz, uno de los dos dueños de la revista, y me preguntó sobre como íbamos en la investigación de las sociedades secretas, y bueno, le conté lo que había hasta el momento y la actitud de Vanesa. Entonces, me dijo que esa era la intención de la investigación, la misma que nos dijo Vanesa y que, por lo tanto, los artículos tenían que ir en esa dirección.

–¿Y qué le dijiste?

–Que no podía faltar a la honestidad y veracidad en la información, ya que eso que ella decía no tenía ningún fundamento serio, que eran unos argumentos malintencionados y que no estaba dispuesto a participar en algo así. El resto te lo puedes imaginar.

–Pero, bueno, ¿tanto poder tiene Vanesa?

–No se trata de que tenga poder, sino que la contrataron para este trabajo, expresamente con esa intención. Algo que ya intuyó Miguel y que no nos coge por sorpresa del todo.

Roberto no llegaba a entender la actitud de Ramón, a este no parecía preocuparle demasiado lo ocurrido y así se lo hizo saber.

–No es que no me importe –contestó Ramón–, pero te diré dos cosas: una en referencia a la historia pasada de los rosacruces. En otras épocas era peor, la Iglesia no quería ningún movimiento de librepensadores. Para las mentes intolerantes de los

años del oscurantismo era muy peligroso decir que pertenecías a alguna institución de este tipo. Algunos incluso fueron aniquilados. Quiero decir que, de una u otra forma, siempre han existido enemigos de los buscadores de la verdad; personas poderosas que no quieren que exista libertad de pensamiento. Antes, para crear miedo en las masas, haciéndoles creer que existía un infierno, que si no hacían esto o aquello se condenarían, y bueno, todas esas cosas que sabemos. Aunque, claro está, eran eximidos si pasaban por el aro de sus normas, entre las que estaban el mantenimiento, o mejor dicho, el enriquecimiento de sus dirigentes. Y en la actualidad pasa algo similar con el laicismo exacerbado, alimentado por el materialismo y la ciencia como dogma de fe, que lleva en algunos casos a un ateísmo duro que quiere imponerse a toda costa, y al final con la misma finalidad que los otros, pero con distintos procedimientos; en este caso, tratan de tener a la gente ocupada en ganar dinero, para ser esclavos de su consumo, que reporta, evidentemente, muchos beneficios al poder económico. Por eso, Roberto, esto es algo que no nos asusta, porque era previsible.

—¿Y cuál es la otra cosa que me ibas a decir? — preguntó Roberto.

—Pues verás, en previsión de que pudiera pasar lo que nos avisó Miguel, alguno de los nuestros, que tiene contactos con la masonería, donde sabes que hay gente influyente y con los que tenemos buenas relaciones, me estoy refiriendo a la auténtica, no a la laica que también existe, pues

como te decía, quizá ellos puedan solucionar el problema, ya que les debe favores el otro dueño de la revista y no creo que deje publicar algo así. Bueno, ya veremos lo que pasa, todo depende de cuantos “personajes” influyentes estén implicados o interesados en echar “basura” sobre las sociedades esotéricas. Quizá va más arriba de lo que parece.

—Entonces, si aun con lo que tenéis pensado empiezan a publicar artículos malintencionados, ¿qué pasa?

Ramón se quedó un instante pensativo, para decir:

—La luz nunca puede ser ocultada por las sombras por mucho tiempo. La búsqueda de la verdad nunca ha sido cosa de las masas, siempre ha estado relegada a pequeños grupos, por lo general desconocidos o al menos discretos.

—Eso es verdad. Bueno, y a parte de todo esto, ¿qué pasa con tu trabajo?

Ramón, con una sonrisa incomprensible para Roberto, dijo:

—A veces viene bien cambiar de actividad, es incluso necesario. Ya llevaba varios años con lo mismo. No me preocupa de momento. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer? Porque te pedirán que juegues a sostener su mentira...

—Ya lo han hecho. Estaba hablando con Vanesa antes de que llegaras.

—¡Vaya! Sí se ha dado prisa.

–Bueno, en realidad la llamé yo. Pero la dejé hablar y me dijo que decidiera si quería seguir en el proyecto.

–No quiero presionarte. La decisión es tuya – sentenció Ramón.

–Lo tengo claro, Ramón. No quiero participar en una mentira como esa.

–¿Sabes que te pueden echar o no renovarte el contrato?

–Habrá que asumir las consecuencias –dijo Roberto con una sonrisa–. Prefiero tener la conciencia tranquila. ¡Eso vale más!

Ramón le correspondió con un gesto de gratitud, moviendo la cabeza y poniéndole la mano sobre el hombro. No hubo palabras. No era necesario.

La boda civil entre Paolo y Raquel estaba transcurriendo con normalidad. Se encontraban ya en el banquete. En una misma mesa estaban Lucas y su actual novia Marta, que llevaba unos tres meses con él, Alex y Elena, amigos de la misma pandilla, otra pareja, amigos de la novia, dos chicas jóvenes de veintidós y veinticinco años que eran compañeras de Raquel y, por último, Roberto. A excepción de otro par de mesas ocupadas por compañeros de trabajo de la pareja de novios, el resto eran familiares.

Ya en los postres, Lucas, algo satírico y con una copa de más, dijo susurrando a Roberto, que estaba a su lado:

–Qué detalle de los novios contigo, ¿no?

–¿Por qué? –preguntó Roberto.

–Hombre, pudiendo poner en la mesa algún compañero “petardo” de su trabajo, te ha puesto estas dos preciosidades, para que escojas. No me digas que no está amañado.

–Conociendo a Paolo, seguro –contestó riendo.

–Pero teniéndolas al lado, apenas les has dicho cuatro palabras. ¿Qué te pasa?

–Debe ser que estoy desentrenado.

–Si quieres te hecho una mano –se ofreció Lucas.

–No, no, no. Estoy bien. Quizás luego me anime más.

–Pero si no has probado apenas nada de alcohol, ¿cómo te vas a animar? ¡Hombre, mira, por ahí viene la parejita!

Como era habitual, los novios estaban recorriendo las mesas para charlar con los invitados. Cuando se acercaron, tras saludar a todos en general, Paolo se interesó por su buen amigo, que se había puesto de pie para abrazar a la novia.

–¿Todo bien, Roberto?

–¡Claro!

–Te veo un poco frío. Me imagino que ya conoces a las compañeras de Raquel –dijo Paolo con una mirada de complicidad.

Roberto no pudo por menos que sonreír, diciendo:

–Te agradezco el detalle, sinvergüenza. Pero esta semana ha sido movidita en el trabajo y todavía le estoy dando vueltas.

–Y lo de las desapariciones, ¿ya lo has dejado?

–En absoluto. Estoy enfocándolo más en desapariciones de personas de cierta edad. Descarto jóvenes. No sé por qué, pero creo que son mucho más interesantes. Nadie quiere secuestrar a un abuelo o persona mayor, ¿no crees?, y sin embargo también desaparece alguno que otro. En los demás casos se puede especular con secuestros, asesinatos, fugados del domicilio, tráfico de órganos, mujeres para prostitución, violaciones, ¡yo qué sé!, un sinfín de cosas; pero cuando se trata de personas mayores, normalmente ya jubiladas, que han tenido una vida normal, me refiero que no son gente que se dedique a negocios delictivos, ni grandes empresarios, o

sea, que no tienen un motivo aparente para que les hagan “desaparecer”, entonces “focalizo” mi investigación.

Paolo miró con comprensión a su amigo, pero a la vez preocupado por él. Veía que podía obsesionarse de nuevo y no ser capaz de vivir una vida normal. Por eso, con toda la sinceridad de la que fue capaz y sin ánimo de ofender a su amigo, le dijo:

–¿Hasta dónde piensas llegar, Rober?

Un destello en la mirada de Paolo le hizo adivinar el porqué de esa pregunta, y Roberto, sin ánimo de preocupar a su amigo, y menos en un día tan especial, reaccionó rápidamente, diciendo:

–Bueno, creo que es un buen artículo para la revista, ¿no te parece?

–Desde luego, encaja con el tipo de cosas que publicáis allí.

–¡Venga! Sigue tu ronda, luego hablamos más despacio.

Lo que no sabía Paolo es que a Roberto el día anterior le habían comunicado que por ajuste de personal no podían renovarle el contrato. Apenas le quedaba una semana para concluir su actual contrato temporal. Tanto para Ramón como para él el verdadero motivo de su no continuidad en la editorial estaba claro.

La fiesta transcurría con normalidad. Los novios salieron a bailar el típico vals, que servía de apertura a un baile para los invitados. Roberto estaba de pie y una de las compañeras de Raquel que había compartido mesa con él le invitó a bailar,

pero Roberto, poniendo todo tipo de disculpas, rechazó la invitación. Nunca le había gustado el baile y aunque en otras circunstancias hubiera aceptado, en esa ocasión no lo hizo. Su estado de ánimo no estaba por la labor y su mente parecía estar en otra parte.

Ahora, sin trabajar, dispondría de más tiempo para tratar de averiguar algo más concreto sobre lo ocurrido a su madre; se proponía incluso visitar a los familiares de algunos de los desaparecidos misteriosamente. Haría una selección minuciosa de los casos de mayor interés e indagaría hasta sus últimas consecuencias.

Estaba Roberto absorto en estos pensamientos cuando, sin que se percatara de ello, había una mujer a su lado, ya madura, de unos cincuenta años, la cual le dijo:

–Bonita boda, ¿no?

Roberto, que en ese momento se dio cuenta de su presencia, la miró durante unos segundos. No le era conocida en absoluto, lo cual no era raro, puesto que no conocía a la mayoría de los invitados, aunque tampoco recordaba haberla visto antes. Había algo en su mirada especial. Roberto notó como le recorría una corriente por la espalda.

–Sí, no está mal –contestó Roberto por fin.

–Aunque tú pareces ausente. Da la sensación de que tus pensamientos están en otra parte.

Roberto se sintió descubierto.

–Sí, la verdad es que sí.

La mirada firme, profunda, pero al mismo tiempo amorosa, de la mujer, tenía a Roberto

perturbado. Apenas se limitaba a constatar lo que ella le sugería.

No era una atracción sensual, sino algo más profundo. Su intuición le decía que estaba ante alguien fuera de lo común. La mujer de cabellos medianos, ni largos ni cortos, color moreno, ojos negros, piel blanca, estatura algo más alta de lo normal, no llamaba la atención por su atractivo físico, pero su mirada y su voz segura sí ejercían cierta atracción.

–Quizás quieras hablar conmigo de lo que te preocupa. Ya sé que soy una total desconocida para ti, pero a lo mejor te puedo ayudar. Mi nombre es Rebeca.

Roberto no sabía qué hacer. Por un lado, le resultaba incómodo tener que contar su vida a una desconocida, sin embargo, por otro lado, se sentía “desnudo” ante esa mujer y a lo mejor le venía bien contarle sus preocupaciones. Ya le habían pasado varias cosas extrañas, desde la desaparición de Catherine, algunas inexplicables. Esta podía ser una de esas ocasiones.

–Me da la sensación –continuó la mujer, en vista de que Roberto no se decidía a hablar– de que tu preocupación tiene que ver con algún familiar, ¿no?

–¿Cómo lo sabe? –preguntó asombrado Roberto.

–Ahora lo sé, antes solo lo intuía. ¿Alguien está enfermo en tu familia?

–No. Se trata de mi madre, desapareció hace meses en Perú, en circunstancias muy extrañas.

–¿Qué ocurrió?

–Puede sonar a broma pero, al parecer, según un testigo, se esfumó después de una luz intensa y un rayo que partió hacia las nubes.

La mujer se quedó unos segundos en silencio, tras los cuales, dijo:

–¿Cómo era tu madre? No me refiero físicamente, sino en cuanto a sus cualidades, su forma de ser, sus virtudes, etcétera.

A Roberto le sorprendió mucho la pregunta. ¿Qué relación podía tener eso?, pensó. No obstante, Roberto le explicó cómo había sido su madre durante su vida. La llenó de elogios, exaltó su fe en un creador y en la vida eterna, su buen hacer con la gente necesitada, su paciencia, su amor por los demás. Le contó, por último, cómo lo trató en su recuperación después del accidente. Roberto no pudo evitar que se le encharcaran los ojos. Mientras, la mujer escuchaba atentamente, en silencio, dejando que fluyeran las palabras por la boca de él y los sentimientos de su corazón afloraran.

El resto de invitados no interrumpieron para nada a la pareja en ningún momento, fue como si se hubiera formado un área reservada para los dos, sin que pudieran ser molestados por nadie.

Roberto, animado por la mujer, le contó su búsqueda desde el principio, sus viajes a Perú, y cómo dio con la verdad de lo ocurrido. Y también le contó su línea de investigación actual. Después de escuchar atentamente todo cuanto dijo Roberto, la desconocida dijo:

–Tanta constancia no puede quedar sin recompensa.

–Eso espero –asintió Roberto, que lo tomó en ese momento como unas palabras de ánimo.

–Son muchos los enigmas para los mortales de este dolorido planeta.

–¿Dolorido?

–Sí, este planeta no ha seguido los patrones normales establecidos para los mundos habitados.

Roberto se sorprendió gratamente:

–¡Vaya! Crees en la existencia de otros mundos habitados.

–Para mí es un hecho, no una creencia. Escucha bien: Urantia es el verdadero nombre de este mundo, y en su libro encontrarás la respuesta a tu búsqueda.

–¿Qué? ¿Urantia?

Roberto se revolvió. Esa palabra le sonaba, la recordaba de algo. Quería más información.

–Bueno, me apetecería beber un refresco –dijo la mujer–. ¿Por qué no me lo traes?

–¡Vale! Vuelvo en seguida.

Roberto salió disparado hacía el bar, que se encontraba al otro lado de la pista de baile, en una sala independiente. Estaba emocionado. La seguridad con que esa mujer le dijo que encontraría la respuesta al suceso ocurrido a su madre lo puso en orbita. Por cierto, llevaba hablando con ella media hora y no sabía nada más de ella que su nombre. ¿Sería amiga o compañera de Raquel? “Será lo primero que le pregunte”, se dijo.

Cuando Roberto volvió con los refrescos, la mujer no estaba. Miró a un lado y otro del espacioso y concurrido salón, pero no veía rastro de ella. “Habrá ido al baño”, pensó. Pasaron los minutos y la mujer no aparecía. Lisa, la chica con la que no quiso bailar antes se sentó al lado y Roberto le pidió el favor de que mirara en los servicios de señoras, a ver si estaba allí la mujer desconocida.

–Tiene un vestido rojo, y es morena de unos cincuenta años.

–Está bien, voy a ver. Aunque no te mereces que te haga de celestina.

–No, no es lo que piensas. La mujer es algo mayor para mí. Disculpa que no haya estado muy amable contigo antes. Si después vamos a algún sitio nos damos un bailecito, ¿vale?

Lisa volvió al rato, pero no encontró rastro de la mujer.

–Yo no recuerdo haber visto a una mujer de esas características –dijo Lisa–. Claro que entre tanta gente...

–No puede ser, se ha ido y me ha dejado plantado.

–¿No decías que no tenías interés en ella?

–No, bueno sí, pero no –Roberto no estaba siendo muy convincente–. Quiero decir que me interesaba por otro motivo, no como mujer.

A Roberto le extrañaba la actitud de aquella. No era normal, hablar de tantas cosas personales y dejarlo después, sin decir adiós. No contento, se fue a preguntar a Paolo, que andaba bailando

desenfadado con su ya esposa Raquel, entre un tumulto. Preguntó a ambos quién era la mujer con la que había estado hablando, les dio su nombre, se la describió con todo lujo de detalles, pero ninguno de los novios dijo haber visto a una persona así.

–Además, ¿hemos invitado a alguna Rebeca, cariño? –pregunto Paolo.

–Pues no, yo no conozco a ninguna Rebeca – contestó Raquel.

–Entonces alguien ha estado comiendo de gorra –bromeó Paolo.

Todos los invitados a los que Roberto preguntó decían no haberla visto con él, lo que lo llenó aún más de confusión.

–¡Dios mío! Esto es para volverse loco –protestó gritando Roberto llevándose las manos a los oídos.

Se formó un corrillo a su alrededor, formado por sus amigos y algún invitado más que le miraban extrañados.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Raquel.

–Tengo que irme –contestó Roberto algo repuesto.

–¿Que tienes que irte? –preguntó Paolo indignado.

–Voy a tomar el aire un poco, eso es todo.

Roberto no sabía qué hacer, ni qué decir, así es que salió de los salones a la calle, donde trató de poner en orden sus ideas y, en cuestión de unos segundos, antes de dar tiempo a que nadie saliera en su búsqueda, se dirigió hacia su coche.

En el interior de su vehículo, Roberto estuvo luchando interiormente. Por un lado, deseaba irse corriendo a su casa para buscar información sobre ese libro; pero, por otro, era la boda de su mejor amigo, y parecería un desprecio si se iba demasiado pronto. "... y en su libro encontrarás la respuesta a tu búsqueda". No podía quitarse esas palabras de la cabeza. Arrancó el coche en dirección a su casa.

El hecho de la desaparición sin explicaciones de la mujer con vestido rojo, la cual, al parecer, no era invitada de ninguno de los novios, le daba un halo de misterio al encuentro y aumentaba la veracidad de sus palabras. Intuía con gran fuerza que la "aparición" prodigiosa de esa mujer no era una casualidad, y que alguien le quiso orientar en su búsqueda de la explicación sobre lo sucedido a su madre. Sí, ahora encajaba también lo que le dijo la mujer: "Tanta constancia no puede quedar sin recompensa".

Estaba totalmente sobrio, apenas había tomado algo de vino en el banquete. A los pocos minutos, estaba cerca de su casa. Entrando al pueblo, un coche que venía en sentido contrario y en el que venían un grupo de jóvenes ebrios, hizo un extraño movimiento, de manera que Roberto se vio obligado a virar con brusquedad para evitarlo, con tan mala fortuna que fue a golpear el lateral derecho de su coche contra una farola.

Afortunadamente él no sufrió daños físicos, e inclusive el coche parecía poder continuar, la mecánica no había sufrido serios desperfectos. Los jóvenes del coche infractor siguieron sin detenerse, sin duda no les interesaba. Roberto continuó con su magullado coche hasta su casa.

Iba recordando el accidente que sufrió con Teresa, y cómo toda su vida cambió desde entonces. Pero no solo cambiaron sus circunstancias, sino que él también había cambiado mucho desde entonces, ya no era el mismo. La búsqueda de su madre, por un lado, y su trabajo de periodista, por otro, lo habían llevado a vivir circunstancias excepcionales, vivencias que van más allá de la razón, incluso espirituales. Había tenido sueños increíbles, que eran algo más que sueños, había sentido en diversas ocasiones estados muy especiales, de una paz inhabitual y de percepciones fuera de lo común: en Los Pirineos, en el Machu Picchu, en el Templo del Sol de Cuzco, en la casa del ex vigilante, y además había conocido personas muy interesantes: Ramón, Freddy y ahora esta mujer que se dijo llamar Rebeca. Se había introducido, sin proponérselo, en el mundo de los buscadores de la verdad por el camino esotérico genuino, el del conocimiento. Todo en menos de un año. Y se sentía más cerca de su verdadera personalidad. Sintió lástima por los muchachos que iban en ese coche. Se preguntaba por qué tanta gente malgasta sus vidas en gratificar los sentidos, en las superficialidades del mundo que nos rodea. Estaba seguro de que se podía vivir la

vida intensamente, que se podía disfrutar de las cosas, pero al mismo tiempo mirando a Dios, pensando en Él, sintiéndolo.

Salió del coche con pasos decididos a su casa, pero cuando se plantó en mitad del salón se quedó dudando un instante, como sin saber qué camino tomar. Por fin, se decidió a ir a la biblioteca: un pequeño cuarto con varias filas de estanterías en todas las paredes, menos en la de entrada, un par de sillones y una mesita rectangular en el centro era todo el mobiliario de la estancia. Roberto se puso a mirar las estanterías de arriba a abajo. En su mente resonaba lejanamente la palabra “Urantia”, pero no estaba seguro de si algún libro, de los cientos que llenaban la concurrida estancia, podía contener esa palabra.

Muchas veces que pasaba Roberto al lado de ese cuarto, con la puerta abierta, recordaba a Catherine sentada leyendo. Ella pasaba horas en la biblioteca, sin duda era uno de sus *hobbies* favoritos. En varias ocasiones, les decía a él y su hermano: “Muchos son los árboles, pero no todos dan frutos, asimismo muchos son los conocimientos que hay en los libros pero no todos son buenos para el hombre. Hay que separar el grano de la paja”.

Después de un buen rato, Roberto ya se había recorrido con la mirada los lomos de los libros de las estanterías de la pared izquierda. Había clásicos como Platón, Descartes, Cervantes..., también veía libros relacionados con canalización de energía, de los chacras, de mantras, de yoga. Pero también libros científicos, del cuerpo humano;

antropológicos, de historia de la humanidad, de astronomía, de astrología. Varias biblias de distintas traducciones, El Corán, La Tora, libros de cábala, de sufíes, de hinduismo, de brahmanismo y otras creencias orientales ¡Cuánto conocimiento! Libros de gnosticismo, de rosacruces, de martinismo, de masonería con todas sus variantes. “¡Qué tonto he sido! –se decía–, seguro que aquí hubiera encontrado mucha información de las escuelas esotéricas”.

Según iba mirando libros, Roberto se percató de algo: parecía que su madre había seleccionado en los lugares más altos, los libros de temas espirituales o los que parecían ser más importantes, con más credibilidad, partiendo de la forma de pensar de Catherine. No estaban agrupados por secciones temáticas, sino de arriba hacía abajo y de izquierda a derecha. Roberto había empezado por la pared izquierda, luego entonces los más importantes estarían en la pared de la derecha, y en la fila superior; Roberto se fue directamente a la estantería de la derecha, miró en la fila superior... ¡Y allí estaba! El último libro de la derecha de la fila superior; un libro bastante gordo, de tonos azules.

–¡Dios mío! ¡No puede ser! –gritó Roberto.

Roberto casi se cae de espaldas, necesitó sentarse en el sillón más cercano. Estaba sumamente emocionado, las corrientes eléctricas por su sistema nervioso iban y venían, su corazón palpitaba fuerte. Sentía que tenía en sus manos una verdadera joya. Era como el colofón a las cosas

extrañas que le habían sucedido desde que inició la búsqueda de su madre. Ahí estaban frente a él los tres círculos concéntricos azules en la portada del libro, como el símbolo dibujado por el ave en el cielo del Machu Picchu, como el de los seres que le visitaron en esa especie de “sueño real” cuando estaba en el hospital.

No obstante, las emociones no habían terminado esa noche para Roberto. Cuando se dispuso a ver el índice, se encontró un papel doblado, introducido a propósito en la primera página. Al parecer, se trataba de una nota escrita a mano. Roberto la abrió, y las primeras palabras que leyó, fueron: “Para mi hijo Roberto:”. Se quedó de piedra. No sabía qué estaba pasando, pero esto confirmaba totalmente lo que pensaba anteriormente, si es que quedaba alguna duda. Roberto se apresuró, sin reparar en más especulaciones, a leer la nota, con los ojos encharcados.

Querido hijo, estoy segura de que tu búsqueda de la verdad, te llevará, tarde o temprano, a leer este libro.

Este no es un libro cualquiera, escrito con más o menos inspiración o sabiduría. Este es un libro revelación. Es un libro que nuestros supervisores celestiales han considerado necesario materializar y que responde a las preguntas que un grupo de personas fue capaz de formular. En él se da a conocer buena parte del conocimiento sobre Dios, su creación, las huestes de seres celestiales, el sentido de la vida y sobre la verdadera vida de

Jesucristo, con sus enseñanzas tal y como se produjeron. Esto último, no se podía dejar perder, por las manipulaciones y tergiversaciones de los hombres.

Pero las revelaciones de este libro no son para la época actual, por eso pasa inadvertido para la mayoría. Aún la humanidad como conjunto no está preparada para recibir estas verdades, sin embargo, se irán preparando maestros o guías gracias a él.

Léelo, estúdialo, disfrútalo con mente abierta y gran corazón. Porque en él hallarás respuestas a muchas preguntas y te servirá, si aplicas sus enseñanzas, para crecer espiritualmente.

Pero aun así, recuerda, hijo mío, que por muchas enseñanzas que puedas recibir, la autentica verdad se encuentra en tu interior, en el Dios que mora dentro de ti, ahí es donde has de buscarla incansablemente.

Con amor, Catherine

P.D. Léelo desde el principio, no trates de adelantarte, porque entonces tendrás más dificultad en entender los temas posteriores.

Cristina y Eduardo se dirigían en su coche a casa de Roberto, en realidad, a la casa de Catherine.

–Qué raro que lleve cuatro días sin ir a trabajar – comentó Cristina–. Le pueden echar del trabajo si no está justificado.

–Por lo que me comentó Ramón por teléfono – dijo Eduardo–, solamente iba a trabajar esta semana, porque se le acababa el contrato que tenía y no se lo iban renovar.

–¿Pero Ramón no es su jefe y se lleva tan bien con él? ¿Cómo es que entonces no le renuevan el contrato?

–No sé, cariño, sólo sé que le esperaban a trabajar el lunes y estamos a jueves y no ha dado señales de vida. No contesta el teléfono de la casa, ni el móvil. Esto es muy raro, no me gusta nada.

–No será que le ha dado otra vez la locura de irse a Perú –siguió hablando Cristina–. Tu hermano está algo desequilibrado, no sé si a causa del accidente que tuvo o desde que desapareció tu madre, pero se ha vuelto muy raro. Quizá deberíamos mandar que un médico diagnosticara sobre su salud mental, porque en ese caso su parte de la herencia la gestionaríamos nosotros.

–¿Cómo puedes pensar así, Cristina?

–Cariño, no es bueno, ni justo, que maneje una curiosa fortuna cuando arreglemos todos los papeles y certifiquen la muerte legal de tu madre,

dándole la mitad de todo a él si no está en sus cabales.

Eduardo suspiró. A veces, la fialdad con que Cristina trataba ciertos asuntos, y en este caso incluso la avaricia, le dejaban perturbado. Por fin dijo:

–Mi hermano no está tan mal. Ha tenido una crisis nerviosa, debido a la ansiedad en la que cayó por la desaparición de mi madre, eso es todo. Y me imagino que si le iban a echar de ese trabajo, lo más seguro es que se haya despedido antes de tiempo y se haya ido de viaje por ahí, tal vez a Los Pirineos, que le encantan.

–Tú, como siempre, defendiendo a tu hermanito. Pero seguro que te lamentarás el día que cobre su parte y se la funda en cualquier tontería.

Eduardo se limitó a negar con la cabeza.

–Por cierto, ¿has pensado cómo se lo vas a decir? –arremetió Cristina.

–¿El qué?

–¿Qué va a ser? Lo de la solicitud de defunción de tu madre. A veces pareces tonto.

–Mira, Cristina, ya te he dicho que para eso queda mucho. Después de que desaparece una persona tienen que pasar varios años, para considerarla fallecida. No me parece que sea procedente plantearlo ahora. Además, mi madre nos dejó autoridad para disponer de su cuenta bancaria y demás bienes.

–Entonces deberíamos arreglarlo ahora. Vender la empresa y repartir todos los bienes,

asegurándonos primero de la salud mental de tu hermano.

Eduardo no sabía qué hacer, ni qué decir. Le daban ganas de parar el coche y decir que se bajara de inmediato. Pero no resolvería nada. En estas ocasiones veía a su mujer como una verdadera extraña. “Afortunadamente –pensaba– no es así siempre”, pero en ocasiones como esta se sentía al borde de su paciencia. Aunque, si Eduardo destacaba por alguna cualidad, era por su tolerancia con las personas. No era tan impulsivo como Roberto, era mucho más reflexivo, lo cual, como él reconocía, no siempre era bueno.

Eduardo paró junto a la casa y observaron que el coche de Roberto estaba allí, lo cual aumentó su extrañeza y preocupación. Llamaron a la casa, a pesar de que él guardaba una llave y les abrió una señora conocida de Eduardo que era la asistenta para la limpieza de la casa, una mujer de edad media y origen dominicano, que iba un par de veces por semana.

–Él no está ahora en casa. Me pareció que Robertito –como ella le llamaba– se fue por el camino hacia la charca.

–Gracias, Lucía –respondió Eduardo.

Cuando la mujer se dio la vuelta para continuar con sus quehaceres, Eduardo exclamó:

–¡Bueno, al menos está bien! Cristina, ¿por qué no te quedas aquí un rato tomando algo, mientras voy a buscarlo?

–Sí, vete tú solo, será mejor –dijo algo enfadada.

Eduardo se recorrió en unos diez minutos la distancia que había hasta el pequeño lago, al otro lado del bosque. Cuando llegó vio a Roberto sentado a orillas del agua, leyendo un libro.

–¿No hace un poco frío para estar aquí? –le preguntó Eduardo aún a unos metros.

Roberto volvió la cabeza instintivamente y al reconocer a su hermano se levantó con una ligera sonrisa y lo saludó dándole un par de besos. Eduardo observó que Roberto tenía una cara de agotamiento fuera de lo normal, con las ojeras muy marcadas y con barba de varios días.

–La mañana es soleada, y pensé salir a respirar un poco el aire, mientras Lucía limpiaba la casa.

–¿Te pasa algo, Rober? –preguntó sin miramientos Eduardo–. Ramón me llamó para saber de ti, ya que no has vuelto a aparecer por el trabajo. Y no respondes al teléfono, ni al móvil. Nos tenías preocupados. Y además... parece enfermo. ¿Qué ocurre?

–No te preocupes, hermano. Todo está bien.

–No me vengas con cuentos, Rober; a ti te pasa algo.

Roberto dudaba, no sabía si decirle la verdad a su hermano o por el contrario callarse, para que no dudaran más de su cordura. Mientras Roberto se frotaba la barbilla, Eduardo arremetió de nuevo:

–Me llamó Lucas ayer, para preguntar por ti y me dijo que tuviste un comportamiento raro en la boda de Paolo y Raquel, que preguntabas por una mujer vestida de rojo, que nadie vio nada más que tú y que te pusiste a gritar, y que luego te

despediste “a la francesa”. Paolo y Raquel se fueron al día siguiente preocupados a su luna de miel. Así es que, hermano, ya me estás contando de una vez qué pasa. Y sino, no me muevo de aquí.

Roberto no pudo evitar soltar una pequeña carcajada. Nunca vio a su hermano con esa determinación, y le sorprendió en cierta forma que actuara así.

–¿Encima te cachondeas? –preguntó indignado Eduardo.

–No, Eduardo, perdona, no pretendía burlarme de ti. Sólo que me ha sorprendido gratamente tu contundencia. Reconoce que es raro oírte hablar así.

Eduardo también se contagió de la broma, reconociendo que era cierto.

–¡Ven! Sentémonos ahí, en aquella roca –dijo Roberto.

Cuando los dos estuvieron sentados. Roberto comenzó a contar a su hermano las diversas “casualidades” o circunstancias que le habían pasado desde que desapareció su madre, no sin antes avisarle que quizá algunas cosas le parecerían increíbles o al menos muy extrañas, pero que así era como habían pasado. También le habló de su vivencia cuando estaba en coma en el hospital.

–Tengo la sensación, Edu, de que todos esos “sueños” o vivencias, todas las casualidades que me han ido sucediendo, e incluso la mujer que habló conmigo en la boda de Paolo, aunque nadie se percatara de ello, forman parte de un mismo plan...

–¿Un plan? –interrumpió Eduardo–. ¿Pero de qué plan hablas?

Roberto se quedó dudando nuevamente entre contarle todo a su hermano o no. Un nuevo pensamiento le vino a su mente: si le contaba lo de la nota de Catherine que encontró en el libro y que iba dirigida a él, su hermano podría sentirse algo ofendido.

–¡Por favor, Roberto! ¿De qué me estás hablando? ¿De qué plan hablas? ¿Y quién iba a estar detrás de todo esto?

–Creo que... algunos “observadores”, o como quiera que se llamen, quieren que yo descubra lo ocurrido exactamente con nuestra madre. Cómo y por qué desapareció.

–¿Hablas de ángeles?

–No lo sé, quizá no sean exactamente eso. Me imagino que ese es el nombre que siempre han recibido los seres que no son humanos y que se encuentran en otra realidad superior, o en otro nivel de consciencia.

–Bien, Roberto, vamos a suponer por un momento que eso es así, que hay seres que no son de carne y hueso interesados en que sepas toda la verdad sobre la desaparición de nuestra madre; sigo sin comprender para qué pueden estar interesados en algo así, fuera de satisfacer tu propia curiosidad persistente.

–Eso, hermano, es algo que tengo que descubrir también, pero creo que llegará después de que haya averiguado lo ocurrido con nuestra madre.

–No sé, Rober –dijo Eduardo rascándose la cabeza–, todo esto es muy raro. Quisiera creerte, pero reconoce que tu comportamiento últimamente no ha sido muy convencional. Y por otro lado, ahora te aíslas, dejas el trabajo, ¿no crees que es para preocuparse?

–Tienes razón, hermano. Por el trabajo no te preocupes, me iban a echar a la calle en pocos días, no me iban a renovar el contrato. Han sucedido algunas cosas allí que no comparto, dicho de otra forma, querían utilizarme para que fuera un títere de ellos.

–Ya me dijo Ramón que no te iban a renovar el contrato; el caso es que él parece un buen hombre – se apresuró a afirmar Eduardo.

–Y lo es. Él no tiene la culpa de nada de eso, es una víctima como yo, se la han jugado.

–¿Y qué piensas hacer? Si según tú, esos “observadores” quieren que descubras lo de mamá, por qué no vienen y te lo cuentan y ya está.

El planteamiento de Eduardo era razonable. Roberto ya lo había pensado en alguna ocasión sin hallar respuesta. Pero al salir ahora esta cuestión de labios de Eduardo, Roberto pareció adivinar el porqué.

–Quizás, querido hermano, prefieren que sea yo con mi tesón y perspicacia el que lo averigüe. Acuérdate lo que decía nuestra madre sobre el conocimiento regalado...

–Sí, lo recuerdo. Decía que no se aprecia igual, ni se valora en su justa medida, lo que nos dan sin

esfuerzo, que lo que, por el contrario, nos ha costado trabajo y mucho esfuerzo por nuestra parte.

–¡Exacto! Eso sí tiene valor para el ser humano. Piénsalo por un momento. Si se te acercara alguien y te dijera cuatro cosas sobre cualquier misterio para los hombres, lo más probable es que no le dieras mayor importancia y se quedara en el olvido.

–O que lo tomaras por un chiflado –dijo riéndose Eduardo contagiando también a su hermano.

–Es verdad.

Después de esta conversación, en que los dos hermanos se reconocieron como tales, por encima de cualquier sospecha o habladuría, Eduardo pidió a su hermano que le acompañara hasta la casa donde esperaba Cristina. Pretendía que su mujer viera que Roberto no estaba tan mal, aunque su aspecto no ayudaba mucho, a decir verdad; pero aun así quería hacerlo para que su mujer dejara de insistir en la cordura de su hermano y la disposición de los bienes familiares.

Roberto había contado cosas algo inverosímiles a su hermano, pero no le había contado el objeto en el cual tenía centrada ahora su búsqueda: el libro que tenía entre las manos. Sin duda, Eduardo pensaría que era un libro más. Roberto, que llevaba más de quinientas páginas leídas, no había encontrado claramente aún la explicación que buscaba; pero el libro le estaba apasionando. Al principio se le hizo duro por los conceptos tratados, incluso desistió de entender algunos; sin duda las

explicaciones del libro iban más allá de la comprensión intelectual normal sobre Dios y su creación que cualquiera ser humano pudiera alcanzar.

Roberto no quiso mencionarle nada a su hermano del libro, aunque estuvo tentado, igualmente se preguntó a sí mismo qué hubiera pensado Eduardo si le contaba que esperaba encontrar la explicación al misterio de la desaparición de su amada madre en un libro. Nadie piensa que las grandes revelaciones pueden venir por un método tan cercano, tan cotidiano, tan sencillo. Pero las verdades están ahí, al alcance del que quiera buscarlas. Como le decía su madre en alguna ocasión: “Si te haces la pregunta, es que eres capaz de entender la respuesta y de hallarla, sólo tienes que buscarla, Dios nos ayuda en eso”.

Ramón se dirigía con su coche a un pub muy tranquilo, en el que había quedado con Roberto, el cual le llamó esa misma mañana para hablar con él. Habían pasado cuatro días desde que Eduardo lo visitó. La voz de Roberto, por teléfono, tenía un tono muy diferente a otras ocasiones, sonaba mucho más entusiasta. Cuando aparcó su coche, Ramón entró en el establecimiento, que en verdad estaba muy tranquilo; ese día por la tarde apenas se encontraba una pareja hablando acarameladamente. Pero para su sorpresa, junto a Roberto se encontraba Miguel. Estaban ambos tomando algo y charlando entretenidamente.

Estos, tan ensimismados estaban en su conversación, que ni se percataron de la llegada de Ramón.

—¡Vaya! Esto no me lo esperaba —exclamó delante de ellos con una amplia sonrisa.

La pareja de tertulianos que estaba sentada se puso en pie y saludó efusivamente al recién llegado. En verdad, Roberto parecía otro, irradiaba entusiasmo a la vez que seguridad y una casi imperceptible paz interior.

—Me alegro de verte —dijo Ramón a Roberto—. Bueno, y a ti también —añadió en tono de broma dirigiéndose a Miguel.

Así era Ramón, serio cuando tenía que estar serio, trascendental si la ocasión lo requería, de buen humor e incluso bromista cuando el ambiente

era propicio; siempre sabiendo estar, pero firme en sus determinaciones, sobre todo cuando la honestidad estaba en juego, como había dejado bien claro días atrás, al sacrificar su cómodo puesto de trabajo en vez de sucumbir al juego de la mentira.

–Así es que ya te has ido de la revista –dijo Roberto a Ramón.

–Sí, así es, ya veo que Miguel te ha puesto al corriente. Me he pasado a la competencia, hacía tiempo me habían ofrecido un puesto similar al que tenía.

–Y lo mejor –dijo Miguel– es que puede, digamos, contrarrestar los artículos falaces que se inventen Vanesa y sus aliados.

–Eso está muy bien –dijo Roberto–. Me alegro por ti y por... ¡Hombre, mira! Se me ocurre un brindis, ¡Juan! –gritó Roberto al camarero que se encontraba distraído en la barra–, ¡ponnos una botella de cava, del bueno, que tienes por ahí guardado!

–¡Vaya! ¿Y eso a qué es debido? –preguntó Ramón, apoyado por Miguel.

Roberto se tomó unos segundos para contestar, lo que hizo crear más expectación a sus amigos. La cuestión es que quería buscar las palabras adecuadas y el orden preciso, algo que en parte había aprendido de su madre, aunque sus interlocutores también eran un ejemplo a seguir en ese aspecto.

–Veréis, os he llamado a los dos, para compartir con vosotros algo. Después de estos meses de búsqueda siento que he llegado a su cenit. Creo, o

mejor dicho, tengo la certeza de saber lo ocurrido. Y de las personas de confianza que conozco, creo que quizá vosotros podáis entender mejor lo ocurrido. Mi buen amigo Paolo, con el que compartiría también esto por la amistad de años que nos une, no creo que me tomara muy en serio, y menos aún con lo ocurrido últimamente, lo que ha llevado a creer a más de uno, en mi familia y en mi círculo de amistades, que he perdido parte de mi cordura. Aunque no los culpo. De todas formas Paolo sigue en su luna de miel, y en cuanto a mi hermano Eduardo, desde luego que tengo que hablar con él; pero lo haré planteándolo de otra manera.

Mientras decía esto último, el camarero, conocido de Roberto, repartió unas copas de cava y comenzó a destapar la botella. Roberto esperó a que terminara la operación. Lo que iba a decir no era para cualquier oído. En un momento dado, mientras esperaban, Ramón y Miguel cruzaron la mirada reflejando su impaciencia. Cuando el camarero concluyó, Roberto le dio las gracias y aquel volvió impasible a la barra.

–Bien, continúa –dijo Miguel–. Nos tienes en ascuas.

–Sí, pero antes brindemos.

Los tres cogieron sus copas. Miguel y Roberto esperaron a que Roberto propusiera el motivo del brindis.

–¡Porque la verdad prevalezca siempre!

Miguel y Ramón se miraron algo extrañados, pero les pareció un bonito motivo para brindar.

–¡Por la verdad! –dijo Ramón.

–Y por mi madre –siguió Roberto.

–¡Desde luego! –dijo Miguel.

Después de unos sorbos, Roberto comenzó a hablar:

–En estos meses de búsqueda e investigación, me han sucedido algunas cosas, podríamos decir, extrañas. La última fue el otro día en la boda de mi amigo Paolo; conocí... o mejor dicho, apareció una mujer de edad madura, con la que tuve una conversación breve, pero profunda. Sucedió en el salón, mientras estaba el típico baile, ya sabéis. La cuestión es que me dio un indicio sobre dónde debería buscar la respuesta a lo sucedido a mi madre, y dijo que tanta constancia no podía quedar sin compensación. No era una mujer común, y lo más fascinante de todo es que desapareció de repente; me mandó a buscar un refresco y cuando volví, ya no estaba, y nadie sabía de quién se trataba, peor aun, nadie se había percibido de su presencia durante la boda, a pesar de que llevaba un llamativo vestido rojo. Y al parecer nadie la conocía de nada. Era, dicho en otros términos, como una aparición; pero os aseguro que tuve esa conversación, tan real como que ahora estoy con vosotros.

–Ya entiendo que empezaran a cuestionarte – dijo Ramón, llevándose el dedo índice de la mano derecha a la sien-. Pero no te preocupes, que yo sé que eres sincero. Y me imagino que Miguel también.

–Por supuesto –contestó este–. Y además eso que nos cuentas no nos es del todo ajeno, es decir, sabemos que hay personas, o mejor llamarlos, “seres especiales”, que hacen labores de ese tipo o similares cuando se les requiere, y suele ocurrir que nadie percibe su presencia, aunque estén físicamente presentes. Es como si la atención de los demás quedase enfocada a otras cosas, de forma que pueden pasar totalmente desapercibidos. Pero, por favor, continúa.

Roberto no pudo disimular cierta alegría al ver que sus contertulios no se extrañaron tanto por el suceso, y aún más animado prosiguió:

–Bien, entonces, como os decía, esa misteriosa mujer me dio una pista sobre dónde buscar; concretamente me mencionó un libro, el de Urantia, que es el nombre de nuestro planeta. En mi memoria resonaba esa palabra, y cuando llegué a casa, me puse a buscar en la biblioteca de mi madre... y allí estaba, en un lugar privilegiado. Recordé que hacía tiempo, en varias ocasiones, había visto a mi madre con ese libro en las manos. Bueno, en realidad, luego comprobé que había dos, uno en español y el otro en inglés, más antiguo, que me acuerdo de habérselo visto también siendo niño, en la anterior casa, cuando aún vivía mi padre. En el que cogí, en español, aparece un símbolo de tres círculos concéntricos, que curiosamente coincidían con la trayectoria descrita por una extraña ave en un momento de mi estancia en el Machu Picchu, mientras tenía una sensación de paz interior, y que igualmente estaban estampados en los ropajes

blancos de dos seres con los que “soñé” mientras estuve en coma, tras el accidente de coche en el que murió mi novia.

Ramón y Miguel seguían interesados con mutismo la narración de Roberto.

–Pero lo mejor estaba por suceder –continúo Roberto–. Cuando abrí el libro, encontré una nota de mi madre que iba dirigida a mí. Os podéis imaginar mi excitación al verla.

–Ya lo creo –dijo Ramón.

Roberto se sacó del bolsillo de la camisa la nota de su madre y se la extendió a ambos. Miguel, más rápido que Ramón, cogió el papel y se puso a leerlo. Ramón, algo impaciente, se acercó a Miguel para ver qué ponía en la nota. Cuando ambos la leyeron quedaron boquiabiertos, pensativos e incluso algo confundidos.

Mientras Ramón y Miguel estaban ensimismados en sus pensamientos, Roberto les sacó de su mutismo diciendo:

–Os podéis imaginar en qué he pasado todos estos días. Por eso, ni siquiera me molesté en terminar mis últimos días en la empresa –esto último lo dijo mirando a Ramón y este asintió con la cabeza.

Miguel, que mostraba un gesto de decepción y tristeza, se sinceró con sus amigos.

–No entiendo por qué Catherine nunca me habló de este libro.

En ese instante estaba dolido al sentir que Catherine no compartió una cosa tan importante con él.

–Quizá esperaba hacerlo ahora, a través de Roberto –dijo Ramón siempre sagaz.

–Puede ser –dijo Roberto–. Aunque también el motivo pudiera ser que las revelaciones de este libro no coincidan totalmente con vuestra filosofía y mi madre no quiso influenciarte.

–Puede ser. Eso sí es muy de ella –afirmó Miguel–. De todas formas, tú que conoces algo de la filosofía rosacruz, ¿has visto algo contradictorio?

–Bueno, verás. Ciertamente no conozco mucho de vuestra filosofía, y el libro aún no lo he terminado, ya que son más de dos mil páginas, pero por ejemplo, sí sé de una cosa que no es compartida.

–¿Cuál? –preguntó Ramón interesado.

–La reencarnación. No al menos como es entendida normalmente. Veréis, el libro dice que existen muchas vidas con distintos tipos de cuerpos; pero sí deja muy claro que esta que vivimos es la primera, es el “pistoletazo” de salida de la larga carrera ascendente del ser humano en su peregrinaje hacia el Paraíso, en definitiva hacia la primera Fuente y Centro de todas las cosas: El Padre. De esta vida en adelante, en las otras moradas del Padre, es decir, en otros planetas, se tienen cuerpos más sutiles, primero semimateriales y en la medida en que se va evolucionando dispondremos de cuerpos que serán cada vez más espirituales, más perfectos, ya que de otra forma no podríamos llegar a Dios. Ciertamente es de pretenciosos pensar que de aquí, desde este mundo,

nos vamos al cielo o al Paraíso, a vivir en la gloria con Dios Padre.

Estas palabras de Roberto impactaron fuertemente en los dos hombres. Ellos eran muy firmes en sus convicciones pero también tenían la mente abierta y eran capaces ambos de analizar, razonar e interiorizar cualquier idea digna de tener en cuenta. Al fin y al cabo, si algo habían aprendido y destacaban por ello era a ser libre pensadores. Lo cierto es que la reencarnación formaba un pilar básico de su filosofía, por lo que no era tan fácil de admitir algo así.

Roberto, después de dejar pasar un silencio necesario, continuó diciendo:

–Pero el principal motivo del porqué os he reunido aquí a los dos no es para hablar de esto, sino para contaros lo sucedido exactamente a mi madre, atendiendo a las revelaciones del libro.

–¿Qué piensas que pasó a tu madre, Roberto? – preguntó sin más dilaciones Miguel.

–Veréis, lo ocurrido a mi madre es muy poco frecuente hoy día en este planeta; al parecer se dan muy pocos casos, debido al estado poco evolucionado, o atrasado de este mundo. Pero sin embargo, en otros mundos más evolucionados es más frecuente, y según los mundos avanzan en perfección y alcanzan el estado llamado de “Luz y Vida”, muchos individuos no abandonan el planeta a través de la muerte natural...

–¡Un momento! –interrumpió Miguel–. ¿Estás diciendo que tu madre fue transportada a otro mundo?

–No, perdona Miguel, no me he expresado correctamente; es el alma de mi madre la que ha dejado este mundo, su cuerpo simplemente ha sido desintegrado, consumido por algún tipo de fuego espiritual.

–Pero entonces –reflexionó Miguel en voz alta–, Catherine ha... se ha ido... para siempre.

Las últimas palabras de Miguel sonaron tristes.

–Hasta que la volvamos a encontrar en esos mundos de aprendizaje que nos aguardan, una vez que abandonemos este después de la muerte –dijo Roberto.

Ramón, que apenas había dicho una palabra, preguntó:

–Pero no termino de entender, ¿por qué motivo se supone que abandonó ella su vida aquí de esa manera?

–Buena pregunta –contestó Roberto–. La respuesta se resume en el nivel evolutivo alcanzado. Cuando las almas de algunas personas han alcanzado estadios de evolución altos, en lo que se refiere a su desarrollo intelectual y espiritual, su fe es fuerte e inquebrantable, y por lo tanto han llegado a alcanzar una comunicación directa y fluida con su “chispa divina”, que no es otra cosa que una fracción del Padre, el verdadero espíritu del hombre; algo similar a lo que me comentabas tú el otro día –refiriéndose a Ramón– sobre la iluminación. Bien, pues en ese caso, esa persona consciente de todo esto abandona el mundo al fundirse con su “chispa divina”. Esa fusión es lo que vio o, mejor dicho, dejaron ver al vigilante del

Qoricancha. En ese preciso momento mi madre, o más bien, su alma, su fusionó con su espíritu y viajó de forma directa a la presencia de nuestro Soberano universal.

–¿Dios? –preguntó Miguel.

–No. La administración universal es algo más compleja. Y aún me queda por leer mucho, pero en la parte referente a este fenómeno ya he encontrado lo que quería, y os aseguro que mi tristeza y desesperación se han transformado en alegría y admiración. Esto corrobora que mi madre fue una persona excepcional. Su tránsito por este mundo fue ejemplar. Alcanzó la cumbre más alta posible de la realización que un ser humano puede conseguir en su vida en la carne: la fusión con su espíritu divino. Esto es un pasaporte directo a la eternidad, que normalmente la mayoría de humanos alcanzaremos más adelante; pero ella lo ha conseguido en su vida aquí, como Enoc, Elías y otros.

–¿Hablas de Elías el profeta? –preguntó Ramón.

–Adivina qué era el “carro de fuego” en que ascendió al cielo.

Ramón y Miguel se empezaron a interesar vivamente por las revelaciones del libro, y preguntaron más información a Roberto, aunque este les recomendó que comenzaran la aventura apasionante de la lectura del libro por su cuenta y sacaran sus propias conclusiones.

–Tienes razón –dijo Miguel–. Creo que tenemos argumentos suficientes para tomarnos el libro en serio.

–¿Pero hasta qué punto es fiable? –preguntó Ramón.

–A mí me basta con la aseveración de mi madre –contestó rotundamente Roberto–. Bueno, y con todo lo acontecido, que me ha llevado a descubrir este tesoro –concluyó.

Era una amplia sala rodeada de columnas, las cuales se encontraban adornadas con unos capiteles totalmente originales. El lugar estaba entremezclado con una especie de jardín, cuya vegetación era de un colorido y una belleza increíbles, y nada conocidos; muchas plantas eran dominadas por el violeta, pero no estaban hechas de material común, sino que parecían como plantas energéticas; existían también unos canales o riachuelos que cruzaban el lugar desde la parte superior, elevada unos metros, hasta la parte inferior. No había techo en el sitio, y el cielo tenía un color luminoso; pero la luz era como uniforme, no se veía sol alguno. En verdad, el lugar tenía una belleza armónica que lo hacía sumamente agradable.

Un ser rodeado de una luz incolora se acercaba a otro ser parecido que estaba sentado al borde de uno de los riachuelos. El ser no andaba, simplemente se desplazaba. Cuando llegó adonde se encontraba el otro ser sentado, observó cómo este estaba embelesado observando una especie de animal doméstico, de buen tamaño, aunque no excesivamente grande; tenía cuatro extremidades, pero no era parecido a un perro, ni a ningún otro animal conocido, ya que su cabeza se asemejaba más a la de un humano de facciones muy agradables. Su piel era muy suave; pero lo que más

llamaba la atención al ser que lo estaba acariciando en ese momento era su color intenso y nada común.

–Veo que ya conoces a los espornagia – interrumpió el ser que estaba de pie–. Son muy fieles y muy útiles. Ayudan mucho con los asuntos materiales.

El ser que estaba de pie irradiaba unas facciones de gran belleza y serenidad. Cualquier persona que lo viera lo relacionaría con un ser angelical.

El ser que estaba sentado se volvió y dijo:

–Sí, son bellos. Es increíble la cantidad de cosas diferentes que hay en este mundo, comparado con Urantia.

–Así es. Y aún no has visto casi nada. Aunque, por otro lado, has conseguido algo que de donde vienes pocos consiguen, y es tener el privilegio de ir directamente a ver a nuestro Soberano. Me tienes que hablar más de tu encuentro con él. Pero ahora vengo a contarte la última información que he recibido de tu hijo Roberto.

El ser que permanecía sentado se incorporó. ¡Era Catherine!, su rostro no era igual que el que tuvo en la carne, pero era reconocible y su voz aún más.

–¿Qué sabes de nuevo? –preguntó casi suplicante.

–Son buenas noticias. Ha publicado un libro, una novela, y parece que está teniendo buena acogida. En la novela habla de algunas de sus vivencias y de ti también, de sucesos de tu vida y, sobre todo, de cómo abandonaste el planeta. Se sintió tan impresionado con lo sucedido que quiso darlo a conocer al mundo entero. El plan diseñado

por los supervisores planetarios en relación con tu hijo ha dado sus frutos. Se puede decir, ya en este momento, que ha sido todo un éxito. Además, tu hijo va por buen camino, ya que su fe cada día es más sincera y más firme.

–Es muy buena noticia –Catherine se quedó pensativa un momento–. A veces quisiera abrazarlos a los dos, pero aún eso no es posible.

–No te preocupes, cuando abandonen la carne ellos pasarán por los mundos de estancia y podrás visitarlos. Ya sabes que el tiempo es relativo, la eternidad es lo que cuenta.

–Pero, dime –preguntó Catherine–, ¿cómo va la quinta revelación en el dolorido Urantia?

–Aún es pronto; pero la novela de tu hijo puede hacer una gran aportación a la difusión del libro, porque, entre otras cosas, al final cuenta cómo llegó a encontrar el libro de Urantia. Es una invitación a los mortales ascendentes buscadores, para que descubran o amplíen sus conocimientos sobre la creación y el destino del hombre, y para que consoliden su fe, que falta hace allí.

–Sí, pero ya sabes que existe mucho recelo a abrazar la idea de Dios, porque su imagen está muy distorsionada.

–Sí, lo sé, las religiones evolutivas de los hombres han sido un freno en los últimos tiempos. Cambiar el concepto de un Dios caprichoso, celoso, castigador, por otro de amor, misericordia y bondad infinita, que atraiga a los hombres, es difícil; pero ya sabes que la intervención es

limitada, porque, ante todo, la voluntad de los seres humanos es sagrada.

–¿Sabes lo que te digo? Que me alegro mucho de que mi hijo Roberto aporte su granito de arena a la Gran Obra –Catherine expresó en su rostro alegría.

–Quien siembra, recoge. Y bien sabe Dios que tú has sembrado.

Al momento, otro ser de luz se acercó a cierta distancia de los dos que estaban conversando y, cuando su presencia fue notada, hizo un gesto al ser que acompañaba a Catherine.

–Bueno, Catherine, tu visita a este mundo creo está llegando a su fin. Me indican que el transporte ya está siendo preparado. Pero primero tienen que darte otro cuerpo. ¡Ya sabes!

–¡Vaya! Se me ha hecho cortísima mi estancia en este mundo. ¡Hay tantas cosas que conocer!

–Disfruta este periodo. Lo más seguro es que cuando termine te asignen labores de aprendizaje primero, para que luego enseñes a tus hermanos ascendentes. Pero ya te lo confirmarán. ¡Vamos! No hagamos esperar a nuestros hermanos.

Los dos seres luminosos salieron del lugar y, mientras se desplazaban, Catherine dijo:

–Por cierto, ¿qué título ha puesto mi hijo Roberto a su libro?

–*Los círculos de la verdad* –contestó el ser.

–¡Vaya! Sí que es apropiado.

Ambos seres rieron abiertamente.

El autor de esta novela se presenta con el seudónimo de Cristian Liur. No pública su verdadero nombre porque prefiere permanecer en la sombra; piensa que lo importante no es quién sea el autor de la obra, sino lo bueno, verdadero y bello que pueda haber en ella.

Tiene un largo recorrido en busca del conocimiento verdadero, que lo llevó a buscar en fuentes esotéricas y espirituales. Su objetivo es dejar un importante mensaje espiritual a los lectores que se sientan atraídos a leer este maravilloso libro.

¿Puede haber una aventura más fascinante en la vida que la búsqueda de la Verdad? Una verdad, que por estar tan cerca de nosotros, en nuestro interior, es tan difícil de encontrar. *Los círculos de la Verdad* invita a las almas valerosas a encontrarse a si mismas. Esta fascinante y misteriosa novela es la antesala de lo que puede ser la culminación de todos los anhelos de los buscadores sinceros de la verdad.

Mientras Roberto, un novato pero sagaz periodista, permanece en la línea de la muerte, es visitado por dos extraños seres que le anuncian que un suceso cambiará su vida y le hará comenzar una búsqueda incansable. Su madre Catherine, que es catalogada como “medio bruja” por sus vecinos, juega un papel fundamental en esta historia, ya que en su búsqueda Roberto conocerá parte de su misterioso pasado.

Una fuerza interior y un sentimiento arraigado en el corazón, llevarán a nuestro protagonista a intentar desvelar el misterio que rodea esta historia y que lo incita a viajar al Perú místico. Tanto en esas lejanas tierras como en su Cataluña natal, los sucesos que lo rodean parecen evidenciar que un complot que trasciende lo puramente humano está detrás de todo.

